



Pasados Presentes

Historias detrás de las memorias

Un ejercicio colectivo de Historia Oral

Patricia Flier
(coordinadora)

Prólogo de Alessandro Portelli

Historias detrás de las memorias

Un ejercicio colectivo de Historia Oral

Patricia Flier
(coordinadora)

Prólogo de Alessandro Portelli

Esta publicación ha sido sometida a evaluación interna y externa organizada por la Secretaría de Investigación de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata

Corrección de estilo: Alicia Lorenzo

Diseño: D.C.V. Federico Banzato

Tapa: D.G. P. Daniela Nuesch

Editora por la Prosecretaría de Gestión Editorial y Difusión: Victoria Lucero

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

©2018 Universidad Nacional de La Plata

Colección Pasados Presentes, 1

ISBN 978-950-34-1604-4

Cita sugerida: Flier, P. (Coord.) y Portelli, A. (Pról.). (2018). *Historias detrás de las memorias : Un ejercicio colectivo de historia oral*. La Plata : Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. (Pasados Presentes ; 1). Recuperado de <http://libros.fahce.unlp.edu.ar/index.php/libros/catalog/book/101>



Licencia Creative Commons 4.0 Internacional
(Atribución-No comercial-Compartir igual)

Universidad Nacional de La Plata
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación

Decano

Dr. Aníbal Viguera

Vicedecano

Dr. Mauricio Chama

Secretaria de Asuntos Académicos

Prof. Ana Julia Ramírez

Secretario de Posgrado

Dr. Fabio Espósito

Secretaria de Investigación

Prof. Laura Lenci

Secretario de Extensión Universitaria

Mg. Jerónimo Pinedo

Prosecretario de Gestión Editorial y Difusión

Dr. Guillermo Banzato

Colección Pasados Presentes

Directora de la Colección

Patricia Flier

Consejo editorial

Alessandro Portelli

Bruno Groppo

Pilar Calveiro

Rita Segato

Gerardo Caetano

Carmen Norambuena

Enzo Traverso

Silvia Dutrénit Bielous

Secretaria de Redacción

Lorena Cardona González

Índice

[Prólogo](#)

Alessandro Portelli 9

[Lo que hace diferente a este libro](#)

Patricia Flier - Lorena Cardona 17

[Lo que hace diferente a Alessandro Portelli](#)

Lucía Abbattista 31

Historias Resistentes

[Entre memorias e historia: lucha, amistad y terror en Santa Fe, 1974](#)

Andrea Raina 63

[Cuatro miradas sobre el “Trelewazo”. Memorias en torno a una experiencia de lucha popular](#)

Axel Binder 101

[La otra resistencia. Reflexiones sobre silencios, violencias y género en la Resistencia peronista \(1955-1965\)](#)

Anabella Gorza 135

Historias Incómodas

[Género y violencia: memorias de la represión sobre los cuerpos de las mujeres durante la última dictadura militar argentina](#)

Victoria Álvarez 181

<u>No estar metido en nada: vivencias y representaciones de obreros de Swift (Berisso) en torno a la época de los militares</u>	
<i>Eleonora Bretal</i>	209
<u>Violencia política, memoria y género: mujeres del Frente Patriótico</u>	
<u>Manuel Rodríguez</u>	
<i>Javiera Robles Recabarren</i>	245

Historias Representativas

<u>El dolor no desaparece jamás y el exilio es un dolor. Horacio Abdala, una reflexión en torno a la experiencia exiliar de un trabajador bancario</u>	
<i>Patricia Flier</i>	273
<u>“Por la paz haremos hasta lo imposible, incluso la guerra”. Entre holocaustos y militancias: memorias del M-19 a través del relato de Vera Grabe Loewenherz</u>	
<i>Lorena Cardona González</i>	301
<u>La leyenda de la X'tabay: el imaginario colectivo y la performance cíclica oralidad – escritura</u>	
<i>Yazmín Conejo</i>	337
<u>Sobre los autores</u>	365

Prólogo

*Alessandro Portelli*¹

Lo que sigue no es tanto un comentario sobre este libro, inusual y fascinante, sino una serie de reflexiones e ideas surgidas de su lectura y de la experiencia de la cual nace. Canta Bob Dylan en una de sus canciones más memorables, *there are no truths outside the Gates of Eden*, no hay verdades fuera de las puertas del paraíso. A su vez, el cómico italiano Corrado Guzzanti afirmó, en uno de sus chistes más famosos, personificando la parodia de un gurú de la televisión: “La respuesta está en ti, pero es la equivocada”.

Este libro podría leerse como una reflexión crítica de estas dos frases. Ambas se enfocan en la relación entre lo que está adentro y lo que está afuera, y en ambos casos, la pretensión es que la verdad siempre está “adentro” y que afuera no existe más que el desierto. Bob Dylan evoca la idea de una “verdad” sagrada, que puede considerarse como algo celosamente custodiado y protegido, inaccesible a los profanos, privilegio de los sabios y de los cultos —una forma de verdad que en la academia conocemos bien y que todavía perdura—, una verdad interior, idiosincrática, inverificable. Guzzanti sugiere, con su ironía, que quizás existe una realidad material fuera de la conciencia que debe tenerse en cuenta. La historia oral ha estado mucho tiempo fuera de las puertas del paraíso, no tanto porque cuestiona estas “verdades” como tales, sino porque las obliga a confrontarse entre ellas.

Por un lado, la historia oral reconoce y practica los procedimientos de verificabilidad y rigor documental de la mejor historiografía clásica: trabaja tanto en el campo como en los archivos, y de este modo obliga a la “verdad”

¹ Traducción de Lorena Cardona González.

escrita y fija en los documentos de las instituciones a confrontarse con las múltiples “verdades” que existen afuera, en el mundo más allá de las puertas. Se practica tanto en el interior de la universidad como fuera de ella, por historiadores “descalzados”, militantes, apasionados, incluso “diletantes” —en el mejor sentido de la palabra, que se refiere a la búsqueda del conocimiento también como un placer— que a menudo obligan a los historiadores a tomar nota de los acontecimientos y presencias que existen fuera de sus fuentes. Sin embargo, en ambos casos, los resultados de la investigación, dentro o fuera de las puertas de la academia, están sometidos a los mismos criterios de verificabilidad y a los mismos procedimientos de interpretación.

Por otro lado, la historia oral ha llegado a un acuerdo, desde un principio, retomando una definición del novelista americano Nathaniel Hawthorne, con lo que he llamado “la verdad del corazón humano”, y que una historiadora importante como Luisa Passerini formalizó en términos de “subjetividad”. El aporte fundamental de la historia oral durante al menos dos generaciones de investigadores fue el reconocimiento de que la realidad “interior” e intangible —la subjetividad, la memoria— no son distorsiones de la historia, sino que esos mismos hechos históricos son construcciones de sentido que tienen un impacto sobre las elecciones y los comportamientos de las personas, y, por tanto, actúan concretamente en la historia. Pero precisamente por esta razón, la historia oral jamás ha asumido estas “verdades” como intangibles e inverificables; siempre ha sabido que las respuestas subjetivas a nuestras preguntas pueden ser, con respecto a la materialidad de los hechos, “equivocadas”. Si mis compañeros ternanos ubican un evento simbólico en el tiempo y en el contexto equivocado, si mis interlocutores romanos atribuyen la masacre nazi de las Fosas Ardeatinas a una inexistente responsabilidad partisana, la tarea de la historia oral no es tomar nota diciendo, banalmente, “es verdad para ellos...”, o abandonarse dentro de la superficial vulgata posmoderna diciendo “tenemos solo las historias y todas las historias son equivalentes”, sino —con todo el respeto por las personas— someter estas “verdades” interiores al escrutinio de la verificación.

En otras palabras, la “verdad” no está ni dentro ni fuera de las puertas del paraíso, ni adentro de la conciencia individual ni fuera de ella: está en los confines, en el lugar donde lo interno y lo externo, la subjetividad y la historia, la institución y el espacio social se encuentran, dialogan, chocan y, en este

proceso, ambas cambian de piel, se redefinen y se vuelven más ellas mismas. *Dia/logo* significa precisamente esto: una palabra que va más allá, y que en este proceso se desdobra, se transforma, se articula. Diálogo significa hablar a través de, más allá de, por encima del paraíso o de las barreras de la subjetividad. Significa abrir —o, al menos, entreabrir— estas puertas (me viene a la mente el título de una novela americana de un género totalmente diferente, *The Gates Ajar*, “Las puertas entreabiertas”, de Elizabeth Stuart Phelps, 1868), para que las personas puedan entrar y salir, quedarse en el umbral mirando en ambas direcciones o, siquiera, tener una idea de lo que hay del otro lado.

A medida que aprendí la historia oral, haciéndola, me di cuenta de que la mayoría de las veces esto es lo que hacemos. Hacemos el trabajo del historiador, tratando de reconstruir, de la manera más confiable posible, los hechos del pasado; hacemos el trabajo del antropólogo o del psicólogo, tratando de reconstruir las construcciones culturales y mentales de las personas; y, finalmente, hacemos el propio trabajo del historiador oral, navegando en la tierra de nadie entre los hechos y la subjetividad, intentando comprender de qué manera estos hechos generan esas construcciones culturales o cómo las culturas y las ideas le confieren sentido y relevancia a la materialidad indistinta de los hechos. Por esto, frente a las respuestas “equivocadas” no nos limitamos ni a tomarlas paternalmente como “verdad, para ellos...”, ni a descartarlas porque son erradas, sino que nos preguntamos qué significan; y de algún modo, porque son “equivocadas” nos hacen comprender más a fondo el impacto de los hechos materiales sobre las conciencias. A veces tengo ataques de *hubris*, y pienso que la historia oral es algo más vasto y complejo que la historia pura y simple; que la historia oral no es una contribución a la historia, sino que esta última es solo uno de los muchos instrumentos que son necesarios para quien quiere aventurarse en la tierra de nadie de la historia oral. ¡Pero no exageremos!

Este libro es insólito y fascinante porque, nacido de un seminario del cual formé parte, extiende la práctica del diálogo a otra dimensión, que es la de la relación entre quien “enseña” y quien “aprende”. Es un aspecto que me toca profundamente, ya que he sido profesor universitario toda mi vida, pero a menudo he terminado practicando y enseñando disciplinas que estaban fuera de las puertas de mi campo disciplinar e institucional (¡jamás fui docente de historia, de antropología, y mucho menos de historia oral!). Trataré de explicarme con un ejemplo.

Los estudiantes italianos a menudo tienen la costumbre de tomar apuntes afanosamente, como si escribieran bajo dictado, atentos a no perder ni una palabra —y, por tanto, destinados a perderse muchas cosas, porque mientras escriben no pueden escuchar. Recuerdo que en clase había una estudiante que no hacía eso. Estaba sentada, escuchaba, y cada tanto tomaba la lapicera y escribía. Y cada vez que lo hacía, yo pensaba: debo haber dicho algo. Después de un tiempo, más o menos conscientemente, en las lecciones comencé a subrayar y a articular más a fondo los aspectos sobre los que la había visto tomar nota. De este modo, sin decir una palabra, una estudiante (que no por casualidad hoy enseña literatura en una universidad inglesa) contribuyó desde el aula a cambiar las lecciones de la cátedra.

En otras palabras, es válido para la relación didáctica lo que en otros contextos he escrito sobre el momento constitutivo de la historia oral, la entrevista: si al final de la entrevista (de la lección, del seminario) no salen todos cambiados —entrevistados y entrevistadores, estudiantes y docentes— entonces, probablemente, se perdió el tiempo. También por esta razón, siempre preparo las clases como lo hago con las entrevistas: con una idea general de lo que tengo en mente, pero sin una estructura preconcebida, confiándome a la sensibilidad, al oído, y —sobre todo— a la contribución dialógica expresada o implícita de los interlocutores para decidir, de vez en cuando, qué hacer y qué decir.

Este libro dialoga, justamente, con una experiencia de este tipo: el seminario de historia oral que tuve el privilegio de dictar en la Universidad Nacional de La Plata gracias a la invitación de la profesora Patricia Flier, de sus colegas y colaboradores. La forma y el contexto del seminario fueron una refutación directa a la modalidad académica de enseñanza en la que el conocimiento pasa de forma unidireccional del docente a los alumnos. Si es cierto que la entrevista de historia oral es un “experimento de igualdad”, el modo en el que se desarrollaron nuestros encuentros iba en la misma dirección. No fue solo la disposición misma del espacio, en forma de círculo abierto, con el mate circulando (¡esta fue una de las cosas que aprendí!), sino la conciencia inmediata del dato constitutivo de cualquier diálogo: y es que los estudiantes, como los narradores en las entrevistas, sabían cosas que yo no sabía y que mi enseñanza también era una experiencia de aprendizaje.

La igualdad comenzaba desde el lenguaje: quizá yo tenga más experiencia que ellos en la historia oral, pero trataba de narrárselas en un idioma que ellos

conocían y que yo intentaba, todo el tiempo, de imaginar e inventar, y por eso solo hablé gracias a su tolerancia y comprensión hacia mi ignorancia. Pero aún más importante es que lo que lograba decir tenía un sentido únicamente si era reelaborado por su inteligencia, conocimiento e imaginación. Hablar de Terni, de Roma o de Kentucky habría sido simplemente un ejercicio académico si todo no se hubiera transformado porque tenía sentido en Argentina, en Colombia, en Chile. Bastaba escuchar las preguntas, las intervenciones, los comentarios para entender que todo lo que sabía e intentaba compartir tenía un significado posterior y mucho más diverso de lo que había creído hasta entonces, en un contexto político, histórico y social como el latinoamericano, del cual, hasta entonces, tenía un conocimiento muy superficial y del cual aprendí mucho de las intervenciones de los participantes del seminario y de sus escritos. Todo culminó con una inversión de roles, en la que yo fui entrevistado, y —como es justo que suceda con cada entrevistado— salí de ella teniendo una idea ligeramente diferente de mí y de mi trabajo; y con la publicación en Argentina de la más completa colección de mis ensayos.² Pero, sobre todo, lo que obtuve de este encuentro fue una forma de mirar la historia italiana, de la cual me he ocupado —el fascismo, la ocupación nazi, la violencia y la resistencia— en una visión comparada y más amplia que me enseñó otra perspectiva y me dio mucha más profundidad.

Por esto, leo este libro como un raro privilegio: como un espejo que me revela el sentido y la utilidad de mi trabajo a través del uso creativo que hacen de él los investigadores y académicos, especialmente los jóvenes, que —al igual que la estudiante que tomaba apuntes selectivos— eligen lo que les sirve, lo leen de maneras también imprevistas y, para mí, reveladoras, y dejan a un lado el resto. Es exactamente lo contrario a la “aplicación” de una teoría o de un método: es la intención, por parte de cada uno, de una teoría y de un método propio sobre la base de su experiencia, de la realidad en la que operan, y de los objetivos de su trabajo. Como cualquier trabajo intelectual digno de este nombre, cada uno de estos capítulos transforma, cambia, desarrolla las premisas teóricas y metodológicas; y mientras se focaliza en un objeto específico, contribuye al progreso y al cambio de toda la disciplina. Lo que

² Portelli, A. (2016). *Historias orales: Narración, imaginación y diálogo*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación; Rosario: Prohistoria Ediciones. <http://www.libros.fahce.unlp.edu.ar/index.php/libros/catalog/book/69> [N. de la t.]

me sorprende en todas estas intervenciones es, precisamente, la conciencia de este diálogo, la capacidad autorreflexiva de pensar sobre cómo las propuestas teóricas y metodológicas iniciales evolucionaron durante la investigación y su presentación. Por lo tanto, leí muchos de los capítulos de este libro como la continuación de un diálogo, en el cual cada capítulo responde a mis preguntas y me hace nuevas, en un intercambio que aún está abierto y sin terminar.

Pienso en su división, original y sin embargo tan adecuada, que parece *a posteriori* casi inevitable: *resistencia*, temáticas *incómodas*, voces *representativas*. Nunca lo pensé, pero la esencia de la historia oral está aquí. *Resistencia*: la historia oral parte del reconocimiento crítico de la presencia activa de sujetos que la historiografía idealista consideraba “sin historia”; sujetos que están afuera de las puertas del paraíso, que empujan por entrar en él, que dudan de que exista un paraíso, que quisieran un paraíso totalmente distinto, o ningún paraíso, de hecho. Narraciones *incómodas*: muy a menudo la memoria ha sido pensada como algo gratificante, que ayuda a construir una imagen aceptable de una persona, de un grupo social, de un Estado. Puesto que escucha voces no autorizadas, la historia oral es implícitamente desagradable para el poder; sin embargo, pronto aprendimos que no podíamos darle a nuestro trabajo ni siquiera una función reconfortante para aquellos que se oponen al poder. Las preguntas que hacemos pueden, y deben, ser incómodas, incluso para nosotros; cuestionar nuestras propias certezas en lugar de construir mitos alternativos e igualmente unidimensionales de aquellos a los que nos hemos resistido. No quiere decir que aquellos que están fuera del paraíso siempre tengan la razón y que, a su vez, no estén llenos de contradicciones. Y, finalmente, voces *representativas*: aquí está la esencia misma del método cualitativo. Las voces no son todas iguales, no son mecánicamente comparables, sino que deben ser pensadas e interpretadas cada una a su modo. No existe una memoria “colectiva” que no sea simplemente la conjugación, el encuentro y la confrontación de múltiples memorias personales. Por lo tanto, una voz “representativa” no lo es en el sentido estadístico de una voz “normal”, sino en el sentido, diría artístico, de una voz excepcional que es capaz de reunir en sí misma las instancias de toda una realidad social —la voz de Dante Bartolini en Terni, la de Annie Napier en Harlan o la de Chicha Mariani en La Plata.

La voz resistente, incómoda y representativa de Chicha Mariani es, al final, una indicación del camino que la historia oral ha buscado e intenta seguir; el camino de quien dice la verdad al poder, y que no la calla a sí mismo. Este libro es un buen paso adelante en esta dirección.

Lo que hace diferente a este libro

En septiembre de 2013 Alessandro Portelli dictó un esperado curso de historia oral en la Universidad de La Plata. Esa intensa semana dio lugar al encuentro de un grupo de estudiantes provenientes de diferentes campos disciplinarios, de distintas trayectorias académicas y de diversos espacios geográficos; todos ellos coincidían en la necesidad de escuchar a un reconocido intelectual, cita obligada de todos los convocados por la historia reciente.

De esa semana, intensa y por demás enriquecedora, permanece el recuerdo de un clima de trabajo afable y distendido, sin academicismos superfluos, como solo sabe crear quien vive de acuerdo a las ideas que sostiene y manifiesta; y también de reflexiones intelectuales y metodológicas que convivieron con la transmisión de experiencias de la propia labor investigativa, resultando estas últimas tan iluminadoras como las primeras (Gorza, 31.10.2017).¹

La expectativa de su llegada era también la respuesta a múltiples lecturas fragmentarias de su obra, a la difusión de algunos de sus artículos en diferentes idiomas, a la imposibilidad de contar con herramientas metodológicas que enseñaran cómo hacer historia oral y a la búsqueda de consolidar el campo de los estudios de la historia reciente, con un énfasis particular en el abordaje de las memorias. Estos fueron algunos de los interrogantes que se pusieron en discusión en aquel seminario que nos permitió descubrir a la obra

¹ Como parte del trabajo de coordinación de este libro, les pedimos a las y los autores que escriban unas breves reflexiones en torno a lo que implicó el trabajo sobre el libro en general y el trabajo en equipo en particular. Citamos parte de estas reflexiones, con la fecha en la que recibimos dichos textos.

y al maestro detrás de ella. Sin embargo, todos los allí presentes esperábamos develar de algún modo el secreto oculto que había en la historia oral y que se traducía —según nuestra idea preconcebida— en el éxito indiscutible de una entrevista. Lo que sorprendentemente cambió la mirada de quienes constituimos su ávido público fue que, según nos enseñó Portelli, no existen recetas establecidas para hacer una entrevista; que estas no obedecen a indicaciones de manuales, comunes en las metodologías de investigación cualitativa de fuerte arraigo en las ciencias sociales. Teníamos que poner sobre la mesa las mismas bases de una buena conversación: el respeto, los modales, la paciencia y, sobre todo, una atenta escucha. De la misma forma, reconocer que tanto el/la interlocutor/a como el/la investigador/a tienen diferentes agendas al momento de establecer un diálogo; que son esas mismas agendas las que se cruzan con la identidad, las trayectorias, los pasados y los sentidos de los hablantes, y que es justamente en este espacio en donde se constituye el trabajo del historiador oral. Aún más: aprendimos también que no toda entrevista se convierte inmediatamente en un ejercicio de historia oral; que tal empeño implica un ejercicio de aprendizaje, de construcción performativa de las fuentes, de una mirada —*entre/vista*— que requiere empatía y confianza y de un esfuerzo por construir un diálogo *entre y más allá* de las diferencias. Ahora bien, el resultado de este aprendizaje debía volcarse en un trabajo original, producido por los/as asistentes, en el que se pusieran en valor estos elementos en un avance de tesis, un artículo académico o una reflexión metodológica. Luego de la lectura y corrección de aquellas producciones se seleccionaron los mejores trabajos, los cuales tenían todas las potencialidades y las riquezas teórico-metodológicas de la historia oral. El resultado de esa experiencia fundante es el origen de los capítulos que integran este libro.

Sin embargo, este ejercicio no terminó allí. Todo lo contrario, aquí empezó una nueva etapa: la de transformar estas producciones aisladas en una construcción colectiva de historia oral que aglutinara no solo esta metodología, sino algunas afinidades temáticas, temporales, espaciales y generacionales, entre otros factores; y que respondiera a un nuevo desafío del campo científico, en cuanto divulgación de resultados originales. Por tanto, este libro no responde a la tradicional modalidad de articulación de capítulos vertebrados por una temática afín y recibidos por un/a compilador/a, quien tiene la responsabilidad de hacer un análisis comentado de textos. Con él apostamos

a la elaboración colectiva de nuestros trabajos poniendo en discusión miradas disciplinares conjuntas o distantes, trayectorias académicas y avances de investigación en los que la historia oral fue la excusa enriquecedora de interpretación, o bien la herramienta dislocadora de hipótesis anteriormente concebidas. No obstante, en todos los textos que integran este libro la historia oral obró como disparadora de elementos antes no explorados, silenciados, omitidos, relegados u olvidados.

Una de las cosas que más me fascinó del trabajo compartido fue poder vivenciar que la influencia de Portelli en las investigaciones locales -debido a la apropiación selectiva de sus “herramientas”-, era mucho más diversa y rica de lo que podría haber imaginado previamente. Los cruces entre distintas tradiciones, las variadas derivas a partir de una misma cita, las distintas lecturas sobre sus implicancias y tensiones, fueron algunos de los aprendizajes que propició la edición de este libro (Abbattista, 27.10.2017).

Empero, estas coincidencias no bastaron para dar unidad a un libro de historia oral. Lo que hace diferente a este libro, entre muchas otras cosas, es que no responde, en su división, a abordajes tradicionales, a conceptos y categorías canónicamente consolidados —represión, militancia, terrorismo de Estado, género— o a delimitaciones geográficas y temporales. Esta fue, precisamente, la reflexión que Anabella Gorza elaboró sobre su trabajo:

Al momento de la primera escritura, se había presentado el interrogante de cómo desarrollar una mirada de género, central en mi investigación, a partir de una obra que solo tangencialmente ha contemplado cuestiones afines a la misma. Claro que esa perspectiva se plasmó en el análisis desde un primer momento, porque quien investiga hace hablar a las fuentes en función de sus intereses, conocimientos y de las categorías que trae consigo; algo que se hace presente desde el momento en que tiene lugar esa instancia dialógica que es la entrevista. Sin embargo, el trabajo en equipo me puso en contacto con las producciones de compañeras que también adoptaban la perspectiva de género, desconocidos para mí hasta ese entonces, pese a compartir un mismo espacio académico, y muy grata fue la sorpresa al descubrir que nuestros trabajos, aunque habían sido

concebidos de manera independiente unos de otros, establecían un diálogo por demás interesante y enriquecedor. La decisión de no incorporarlos en un mismo apartado, respondió al deseo de no confinarlos a un espacio aislado y sin conexión con los demás textos, porque pensamos que dicha perspectiva es más fructífera si dialoga con otras miradas. Ahora bien, los ejes de análisis elegidos no inhabilitan lecturas transversales entre capítulos de diferentes apartados en función de otros criterios que quedarán a consideración de las y los lectores (Gorza, 31.10.2017).

Tomando en cuenta estos elementos, decidimos mirar los capítulos como relaciones transversales y no conceptuales, en los que privilegiamos las atenciones categoriales acompañadas por el análisis y las voces de múltiples actores. En este sentido, la primera parte de este texto aborda la *resistencia*, la cual da cuenta de los acontecimientos, de las narrativas del mundo obrero y de los derroteros de la violencia política en las militancias. En una segunda instancia consideramos las temáticas *incómodas*, en el sentido de que exploran los vestigios del patriarcado presentes en las organizaciones armadas, el silencio impuesto por la violencia sexual en tiempos del terrorismo de Estado y las representaciones sociales del disciplinamiento a través del terror, temas en los que confluye lo no hablado o lo simplemente desplazado por ausencia o quizá por saturación. Finalmente, construimos el último apartado relevando historias *representativas*, las cuales recogen las voces de únicos narradores que ligan lo personal, lo biográfico y lo subjetivo con lo social, lo histórico y lo colectivo (Portelli, 2016).

Asimismo, este libro es diferente porque también Alessandro Portelli es un intelectual diferente. Así nos lo demuestra Lucía Abbattista en el capítulo introductorio, en el que no solo aborda el impacto de la obra de Portelli en la Argentina, sino que también historiza los aportes de sus trabajos clásicos sobre tres puntos de análisis: la historia oral como proyecto democratizador de la sociedad y la cultura; los trabajos sobre la memoria de la clase obrera, y sus aportes en las disputas de las memorias del antifascismo en Italia. La autora afirma que así como la obra de Portelli fue la respuesta a un contexto de activación de la derecha italiana a mediados de los años 90, en Argentina sirvió de inspiración para derribar los muros de silenciamiento y los intentos de olvido de un pasado traumático para dar lugar a la construcción de una

memoria colectiva basada en los principios de verdad, justicia y memoria. Es un texto que también está pensado para enseñar historia oral y que aborda los contextos enunciativos y de producción de la obra de Portelli no solo en Italia, sino en Estados Unidos y América Latina.

Lo que más disfruté fue la posibilidad de profundizar en las obras de aquellos que fueron sus referentes y en las experiencias colectivas de las que ha sido parte: un mundo artístico, intelectual, editorial, italiano comprometido y activo, del que solo tenía vagas referencias previas (Abbattista, 27.10.2017).

En su texto “Entre memorias e historia: lucha, amistad y terror en Santa Fe, 1974” Andrea Raina reflexiona sobre las diferencias entre memorias, historias e historia, a partir de una acción represiva ocurrida en la ciudad de Santa Fe, producto de una política sistemática de persecución para generar terror en cada localidad del país. En este capítulo no solo se ponen en tensión narrativas precedentes a la última dictadura militar, sino que se dialoga con la construcción memorial respecto a los sentidos de las acciones políticas y político-militares de los años 70 que perduran hasta el presente. Lo que hace diferente a este capítulo es la forma como se construyen los relatos, sobre todo los familiares, que no se originan en una correspondencia temporal o intencionada, sino que se elaboran en diferentes tiempos, propiciados en la cotidianidad, y que incluso definieron las orientaciones profesionales de la autora.

A diferencia de la escritura que estamos habituados a realizar en función del campo disciplinar que hemos elegido (en mi caso historia); el ejercicio de historia oral que nos propusimos abrió una puerta de posibilidades que no solo agilizó y enriqueció aquel *habitus* sino que, por sobre todas las cosas, me permitió reflexionar sobre mis propias elecciones, prácticas e interpretaciones personales y profesionales [...] La historia que me propuse reconstruir, que se encontraba detrás de las memorias sociales arraigadas y de las historias familiares tantas veces escuchadas, es una historia de militancias, de resistencias, de violencia política; es una historia que de alguna manera atravesó mi vida en muchas de mis elecciones e intereses actuales (Raina, 21.10.2017).

“La otra resistencia. Reflexiones sobre silencios, violencias y género en la Resistencia peronista (1955-1965)” de Anabella Gorza, analiza las razones que condenaron a la Resistencia peronista, desplegada durante los diez años que siguieron al golpe de Estado de 1955, a un lugar marginal en la memoria colectiva respecto de otros períodos históricos. Asimismo, da cuenta de otro silenciamiento, aquel que eliminó a las mujeres de los relatos sobre la Resistencia, o que las condenó a un papel de mero apéndice de actividades llevadas a cabo por militantes varones. El análisis toma como base la perspectiva de género vinculada con los aportes de la historia oral, desarrollado a través de entrevistas propias realizadas a militantes de la época, junto con entrevistas disponibles en archivos públicos y testimonios extraídos de libros de divulgación y películas. No obstante, expresa la autora, estos distintos soportes fueron un desafío que pudo allanar y concatenar gracias a la historia oral.

Lo que parecía ser una limitación contenía interesantes dimensiones de análisis que me permitieron darle un tratamiento no tradicional a esas entrevistas y a otros materiales de historia oral que iba acumulando; esos retazos de historias, muchas veces incoherentes, fragmentados, para los que no encontraba un hilo conductor acorde a mis expectativas de lo que debía ser un trabajo de investigación, y para lo cual me resultaron muy iluminadoras sus reflexiones sobre la memoria y sobre la violencia. Memorias monumento, memorias fosilizadas, memorias individuales y colectivas, públicas y privadas. Capas de memoria que se superponen y un presente que fluye, que ya ha pasado a ser pasado, y que nos obliga a preguntarnos permanentemente por los nuevos sentidos construidos (Gorza, 31.10.2017).

Otra historia resistente es la que nos presenta Axel Binder con su trabajo “Cuatro miradas sobre el ‘Trelewazo’. Memorias en torno a una experiencia de lucha popular”, en el que señala que la memoria no es homogénea como tampoco lo fueron los actores involucrados, ni las posiciones políticas asumidas, ni los intereses puestos en juego. Un variado mosaico de sentidos se despliega en torno a su significado, en el que se podrían identificar dos formas predominantes de memoria: una liberal y otra popular. Lo que se juega entre ambas, afirma Binder, es la representación de una inédita experiencia política

de masas. Este acercamiento a la historia oral significó para el autor una reflexión profunda sobre la objetividad a través de la entrevista.

Me reveló la futilidad de tales advertencias “metodológicas” y de pretender establecer una distancia profesional en un diálogo entre dos personas [...] La empatía y la proximidad me permitieron entender, con pocas palabras sin demasiadas explicaciones, de dónde y por qué era que esos recuerdos dolían en ella. Fui entendiendo que uno puede conmoverse e involucrarse con el relato, y aun así obtener lecciones para la historia (que son en realidad para el presente). La empatía no inhabilita la dimensión analítica, por el contrario la enriquece, haciéndonos más receptivos para entrar en contacto con otras tramas históricas y con otras texturas de la memoria; aspectos subjetivos (pero objetivables) de una riqueza humana que pocas fuentes pueden aportar; solo hay que saber escuchar. Así fui entendiendo que la historia oral es mucho más que una entrevista (Binder, 27.10.2017).

Nada más incómodo para una sociedad que tiende al silencio y al olvido que poner en escena la memoria de la represión sobre los cuerpos de las mujeres en contextos dictatoriales y de violencia. Sobre ello, justamente, escribe Victoria Álvarez en su texto “Género y violencia: memorias de la represión sobre los cuerpos de las mujeres durante la última dictadura militar argentina”. Allí da cuenta de las distintas formas de la violencia sexual a las que fueron sometidas las mujeres en los centros clandestinos de detención y reflexiona sobre el lugar que tuvieron las (im)posibilidades de escucha de sus vivencias y sus experiencias. Según la autora,

las narraciones sobre violencia sexual resultan inescindibles de su carácter de denuncia. Al desplazarse levemente del lugar, casi excluyente, de víctimas deshumanizadas se abren caminos para la reflexión acerca de la capacidad para actuar en condiciones de extrema vulnerabilidad que las lleva a contar sus respectivos “no”, a enunciar sus homenajes a quienes ya no están y presentarse como aquellas que quieren y pueden atestiguar [...] Narrar lo vivido -y entre otras cosas, las resistencias y solidaridades- es también una forma *a posteriori* de resistir, de enfrentar la impunidad y de combatir la imposibilidad de escucha.

Un trabajo de historia oral, se vuelve entonces una reflexión mucho más sensible a lo que los sujetos vivieron, sintieron y recuerdan. Particularmente en mi investigación, más allá de confirmar que hubo distintas formas de violencia sexual en todos los centros clandestinos de detención del país, me permitió indagar en las posibilidades que tuvieron de narrar sus experiencias luego, lo que significó para ellas esta forma específica de violencia y lo que significa poder contarlo actualmente en distintos ámbitos (Álvarez, 31.10.2017).

Por su parte, Eleonora Bretal recupera, en su *“No estar metido en nada: vivencias y representaciones de obreros de Swift (Berisso) en torno a la época de los militares”*, las representaciones y recuerdos de los trabajadores del frigorífico en los años 70, que evocan los acontecimientos más resonantes de la violencia política paraestatal y estatal de la década, y enfoca su perspectiva en dos tipos de narraciones: las de los obreros que fueron militantes y las de aquellos que no tenían militancia de izquierda. Asimismo, analiza las memorias obreras en dos sentidos. El primero explora las huellas del disciplinamiento social que fue llevado a cabo a través del terror, en la rememoración de escenas de la vida diaria en las cuales aparece la violencia estatal, camuflada de cotidianidad.

En esos detalles y apreciaciones que ofrece la memoria puede jugarse el sentido de la historia; en esa textura que pone de relieve la historia oral es que algunas nociones teóricas adquieren materialidad. El terrorismo de Estado -como concepto- se despoja de toda abstracción y se hace concreto en el recuerdo de Ernestina: el miedo, sutil pero constante, con el que coexistía: de que su hija, debido a sus problemas auditivos, no se detuviese ante una “voz de alto” y se *la llevaran* [...].

Bretal advierte que algunos relatos obreros, al posicionarse como “actores externos”, reproducen una estructura narrativa de memoria análoga a la de los “dos demonios”. Pero escuchando con atención, descubre una diferencia fundamental *“la mayoría de los entrevistados no manifestó miedo a ambos ‘demonios’. Los operarios asociaron las situaciones de temor solo al proceder de los agentes represores y no al de la izquierda armada”*. Una mirada poco incisiva, atrapada en la textualidad del enunciado, hubiese

reproducido el ideario de “gente común”, como de terceros inocuos; como si fuese una parte del pueblo escindida de la trama de relaciones sociales afectadas por la dictadura, y al abrigo del disciplinamiento que desplegó el terrorismo de Estado; olvidando que es precisamente para escarmiento de ellos que resuena el suplicio (Binder sobre Bretal, 27.10.2017).

El segundo registro examina los sentidos comunes y las zonas grises en los relatos de sus entrevistados, al destacar su ajenidad en el contexto de la dictadura.

La postura de “no estar metido en nada” durante la *época de los militares* señalada por varios trabajadores entrevistados, que aparece como una tercera posición de rechazo a la violencia ejercida por otros actores, y que está ligada a su no reconocimiento como víctimas, a pesar de las experiencias de disciplinamiento social vividas, puede ser asociada a la aceptación de “zona gris” utilizada por Portelli. La “zona gris” alude a la sociedad italiana “que no tomó partido” entre la Resistencia y el fascismo. Las referencias a “no estar metido en nada” en la última dictadura argentina y “no tomar partido” en el fascismo italiano compartirían ser parte de sentidos comunes de sus propias sociedades, que aluden a una ajenidad de los hechos históricos y a una no responsabilidad de la violencia y de las relaciones entre las víctimas y sus perpetradores (Bretal, 1.11.2017).

En su trabajo “Violencia política, memoria y género: mujeres del Frente Patriótico Manuel Rodríguez” nuestra compañera chilena Javiera Robles expone la invisibilidad de las mujeres en la historia en cuanto actores sociales, así como en el análisis historiográfico. Por tal motivo, su capítulo indaga en la trayectoria de mujeres que integraron el Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR), brazo armado del Partido Comunista Chileno. Mediante el análisis de entrevistas, la autora aborda los aspectos subjetivos de la militancia, problematizando los silencios imperantes dentro de los relatos de la organización y visibilizando, desde una perspectiva feminista, las tensiones y las dinámicas internas, lo cual complejiza, a su vez, los discursos oficiales de la militancia armada. Construye esta mirada en dos espacios: el primero se ubica en el escenario nacional donde se sitúa la rememoración de la historia militante de las entrevistadas, tomando en consideración la conmemoración de los cua-

renta años del golpe de Estado en Chile, lo cual posibilitó nuevas condiciones de decibilidad y audibilidad. En una segunda parte, analiza la experiencia de la violencia política de las militantes y su trayectoria, aquello que decantó en el ingreso al FPMR, y problematiza cómo el ejercicio de la violencia repercutió a la hora de poner en sentido sus recuerdos en el acto de las entrevistas.

Ante la falta de registro escrito, la oralidad adquiere una potencia central, sobre todo cuando esa oralidad y transmisión de experiencias se centra en *develar* las subjetividades que permean lo político, problematizando no solo las preguntas que le hacemos al pasado, sino a la propia relación pasado/presente. Posibilita también fijar la mirada no en los grandes acontecimientos ni en el relato de lo heroico, sino en lo que dejó huella, en los grises de la historia, en las cotidianidades de la vida, politizando lo históricamente considerado no-político y reposicionando a las mujeres en la historia (Robles, 1.11.2017).

Finalmente, el último apartado de este libro aborda las *historias representativas*, enmarcadas en únicos relatos, biográficos o mitológicos, en los que se intenta demostrar cuál es el peso que tiene lo personal, lo biográfico y subjetivo en relación con lo social, lo historiográfico y lo colectivo. Los tres trabajos apuntan a dar cuenta de la pregunta metodológica sobre si es posible generalizar a partir de experiencias individuales y si se pueden reconstruir uno o varios hechos históricos, transitados por una misma persona o colectivo, a través del tiempo. En este sentido, el capítulo de Patricia Flier titulado “*El dolor no desaparece jamás y el exilio es un dolor*. Horacio Abdala, una reflexión en torno a la experiencia exiliar de un trabajador bancario” se propone contribuir a la visibilización de la historia de los exilios de los/as trabajadores/as a los que se vieron forzados millares de argentinos/as en tiempos del terrorismo de Estado en Argentina. El trabajo profundiza en dos aspectos: el primero, el exilio de los obreros —y no el de los dirigentes sindicales, experiencia algo más trabajada en el campo académico—; y el segundo, el fenómeno del *exilio de los miedos*, un estado de ánimo que perduró en este actor, no obstante haber transcurrido 40 años desde la obligada partida inicial. El vértice de este texto es Horacio Abdala, un ex trabajador bancario, quien recorre esta y otras experiencias, relevando las implicaciones personales que tuvieron el exilio y

sus múltiples retornos a la Argentina, marcados por la pérdida, la frustración y el miedo.

Entre varios testimonios resguardados escogí uno. La porfiada búsqueda por reencontrar los sentidos del pasado y su ilación con el futuro, sus preguntas dolientes sobre las fracturas que el exilio impuso a su vida y su ansiedad por recobrar la voz silenciada por el miedo, entre otras cuestiones y razones, hizo que esta serie de entrevistas mantenidas con un ex trabajador bancario, Horacio Abdala, reuniera todos los requisitos necesarios para impulsar esta reflexión académica sobre la experiencia del destierro vivida por un integrante del mundo del trabajo argentino (Flier, en este libro).

La segunda historia representativa que compone este apartado es el texto “*Por la paz haremos hasta lo imposible, incluso la guerra*’. Entre holocaustos y militancias: memorias del M-19 a través del relato de Vera Grabe Loewenherz”, de Lorena Cardona González. Este trabajo, a diferencia de los otros capítulos, basa su análisis en el libro biográfico *Del silencio de mi cello. Razones de vida* (2011) de la militante colombiana, en el que da cuenta de su historia de vida y también del modo como se fue configurando política y socialmente Colombia a partir de la década de 1970, período de fuerte radicalidad política en América Latina. Su vida se mueve y es atravesada por acontecimientos nodales en el ámbito nacional; asimismo, su trayectoria está signada por diversos factores personales y colectivos como la migración de sus padres desde Alemania, víctimas del Holocausto, y su posición como mujer dentro de las tramas del poder y de la subversión organizada.

El silencio de mi cello. Razones de vida no es un documento que pueda leerse o interpretarse bajo la premisa de la cronología o la coherencia, es más, ninguna historia de vida pretende llegar a ello. Obviamente, los mecanismos que contienen y configuran el recuerdo, y la manera como ellos mismos se elaboran en la escritura, no obedecen a las formas convencionales del lenguaje o a los esquemas habituales de la ciencia social en la que todo se “compagina” de manera armónica (Portelli, 2016). Por el contrario, una historia oral o una escritura sobre vivencias personales es una pretensión comprensiva sobre las formas en las que los sujetos

se instalan en la historia y le dan sentido a la misma. En este sentido, la construcción que hace Vera Grabe de su vida, de su participación en el M-19 y de su actual visión del país está constantemente permeada por los elementos identitarios que la constituyeron, por los cruces biográficos y familiares que definieron su accionar, por las consecuencias y dilemas a los que se vio enfrentada como madre y militante, y por las omisiones y aplazamientos que ella asume al haberse comprometido con el país (Cardona, en este libro).

Cierra este apartado el texto de Yazmín Conejo “La leyenda de la *X'tabay* en la Península de Yucatán, México. La *performance* cíclica y el imaginario colectivo en el paso de la oralidad a la escritura”, en el cual la autora analiza la leyenda de la *X'tabay* como una *performance* que le permite ir de la oralidad a la escritura y de la escritura a la voz a través de las múltiples resignificaciones de la leyenda dentro del imaginario colectivo de la Península de Yucatán. Asimismo, describe los cambios entre las historias orales y las narraciones literarias, rastreando los olvidos y las repeticiones que se han transmitido de generación en generación. Para tal efecto, Yazmín recurre a varias fuentes, orales y escritas, tales como textos históricos y antropológicos, adaptaciones literarias de las fuentes orales y dos canciones. Con estos soportes demuestra cómo la oralidad puede volverse tangible por medio de la escritura, y cómo esta puede perdurar en el “largo” tiempo —en este caso, a través de la leyenda de la *X'tabay*— e incluso traspasar fronteras.

Cuando hablamos de historias de transmisión oral que incluyen, en mi caso, la cosmogonía de pueblos ancestrales, la historia oral es base para rescatar esas subjetividades muchas veces perdidas entre las versiones del tiempo, las diferentes adaptaciones de una misma historia o los contextos cambiantes. En el trabajo que yo realizo, la historia oral es la conexión de la leyenda transmitida de generación en generación desde hace poco más de un siglo, según los pocos registros que hay al respecto; y complementado con la literatura que se gestó a raíz de las historias orales compartidas. Sin la historia oral ninguna de las versiones literarias de la leyenda de la *X'tabay* tendría una razón o vinculación entre ellas ni con el pasado precolombino; si acaso alguna de estas versiones llegara a sobre-

vivir, su estudio se centraría en un análisis literario estático e inmerso en la narratología, impidiendo la *performace* de movilidad e inmovilidad que le permite a la leyenda trascender. En este sentido, fue importante ver aquello que se transmite a través de la repetición, lo que se omite, lo que se olvida o “mal recuerda” con el paso del tiempo; porque ahí radican los significados (Conejo, 01.11.2017).

Un escenario importante en el que se enmarca esta obra es el espacio institucional que la acompaña, y en este sentido la Universidad Nacional de La Plata se ha constituido, desde el año 2000, en un ámbito académico de referencia regional e internacional por su decisión de trabajar en la construcción y consolidación del campo de los estudios en historia reciente. En este marco, se han dedicado enormes esfuerzos para entablar diálogos con diferentes universidades y con diversos académicos, como también para la organización de coloquios, congresos, seminarios, publicaciones; y, finalmente, para la creación de carreras de posgrado y trayectos formativos que se instalan y piensan sobre las cuestiones teórico-metodológicas que permiten comprender y explicar un *pasado que no pasa*. Entre las muchas iniciativas relacionadas con este tópico se encuentra este libro, que reconoce como antecedente y motivo de encuentro a la obra de Alessandro Portelli *Historias orales. Narración, imaginación y diálogo* (2016), cuya traducción y coordinación estuvieron a cargo de quienes escribimos este texto. Ese libro, que contiene casi cuarenta años de su trabajo y de su vida, reúne las voces, los acontecimientos, las personas que le dieron forma, pero que también fueron el desarrollo y la transformación de la historia oral,

de pariente pobre y marginal de la historiografía “seria” a convertirse en un instrumento de conocimiento articulado y reconocido, que ya no tiene que defender su dignidad de los prejuicios y las críticas positivistas sino que ha sabido servirse de ellas para elaborar una metodología cada vez más sofisticada y consciente, sumando a la credibilidad referencial la centralidad del diálogo y de la subjetividad (Portelli, 2016: 12-13).

Hacer historia oral es aprender a escuchar al otro/a, y nosotros aprendimos a escucharnos y a trabajar colectivamente. Este libro está lleno de complicidades y solidaridades, pero además de desafíos políticos, metodológicos

y éticos que aparecen en tiempos en los que emergen políticas de olvido, de silenciamiento, de omisiones y desplazamientos provocados por un neoliberalismo global que desprecia el pasado y privilegia un futuro cargado de promesas improbables. Estos tiempos también afectaron la escritura de este libro, particularmente por las aprehensiones que renacieron en algunos de los/as entrevistados/as, las que nos pusieron en tensión y nos corrieron de las certezas y consignas con las que realizábamos nuestra tarea de historiadores/as. Sin embargo, estos desafíos son inherentes al trabajo con la historia oral, el cual nos compromete desde el distanciamiento crítico requerido por nuestro oficio, sin perder la necesaria sensibilidad para escuchar y comprender al otro/a. Por último, trabajar con testimonios y personas vivas implica adoptar mayores vigilancias epistemológicas para escribir buena historia. Es por esta y por muchas de las razones aquí expuestas que este libro es diferente: diferente en su concepción y abordaje, diferente en su consecución y propuesta, diverso y divergente; pero ante todo, esperamos que sea convocante e inspirador de muchos otros.

Patricia Flier - Lorena Cardona

La Plata, diciembre de 2017

Referencias bibliográficas

- Portelli, A. (2016). *Historias orales: Narración, imaginación y diálogo*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación; Rosario : Prohistoria Ediciones.
- Grabe, V. (2011). *El silencio de mi cello. Razones de Vida*. Bogotá: Observatorio para la paz.

Lo que hace diferente a Alessandro Portelli

Lucía Abbattista

Lo que hace que una memoria sea democrática es la pluralidad,
y no que sea compartida [...]

La memoria está dividida, y sí... tiene que estar dividida.

Alessandro Portelli, *Historia y relato oral*

(Jaschek y Raggio, 2005, p. 38).

En abril del 2002, cuando aún resonaban por las calles argentinas las consignas *piquete* y *cacerola*, *la lucha es una sola* y el famoso *que se vayan todos*, las actividades universitarias comenzaron a restablecerse lentamente, entre huelgas y movilizaciones en defensa de la educación pública. En ese contexto, en la Universidad Nacional de La Plata (UNLP) se realizó el *I Coloquio Internacional de Historia y Memoria*, organizado por un colectivo de docentes e investigadores de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE), preocupados por el desarrollo de la historia reciente y vinculados con el trabajo de la Comisión Provincial por la Memoria (CPM). Los invitados internacionales al Coloquio mantuvieron su compromiso de viajar a pesar de las dificultades presupuestarias impuestas por la crisis y la inestabilidad política. Junto a Enzo Traverso, Marcello Flores, Josefina Cuesta Bustillo y Bruno Groppo, llegó por primera vez a La Plata Alessandro Portelli.

Sabemos que no fue su primera visita al país. Durante los años 90, con la difusión de algunos de sus trabajos de la mano de Dora Schwarzstein, se había vinculado con investigadores locales que participaban en los congresos internacionales sobre historia oral. Sin embargo, el vínculo que desarrolló desde entonces con el colectivo de La Plata fue diferente. En su gran mayoría,

quienes asistieron al coloquio apenas habían oído hablar de él con anterioridad, pero quedaron cautivados por sus intervenciones. Muchos destacan hoy la huella que dejó su reivindicación de los estudios a escala de los individuos; su atención a la subjetividad; el clima que envolvió a su conferencia sobre los mitos, rituales y símbolos en el caso de las Fosas Ardeatinas¹ y también lo sugestivo que resultó el interés con que registraba los pliegues de aquella Argentina convulsionada.

Del trabajo de aquel coloquio nació, a fin de año, la Maestría en Historia y Memoria, un ámbito de formación al que Sandro contribuyó profundamente con sus producciones escritas y visitas. Sus viajes periódicos a La Plata, desde entonces, nutrieron a distintas camadas de estudiantes e investigadores latinoamericanos de diferentes disciplinas. Ese es precisamente el caso de quienes hoy publicamos este libro junto con Patricia Flier. Ella fue quien lo convocó para el primer coloquio y construyó una amistad duradera. Las demás autoras y autores fuimos parte del grupo de estudiantes de posgrado que disfrutó uno de sus seminarios intensivos en septiembre del año 2013 y mantenemos a partir de aquel evento una relación basada en un profundo reconocimiento.

Aquel seminario se distinguió, creemos, por la cantidad de emociones y proyectos que movilizó. La visita compartida a la Casa Mariani Teruggi, un sitio de memoria local que se había nutrido de sus escritos para pensar sus propios mitos y silencios, y el recorrido posterior por las ruinas del Berisso industrial, que Portelli había conocido a partir de la obra de Daniel James, calaron hondo. También nos visitó al año siguiente, justo en aquellos días de agosto en que Estela de Carlotto, la presidenta de Abuelas de Plaza de Mayo, recuperó a su nieto, y “Chicha” Mariani recordaba el nacimiento de su nieta apropiada, Clara Anahí; de allí que con Laura Lenci hayamos disfrutado de la oportunidad grandiosa de acompañar sus entrevistas a ambas referentes platenses del movimiento de derechos humanos.

Del seminario de 2013 surgió además la necesidad de conocer y difundir

¹ Poco después publicada en la revista *Sociohistórica. Cuadernos del CISH* con el título “Las fronteras de la memoria. La masacre de las Fosas Ardeatinas. Historia, mito, rituales y símbolos” (Portelli, 2002a). Aquel artículo funcionó como anticipo en español de su libro *La orden ya fue ejecutada* (2004). Desde entonces es material de lectura y discusión para todos los ingresantes de la carrera de historia.

su obra en español más allá de los pocos trabajos que por entonces estaban disponibles. Algunas lo veníamos leyendo en inglés, en italiano o en portugués, pero esto limitaba demasiado su circulación e influencia. Con Virginia Sampietro publicamos un clásico en *Aletheia* y Lorena Cardona pensó en traducir uno más nuevo; pero entonces Patricia, decidida, le propuso una apuesta mayor: no podíamos seguir acercándonos a esos 40 años de trabajo de manera fragmentaria. Había que traducir y hacer posible la publicación en español de una antología de su extensa y variada obra. Lorena, con osadía y algo de temor, aceptó el desafío. El fruto de sus dos años de aprendizajes e intercambios cotidianos con Sandro fue *Historias orales. Narración, imaginación y diálogo* (2016), una compilación que nos enorgullece a todos por la profesionalidad y calidez con que fue realizada.

Hoy Sandro es Huésped de Honor (2013) y Doctor Honoris Causa (2014) de la UNLP, es decir que cuenta con las más altas distinciones que desde esta universidad podemos ofrecer. Lo leen estudiantes de primer año y también de posgrado, pero además tiene la gratitud del movimiento de derechos humanos local, al que los diversos aspectos de su obra —ahora accesibles en nuestro idioma— siguen inspirando.

Dicho esto, lo que podrán leer a continuación es un intento por historizar algunos de los más significativos aportes de sus trabajos “clásicos”; es decir, los que han circulado entre nosotros por más de una década. En especial, nos concentramos aquí en sus desarrollos sobre tres líneas de trabajo, siempre articulados: 1) su apuesta por la historia oral como proyecto democratizador de la sociedad y la cultura; 2) sus trabajos sobre las memorias de la clase obrera; y 3) el impacto de su intervención en las batallas por la memoria del antifascismo.

Recientemente otras dimensiones de su obra comenzaron a interpelar y operar como fuente de inspiración para las investigaciones locales, como se verá en este libro. Pero buscamos, con este primer recorrido, poner sobre la mesa —parafraseando su famoso trabajo en español sobre la historia oral— algo de lo más sustantivo que hizo y sigue haciendo diferente a Alessandro Portelli,² para quienes investigamos con el corazón *abajo y a la izquierda* desde este rincón del mundo.

² Nos referimos al trabajo “Lo que hace diferente a la historia oral” (1991), compilado por Dora Schwarzstein.

¿Qué sabemos de Alessandro Portelli?

Cualquier repaso biográfico es arbitrario, y en este caso es particularmente difícil. Sandro es un multifacético docente e investigador, especialista en literatura y cultura norteamericana, historiador oral, musicólogo, fundador de instituciones culturales, autor de canciones, organizador de colectivos intelectuales, con una extensa militancia política de izquierda, que ha realizado contribuciones en diferentes campos de estudio, irreverente frente a las fronteras disciplinares, sensible ante las sutilezas del lenguaje, que se brinda con especial humildad.

Por sus clases y diferentes entrevistas que brindó sabemos que nació durante la Segunda Guerra Mundial, el 21 de marzo de 1942, en Roma, Italia, pero creció en Terni, una pequeña localidad de la región de Umbría. Su madre era profesora de inglés, lo cual le permitió formarse desde pequeño con esa segunda lengua y su cultura como fuente de atracción.

Como define en su blog personal, sus principales pasiones siguen siendo “la igualdad, la libertad, la docencia, la música popular, la memoria, escuchar los relatos de las personas, los libros, las películas y el rock and roll” y ha procurado “no limitarse a estudiar y escribir sino también a organizar cultura, poner en pie instituciones, fundar revistas, compartir con otros a través de discos y libros, aquello que aprendí, organizar eventos, conciertos, encuentros, involucrar personas más jóvenes y abrirles espacios” (Portelli, 04.05.2006).

De adolescente asistió a un colegio salesiano y una experiencia temprana que lo marcó en sus gustos y orientaciones fue un intercambio estudiantil durante su último año del secundario, con el *American Field Service*, en la región de Los Ángeles (EEUU). Desde entonces siguió muy de cerca —apasionadamente, se podría decir— las derivas del *rock and roll*, las luchas por los derechos civiles, la invasión a Santo Domingo, la guerra de Vietnam, el asesinato de los Kennedy, Malcolm X y Martin Luther King y otras temáticas de los *sixties* norteamericanos (Portelli, 2011).

Sus estudios de grado fueron en la Universidad de Roma. Allí consiguió títulos en Jurisprudencia en 1966 y en Lenguas y Literaturas Extranjeras en 1972. Tempranamente se vinculó con la investigación, con la música y con la militancia política, dimensiones que nunca se van a escindir en su vida, tal

vez por ser parte de esa generación que, a fines de los sesenta, puso en jaque a la izquierda tradicional y cuestionó radicalmente a las instituciones académicas existentes.

En la primera parte de los años setenta visitó por primera vez el condado de Harlan, Kentucky, en un recorrido por la región con el sociólogo David Walls, del *Appalachian Studies Center* de la *University of Kentucky*. Ese viaje, realizado en 1973, le resultó sumamente inspirador por las figuras que tuvo oportunidad de conocer, pero también porque comprobó que mucho de lo que había oído y leído sobre la lucha de clases en esa región ya no era parte de la memoria viva de los nuevos referentes, y al querer conocer más sobre sus motivos, comenzó una relación con esa tierra y su gente.³ Primero consiguió becas para trabajar en el *Appalachian Studies Center* y luego desarrolló un grupo de estudios sobre aquella región en el Departamento de Inglés de la Universidad de Roma, con un activo programa de intercambio cultural que continúa hasta el día de hoy.

También por esos años conoció a Mariella Eboli, su futura esposa, con quien comparte desde entonces toda clase de proyectos, hijos y nietos.

Su carrera como docente universitario comenzó en una sede de la Universidad de Siena, poco después de titularse. Allí enseñó literatura angloamericana entre 1974 y 1981. En ese año se trasladó a la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad de Roma, *La Sapienza*, para continuar ofreciendo cursos vinculados con la misma área en las décadas siguientes.

Con el tiempo, a pesar de la inmensa cantidad de iniciativas en las que ha participado, la mayor visibilidad pública, nacional e internacional de Portelli ha tenido que ver con su rol como referente de la historia oral. Sus trabajos en este terreno son de lo más variados, aunque aquí han cobrado notoriedad solo algunos de ellos, al lento ritmo de las traducciones: aquellos más específicamente metodológicos sobre la oralidad; los que tratan sobre las memorias de los obreros de Terni en la posguerra; los que abordaron los conflictos por la memoria del antifascismo durante la Segunda República italiana; y los que está desarrollando en la actualidad, concentrados en las memorias de los migrantes, sobre los que brindó conferencias en sus últimos viajes a la Argentina.

³ En su trabajo sobre Harlan publicado por la Oxford University Press en 2011, menciona, por ejemplo, que desde 1986 tuvo la oportunidad excepcional de viajar todos los años a esa región.

Para entender su recorrido y sus inquietudes también es importante destacar que uno de los principales proyectos colectivos de los que Portelli ha formado parte —y lo sigue haciendo— es el Instituto Ernesto de Martino,⁴ fundado en 1966 por Gianni Bosio⁵ y Alberto Mario Cirese,⁶ entre otros, con el objetivo de construir un primer archivo sonoro de Europa. Estos historiadores, pioneros de la historia oral, creían que era necesario buscar fuentes que dieran cuenta de la vida cotidiana y la subjetividad de los obreros y campesinos, y entendían que la música popular era una fuente histórica clave para estudiar a las clases no hegemónicas (Bretal, Matas, Monacci y Nieto, 2014).

Con esos ejemplos y grabador en mano, Portelli comenzó ya a fines de los años sesenta a recorrer Italia de norte a sur, para recuperar canciones que dieran cuenta de las historias de lucha del pueblo.⁷

⁴ Ernesto de Martino (1908-1965) fue un filósofo, historiador de las religiones y antropólogo italiano, nacido en Nápoles, que en los años 50 comenzó una investigación sobre la cultura tradicional de Italia del sur, de Lucania y de la Puglia, las regiones por entonces más subdesarrolladas y excluidas del país. Portelli siempre resalta que de Martino pensaba su trabajo como ciudadano que tenía por objetivo construir una historia compartida, una historia común, inclusiva de aquella multiplicidad de experiencias. El Instituto que hoy lleva su nombre fue fundado en Milán a un año de su muerte y reunió numerosas iniciativas culturales, educativas y de investigación, entre las que se cuenta la mencionada constitución de un archivo sonoro. Sigue funcionando hasta la actualidad —ahora en Florencia— y en su sitio web <http://www.iedm.it/> pueden consultarse sus fondos documentales y actividades programadas.

⁵ Gianni Bosio (1923-1971) fue un historiador socialista de izquierda, nacido en la región de la Lombardía, miembro del Partido Socialista Italiano. Tuvo una intensa actividad antifascista de joven y como intelectual su principal preocupación era la vida cotidiana de la clase obrera. Antes de fundar el mencionado Instituto, fue organizador del grupo de escritores y músicos conocido como *Nuovo Canzoniere Italiano* (1962-1965) de Milán, que fundó una revista, impulsó la realización de espectáculos y desarrolló un proyecto discográfico con música folklórica de tradición combativa.

⁶ Alberto Mario Cirese (1921-2011) fue un antropólogo italiano nacido en Avezzano, de la región de Abruzzo, formado en la Universidad de Roma, con activa participación política. Escribió para numerosas revistas de izquierda y a mediados de los años 50 se sumó a la comisión de cultura del Partido Socialista Italiano. Como estudiante y docente estuvo muy en contacto con Ernesto de Martino y sus perspectivas. En la universidad ofreció cursos sobre tradiciones populares en literatura, antropología cultural y otras problemáticas, en especial en la Universidad de Cagliari, y sus investigaciones han ido de la reconstrucción de historias locales a los grandes debates teóricos sobre cultura popular y cultura hegemónica.

⁷ Similares inquietudes a las que, en el Cono Sur de América Latina, inspiraron a figuras como Violeta Parra, Leda Valladares o Atahualpa Yupanqui. Sin embargo, en el recorrido de Portelli hubo un momento en que su interés se fue desplazando cada vez más desde el registro de las canciones populares hacia los relatos de los músicos populares sobre los temas que interpretaban y sobre sí mismos.

Poco después, en 1972, sin alejarse del Instituto, fue fundador del *Circolo Gianni Bosio*.⁸ El núcleo original de este *Circolo* estuvo en Roma y entre sus primeros objetivos apuntó también a investigar el folklore, la historia oral y la cultura popular italiana para desarrollar un conocimiento crítico y estimular, a su vez, la visibilidad de esta cultura en la sociedad (Portelli, 1999). Como ha señalado Portelli, el *Circolo* comprendió que no podría haber revolución, ni cambio, ni democracia “sin la habilidad y el esfuerzo de recordar, de contar, de inventar, sin la base elemental que es el ejercicio del poder del habla” (1999, p. 6). Ese relevamiento de canciones y entrevistas orales ha contribuido también a construir, en las últimas décadas, una escuela de música y un archivo: el Archivo Sonoro y Biblioteca Franco Coggiola,⁹ abierto al público en general, en el que hacen su aporte investigadores y conjuntos musicales comprometidos para iniciativas discográficas autogestivas.

Durante las últimas décadas, en diferentes intervalos, Portelli ha sido el presidente de la institución, que funciona hoy en la *Casa della Memoria e della Storia* de Roma,¹⁰ lo que le permitió desarrollar esa dimensión propia que lo

⁸ El *Circolo* nació en la casa de la cantautora y etnomusicóloga Giovanna Marini (1937), con la participación, entre otros, del músico Paolo Pietrangeli (1945), integrantes del *Canzoniere del Lazio*, un grupo de teatro y de música que era llamado previamente Colectivo Gianni Bosio, y varias personas sueltas con militancias en el PC italiano o en la nueva izquierda. Tomaron el nombre de Bosio, que había fallecido el año anterior, como una forma de homenaje. Crearon primero un boletín y luego una revista llamada *I giorni cantati*, que funcionó intermitentemente hasta comienzos de los años noventa. Y desde sus primeros tiempos también impulsan actividades educativas y de investigación, así como espectáculos de intervención cultural.

A comienzos de los 90 el *Circolo* había dejado de existir, pero sus integrantes nunca perdieron el interés ni el contacto y relanzaron la institución en 1999. Allí comenzó su segunda vida (Portelli, 2005; Marini, 2005). Es por ese motivo que el artículo de Portelli de mediados de los años 90 que celebra la experiencia del *Circolo* se refiere a la misma en pasado (Portelli, 1999).

⁹ Franco Coggiola (1929-1996) fue un etnomusicólogo y archivista italiano. Al ser muy cercano al grupo Nuovo Canzoniere Italiano en que participaba Gianni Bosio, se sumó en 1965 como investigador y responsable de archivo al Instituto Ernesto de Martino, donde produjo también gran cantidad de trabajos discográficos. Se desempeñó como director del Instituto a partir de 1972 y presidente desde 1981 hasta su muerte. El archivo que lleva su nombre fue fundado en el año 2001 y reúne más de 5000 audios, e incluye, entre otros, el fondo de Giovanna Marini que agrupa grabaciones desde comienzos de los años sesenta.

¹⁰ La *Casa della Memoria e della Storia* de Roma se inauguró en 2006 y reúne a las organizaciones de veteranos antifascistas, de partisanos, de ex presos políticos y deportados, el Instituto Romano para la historia de Italia desde el fascismo a la resistencia y el *Circolo Gianni Bosio*. Está ubicada en un barrio popular y en su edificio funcionó previamente la escuela judía

mueve hacia la intervención cultural y política en sentido amplio, mucho más allá de los márgenes de la academia. Al igual que con la fundación de la revista *Ácoma*,¹¹ con las colaboraciones para las publicaciones *Il Manifesto*, *L'Unità* y *Liberazione*,¹² como integrante de la junta del IRSIFAR (Instituto romano para la Historia de Italia del fascismo a la Resistencia), en cuanto miembro de la ANPI (Asociación Nacional de Partisanos Italianos) y en el cumplimiento de funciones públicas como la de director general de la Alcaldía de Roma para la protección y mejora de la memoria histórica de la ciudad, cargo que desempeñó entre los años 2002 y 2008.

En lo que hace a la circulación de sus trabajos, por su familiaridad con la lengua y la influencia de sus investigaciones en Estados Unidos, parte de su obra ha sido publicada originalmente en italiano y otra directamente en inglés, con posteriores traducciones al portugués y al español. Sus libros más influyentes en el ámbito internacional salieron a la luz a partir de los años noventa. En Italia actualmente lo publica Donzelli, editorial nacida de un colectivo de intelectuales críticos a comienzos de 1993,¹³ y en Estados Unidos

de Roma (Portelli en Jaschek y Raggio, 2005, p. 39). Más información en www.comune.roma.it/pcr/it/casa_dellamemoria_dellastoria.page

¹¹ Revista internacional de estudios norteamericanos fundada en 1994 por Bruno Cartosio y Alessandro Portelli. Actualmente es dirigida por Donatella Izzo, Giorgio Mariani y Stefano Rosso. Tiene frecuencia bianual y desde el año 2015 solo se publica en formato digital. Disponible en <http://www.acoma.it/>

¹² *Il Manifesto* es un diario italiano de izquierda pero independiente de los partidos, fundado en 1969, propiedad de una cooperativa de periodistas e imprenteros. Portelli colabora en él desde 1972. *L'Unità* es un diario fundado en 1924 por Antonio Gramsci, que hasta el año 1991 fue el diario oficial del Partido Comunista. Luego lo ha sido del Partido Democrático de la Izquierda, de los Demócratas de Izquierda y también de propiedad privada. Actualmente lo edita *Nuova Iniziativa Editoriale*. Por último, *Liberazione* fue un periódico de izquierda publicado entre 1991 y 2014 por el Partido de la Refundación Comunista.

¹³ Donzelli fue fundada en Roma por el editor Carmine Donzelli —de larga experiencia en las editoriales Einaudi y Marsilio— junto con un colectivo de intelectuales, entre los que se encontraba Portelli, “celoso de su autonomía, dotado de gran entusiasmo pero con limitados recursos financieros, que decide en aquel momento poner en juego la experiencia adquirida en años anteriores en torno a la revista ‘Meridiana’, fundando una casa editorial, para enfrentar el mundo que tenía por delante. Un mundo nuevo, post-ideológico, hecho de identidades trituradas antes que de certezas tranquilizadoras, de conflictos complejos antes que de antagonismos definitivos. Y, a pesar de esto, un mundo abierto: al ansia, a las inquietudes, a la curiosidad y la exploración”. En www.donzelli.it/chi-siamo (traducción propia).

lo hacen editoriales universitarias como *State University of New York Press*, Columbia, Wisconsin y *Oxford University Press*.

Entre sus decenas de escritos podemos mencionar, al menos, los libros de su autoría: *La canzone popolare in America. La rivoluzione musicale di Woody Guthrie* (1975); *Biografia di una città. Storia e racconto: Terni 1831-1984* (1985); *The Death of Luigi Trastulli and Other Stories. Form and Meaning in Oral History* (1991); *Il testo e la voce. Oralità, letteratura e democrazia in America* (1992); *La linea del colore. Saggi sulla cultura afroamericana* (1994); *The Battle of Valle Giulia. Oral History and the Art of Dialogue* (1997); *L'Ordine è già stato eseguito. Roma, le fosse Ardeatine, la memoria* (1999); *América, dopo. Immaginario e immaginazione* (2002); *Canoni Americani. Oralità, letteratura, cinema, música* (2004); *Storie orali. Racconto, immaginazione, diálogo* (2007); *Acciai Speciali. Terni, la Thyssen Krupp, la globalizzazione* (2008); *They say in Harlan County. An Oral History* (2011), *Note americane. Musica e culture degli Stati Uniti* (2011) y *Badlands: Springsteen e l'America* (2015); pero participó también en numerosas compilaciones.

Con algún margen de error, podemos afirmar que sus primeros artículos difundidos en Argentina fueron “Lo que hace diferente a la historia oral” (1991), que compiló Dora Schwarzstein en uno de los libros pioneros en el país sobre esta corriente, del Centro Editor de América Latina; una traducción de su conferencia sobre el Circolo Gianni Bosio (1999) en la revista *Taller* y luego, ya en el contexto pos-2001, comenzaron a llegar sus trabajos sobre las memorias italianas del antifascismo, tanto en la revista *Sociohistórica*, tras su participación en el I Coloquio Internacional de Historia y Memoria (18 al 20 de abril de 2002) realizado en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP, como en la colección de libros *Memorias de la Represión* dirigida por Elizabeth Jelin y Carlos Iván Degregori, publicada por Siglo XXI España, que tenía por objetivo promover la investigación y la formación de investigadores sobre las memorias de la represión política en el Cono Sur.

Después, por supuesto, llegó su libro *La orden ya fue ejecutada* (2004) y una cada vez más frecuente participación de Portelli en eventos locales, brindando asimismo seminarios como los ofrecidos en la Maestría en Historia y Memoria de la UNLP, donde tuvimos la oportunidad de conocerlo.

La historia oral y el poder democratizador de la palabra

Si bien es habitual que todos los movimientos intelectuales construyan sobre sí mismos relatos míticos de marginalidad en relación con las instituciones dominantes, en el caso de la corriente de historia oral de Italia en la que Portelli se entronca, ese recurso tiene poco de exageración. Esto es válido al menos en lo que se refiere al vínculo que existió durante décadas entre sus figuras y los campos disciplinares más consolidados en el mundo universitario, como el historiográfico.

De hecho, allí la historia oral no se originó como práctica académica. Portelli ubica los antecedentes de esta corriente en las obras de los ya mencionados Ernesto de Martino y de Gianni Bosio, así como en las de Danilo Montaldi y Rocco Scotellaro,¹⁴ preocupados, como ya hemos visto, por la cultura y la participación popular, con posiciones políticas de izquierda heréticas ante las líneas oficiales del impetuoso Partido Comunista y del Partido Socialista italianos. Bosio, por ejemplo, planteaba que:

La intención del trabajo cultural es armar a la clase de sus propias armas, hacer de modo que los excluidos, los explotados, los marginados, se den cuenta de la importancia de sus vidas, de su saber, de sus palabras. Y de que es un saber social, es un saber colectivo. Y que nosotros, los intelectuales, que trabajamos en esa arena, devolvamos su saber de una manera más crítica, más analítica, que como lo recibimos. Se trata entonces de recoger sus historias, recoger sus palabras. Ese es el primer nivel. Luego viene un trabajo de analizarlas, conectarlas, elevarlas a un nivel superior de análisis y, después, de llevarlo de vuelta a las fuentes (Portelli, 2010, pp. 10-11; traducción propia).

Luego suele mencionar a aquellos referentes que, si bien tenían inserción universitaria, no eran reconocidos en ese ámbito como historiadores orales. Sus proyectos eran asumidos de manera alternativa, eran subestimados por sus colegas y fueron haciendo camino al andar: el historiador Cesare

¹⁴ De la misma manera Gianni Bosio, Danilo Montaldi (1929-1975) y Rocco Scotellaro (1923-1953) son destacados por nuestro autor entre los escritores y referentes políticos de la posguerra que apostaban a incluir a los sectores populares en la historia como sujetos activos de la política y de la democracia (Portelli, 2010).

Bermani, con un recorrido muy cercano al de Gianni Bosio;¹⁵ la socióloga Gabriella Gribaudo,¹⁶ primera presidenta de la *Associazione Italiana di Storia Orale* – AISO;¹⁷ la historiadora feminista Luisa Passerini,¹⁸ muy reivindicada por Portelli por sus trabajos sobre la importancia de los silencios, y Giovanni

¹⁵ Cesare Bermani nació en 1937 y vive en Orta San Giulio, de la región del Piamonte italiano. Es un historiador, dramaturgo y —ocasionalmente— cantante, fundador del Instituto Ernesto de Martino. Ha sido de los primeros en Italia en utilizar las narraciones orales con fines históricos y sus intereses siempre han girado en torno a la historia del movimiento obrero y popular. Se desempeñó como redactor y director de diversas revistas como *Il nuovo canzoniere italiano*, *Primo Maggio*, *Il de Martino*, colaborador de *I giorni cantati* y actualmente escribe ensayos para *L'impegno* y *Musica/Realtà*. Ha escrito obras teatrales y ha editado muchos discos registrando el canto popular y social para la discográfica *I Dischi del Sole* de Edizioni Avanti! (cantos jacobinos, garibaldinos, anarquistas, socialistas, comunistas y de la resistencia), así como publicado notas en diarios y periódicos de izquierda. Se cuenta entre los promotores de la Asociación Italiana de Historia Oral, sección de la *International Oral History Association*. Más información en www.storia900bivc.it/pagine/biografie/bermani.html

¹⁶ Gabriella Gribaudo nació en Turín y obtuvo su título en Historia en la Universidad de dicha ciudad. En 1974 recibió una beca del Centro de Especialización y Desarrollo para Italia del Sur, cerca de Nápoles. Ha trabajado como investigadora del Departamento de Disciplinas Históricas de la Universidad Federico II de esa localidad y brevemente en la Universidad de Bari. Desde 1994 enseña Historia Contemporánea en la Facultad de Sociología de la Universidad Federico II y entre 2001 y 2007 se ha desempeñado como directora del Departamento de Sociología de dicha universidad. Se ha dedicado siempre a la historia social del sur de Italia, y ha desarrollado también reflexiones sobre problemas metodológicos de la relación entre la historia y las ciencias sociales, sobre las investigaciones micro y macro, sobre la memoria y la historia, así como la memoria y el trauma. Según su perfil académico, en los últimos años se ha dedicado a investigar diferentes procesos de la Segunda Guerra Mundial y la violencia sobre civiles, comparando la documentación oficial y la experiencia de hombres y mujeres; es decir, las miradas “desde arriba” y “desde abajo” de los acontecimientos. Participa en numerosos consejos editoriales y centros de investigaciones de universidades europeas, de publicaciones académicas; es responsable del proyecto Memorias del Territorio, y por su recorrido, entre 2006 y 2013 ejerció como presidenta de la AISO.

¹⁷ La AISO se fundó en Roma en el año 2006 para responder a la invitación realizada por la International Oral History Association a los investigadores italianos, durante un congreso internacional que tuvo lugar en Roma en 2004, para que organizaran una estructura capaz de reunir, estimular intercambios y mantener comunicados a los diferentes grupos, instituciones e individuos que trabajan con las fuentes orales en el país. Hoy tiene sede en la Universidad de Padua. Desconocemos las razones por las cuales Portelli no forma ni ha formado parte de su consejo directivo. Para más información puede consultarse www.aisoitalia.it/

¹⁸ Luisa Passerini es una historiadora y militante feminista y antiimperialista, nacida en 1941 en Asti, Italia. Se abocó a la historia oral y ha producido significativas reflexiones sobre la oralidad desde el psicoanálisis. Daba clases en universidades de New York, pero tenía poca aceptación en el mundo académico italiano. Hoy dirige el proyecto *Bodies Across Borders: Oral and Visual Memory in Europe and Beyond*, en el *European University Institute* de Florencia.

Contini,¹⁹ actual presidente de la AISO, con el que a menudo Portelli discute en sus trabajos (como en el caso del de Civitella).

Sin duda, las experiencias fundantes de las opciones que fue haciendo Portelli en el marco de esta corriente, que hacen singular a su camino, han sido sus ya mencionadas participaciones en el Instituto Ernesto de Martino y en el Circolo Gianni Bosio. Allí, colectivamente, esos núcleos de investigadores fueron definiendo —mientras recorrían de pueblo en pueblo en busca de canciones políticas italianas, nunca antes registradas— que la historia oral debía construirse a partir de la búsqueda de la igualdad y con conciencia de la diferencia, ya fuera para pensar una historia alternativa o para desentrañar una historia oculta, donde la subjetividad, los sentimientos y las pasiones también tuvieran lugar.

Esto es clave porque así entienden que la cultura de los grupos “aún no hegemónicos” (Portelli prefiere llamarlos así antes que recurrir al gramsciano “subalternos”) debe ser reconocida, tanto como la importancia que tiene la lucha de clases en la arena cultural. En el marco de esa lucha, siguiendo los pasos de Bosio, la tarea de los intelectuales sería promover el reconocimiento de los derechos, saberes e identidades de esos sujetos excluidos, para contribuir al cambio en las relaciones de poder (Portelli, 2010). Porque las clases dominantes, además del poder político y económico, han monopolizado los medios para dejar su huella en los relatos históricos.

De ahí que en diferentes oportunidades escuchamos a Portelli insistir en algo que podría parecer evidente pero que no lo es tanto, si pensamos en la tradición de muchas de nuestras ciencias sociales: lo más valioso de la historia oral es que brinda la oportunidad de trabajar con seres humanos, de realizar un trabajo dialógico. Así, mediante el trabajo específico de investigación

¹⁹ Giovanni Contini Bonacossi se formó en la Facultad de Letras y Filosofía de la Universidad de Florencia. Se define como historiador oral, aunque es más reconocido en Italia por su trabajo como archivista. Desde mediados de los años ochenta trabajó como responsable de los archivos audiovisuales de la Superintendencia Archivística de la Toscana, en el desarrollo de proyectos orales y audiovisuales sobre historia política, historia de la identidad local, de los distritos industriales y, en general, de la actividad productiva típica de la región. Según su breve reseña autobiográfica en la web de la Asociación Italiana de Historia Oral, también se ha dedicado a la historia social (de obreros industriales, aparceros, artesanos), a la historia de la Segunda Guerra Mundial (en particular a las masacres de civiles realizadas por las tropas alemanas entre 1944 y 1945) y a la metodología de las fuentes orales en la historiografía. En el año 2014 asumió la presidencia de la AISO.

se apuesta políticamente tanto por el derecho a tomar la palabra como por el derecho de los sujetos a ser escuchados, a tener un papel en el discurso público y en las instituciones políticas. Y por ello no solo se recurre a las personas porque poseen información que se precisa, sino porque, sobre todo, se parte de pensar que hay un vínculo muy profundo entre la oralidad y la democracia, y la democratización social es parte del horizonte de esta corriente de la historia oral.

Al ser la oralidad un medio que, a diferencia de la escritura, la gran mayoría de los seres humanos poseen o de alguna manera controlan, y ser, específicamente, la forma de comunicación con todos los que están excluidos de los medios y del discurso público, para Portelli es clave escuchar esas voces y amplificarlas. En esto se diferencia de aquellos que sostienen que la historia oral sirve para “dar voz a los sin voz”: en este autor los marginados, los excluidos, los sin-poder tienen voz; el principal problema es que no hay nadie que los escuche y su voz queda, por lo general, recluida en un espacio reducido. Por eso asume en sus trabajos la definición de la escritora Leslie Marmon Silko sobre la importancia de los relatos orales: “las historias son herramientas que necesitamos no solo para sobrevivir sino para vencer. Son una protección que nos permite salvarnos y también activar instrumentos para cambiar el mundo, porque hay poder en las palabras” (Portelli, 1999, p. 4).

Por supuesto, esto lo lleva a plantear otras cuestiones inmediatamente conectadas. En primer lugar, que al ser un trabajo de relación, la historia oral implica numerosas cuestiones políticas y éticas, que emergen en distintos niveles. Portelli entiende que aparecen tanto el problema de las relaciones del investigador con las instituciones del poder político, cultural y académico como la cuestión de la relación de los investigadores con los sujetos que los ayudan a buscar esa historia alternativa (Portelli, 2010).

En cuanto a ese último problema, en tanto los narradores orales que se entrevistan no son pensados como “informantes” ni “objetos de investigación” sino “sujetos de un proyecto compartido”, de un diálogo, se asume que hay dos agendas que están presentes en cada encuentro: la de aquel que tiene preguntas sobre algunas cosas que quiere conocer y la del entrevistado, que aprovecha esa oportunidad para contar las historias que desea contar, que quizás —en muchos casos— no son las historias buscadas por el investigador (Portelli, 2010).

Por eso su definición sobre la entrevista es un llamado de atención — metodológicamente hablando— cuando afirma que no es un acto de extraer información, sino la apertura de un espacio de narración, compartido, performativo, en donde la presencia del historiador es fundamental porque ofrece al entrevistado alguien allí para escucharlo, cosa poco frecuente en nuestra sociedad contemporánea (Portelli, 2010, p. 4). Y por la misma razón, ante cualquier pregunta en clase por técnicas de entrevista, Alessandro Portelli responde que estas no existen, sino que puede hablar de éticas en la entrevista: respeto, paciencia, flexibilidad, así como pasión auténtica de conocer a los otros y de estar con ellos en una historia compartida, como sostenía de Martino (Portelli, 2010, p. 6).

Por un lado, porque la entrevista “alienta un esfuerzo de autoconciencia, de crecimiento y de cambio en todos los involucrados” (Portelli, 1999, p. 13). Por otro, porque en cada entrevista, al tiempo que se produce una experiencia de aprendizaje en la cual se invierte quien enseña y quien aprende, se reconoce la importancia del mundo cultural de los entrevistados y el poder queda —por un momento— en manos del entrevistado, que puede hablar o callarse; rápidamente vuelve a su lugar, ya que esa situación no tiene posibilidades de escapar al contexto sociohistórico en que se inscribe y a las desigualdades y diferencias existentes (de clase, de género, de educación, generacionales, etc.) (Portelli, 2010, p. 5).

De hecho, Portelli destaca que, en la mayoría de los proyectos de historia oral, el historiador pertenece a una clase con más poder que la de las personas que entrevista, y aunque sea precisamente la diferencia la que hace interesante el diálogo, no se puede desentender de las lógicas de poder que lo atraviesan y de las líneas que lo separan. Por eso, solo al encontrarse, al reconocerse sin dejar de criticar la desigualdad y apuntar a destruirla, la entrevista se constituye en un experimento de igualdad, es decir, “un momento utópico en que tratamos de imaginar cómo podría ser el mundo si un campesino empobrecido y un profesor universitario fuesen política y socialmente iguales” (Portelli, 2010, p. 6). Y por la misma razón, también alerta el autor que hay que ser cuidadoso en nuestras prácticas cuando termina la entrevista, el poder “vuelve a nuestras manos” y nos sentamos a trabajar en nuestros libros (sean estos científicos, periodísticos o de divulgación) transcribiendo y editando las palabras que los entrevistados nos confiaron en el encuentro (Portelli, 2010).

Por último, el otro gran aspecto a destacar de este proyecto de historia oral que Portelli ha promovido y que tanto impacto tuvo en nuestra región, es que con su puesta en circulación, apunta a subvertir el monólogo típico de la escritura académica impulsando un discurso polifónico, en el cual los historiadores aparecen más como directores de un coro al fomentar la expresión de una pluralidad de voces y sujetos (Portelli, 2010). De hecho ha contado que si bien se le ocurren algunos ejemplos de la literatura que pueden haberlo influenciado, sus modelos han sido principalmente musicales: el llamado y la respuesta de cada instrumento en una *performance* de jazz, o la estructura de los oratorios barrocos, de Haendel o Bach:

donde a una secuencia de arias (en este caso, largos fragmentos de una sola voz) y coros (un rápido montaje de fragmentos de citas que parecen estar sonando todas a la vez) articuladas por una voz que -mitad cantando, mitad hablando- lleva el argumento recitado (en este caso, mi propia voz narrativa). Aunque por supuesto, la voz narrativa no explica todo: mucho está implícito en la articulación no exhaustiva de relatos y su interacción. Mucho del sentido está en las lagunas y en los silencios, para ser extraído o completado con la cooperación e imaginación de los lectores (Portelli, 2011, pp. 11; traducción propia).

Las memorias de la clase obrera

Poco conocemos de los primeros trabajos de Portelli sobre la música y la cultura popular en Italia y EE. UU. Los que comenzaron a trascender internacionalmente, además de sus escritos metodológicos, fueron aquellos centrados en las memorias de la clase obrera, en algunos casos previos y en otros simultáneos con las demás líneas de investigación que fue encarando a lo largo de su vida.

Como ha planteado en diferentes oportunidades, sus tempranos intereses en relación con la historia oral no tuvieron que ver con la preocupación por la veracidad de los relatos orales, sino con un interés cultural y metodológico por la imaginación y la narración, así como por la política desde una perspectiva de izquierda (Jaschek y Raggio, 2005, p. 34).

En Terni, la localidad de su infancia, Portelli ha investigado mucho sobre las memorias de la resistencia clandestina contra el fascismo en los años 30,

pero uno de sus trabajos más famosos fue aquel sobre los modos en que la muerte de un trabajador, Luigi Trastulli, producida en la inmediata posguerra, fue elaborada, transformada e interpretada en la memoria colectiva.²⁰

Trastulli fue un joven obrero de una acería de la localidad de Terni, que murió el 17 de marzo de 1949 cuando miembros de la brigada especial de la policía reprimieron a los trabajadores que salían de la fábrica para participar de una manifestación contra la OTAN. En ese trabajo, desarrollado a partir de los escritos previos sobre la historia de la clase obrera de Terni y sus fuentes orales, construidas con entrevistas realizadas treinta años después de los hechos, Portelli analiza algunos mecanismos generales del funcionamiento de la memoria. Así encuentra que la convergencia de relatos equivocados, invenciones y leyendas, que van desde las reconstrucciones imaginarias de la dinámica del acontecimiento, hasta la traslación del mismo de un contexto a otro, son parte de un fenómeno excesivamente coherente para ser atribuido a un mal funcionamiento de la memoria de los individuos.

Como ha afirmado en sus clases y en entrevistas, la memoria es una búsqueda de sentido. El olvido puede ser sobre aquello que no tiene sentido o aquello que tiene demasiado sentido, y los silencios pueden ser sobre aquello para lo que no se pueden encontrar palabras. Y cuando los relatos se distancian de los hechos, ahí comienzan a emerger con claridad los deseos, la imaginación, la ilusión, no solo en cuestiones individuales, sino también socialmente compartidas, algo que siempre le ha interesado sobremanera (Jaschek y Raggio, 2005).

Por eso, en su artículo desentraña cuáles son las razones de las regularidades, en este caso, de aquella memoria colectiva obrera de Terni (como la tendencia hacia la épica, o la traslación cronológica y contextual del hecho hacia 1952/1953), y qué tareas de representación simbólica le han asignado diferentes generaciones a ese acontecimiento de la lucha de clases, por lo que

²⁰ Sin embargo, en los últimos años reniega de la idea de memoria colectiva de Maurice Halbwach, porque entiende que la memoria es social, compartida, como un encuentro de memorias individuales que conforman un mosaico. Cuando utiliza la expresión memoria colectiva suele referirse a memorias cristalizadas en instituciones y no a la dinámica cotidiana: “El problema con el concepto de memoria colectiva es que hay una perspectiva de que la memoria colectiva tiene que ser unificada, tiene que ser una memoria. Ya no es así. Sabemos que no [...] La memoria no es una cosa estática, cambia, está en movimiento” (Jaschek y Raggio, 2005, p. 36).

las versiones inexactas resisten a pesar de su señalamiento y la memoria se muestra relevante como hecho histórico.

Por otra parte, en lo que hace a las memorias de la lucha de clases, también fue clave su trabajo en Harlan County, Kentucky, Estados Unidos, aunque aquí aún hemos leído poco sobre aquella experiencia. También llegó al tema desde su pasión por la música popular de intervención política y cuenta que su primer contacto con la problemática de la clase obrera norteamericana se produjo probablemente a comienzos de los años sesenta, primero a partir de escuchar la canción *Which Side Are You on?* de Florence Reece, sobre la dramática huelga minera de 1931-1932, y luego con el álbum *Songs from the Depression* de New Lost City Ramblers,²¹ que desafiaban como revelación esa imagen de Estados Unidos como país sin conflictos de clase (Portelli, 2011).

Por eso, fue muy llamativo para él recorrer la región de los Apalaches en 1973 con David Walls y hallar una comunidad muy movilizada sindical y políticamente, en la cual las luchas de los años treinta parecían ajenas, no estaban vivas en la memoria, pero había otras numerosas batallas que podían ser reconstruidas a partir de las narraciones orales.

En verdad lo atrapó la pelea cotidiana por la supervivencia de esa localidad nacida en torno a las minas del carbón, con blancos pobres cansados de ser cosificados por sus conciudadanos y por la academia, y un pueblo afrodescendiente agotado del paternalismo que persiste desde tiempos del esclavismo.

Con viajes constantes a Harlan tuvo ocasión de profundizar sus reflexiones sobre la entrevista como experimento de igualdad. Entre él y la mayoría de los hombres y mujeres con que se encontraba había líneas divisorias de edad, clase, género, educación, religión, lenguaje, color y nacionalidad; y, sin embargo, el esfuerzo mutuo por cruzarlas, sin desconocer ni las diferencias ni las desigualdades, hacía posible las entrevistas (Portelli, 2011, p. 8).

Las memorias del antifascismo y la democracia italiana contemporánea

En la década de los 90, las repercusiones del trabajo realizado y el nuevo contexto político italiano comenzaron a transformar las relaciones de los his-

²¹ Algunos de estos temas se encuentran disponibles en YouTube. La canción de Florence Reece, en www.youtube.com/watch?v=Nzudto-FA5Y y uno de los temas de New Lost City Ramblers www.youtube.com/watch?v=5WT61YEF06w [Consultados el 30/03/2016].

toriadores orales en general, y de Portelli en particular, con las instituciones académicas italianas.

En una de las entrevistas realizadas, Portelli recuerda la conferencia de Arezzo de 1994, titulada *In memory: For a European Memory of nazi crimes after the end of the cold War*,²² como la primera oportunidad en que algunos historiadores consagrados invitaron a Luisa Passerini y a él, en cuanto historiadores orales, para disertar en el encuentro, porque empezaban a reconocer la importancia de sus estudios para desarrollar investigaciones sobre la memoria que comenzaban a atraer a numerosos colegas (Bretal, Matas, Monacci y Nieto, 2014). Un verdadero giro que propició un encuentro impensado poco antes, más allá de las tensiones que persistían.

Así, de la mano de sobrevivientes, historiadores orales y otros científicos sociales, el tema de la memoria cobró gran fuerza en la Italia de esos años. En parte porque empezaban las conmemoraciones de los cincuenta años de la caída del fascismo, de la ocupación nazi y del fin de la Segunda Guerra Mundial, en un contexto por demás complejo. Cincuenta años habían pasado de aquellas masacres y por primera vez había sido electa una coalición de centroderecha (conocida como Polo de las Libertades y Polo del Buen Gobierno, dependiendo de la región), liderada por Silvio Berlusconi, la cual incluía un partido heredero del fascismo (la Alleanza Nazionale) que promovía un programa neoliberal y profundamente anticomunista.

Portelli entiende que en ese marco, en el campo intelectual se dio un movimiento de revisionismo histórico del antifascismo que cuestionaba desde viejas y nuevas perspectivas de derecha una Resistencia cuyos principios —simplificados y mitificados al extremo— habían sido el fundamento

²² Sobre la cual también ha escrito Eric J. Hobsbawm en su famoso trabajo “The Historian between the Quest for the Universal and the Quest for Identity” de 1994, publicado en español como “La historia de la identidad no es suficiente” (1998). Hobsbawm relata que “la conferencia reunió no sólo a historiadores y científicos sociales de varios países del este y el oeste de Europa y los Estados Unidos, sino también a supervivientes del lugar, antiguos miembros de la Resistencia y otros interesados. [...] Por tanto -y ello no tiene nada de extraño- la conferencia se celebró en un extraordinario ambiente de tensión y malestar. Todo el mundo era consciente de que estaban en juego asuntos de gran importancia política, incluso existencial. Cada uno de los historiadores presentes no podía por menos de preguntarse sobre la relación de la historia con el presente” (1998, pp. 266-267). Recomendamos volver a leer ese artículo porque describe el panorama del encuentro y sus múltiples problemas con mucha claridad.

de la Constitución de 1948 y por ende de la democracia italiana.²⁵ Plantea al respecto:

Por un lado, tenemos el mito del papel fundador de la Resistencia. Los italianos estamos tremendamente aburridos, me imagino, de la definición: la República que nació de la Resistencia. De todas maneras, así fue, y muchos valores de la Resistencia están incorporados en la Constitución. Pero si la Resistencia y el heroísmo de los partisanos constituyen los mitos de fundación de la democracia italiana antifascista, existe también otro mito: la versión en contra de los partisanos, la versión es culpa de los partisanos. Una versión antagonica, producto del carácter no acabado de nuestra democracia, de la resistencia a nuestra democracia y de un hecho innegable: la democracia que surgió a partir de la Resistencia no fue el resultado de una elección unánime de la mayoría del pueblo, sino un proyecto, un sueño, un deseo que no todo el mundo compartía. Eso es lo que realmente está en juego ahora: ¿Italia es una democracia antifascista nacida de la Resistencia o es otra cosa? (Portelli, 2006, p. 55)

Comprendió entonces que en el terreno de las memorias del antifascismo no se jugaba una batalla cultural más, sino una que comprometía el presente y el futuro de Italia. Y también, que en esa batalla la historia oral tenía mucho que aportar al ser un arma muy efectiva contra las memorias que pretenden ser monolíticas, más cuando son sostenidas simultáneamente desde el poder político, las instituciones tradicionales y los medios de comunicación hegemónicos, al ayudar a reconocer la multiplicidad de memorias en la sociedad y sus conflictos (Bretal, Matas, Monacci y Nieto, 2014, p. 9)

Así es que, alarmados por esta situación, Portelli y otros intelectuales apostaron, por un lado, al rescate y análisis de la memoria de los partisanos;

²⁵ Portelli ha analizado en otros trabajos aquellos elementos que se promovieron como sentido común para afianzar la identidad italiana a partir de la posguerra (Portelli, 2002b). Allí ha relevado que, sobre todo durante la Guerra Fría, se insistía en que la totalidad del pueblo italiano había participado de la lucha por la liberación y se sostenía la idea de una Resistencia como movimiento unificado y no como una experiencia conflictiva y plagada de divisiones. Además, en ese marco se recurría a la imagen del partisano moribundo antes que a la del partisano combatiente, se delegaba toda la violencia al enemigo (los alemanes, y para la izquierda también los fascistas) y se postulaba una imagen virtuosa y pacificada, no violenta y respetable de los comienzos nacionales. Frente a esas “vulgas de la Resistencia” piensa que fue creciendo una contramemoria de la derecha.

y por el otro, al desmantelamiento de las llamadas “vulgatas de la derecha” sobre la Resistencia, por la fuerza y habilidad con que estas últimas construcciones de sentido sobre el pasado se estaban tornando sentido común y representaban un riesgo cada vez mayor. En particular, todo lo relacionado con la lucha de los partisanos y el recurso a la violencia durante la Resistencia.

Volcado sobre estas problemáticas, ya para la conferencia de Arezzo de 1994 (mencionada al comienzo de este apartado), presentó una primera versión del artículo que aquí en Argentina hemos traducido como “Luto, sentido común, mito y política en la memoria de la masacre de Civitella Val di Chiana (Toscana, 29 de junio de 1944)” (Portelli, 2016c), que concentra gran parte de las reflexiones y aportes que luego desarrollaría en otros casos.

A lo largo de ese trabajo, el autor interroga las memorias generadas en torno a una masacre cometida el 29 de junio de 1944 en Civitella, donde el ejército alemán ejecutó a 115 civiles, todos hombres.²⁴ Para abordar el problema, Portelli tomó como punto de partida lo que el investigador Giovanni Contini había descrito y definido como “memoria dividida” (Contini, 1996) y propuso extender y radicalizar esa definición, porque Contini solamente contemplaba la división entre una memoria “oficial”, que durante décadas había tenido por eje la reivindicación de la Resistencia, con mayúsculas, y la de los familiares de las víctimas, en su mayoría viudas e hijos, centrada en la propia pérdida y en el duelo, que había renegado siempre de las conexiones con la resistencia y culpado a los partisanos por provocar la represalia alemana con su acción (Portelli, 2016c).

La contribución principal del estudio de Portelli es señalar que esa dicotomía es falsa y forzada, y que nos encontramos con una multiplicidad de memorias fragmentadas e internamente divididas, ideológica y culturalmente, tanto entre generaciones como en cada individuo. Esto lo demuestra analizando las narrativas de los sobrevivientes de la masacre: en especial, aquellas de las viudas e hijos de los ejecutados. En sus esfuerzos por narrar lo “inexpresable” del dolor, se producen construcciones culturales de palabras e ideas que deben ser críticamente comprendidas. Además, remarca que el

²⁴ El mismo día fueron asesinadas 58 personas cerca de La Cornia y 39 en San Pancrazio, y todas esas masacres fueron atribuidas a una represalia alemana por la acción partisana que se cobró la vida de tres soldados alemanes el 18 de junio previo.

duelo también es un proceso elaborado históricamente y que el testimonio cambia con el tiempo. Su intención, por supuesto, no es cuestionar su credibilidad, sino investigar la estructura y los sentidos de su construcción narrativa de aquellos acontecimientos, algo que ya habían realizado otros investigadores sobre las memorias de los partisanos. Destaca, por ejemplo, que casi todas las narraciones de la masacre de los familiares de Civitella comienzan, tienen su *incipit*, con la acción partisana en contra del ejército de ocupación alemán el 18 de junio. No comienzan ni con el fascismo, ni con la guerra, ni con la experiencia de la ocupación y sus primeras víctimas, ni con las tensiones territoriales y clasistas previas.

En ese sentido, llama la atención de los lectores al plantear que ese *incipit* elegido (lo que marca el pasaje de lo aparentemente ordenado a lo desordenado, a lo que vale la pena contar), está siendo construido —en los años noventa— por adultos que eran niños o adolescentes cuando se produjo la masacre. Por lo tanto, el tono destacable en sus narrativas de un “paraíso perdido” o “edad de la inocencia” truncada con aquel hecho, hay que entenderlo fuertemente asociado con las reminiscencias infantiles.

Al igual que en otros trabajos posteriores, aborda las contradicciones que se producen en estas narrativas cuando los actos de la Resistencia pueden ser bien reputados en abstracto, pero jamás los hechos concretos y cercanos. Pero también cómo en la inmediata posguerra, los sobrevivientes de Civitella parecen no haber criticado a los partisanos, sino que la hostilidad tomó cuerpo después, a partir de algunas ejecuciones que los partisanos realizaron de colaboracionistas que en realidad eran bastante respetados por la comunidad (o no eran necesariamente más fascistas que el resto), por los que en las décadas siguientes hubo algunos juicios antipartisanos y se fue consolidando progresivamente esa perspectiva en el sentido común. Un sentido común en el que también, simultáneamente, cada vez se refuerza más como una virtud ser una “víctima inocente”; es decir, algo que desde otra mirada podría pensarse como no haber hecho nada para combatir el fascismo ni la ocupación. En otras oportunidades esto fue denominado como “la ideología del heroísmo de los que no hacen nada”, “la pasividad como virtud, me parece que ese es el modelo de ciudadanía que no milita, que no vota y que no se propone temas fundamentales, sólo está interesada en una buena administración” (Barela, Clementi, Míguez y Paredes, 1998, p. 6).

El mismo año de la conferencia de Arezzo fue ubicado en San Carlos de Bariloche, Argentina, el criminal de guerra nazi Erich Priebke, responsable de otra masacre muy significativa para Italia: la masacre de las Fosas Ardeatinas, ocurrida en Roma el 24 de marzo de 1944, sobre la que habló sin remordimientos ante las cámaras de la cadena norteamericana ABC.²⁵ Esto suscitó una conmoción entre los sobrevivientes italianos. Con mucho esfuerzo consiguieron que se solicitara la extradición para que fuera juzgado y que esta fuera concedida por el gobierno argentino de Carlos Saúl Menem en noviembre de 1995. Sin embargo, los procesos judiciales en su contra en Italia sufrieron una reiterada serie de marchas y contramarchas, que llevaron a que primero fuera liberado por considerarse prescriptos los crímenes, y que luego lo volvieran a procesar y condenar, pero solo a 15 años y con prisión domiciliaria por su edad, lo cual desató numerosas polémicas en la opinión pública durante varios años.²⁶

En ese escenario Portelli comenzó a trabajar también con el caso de las memorias de la masacre de las Fosas Ardeatinas de manera más específica, aunque no le era un tema ajeno en absoluto, por residir en Roma desde décadas atrás, estar vinculado con diferentes organizaciones de tradición antifascista y hallarse sumamente preocupado por la aparición de carteles a favor de Priebke y de esvásticas en la ciudad.

Además, por las dimensiones de la masacre, por la justicia fallida y por las controversias que se generaron en torno a ella, seguía siendo una herida abierta en la memoria. Si bien no fue la peor matanza de los nazis en Italia, sí fue —como ha demostrado el autor— la única matanza “metropolitana” en Europa, perpetrada en el espacio urbano de una gran capital y que reunió una diversidad de víctimas tan grande (fueron asesinadas 335 personas). No

²⁵ Cincuenta años después de la masacre, Priebke fue ubicado a los 81 años, tras un arduo trabajo de investigación, y entrevistado en las calles de Bariloche por el periodista estadounidense Sam Donaldson. Lo que impactó a todos fue que Priebke en un primer momento consideró que no era ya un riesgo referirse al tema, y reconoció frente a las cámaras su autoría en los asesinatos en Italia alegando que recibió órdenes superiores y que su deber era ejecutarlas. Solo cuando fue interpelado como criminal de guerra por el periodista, Priebke terminó en forma abrupta la entrevista. El impacto que causó en Bariloche fue enorme, al punto que una parte significativa de la sociedad se resistió a creerlo e incluso realizó campañas a su favor.

²⁶ Priebke falleció a los cien años de edad en su residencia de Roma el 11 de octubre de 2013.

había tenido precedentes en la zona y fue, de hecho, el modelo para algunas masacres posteriores.

El autor entendió que su trabajo sobre aquel acontecimiento, recordado como represalia frente a un ataque partisano que cobró la vida de 32 alemanes, podía contribuir a pensar “la historia de Roma y del país entero por todo el siglo, a pesar de que ocurrió durante un solo día, al siguiente del atentado” (Portelli, 2006, p. 53). En ese sentido, comprendió también que abordar el caso de las Fosas:

esclarece la historia a través de los recorridos individuales de las personas que estuvieron involucradas en los hechos, y esclarece la memoria porque se constituye en un eje de ardientes polémicas que comenzaron casi inmediatamente después de los hechos y aún no se han extinguido (Portelli, 2006, p. 53).

Polémicas que renacen con la captura de Priebke y tienen implicancias graves, en especial porque, al ser esta masacre tan visible, Portelli percibe que investigar la distancia entre lo que pasó y las múltiples maneras de recordarlo puede ofrecer numerosas claves para entender el sentido profundo de ese acontecimiento para la sociedad italiana. De la misma manera, puede brindar la oportunidad de analizar con cada mito toda la complejidad de la identidad nacional, las bases constituyentes de la democracia italiana a partir de la posguerra, de las políticas de memoria, de la interacción entre recuerdos personales e institucionales, temas que, como ya hemos visto, venían preocupando al autor desde hacía un tiempo.

Los mitos, desde esta perspectiva, son narraciones que sirven para sostener creencias del orden colectivo que están en la base de esos relatos. En el caso de las Fosas, el núcleo duro del conflicto es la persistencia de un mito en particular, más allá de que los hechos están documentados hace medio siglo: “la búsqueda por parte de los alemanes de los partisanos cobardes que se escondieron, dejando de esta manera que los rehenes fuesen matados” (Portelli, 2006, p. 54). Esto lo relaciona con la típica búsqueda de culpables de la masacre, pero entiende que ha sido estímulo para el debate histórico funcional a la derecha, donde el peso cae siempre sobre los partisanos que integraron la Resistencia y no sobre los alemanes, más allá de que cambien los relatos en el tiempo.

Por eso piensa los claroscuros de ese mito, da cuenta de un aspecto positivo de la identidad nacional italiana de posguerra: no ser un pueblo belicoso, “y, por eso, de cierta manera, el intento de imaginar los partisanos como héroes de guerra nunca tuvo gran éxito” (Portelli, 2006, p. 55). Pero también señala que en los años noventa, en particular, ve su persistencia relacionada con que las instituciones que más influencia seguían ejerciendo sobre la memoria pública eran la religión y las fuerzas armadas —con más fuerza tras la caída del Muro y la crisis del comunismo— para las que cualquier cosa que hubieran realizado los comunistas siempre fue y seguía siendo una acción criminal (Portelli, 2006).

De todas maneras, Portelli no se queda solo en el análisis de la memoria pública; por el contrario, siguiendo sus postulados sobre la escucha como precepto profesional, se preguntó sobre cómo siguió la vida de los familiares de cada uno de los que fueron asesinados en la masacre y realizó más de doscientas entrevistas a viudas e hijos de aquellos hombres. Así pudo acercarse a las trayectorias previas y a los recorridos posteriores, atento a la diversidad de procedencias e identidades de los masacrados, como también a cada problema que debieron enfrentar en los cincuenta años siguientes aquellos que los sobrevivieron, entre los que se cuenta la justicia fallida.

Además, entrevista a jóvenes, en especial a aquellos que dicen que no saben nada, que afirman que no tienen ninguna memoria histórica sobre el acontecimiento, pero a quienes suele llevarse como visita escolar a las Fosas y cuya simbolización también es más que atractiva para analizar los sentidos de la muerte y la experiencia que de ella hacen las nuevas generaciones. Este es otro de los temas que, junto a los movimientos sociales juveniles, Portelli abordará reiteradamente a lo largo de su obra (Portelli, 2006).

Con todos estos recursos, sin duda, una de las principales contribuciones del autor —que, tras varios anticipos, se plasmó definitivamente en el libro *La orden ya fue ejecutada* (publicado en Italia en 1999, en Argentina en 2004)— es desarmar cuidadosamente ese sentido común dominante en Roma “empapado de desinformación” (Portelli, 2004, p. 15). Partiendo de un acontecimiento bisagra, y como esa masacre ahonda en el sentido común que nació de relatos que combinaron durante décadas la capacidad de sugestión de presentarse como relatos alternativos, desde la derecha y la Iglesia católica contra la “historia de los vencedores” y la “vulgata de la resistencia” de la posguerra, con

la fuerza de penetración de partidos y medios de comunicación, constituye una narración que es efectivamente hegemónica y peligrosa. En esas páginas, Portelli nos contagia la fascinación por los relatos erróneos, los mitos, las leyendas y los silencios que se han construido en torno a estos hechos, y nos revela algunas dimensiones desde donde se puede poner en jaque a la hegemonía de la derecha (y a cualquier hegemonía).

Algunas estrategias concretas que despliega Portelli para desmontar vulgatas son: ampliar la secuencia narrativa, señalar las implicancias de su *incipit*, situar los testimonios en el contexto biográfico de cada persona y también en el sociopolítico, demostrar sus mutaciones en el tiempo. Vuelve en el tiempo hasta la primera noticia que se publica sobre la masacre, en el *Osservatore* (diario del Vaticano), y reconstruye las nociones que allí aparecen expresadas —irresponsabilidad partisana, sacrificio, inocencia, víctima, culpables— para conformar como un solo hecho automáticamente relacionado la acción partisana en Via Rasella y la masacre de las Fosas Ardeatinas. Allí se diferencia a las “víctimas” (los 32 alemanes contra quienes los partisanos realizaron un atentado el 23 de marzo) de las “personas sacrificadas” (los 335 hombres asesinados en la represalia de las Fosas Ardeatinas) y de los “culpables escapados al arresto” (los partisanos) (Portelli, 2004, p. 14). Portelli entiende que ese es el relato que aún hoy envenena el sentido común y que allí radica el éxito a largo plazo de la represalia nazi: en contaminar la memoria del hecho, de la resistencia, la identidad y los orígenes de la República. En el hecho de que se fusionaran en el sentido común moderado los relatos de la extrema derecha (2004: 16). Aunque parece, tal vez, un ejercicio sencillo enmarcar las acciones en su contexto, esto produce un efecto demoledor sobre los mitos y sobre el sentido común dominante posterior. Como plantea el autor, si en el relato aparecen las deportaciones, los fusilamientos, los rastrillajes, el hambre, el miedo, entonces el atentado de Vía Rasella ya no es una causa sino un efecto (2004, p. 143).

Por eso es que el libro se ofrece como ceremonia para conjurar un retorno del fascismo. Por esa razón, los nombres de las víctimas acompañan el comienzo y final de cada capítulo como en cada acto de conmemoración anual, porque Portelli asume su trabajo como un desafío metodológico, sí, pero sobre todo, como una iniciativa de acción intelectual de compromiso cívico.

Por último, otro de los grandes temas que preocupan a Portelli en relación con las memorias del antifascismo es el de los mitos de la visión oficial de la Resistencia en la posguerra y algunas “fallas de la memoria de izquierda”. Ambos tópicos, tratados en el libro sobre las Fosas, los desplegó también en artículos como “Memoria e identidad: una reflexión desde la Italia Posfascista” (2002b), y en el trabajo sobre la Batalla de Poggio Bustone (2016b).

Para Portelli son graves, durante la Segunda República italiana, las consecuencias de que la izquierda haya evitado durante décadas algunos temas controversiales, en particular que no todos los italianos eran antifascistas y que la Resistencia fue una insurrección armada que involucró actos de violencia,²⁷ promoviendo así un consenso antifascista moderado y negando incluso las memorias de los propios partisanos. Ese tipo de errores ha dado lugar a que tampoco haya podido encontrar estrategias para responder a la “contra-memoria de la derecha” que se presentaba a la opinión pública con un tono sensacionalista de revelación de verdades ocultas, haciendo aparecer a los partisanos como una minoría descarriada y violenta, en sintonía con que el fin de la Guerra Fría y el revisionismo histórico internacional iban corriendo el foco del nazismo al comunismo como mal supremo del siglo (Portelli, 2002b).

A modo de cierre

Por todo lo que hemos visto hasta aquí, no es llamativo que en Argentina —y en particular en La Plata— la obra de Alessandro Portelli comenzara a ser reconocida a fines de los años 90 y despertara mayor interés partir del período 2001/2002.

Su apuesta por la historia oral estimuló inquietudes en aquellos que buscaban resistir desde adentro y desde afuera de la academia al consenso neoliberal, por su potencialidad demoledora de los discursos hegemónicos. Con la difusión de sus trabajos metodológicos y aquellos sobre las memorias obreras de Terni, Portelli enseñaba que los excluidos siempre habían tenido voz, solo que nadie (o pocos) los habían escuchado, porque no han tenido ni tienen

²⁷ Sostiene que así muchos jóvenes que fueron criados en el rechazo generalizado de la “violencia” como categoría indiferenciada eran incapaces de realizar distinciones para filtrar la imagen de partisanos que también mataron por su país, y que la izquierda estaba mal preparada para enfrentar el “redescubrimiento” de la Resistencia como guerra. De la misma manera, el hecho de que, tanto en esa guerra de liberación como posteriormente, también los partisanos cometieron acciones discutibles, a veces directamente criminales, aisladas pero innegables (Portelli, 2002b).

garantizado el acceso al discurso público. En otras palabras, el problema no es ni ha sido nunca la mudez de los grupos “aún no hegemónicos” (parafraseando la pregunta “¿puede hablar el sujeto subalterno?” de Gayatri Spivak), sino la sordera o hipoacusia social en el sistema en que vivimos. Por eso, quienes comenzaron a adherir a la historia oral y siguieron sus propuestas han trabajado para garantizar el derecho de los sectores populares no solo a la palabra, sino también a ser escuchados, y se han comprometido a reunir esas voces, amplificarlas y ponerlas en juego para que tengan oportunidad de modificar radicalmente al discurso público.

Sus investigaciones sobre la relación entre historia y memoria del antifascismo y las masacres del nazismo, que fueron conociéndose hacia comienzos del nuevo siglo, generaron un efecto de mayor proximidad con los investigadores y las preocupaciones locales sobre la historia reciente de nuestro país, un campo por entonces en formación, lo que propició que fuera invitado a coloquios para poner en común sus desarrollos. Eran tiempos en que el consenso neoliberal estallaba y junto con él se agrietaba el andamiaje de impunidad construido en torno a leyes como las de obediencia debida y punto final a fines de los años ochenta. En ese marco fue ampliándose el interés en los ámbitos académicos y en el movimiento de derechos humanos local por conocer las reflexiones que se habían producido en Europa sobre la memoria social (con sus olvidos, mitos y silencios), las políticas de memoria (con su tensión intrínseca), y los sitios de memoria y lo ritual que los rodea, temas recorridos insistentemente por Portelli en su obra, lo cual permitió un encuentro productivo que aún tiene mucho camino por delante.

Por eso, una gran cantidad de líneas de investigación, en diversos campos, se han inspirado en la obra de Portelli en la última década y es probable que así siga siendo en la medida en que se expanda una mirada más integral sobre sus diferentes trabajos, publicados recientemente en español. Además, el cambio de signo producido en la política argentina a fines del año 2015 está planteando un escenario hostil y desafiante para todos los comprometidos con estas problemáticas, y creo que desde la lectura de Portelli podemos encontrar herramientas para desarmar las nuevas vulgatas de la derecha vernácula.

Por último, quería mencionar una anécdota que es significativa de las claves con las que Portelli ha sido leído entre muchos jóvenes de Argentina. Malcom Suárez, un estudiante colombiano muy despierto de la cátedra

de Introducción a la Historia en mi Facultad, me preguntó en clase durante el año 2014, mientras trabajábamos el artículo de Alessandro Portelli sobre las memorias de la masacre en Civitella, algo así como “¿no hay puntos en común entre la obra de Portelli y la apuesta de Rodolfo Walsh en *Operación Masacre?*”, una lectura que él había hecho por propio interés. La verdad es que primero pensé en decirle que no; creía que tenía que explicarle la historia oral en relación con su propia historia, pero sobre todo a distinguirla del periodismo de investigación, o de la *non fiction*, como han sido llamados los trabajos de Walsh... Se me ocurría que sí compartían, tal vez, la preocupación por masacres, pero que eran incluso dos experiencias muy distintas... Sin embargo, había algo en esa conexión que parecía tener mucho sentido para Malcom. Se notaba. Así que, antes de responder, le consulté por qué lo planteaba. De todo lo que dijo a continuación, recuerdo sobre todo que hizo hincapié acertadamente en la idea de la escucha, en el alto valor de la escucha en todas las investigaciones de Walsh y de Portelli, además del compromiso militante de ambos. Tenía razón. Y me dejó pensando mucho en ese tema.

Si bien no pertenecen exactamente a la misma generación, y por lo que menciona en una entrevista, Portelli conoció la obra de Walsh recién en su viaje de 2005 a La Plata (Jaschek y Raggio, 2005), ambos forjaron sus principales opciones y convicciones en aquellos revueltos años sesenta y setenta, para amplificar con sus escritos e iniciativas las voces de los explotados y sus tradiciones de lucha. Por eso, para cerrar, pueden valer para Portelli las palabras de la carta que Walsh escribió en 1976, en plena dictadura, al conocer la muerte de Francisco “Paco” Urondo cercado por fuerzas policiales, y que hablaban tanto de “Paco” como de él mismo:

El problema para un tipo como vos y un tiempo como éste, es que cuando más hondo se mira y más callado se escucha, más se empieza a percibir el sufrimiento de la gente, la miseria, la injusticia, la crueldad de los verdugos. Entonces ya no basta con mirar, ya no basta con escuchar, ya no alcanza con escribir (Walsh, 2007).

Bibliografía

Barela, L., Clementi, H., Míguez, M. y Paredes, D. (1998). Charla con Alessandro Portelli. *Voces recobradas. Revista de Historia Oral del Instituto Histórico de la*

- Ciudad de Buenos Aires*, 1(3), 4-6. Recuperado de www.historiaoralargentina.org/attachments/article/vocesrecobradas/RHO03.pdf
- Bretal, E., Matas, F., Monacci, L. y Nieto, N. (2014). Entrevista con Alessandro Portelli: "No éramos diletantes, no éramos amateurs. Éramos profesionales pero fuera de lugar". *Aletheia*, 5(9). Recuperado de <http://www.aletheia.fahce.unlp.edu.ar/numeros/numero-9/entrevista/entrevista-con-alessandro-portelli-201cno-eramos-diletantes-no-eramos-amateurs.-eramos-profesionales-pero-fuera-de-lugar201d>
- Contini, G. (1996). La memoria divisa di Civitella della Chiana – 29 giugno 1944 (luglio 1994). En L. Paggi (Ed.). *Storia e memoria di un massacro ordinario*. Roma: Manifesto Libri.
- Hobsbawm, E. (1998). La historia de la identidad no es suficiente. En E. Hobsbawm (Ed.). *Sobre la historia* (pp. 266-276). Barcelona: Crítica.
- Jaschek, I. y Raggio, S. (2005). Historia y relato oral. Entrevista con Alessandro Portelli. *Puentes*, 15, 32-39. Recuperado de www.comisionporlamemoria.org/static/prensa/puentes/15puentes.pdf
- Marini, G. (2005). Il Circolo Gianni Bosio. *Il de Martino. Rivista dell'Istituto Ernesto de Martino* (16-17). Recuperado de: www.circologiannibosio.it/circolo/circolo.php
- Portelli, A. (04.05.2006). Chi è Alessandros Portelli. Alessandro Portelli [Blog]. Recuperado de: alessandroportelli.blogspot.com.ar/2006/05/chi-sono.html
- Portelli, A. (1991). Lo que hace diferente a la historia oral. En D. Schwarzstein (Comp.), *La historia oral* (pp. 36-51). Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Portelli, A. (1999). Memoria y resistencia. Una historia (y celebración) del Circolo Gianni Bosio. *Taller. Revista de sociedad, cultura y política*, 4(10). Recuperado de www.relaho.org/documentos/adjuntados/article/8/portelli1.pdf
- Portelli, A. (2002a). Las fronteras de la memoria. La masacre de las Fosas Ardeatinas. Historia, mito, rituales y símbolos. *Sociohistórica. Cuadernos del CISH*, 11-12. Recuperado de: www.sociohistorica.fahce.unlp.edu.ar/article/view/SHn11-12a07/1802
- Portelli, A. (2002b). Memoria e identidad: una reflexión desde la Italia postfascista. En E. Jelin y V. Langland. *Monumentos, memoriales y marcas territoriales* (pp. 165-190). Madrid: Siglo XXI.

- Portelli, A. (2004). *La orden ya fue ejecutada. Roma, las Fosas Ardeatinas, la memoria*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Portelli, A. (2005). Il Circolo Gianni Bosio: una lunga passione. *Il de Martino. Rivista dell'Istituto Ernesto de Martino*, 16-17, "Giorni cantati. La seconda vita del Circolo Gianni Bosio." Recuperado de www.circologiannibosio.it/circolo/circolo.php
- Portelli, A. (2006). Otro 24 de marzo: masacre de las Fosas Ardeatinas. Historia, mito, rituales y símbolos. *Puentes*, 17, 53-60. Recuperado de: <http://www.comisionporlamemoria.org/static/prensa/puentes/17puentes.pdf>
- Portelli, A. (2010). História oral e poder. *Mnemosine*, 6(2), 2-13. Recuperado de es.scribd.com/document/123359222/Historia-Oral-e-Poder-Portelli
- Portelli, A. (2011). *They Say in Harlan County. An Oral History*. New York: Oxford University Press.
- Portelli, A. (2016a). La muerte de Luigi Trastulli (Terni 17 de marzo de 1949). La memoria y el acontecimiento. En *Historias orales. Narración, imaginación y diálogo* (37-68). La Plata: FaHCE-UNLP/Rosario: Prohistoria.
- Portelli, A. (2016b). La batalla de Poggio Bustone. Violencia, memoria e imaginación en la guerra partisana. En *Historias orales. Narración, imaginación y diálogo* (143-156). La Plata: FaHCE-UNLP/Rosario: Prohistoria.
- Portelli, A. (2016c). Luto, sentido común, mito y política en la memoria de la masacre de Civitella Val di Chiana. En *Historias orales. Narración, imaginación y diálogo* (119-142). La Plata: FaHCE-UNLP/Rosario: Prohistoria.
- Portelli, A. (2016d). *Historias orales. Narración, imaginación y diálogo*. Rosario-La Plata: Prohistoria-FaHCE.
- Walsh, R. (2007). Carta a Paco Urondo. En B. Urondo; G. Amato. *Hermano, Paco Urondo*. Buenos Aires: Nuestra América.

Historias Resistentes

Entre memorias e historia: lucha, amistad y terror en Santa Fe, 1974

Andrea Raina

Introducción

“Recordar”, del latín “recordare”. Prefijo “re”: de nuevo; y “cordare”, que proviene de “cordis”: corazón.

Recordar: etimológicamente significa “volver a pasar por el corazón.”
(Diccionario etimológico del castellano, 2000).

Que el terrorismo de Estado¹ en Argentina no comenzó el 24 de marzo de 1976 es hoy un dato más que sabido, pero a fines de la década de 1980 e inicios de 1990 esta afirmación no era tan común. Tal vez —seguramente— nuestro presente político en el país me indujo a repensar estos temas y replantearlos en un escenario en el cual hablar de los treinta mil detenidos-desaparecidos representa un debate, donde los genocidas² están siendo exculpados de diferentes maneras (beneficios en reducción de condenas, prisión domiciliaria,

¹ Sobre el concepto *terrorismo de Estado*, me remonto a la exposición de Luciano Alonso (2016a): “Pienso que los conceptos no son buenos ni malos de por sí, esto es, los conceptos no pueden tener cualidades humanas. Los conceptos son operativos, poco operativos o nada operativos. Esa operatividad no está dada por la categoría en sí, sino por el entramado significativo en el cual está inscripto el concepto, esto es, por la forma de los discursos. Por eso entonces no pretendo plantear un concepto correcto para referir a la represión, al terrorismo de Estado, o a lo que queramos aludir, sino que pienso que distintos vocablos pueden tener utilidades diferentes. Incluso, en el ámbito de las disciplinas socio-históricas, la realidad a veces no se deja subsumir bajo un único concepto, y distintos conceptos pueden colaborar en su descripción e implicación” (2016a, p. 60).

² Sobre la figura del Genocida.

o incluso detención de los juicios por crímenes de lesa humanidad) y donde hasta nuestro propio quehacer como historiadores/as recientes se ve bastardeado y ninguneado.

No puedo recordar bien a qué edad empiezo a escuchar el nombre de Marta entre las historias que contaba mi madre. Debo haber sido pequeña —calculo que entre siete a nueve o diez años— por eso el contexto en el que ubico su relato se remonta a fines de la década de 1980 y comienzo de 1990. La sensación es la de ser una niña cuando comencé a escuchar diferentes historias de una época, que se me aparecían como imágenes de película en mi cabeza. La narradora: mi madre; la escucha: compartida en el ámbito familiar, pero calando hondo en mí.

Que el terrorismo de Estado en Argentina no comenzó el 24 de marzo de 1976 lo sé por la historia de Marta; más precisamente porque a lo largo de mi infancia y adolescencia la narradora principal en mi vida ha sido mi madre. Tantas historias escuché de pequeña que al momento de decidir qué estudiar, no cabía otra posibilidad que no fuera Historia. Aquí, recordando la importante diferencia que Alessandro Portelli (2016) nos ha enseñado con tanta precisión, pasé de ser la escucha de una gran *story-telling* (contar historias) a emprender el camino narrativo propio de la mano de la *history-telling* (narrar la Historia). Y tanto escuché de la década de 1970 que más quise saber y comprender al momento de elegir un campo de estudio e investigación.

Como también es sabido, quienes nos dedicamos a la *history-telling* —es decir, a construir y narrar la Historia desde las reglas y el oficio del historiador— nos alejamos inevitablemente de los *story-telling* en el sentido de que nuestra decodificación investigativa, aun cuando nuestro interés se focaliza en las significaciones que los hechos tienen para los actores sociales que estudiamos, presenta ineludiblemente una visión e interpretación distinta a la contada por ellos desde su experiencia vivida.

En este trabajo me interesa conectar de alguna manera ambas narraciones, como un punto de unión entre mis propias memorias y la Historia que investigo. Acudiré a esas *story-telling* de mi madre, recurriendo inevitablemente a mi memoria personal, pero sobre todo a partir de una entrevista oral que le realicé en virtud de mi objeto de investigación. Sin duda, la entrevista en sí misma merecerá varias reflexiones, desde la forma en que se pudo realizar, hasta mi recepción como investigadora y ya no como niña o adolescente que

escuchaba fascinada esas historias de amistad, amor, lucha y tanto más. Claro que, aunque adulta, esos hilos de unión se entrelazaron en mí multiplicando mis identidades en ese diálogo, en esa “entre-vista”³ con mi madre, intentando permanecer consciente de lo aprendido y sostener el rol de entrevistadora que me tocaba en aquella situación.

La historia de Marta, como decía al comienzo, representa en mi memoria una historia de lucha, amistad y terror. Vienen a mi mente los relatos de la amistad de mi madre y Marta, del compartir su lugar de trabajo como periodistas gráficas en un diario de Santa Fe y de militancia. También vuelve como un escalofrío la frase tantas veces escuchada: “Marta y Nilsa fueron las primeras asesinadas por la Triple A [Alianza Anticomunista Argentina] en Santa Fe”.⁴

Esta memoria personal me condujo a indagar en la historia de Marta, que de alguna manera es la historia de mi mamá; es parte de la historia de militancia revolucionaria de la década de 1970 en Santa Fe y del terrorismo de Estado en Argentina.

El presente escrito se divide en tres partes. En el primer punto presento la construcción de la entrevista realizada a mi madre, las motivaciones que me condujeron a la investigación de esta historia y todas las significaciones que pude reconstruir de su relato, sus memorias y de una fotografía muy especial que tiene atesorada hasta el día de hoy. En la segunda parte reconstruyo la investigación historiográfica que realicé sobre el caso. Allí me detengo en el análisis de una memoria dominante construida en torno al asesinato, y a partir de ella intento desarmar la trama que constituye la Historia en este caso. Por último, en la tercera parte recupero algunas cuestiones en unas palabras finales.

³ “Una entre-vista es un intercambio de miradas: mucho más que otras formas de arte verbal, la historia oral es un género plurivocal, resultado del trabajo común de una multiplicidad dialogante de autores” (Portelli, 2016, p. 70).

⁴ Durante el tercer gobierno peronista (1973-1976), y más precisamente en los años previos al golpe de Estado del 24 de marzo de 1976, ya se había generalizado la represión ilegal y la violencia estatal de los grupos parapoliciales, alentados y organizados desde el mismo aparato del Estado. Las acciones de la Alianza Argentina Anticomunista (Triple A) fueron agravando el clima de persecución y violencia, a través de amenazas y asesinatos de dirigentes políticos y gremiales; aparecieron los campos de concentración-extermínio, aun estando en vigencia las instituciones democráticas. Véase Servetto (2008).

Más allá de la cercanía

Portelli (2016) nos invita a hablar *más allá de los límites* que implican las diferencias entre el entrevistado —narrador— y el entrevistador —historiador—. En mi caso, el cuidado tiene que ver con ir *más allá de la cercanía* del vínculo.

Para presentar la entrevista que realicé a mi madre en mayo de 2016 debo ser absolutamente sincera. Si bien mi intención de entrevistarla venía desde hace tiempo, me costó mucho transmitirle que quería hablar con ella en una situación de entrevista. Hoy identifico una doble incomodidad en mí: por un lado, no quería generarle ningún momento doloroso —y esto lo puedo entender para cualquier entrevistado, aunque claramente me conmueve de otra manera al tratarse de mi madre—, porque mi intención de fondo era poder hablar de su propia historia. Por otro lado, sabía que debía hacerme cargo del resultado de la entrevista; es decir, tomar todos los recaudos que aquí estoy presentando para que ese relato oral fuera parte del mosaico de voces que permitían contar esta Historia. En este sentido considero que las implicancias de la construcción de la entrevista y su análisis responden a cuidados iguales y diferentes a los de cualquier otra. Iguales en cuanto a los criterios propuestos por Portelli (2016) para ello; y diferentes porque me implican de una manera subjetiva particular que debo estar atenta a considerar en cada paso:

el hecho de que el historiador oral construya su discurso con palabras ajenas no impide que el discurso siga siendo suyo: en vez de anularse en las fuentes, el historiador se inscribe en ellas, y su subjetividad queda al desnudo. Lejos de transformarse en un simple medio neutral de una historia narrada desde abajo, el historiador ve de hecho aumentada su esfera de responsabilidad. [...] la fuente oral involucra totalmente el relato en la propia subjetividad (Portelli, 2016, p. 30).

A esta generalidad que revela Portelli le agregaría, en mi caso, una singular manera de involucrarme con el relato. Y es que gran parte de la narración de mi madre resonaba en mí como una memoria que se actualizaba.

Con toda esta carga simbólica y emocional, hice la entrevista de manera bastante informal, como una charla en la que comencé mostrándole el legajo

de la causa del asesinato de Marta y Nilsa.⁵ En un momento dado encendí el grabador, se lo mostré y le indiqué, con un guiño de complicidad, que comenzaba a grabar la conversación. Como dije, mi intención más profunda era que ella fuera la protagonista de su relato. Mi forma de poder hablar de su “experiencia vivida” fue a partir de la historia de su amiga, tantas veces relatada; de la novedad de contarle que estaba investigando el caso y que necesitaba saber más al respecto. De esta manera comenzó la conversación, con preguntas que surgían de la lectura de la causa judicial que estábamos mirando juntas. En plena batalla para no perder mi propio eje y sin que la situación se viera de golpe pactada, estructurada o frustrada de alguna manera,⁶ empecé a intervenir con preguntas más claras y a adquirir el rol de entrevistadora. Así fue que se inició la situación de entrevista.

Luego de un tiempo de haberla realizado puedo volver a ella y analizarla críticamente en conjunción con otros relatos que también fueron parte de estas memorias y de la Historia que intento reconstruir.

“Yo la miraba a Marta y le decía: nos va a tocar, Marta”

En el marco de la entrevista, mi madre habló de la militancia de su amiga y de la suya. Narró ciertas situaciones que luego no quiso que se publicaran, y así se me presentó un nuevo dilema. La disyuntiva me llevó a producir una segunda versión, en la cual, en pos de su relato, resguardaba su identidad y me desvinculaba sin contar la *story-telling* que me condujo hasta aquí. Esa versión

⁵ La historia de ese legajo no es menor, ya que me llega a través de una periodista, Cintia Mignone, que comienza a investigar el caso justamente a raíz de la insistencia de mi madre en contarle acerca de “las primeras asesinadas por la Triple A” en Santa Fe. Se trata de la causa judicial N° 16/11, caratulada “Zamaro, Marta Adelina- Urquía, Nilsa María s/investigación de sus muertes” del Juzgado Federal N° 1. En el mes de marzo del año 2011, los familiares de Marta Zamaro y Nilsa Urquía decidieron solicitar a la justicia la reapertura de la causa por el asesinato de las abogadas. La Asociación de Prensa de Santa Fe se constituyó como querellante. Entre los años 2011 y 2013 se llevó adelante la etapa de instrucción en la que testimoniaron veinte testigos. Asimismo, se ofrecieron pruebas documentales para la causa. En la actualidad la causa se encuentra detenida, no ha llegado a la instancia de juicio. Al momento de hallarse los cuerpos se abrió una causa judicial en noviembre de 1974, que luego fue cerrada: “Expediente NN S/homicidio-víctimas: Zamaro Marta Adelina, Urquía Nilsa María”, Juzgado de Instrucción IIIa. Nominación. Juez: Néstor N. Latorre; Secretaría Primera, Danilo Guillermo Imhoff; Fiscalía N° 1, Dr. Betemps.

⁶ Ya que, como se comprenderá, en las vinculaciones madre-hija muchos elementos pueden disiparse y terminar, con suerte, hablando de otros temas, cuando no en discusiones o malentendidos.

no solo había perdido mi voz en esta reconstrucción —y con ella se había ido una especie de esencia que había cautivado de cierta manera— sino que, sobre todo, me presentaba un problema epistemológico respecto a la forma en que estaba haciendo historia oral. La sensación era que luego del primer recorrido, que involucraba la historia de mi madre y mis memorias, ya no podía volver atrás. No había forma de citar fragmentos de la entrevista a mi madre inventándole un nombre, alejándola de mi propio relato, sin contar que se trataba de ella. Luego de muchos intercambios con el equipo de trabajo con el que compilamos este libro, decidimos mantener la historia y la memoria que me implicaba en esta Historia —a través de mi madre— y sacrificar de algún modo importantes fragmentos de la entrevista que ella me confió. De esta manera iré entretejiendo partes de su relato con el mío para ir reconstruyendo este camino emprendido.

Mucho de lo que mi madre luego fue (y es), indudablemente está atravesado por lo que ha sido y por todo lo que ha vivido. La situación extrema que se aproximaba —“nos va a tocar, Marta”— revelaba los inicios de una experiencia y de un sentir prolongado y proyectado en el tiempo: el miedo.⁷

El miedo, entonces, como cuidado, como instinto de conservación e intuición. Esa sensación tan personal fue transmitida de alguna manera a su amiga y compañera de trabajo y militancia, que confió en eso para su propio resguardo:

⁷ Como sabemos, las definiciones identitarias abarcan múltiples dimensiones en un sujeto y en determinados contextos pueden prevalecer unas más que otras. En este caso las vinculamos fuertemente a las experiencias vividas. En palabras de Craig Calhoun (1999, p. 92): “la identidad es una construcción relativamente estable en un continuo proceso de actividad social [...] incluso a nivel personal, la identidad no es totalmente interna al individuo sino que es parte de un proceso social”. Por ello también apelamos al concepto de “experiencia” que se refiere a las vivencias en términos de acontecimientos, rutinas, prácticas sociales; es decir complejos de relaciones interpersonales e intergrupales, así como representaciones y producciones imaginarias. En otras palabras, hace a la realidad inmediata y a la manera en la cual esta es percibida y construida por los sujetos. A su vez, la experiencia se entiende como la base de la identidad, concebida como “sentimiento de pertenencia”. Y si nos referimos a una “situación extrema” (Pollak, 2006), esta es tomada como reveladora de la identidad, como imagen de sí, para sí mismo y para otros: “Una situación extrema provoca inéditas acciones ante lo imprevisible, situaciones para las cuales no hemos sido preparados, socializados, iniciados. Quebrando el orden naturalizado del mundo habitual, los individuos deben adaptarse a un contexto nuevo y redefinir su identidad y sus relaciones con los otros individuos y grupos” (Pollak, 2006, p. 11).

Marta me dice: me voy a venir a vivir unos días acá. Bueno, le digo. Porque Nilza se va y no me quiero quedar sola. Bueno, le digo. Yo no le preguntaba cosas a Marta. Lo que pasó es que ella pensaba que mi casa iba a ser segura. Pero dos días antes, el día anterior a que se viniera, eso iba a ser un miércoles, ¡ese día la allanan y se la llevan... [silencio] y... qué desastre! (Entrevista a Josefina, mi madre, mayo 2016).

Este es uno de los recuerdos más dolorosos que carga mi madre, como posibilidad de salvación que fue arrancada por cuestión de horas. Innegablemente, los desenlaces de esa posibilidad no los sabemos, y resulta fácil, de alguna manera, plantear que no hacemos Historia contrafáctica; pero sin duda, en la imaginación de Josefina, ese “qué hubiera sido si” se repite incesantemente y marca su memoria como espina en su vida.

“Yo estuve allí, esto ha sido”

Como si pudiéramos estar allí, y ser testigos de sus conversaciones, la magia de la fotografía y el resguardo nos regalan esta imagen. Tanto supo guardar las cosas Josefina, que esta foto sobrevivió a los embates del tiempo gracias a ella.



Fotografía en el *Nuevo Diario*, 23 de julio de 1974 - En la esquina inferior izquierda: Marta Zamaro.

Los testimonios orales, al igual que los visuales, son huellas, índices que deben ser investigados. Si la foto dice “esto ha sido”, un testigo dice “yo estuve allí”: se acuerda del acontecimiento y lo relata (Raina, 2013). “A cierto nivel, las imágenes son una fuente poco fiable, un espejo deformante. Pero compensan esa desventaja proporcionando buenos testimonios a otro nivel, de modo que el historiador puede convertir ese defecto en una virtud” (Burke,

2005, p. 38). Bajo el precepto de que el conocimiento histórico es indirecto, indicial y conjetural, recordamos el paradigma indiciario de Ginzburg: “si la realidad es impenetrable, existen zonas privilegiadas, pruebas, indicios que permiten descifrarla” (2003, p. 151). Ambos tipos de huellas nos enfrentan de alguna manera a problemas de la memoria, pues aunque la imagen fotográfica parezca reflejar una realidad pasada, solo se puede comprender si contamos con más elementos que la vuelven inteligible; en la fotografía la pragmática determina su semántica:

La imagen foto se torna inseparable de su experiencia referencial, del acto que la funda. Su realidad primera no confirma otra cosa que una afirmación de existencia. La foto es ante todo índice. Es sólo a continuación que puede llegar a ser semejanza (ícono) y adquirir sentido (símbolo). [...] su único sentido, si se quiere, es indicar, subrayar, mostrar su relación singular con una situación referencial determinada. El índice se detiene en el “esto ha sido” no dice: “esto quiere decir” (Dubois, 2002, p. 51).

En consecuencia, para analizar esta fotografía (o cualquier otra) necesitamos más información. Sus significaciones serán variables y dependerán de cada recepción. En este caso podemos describirla primero como una fotografía que Josefina tenía guardada, atesorada, y que hoy se encuentra enmarcada y colgada en el *living* de su casa. Muestra una época —distinguimos el blanco y negro, vestimenta y maquillaje que marcan la década de 1970; una situación laboral de mujeres frente a las máquinas de escribir de aquel momento; sabemos que se trata de la redacción de un diario, aunque podríamos no suponerlo tan fácilmente de la simple observación.

La significación fundamental de esta imagen no está dada por su descripción, por lo que muestra, sino por el relato de Josefina que sostiene que esa “es la última fotografía de Marta con vida”. Y a partir de esta memoria los sentidos se reconfiguran y nuestra mirada hacia la fotografía cambia.

Si es o no, fehacientemente, “la última fotografía de Marta con vida”, en realidad poco nos importa. Existen muchas posibilidades de que sí lo sea, ya que fue tomada el 23 de julio de 1974 y Marta fue secuestrada el 14 de noviembre de ese mismo año. Además, la fotografía fue tomada en el ambiente laboral por un compañero fotógrafo; no resulta extraño suponer que en ese

contexto (con todas las actividades gremiales y militantes de Marta) en el que se encontraba expuesta, no era esperable estar tomándose fotografías.

La fuerza de esta imagen, tras el relato de Josefina, es que nuclea en ese instante el entrecruzamiento de expectativas del pasado con las experiencias de ese pasado y del presente. Las expectativas se constituyen como *lo que todavía no es* y en este sentido pueden ser revisadas y modificadas en el transcurrir del presente. En las expectativas de ese pasado —retratado en la fotografía— no era imaginable que tres meses y medio después Marta fuera secuestrada y brutalmente asesinada.

Las experiencias involucran más de una dimensión temporal, ya que implican una conexión con ese pasado que ha sido, pero rompen con una linealidad cronológica al encontrarse acumuladas en fragmentos y momentos superpuestos que son variables en la medida en que su conocimiento puede ser reformulado con el tiempo. Se trata de un movimiento pendular constante entre las aspiraciones de futuro hacia el pasado que se reelabora, y viceversa. “La construcción de memorias debería, así, ubicarse como parte emergente de la coordinación de una experiencia permanentemente reconstruida a partir de un horizonte de expectativas sometido continuamente a revisión porque el campo experiencial reformulado así lo exige” (Oberti y Pittaluga, 2006, p. 219).

Así, las memorias se apoyan en experiencias vividas, por lo que son eminentemente subjetivas:

La memoria es cualitativa, singular, poco cuidadosa de las comparaciones, de la contextualización, de las generalizaciones, no tiene necesidad de pruebas para quien las transporta. La narración del pasado ofrecida por un testigo -mientras éste no sea un mentiroso consciente- será siempre su verdad, es decir una parte del pasado depositada en él. Por su carácter subjetivo, la memoria jamás está fijada [...] (Traverso, 2007, p. 73).

A su vez, al ser una construcción desde el presente, está siempre atravesada por los acontecimientos, experiencias y conocimientos adquiridos, que se superponen y pueden modificar el recuerdo. Las memorias implican un tipo de relación de los actores con el pasado, aparentemente inmodificable en cuanto tal; pero variable en torno a sus sentidos, en tanto los marcos sociales desde los cuales se aproximan a aquel también se van transformando.

Zambullida una vez más en la *story-telling* materna, ahora me interesa presentar el estudio historiográfico del caso del asesinato de Marta y Nilsa. En este eje, articulo la memoria social que prevalece sobre el mismo con la Historia que me interesa desentrañar.

De las memorias a la Historia: investigación del caso del asesinato de Marta Zamaro y Nilsa Urquía en Santa Fe, noviembre de 1974

Un acontecimiento vivido está consumado, o por lo menos está cerrado únicamente en la esfera de la experiencia vivida, mientras que un acontecimiento recordado no tiene límites, puesto que éste es la clave de todo lo que sucedió antes y después del mismo.

W. Benjamin en Portelli, *Historias orales*.

El asesinato de Marta y Nilsa ha quedado presente en la memoria social de diferentes actores sociales y políticos de la ciudad de Santa Fe como producto de una *represalia*. Desde esta narrativa, se justificó el crimen como consecuencia del atentado que causó la muerte a dos militares a manos del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), entre octubre y noviembre de 1974 en la ciudad de Santa Fe.

Como se adelantó, es objetivo de este estudio *deconstruir* esa memoria social que contiene una importante afirmación respecto a sus implicancias sociales, políticas y de interpretación histórica: que el secuestro y asesinato de las dos abogadas militantes fue producto de una represión como represalia. Asimismo, me propuse *reconstruir* históricamente el caso a partir de una metodología cualitativa que contempló fuentes escritas —diarios locales y nacionales, prensa del Partido Revolucionario de los Trabajadores – Ejército Revolucionario del Pueblo (en adelante PRT-ERP), causa judicial—; junto con las fuentes orales: entrevistas semiestructuradas a exmilitantes de la organización y compañeros/as de Marta y Nilsa de distintos ámbitos laborales y gremiales.

El desarrollo de esta memoria que articuló los hechos de manera mono-causal, invisibilizó no solo otras memorias en relación con el caso, sino que también obtuvo otros sentidos necesarios para la interpretación histórica de los hechos en el contexto de la trama represiva desplegada en profundidad a partir de 1974, tanto en Santa Fe como en el resto del país.

Los datos duros

Nilsa Urquía y Marta Zamaro fueron militantes del PRT-ERP en Santa Fe. Los testimonios de sus compañeros de trabajo, amigos y exmilitantes afirman su participación en esta organización político-militar (OPM).⁸ Marta y Nilsa vivían juntas. Como parte de su actividad profesional (eran abogadas) y por su compromiso militante pertenecieron a la Asociación de Abogados de Santa Fe. Marta, además, trabajaba como periodista en el *Nuevo Diario* y era delegada gremial allí. Estas múltiples pertenencias definieron sus ámbitos de acción y prácticas políticas y cotidianas, muchas veces compartidas.

El desenlace trágico también las unió: ambas fueron secuestradas el 14 de noviembre de 1974 en la casa que compartían en la ciudad de Santa Fe. Dos días después sus cuerpos aparecieron flotando en el arroyo Cululú, a unos 12 km de la ciudad de Esperanza, departamento Las Colonias de la provincia de Santa Fe. Marta tenía 29 años y Nilsa 32. El caso conmovió a la prensa y a la opinión pública de la época. Fueron encontradas atadas con las manos en la espalda, amordazadas con pedazos de telas adheridas con cinta adhesiva que les cubría el rostro, y con claros signos de golpes en diferentes partes del cuerpo; la autopsia del expediente confirmaba la muerte a causa de asfixia por inmersión. El impacto del caso en la prensa local y nacional se explicó fundamentalmente por la pertenencia de Marta al gremio de gráficos del *Nuevo Diario*. Desde este medio se dio plena difusión tanto a la desaparición de ambas⁹ como a la denuncia del asesinato, cuando hallaron sus cuerpos dos días después.¹⁰ El otro medio local, *El Litoral*, publicó un amplio comunicado de los trabajadores de prensa del *Nuevo Diario* en el cual manifestaban su “enérgica condena” al asesinato, e informaban del envío de un telegrama al presidente de la Nación para que investigue el doble crimen.¹¹ Todo este movimiento de la prensa local impulsó una cobertura de alcance nacional: “Hallan muertas

⁸ Me refiero a testimonios obtenidos en el contexto de la causa judicial: declaraciones tomadas a partir del año 2011. Respecto a los avatares de la causa judicial, en este momento detenida, véase Mignone (2011).

⁹ Faltan de sus domicilios dos abogadas de Santa Fe, *Nuevo Diario*, 16 de noviembre de 1974.

¹⁰ Estupor ante el asesinato de dos abogadas en nuestra ciudad, *Nuevo Diario*, 19 de noviembre de 1974.

¹¹ Asesinan a dos abogadas de esta capital, *El Litoral*, 18 de noviembre de 1974.

dos abogadas en Santa Fe”, diario *La Nación*, 18 de noviembre de 1974); y “Sepultaron a las dos abogadas asesinadas en Santa Fe”, diario *La Opinión*, 19 de noviembre de 1974.

La textura de la trama: sobre la memoria social

Que una versión errada de la historia se vuelva sentido común no nos llama solamente a rectificar la reconstrucción de los hechos, sino también a interrogarnos sobre cómo y por qué este sentido común se ha construido, sobre su significado y sobre su utilidad.

Alessandro Portelli, *La orden ya fue ejecutada*

Como sabemos, la memoria es un fenómeno construido colectivamente y sometido a transformaciones constantes (Pollak, 2006). En este análisis partí de la noción de memoria social ya que, aunque es simultáneamente individual y colectiva, con este concepto se pueden interrogar las formas en que se han construido de manera social los sentidos del pasado enlazados con el presente, en el acto mismo de recordar/olvidar (Jelin, 2001).

En la construcción de una memoria determinada podemos encontrarnos con experiencias vividas o experiencias transmitidas, sin que sean muy claras las distinciones entre ellas cuando además se suceden situaciones extremas en las cuales interviene un trauma. Teniendo en cuenta estos aspectos que influyen y estructuran de alguna manera la construcción de las memorias, analicé los testimonios que diferentes testigos han dado en torno a la causa que investiga el asesinato de Marta y Nilsa, reabierto en el año 2011.¹² Me pregunto: ¿cómo se construyó esta memoria de la “represión por represalia”?, ¿quiénes son sus “portadores”? y ¿sobre la base de cuáles experiencias vividas o transmitidas fue promovida?

De los heterogéneos testimonios —que incluyen a familiares, amigos, compañeros de trabajo de cada una, compañeros de militancia, médicos policiales y de guardia del hospital de Esperanza, entre otros— me centré en aquellos que revelaban datos de la militancia y trabajo de Marta y Nilsa; a la

¹² Gracias a la colaboración de la periodista Cintia Mignone y a su ayuda solo interesada en el esclarecimiento e investigación del caso, cuento con las dos causas -la del año 1974 y la del 2011- como fuentes para esta investigación. Para mantener la confidencialidad de los testigos utilizaré “testigos” para referirme a ellos, evitando el uso de sus nombres propios.

vez que asumían alguna posición respecto a su secuestro y asesinato. Tres de los testimonios apuntaron firmemente a la versión del crimen por represalia por las ejecuciones previas a los militares Juan Carlos Gambandé y Néstor López.¹³

Uno de los testigos es un conocido periodista de la ciudad, que hizo pública su posición con una nota en el diario *El Litoral* un mes antes de reabrirse la causa:

El 7 de noviembre de ese año [1974] -una semana antes de que las secuestraran- un comando del ERP había matado al capitán Néstor López en la ciudad de Santa Fe. En octubre había sido asesinado en circunstancias parecidas el teniente Juan Carlos Gambandé. Los dos operativos formaban parte de un ajuste de cuentas que esta organización guerrillera había prometido realizar como reacción por el asesinato de varios guerrilleros que se habían rendido al Ejército en la provincia de Catamarca. Se trataba de decisiones delirantes e injustas por parte de una organización que defendía una estrategia equivocada y que se había levantado en armas contra un gobierno democrático. [...] Ése fue el contexto en que se perpetró el secuestro y muerte de Marta y Nilsa. Treinta y cinco años después, cada uno puede hacer la evaluación que mejor le parezca, pero lo que para mí está claro es que, más allá de las vicisitudes políticas, nadie merece morir así. Nadie (*El Litoral*, 09.02.2011).

Esta nota de opinión va en consonancia con la testimonial realizada ante la reapertura de la causa N° 16/11, en la cual también sostuvo la versión del atentado seguido de represalia. Tanto su declaración como la nota publicada en el diario *El Litoral* de la ciudad de Santa Fe fueron parte de la construcción de la visión monocausal de los hechos, que abonó una memoria social domi-

¹³ Juan Carlos Gambandé ingresó en el Colegio Militar de la Nación el 1 de marzo de 1968 y egresó en diciembre de 1970 con el grado de subteniente en la rama de Intendencia. El 11 de octubre de 1974 fue asesinado a balazos en la vía pública en la ciudad de Santa Fe. El hecho fue reivindicado por la organización ERP: Santa Fe: el ERP ejecutó al Teniente del Ejército Contrarrevolucionario Juan Carlos Gambandé. *Estrella Roja*, 04.11.1974.

¹⁴ Néstor Horacio López ingresó en el Colegio Militar de la Nación el 1 de marzo de 1949 y egresó con el grado de subteniente en la rama de Artillería. El 7 de noviembre de 1974 fue atacado a balazos al salir de su casa en la ciudad de Santa Fe. Se encontraba con un soldado conscripto de apellido Sales. López murió en el acto y Sales quedó herido.

nante que obturó la investigación del caso. Dos testigos más repitieron esta interpretación causal y directa entre ambos hechos:

Los asesinatos de Zamaro, Urquía y Zerbato,¹⁴ fueron obra del terrorismo de estado. Fue una represalia directa porque el PRT-ERP, mató en esta ciudad a los oficiales del Ejército Argentino, Gambandé y López. En el secuestro de las abogadas Zamaro y Urquía hubo zona liberada. Los gritos se escucharon en el barrio y cuando los vecinos llamaban a la Policía contestaban que era un operativo antisubversivo.¹⁵

Por su parte, el Testigo 2, afirmó:

Ya en esa época el PRT era una organización clandestina y perseguida, que cometía hechos militares. Recuerdo que dentro de esta participaban -lo cual supe posteriormente- las abogadas Zamaro y Urquía, encargadas de defender a los presos políticos que por lo general caían en acciones militares. Posiblemente sus muertes hayan sido una represalia por los dos hechos del PRT, uno el del Mayor López y el otro el caso de Gambandé, que fueron unos días antes. De que hay un nexo entre ello y los hechos posteriores estoy casi seguro.¹⁶

Todos estos testigos fueron parte de la causa N° 16/11 y testimoniaron entre 2011 y 2013 en la etapa de instrucción. Como condición de producción, presentaron la particularidad de que sus testimonios fueron brindados en el marco del proceso de justicia por crímenes de lesa humanidad; y en este contexto se convirtieron posiblemente en una de las pruebas “más importantes”:

¹⁴ Zerbato, César Orlando: “desaparecido en Santa Fe, noviembre de 1974, dirigente nacional del PRT-ERP. Para esa fecha hubo una ofensiva contra esa fuerza, poniéndole una bomba el 06.12.74 en calle 9 de Julio 1572 al estudio del abogado Enrique Rozados Parodi, militante del PC, cuyo hijo Misael Rozados Fucksman era de Montoneros y es secuestrado y asesinado en Rosario en 1975. Esa bomba fue la mayor que puso el terrorismo de estado en Santa Fe -4 kg. de trotyl-, y provocó que le cortara las piernas a la altura de la rodilla a la secretaria del abogado, Nilda Segades, que vivía allí con su esposo de apellido Puchetta y sus dos hijos de corta edad, que sobrevivieron milagrosamente” (Pedraza, 27.06.2006).

¹⁵ Testigo 1, causa N° 16/11, caratulada “Zamara, Marta Adelina- Urquía, Nilsa María s/investigación de sus muertes”.

¹⁶ Testigo 2, causa N° 16/11, caratulada “Zamara, Marta Adelina- Urquía, Nilsa María s/investigación de sus muertes”.

Muchas veces estos testigos cumplen con una doble condición -testigos y víctimas directas- de hechos de igual naturaleza respecto de lo que debieron deponer; lo cual, desde una correcta técnica procesal, los convierte en testigos directos de cómo funcionó el sistema represivo estatal en los hechos (Varsky, 2011, p. 51).

En este sentido, sus relatos persiguieron —en términos generales— objetivos judiciales, de búsqueda de una *verdad jurídica* e incriminación de quienes fueron los responsables del crimen. A su vez, la construcción de esa memoria social se basó en un imaginario que implicó una serie de supuestos sobre el período previo a la imposición de la dictadura cívico-militar del año 1976. En medio de estas suposiciones, encontró asidero la lógica acción-reacción que construyó la versión de atentado-represalia justificando el crimen de las dos militantes.

Además de la nota periodística y de las declaraciones testimoniales, cuento con entrevistas orales que realicé a tres de esos testigos, compañeros y amigos de Marta y Nilsa.

El Testigo 1,¹⁷ en el contexto de la entrevista oral, afirmó:

El marco en el que se inscribe todo esto, es un espiral de violencia que se vivía por algunos hechos como el de Catamarca que se habían rendido varios militantes del PRT-ERP, no me acuerdo si eran 14, y los fusilaron a todos, aún rendidos. Entonces a partir de ahí el PRT-ERP arma una venganza a nivel nacional que donde se viera un oficial del Ejército se lo eliminaría, una cosa así. Y acá tocó a dos, que eran Gambandé y López, más o menos para octubre del '74. A partir de ahí el Ejército, para mí como represalia, decide secuestrar y asesinar a las abogadas... después había un comentario que me habían hecho de que Marta había tenido, según esta versión que nunca me la confirmaron desde el PRT-ERP, una participación directa en el hecho de López, allá en [la avenida] General Paz, como que habría hecho una especie de inteligencia previa en el edificio ese donde vivía López, haciéndose pasar por empleada o qué... Pero la gente del PRT-ERP nunca me confirmó eso, nunca, jamás (Entrevista con testigo 1, febrero 2016).

¹⁷ Se trata del mismo Testigo 1 que citamos de la causa N° 16/11. Entrevista oral realizada por la autora, en Santa Fe, febrero de 2016.

Como es notorio en su relato, el Testigo 1 no militaba en la organización PRT-ERP y tampoco tenía un vínculo personal con Marta y Nilsa. Su militancia en esos años se centró en la Juventud Universitaria Peronista (JUP), cuando era estudiante universitario de abogacía.

Esta memoria, entonces, se ha construido básicamente en torno a *experiencias transmitidas* y por *rumores*,¹⁸ que circulaban en el mismo ámbito social a través de las *redes sociales*¹⁹ que se tejían en la ciudad de Santa Fe. Basada en esos rumores se desliza una versión de complejas consecuencias tanto para la causa judicial como para la interpretación histórica de los hechos.²⁰ De más está decir que en los testimonios judiciales esta hipótesis (de la supuesta participación directa de una de ellas en el asesinato del militar López) no apareció en la declaración de ninguno de los testigos, y esto se debió no solo a una posible estrategia de la querrela, sino a que efectivamente no existió corroboración al respecto y a que su afirmación incriminaría inútilmente a las víctimas.²¹

Aun cuando, como veremos, no hay pruebas que sostengan la participación de las abogadas en las ejecuciones de los militares Gambandé y/o López, la existencia del rumor y su reproducción abonó —desde ese punto de vista más explícito— a la memoria del atentado seguido de represalia. Y más allá

¹⁸ Sobre el concepto de *rumor* se han producido algunos estudios que de forma multidisciplinar analizan las características del mismo frente a otras formas y procesos de comunicación. Mazo Salmerón (2003) define el rumor como un “proceso de comunicación interpersonal, fundamentalmente oral, espontáneo e informal, su mensaje es interesante, ambiguo y destinado a ser creído, y su transmisión es encadenada y exponencial”. Para mayor información sobre este punto, véase su tesis doctoral (Mazo Salmerón, 2003).

¹⁹ Para el concepto de *redes* ver Della Porta y Diani (2011).

²⁰ Este tipo de *rumores* lo hemos hallado en varias entrevistas a exmilitantes del PRT-ERP al momento de indagar acerca de los primeros militantes asesinados de la organización. Es decir, aun cuando no existieron vinculaciones directas con los asesinatos de los militares, la idea de la *represalia* se trasladó hasta el seno mismo de la OPM. Este tema es desarrollado en profundidad en mi tesis doctoral.

²¹ “Para realizar una correcta valoración de un testimonio, lo principal es lo que el testigo recuerda de su propia experiencia o de lo que otro le ha contado. Debido a que analizamos hechos ocurridos hace más de treinta años, muchas veces ese otro ya no está (por razones de salud o fallecimiento, o por simple decisión de no declarar). El ‘me dijeron que’ o ‘supe por otras personas que pasaba tal cosa’ es importante, pero a veces no alcanza o no convence a los jueces a los fines de probar la responsabilidad de una persona involucrada. En esos casos, pesa más lo que el testigo recuerda por sí mismo o lo que le dijo alguien que estaba a su lado, siempre que pueda indicar de quién se trataba” (Varsky, 2011, p. 52).

del rumor, la citada nota de opinión del periodista Alaniz que circuló en el espacio público a través del medio gráfico hegemónico de la ciudad —el diario *El Litoral*—, fomentó las visiones más antagonistas respecto a las OPM de los años 70.²² Si bien se trata de una posición político-ideológica (conservadora en el caso de Alaniz) respecto a la construcción de la memoria, se debe tener en cuenta que este tipo de perspectivas son estructuradas, a la vez que estructuran, un imaginario sobre la violencia política que se gestó desde los años de transición democrática en la Argentina (Raina, 2016). Alaniz se convirtió así en un portador de memorias oficiales respecto al accionar militante de la izquierda revolucionaria de la década de 1970. Un tipo de memoria que se construyó a partir de valoraciones posteriores a aquella década; es decir, se observó esta década con ojos de los años 1980. Respecto a los agentes de la represión también se homogeneizó la mirada.

Entonces, ¿dónde halla sus fundamentos esta memoria social?, ¿cuáles son esos supuestos sobre el período 1973-1976? Para reflexionar sobre estos interrogantes nos valemos del importante aporte de Hernán Merele (2016) sobre el proceso represivo desde 1973 hasta 1976.

Este autor sostiene que se ha construido desde la transición democrática, a través de interpretaciones testimoniales y periodísticas, una imagen monolítica de la represión en este período, que ubica a la Triple A como la única organización encargada de la represión ilegal y con la figura central del ministro de Bienestar Social, José López Rega —conocido como “el brujo”— como artífice principal. Este supuesto implica que la represión desplegada en estos años dependió exclusivamente de las organizaciones parapoliciales o paramilitares que una persona “delirante” e irracional (López Rega) puso a su disposición (Merele, 2016). Con esta mirada no solo se está homogeneizando un trienio muy complejo de la historia argentina, sino que además se está generando la idea falaz de una continuidad represiva ilegal respecto a lo sucedido en el período. Merele afirma, fundamentalmente, que la imagen del accionar de la represión ilegal tiene por objetivo separar al movimiento peronista de la responsabilidad que se deriva de sus actos:

²² Con menos difusión que *El Litoral*, Cintia Mignone -periodista y activa militante en la Asociación de prensa de Santa Fe- investiga el caso de las abogadas y difunde a través de un blog personal al respecto. Véase <http://historiascolaterales.blogspot.com.ar>

Esto resulta constatable en el lugar central que ocupó el accionar de la Triple A y la figura de López Rega a partir de la transición democrática de 1983 y en particular desde la detención y extradición en 1986 del ex ministro de Bienestar Social. Esto exhibe la decisión adoptada desde el Poder Ejecutivo Nacional en los primeros años del retorno a la democracia, de no ampliar las acusaciones más allá del círculo más próximo a este Ministerio y su titular, en un contexto en el que se imponía la necesidad de reconstruir de manera urgente el entramado social desgarrado tras la última dictadura, sin por ello arriesgar gobernabilidad (2016, p. 100).

Bajo esta construcción que identifica a las organizaciones parapoliciales/paramilitares como las únicas responsables del accionar represivo en el trienio, se esconden otros actores —del gobierno peronista y amplios sectores del movimiento justicialista— y prácticas represivas que se implementaron de manera procesual durante el período constitucional (Merele, 2016). Si sostuviéramos que el accionar represivo fue uniforme durante los tres años, estaríamos desconociendo, por ejemplo, la derogación de las normativas que penalizaban la actividad política que el gobierno de Cámpora logró bajo su administración.²⁵ Esta breve presidencia, si bien fue un paréntesis dentro del proceso represivo creciente, acumuló tensiones sociales por el aumento de la actividad militante de las OPM —Montoneros y PRT-ERP, sobre todo— que se desatarán en el período siguiente.

Los tres gobiernos peronistas del trienio 1973-1976, lejos de mostrar una unidad por el signo político de todos ellos, atravesaron y fueron parte de una condensación muy importante de tensiones y contradicciones.

²⁵ Nos referimos por ejemplo, al indulto de Cámpora a los presos políticos; la ley de amnistía por delitos previos al 25 de mayo de 1973 (Ley 20.508 del 28 de mayo de 1973); la eliminación de la Cámara Federal en lo Penal -fuero antisubversivo conocido como “Camarón”; la supresión de las leyes penales especiales creadas durante el gobierno de facto y la derogación de toda legislación no emanada del Congreso Nacional que hubiera modificado delitos (leyes 20.509 y 20.510). “Curiosamente, a pesar de esta derogación masiva de las leyes represivas previas, no se derogó el llamado Decreto-Ley de Defensa Nacional, que había sido el corazón ideológico de la seguridad nacional durante la Revolución Argentina y que exponía con toda claridad la articulación entre seguridad y desarrollo al postular la seguridad nacional como su objetivo central. No sólo no fue derogado, sino que en los años siguientes este decreto-ley fue invocado sucesivas veces como fundamento jurídico de diversas medidas restrictivas de las libertades públicas, hasta que una nueva legislación intentó sustituirlo para profundizarlo en 1975” (Franco, 2012, p. 40).

Con el primer gobierno, en la corta presidencia de Héctor Cámpora (del 25 de mayo al 12 de julio de 1973), se vivió un momento de movilización social y política de amplios sectores esperanzados por el cambio que implicaría la llegada de Perón. “La primavera camporista” finalizó con la presidencia provisional de Raúl Lastiri y la de Juan D. Perón (desde julio de 1973 hasta el 1 de julio de 1974), momento en el cual el enfrentamiento entre peronistas provocó la imagen de una guerra interna, arbitrada por el propio Perón. Tras la muerte del líder (1 de julio de 1974) asumió la presidencia María Estela Martínez de Perón, y se profundizó en este último período la crisis plural, política, social y económica que tuvo su desenlace final con el golpe cívico-militar del 24 de marzo de 1976 (Merele, 2016). El caso que estudio transcurrió durante este último gobierno constitucional, en un contexto de crisis agravada por el incremento de la violencia política y de la represión. Si en la primera etapa de enfrentamiento interno, durante el gobierno de Juan D. Perón, el objetivo era la “depuración” interna del movimiento, en la siguiente el combate será contra la “subversión” en todos los ámbitos, tanto dentro como fuera del movimiento peronista. Este incremento represivo encontró su fundamentación en una sucesión de hechos que representaron hitos de este proceso, comenzando el 20 de junio de 1973 con la “Masacre de Ezeiza”, en el marco del regreso definitivo de Juan D. Perón a la Argentina, momento en el cual se evidenció la ofensiva de los sectores más reaccionarios del movimiento contra la Tendencia Revolucionaria.²⁴ Tres meses después, el 25 de septiembre de 1973, el asesinato del secretario general de la Confederación General del Trabajo (CGT) José Ignacio Rucci, llevado a cabo por Montoneros, marcó el fin de la tregua electoral mantenida hasta ese momento (ya que Perón había asumido solo dos días antes del asesinato) y desató una ola de represalia contra militantes de izquierda (peronistas y no peronistas). Dicha represión contó tanto con una cara ilegal como con una legal. Durante los gobiernos de Juan D. Perón y María Estela Martínez de Perón se produjeron intervenciones provinciales

²⁴ Si bien es muy difícil referirse a la Tendencia Revolucionaria de forma sintética, a grandes rasgos se llamó así a un sector del peronismo que se identificó como “la izquierda peronista” y que nucleaba tanto organizaciones políticas como político-militares tales como JUP, FAR, Montoneros, entre otras.

a las llamadas “provincias montoneras”;²⁵ se declaró ilegal al ERP mediante el decreto N° 1454/73, el mismo día que Perón asumió la presidencia de la Nación;²⁶ se reformó el Código Penal bajo la ley 20.642 en relación con los delitos de connotación subversiva, en enero de 1974; se sancionó la Ley de Seguridad Nacional N° 20.840 que establecía penas por actividades subversivas en todas sus manifestaciones, en septiembre de 1974,²⁷ y se declaró el estado de sitio en noviembre de 1974 mediante el decreto 1368/74.²⁸ A estas disposiciones legales se sumó que los servicios de inteligencia se encontraban en un momento de mayor especialización y producción de información.²⁹

La represión parapolicial —practicada no solo por la Triple A— tuvo su continuidad ascendente, y marcó un desplazamiento en su foco luego del ataque del ERP al regimiento militar de Azul en enero de 1974. Tras producirse este hecho, las fuerzas represivas dirigieron sus acciones hacia la “subversión” en todos los ámbitos: políticos, sociales y culturales; y dieron lugar así a la llamada “lucha antisubversiva” bajo el gobierno peronista.

En el espacio público en la ciudad de Santa Fe, la cara visible de la represión desatada fue, durante un breve tiempo, la policía provincial:

Luego de los sangrientos sucesos en la unidad militar de Azul, según trascendió, las fuerzas policiales fueron alertadas convenientemente, reforzándose los servicios, manteniendo por otra parte, la requisa diaria de

²⁵ “Durante los mandatos de Juan Perón y luego de María Estela Martínez de Perón fueron intervenidas cinco provincias: Formosa (17/11/73), Córdoba (12/3/74), Mendoza (9/8/74), Santa Cruz (7/10/74) y Salta (23/11/74). Alicia Servetto plantea que estas intervenciones deben leerse en el marco de la lucha intraperonista desatada por el control de los recursos del poder del Estado, y también por el control del monopolio de la identidad peronista, que dominó el campo de la lucha política en el período” (Merele, 2016, p. 106).

²⁶ Boletín Oficial de la República Argentina (en adelante, BO) (25.09.1973), Anales de Legislación Argentina (en adelante, AdLA), Tomo XXXIII-D, p. 3746. Buenos Aires: Ediciones La Ley.

²⁷ BO, 02.10.1974.

²⁸ 06.01.1974; BO 07.11.1974, AdLA, XXXIV-D, p. 3525. Dicho decreto fue “prorrogado en su vigencia” por el Decreto 2717/75, dictado por el presidente provisorio del Senado de la Nación en ejercicio del Poder Ejecutivo, doctor Ítalo Argentino Luder. Tal estado de sitio duró hasta su “cesación” por el dictado del decreto 2834/83 del 29 de octubre de 1983.

²⁹ En 1971 se había creado la Central de Inteligencia de la Provincia (CIP) con la explícita función de “realizar la inteligencia requerida a nivel del Poder Ejecutivo Provincial, y cooperar en el control y supervisión del desenvolvimiento gubernamental a dicho nivel” (Águila, 2013, p. 10).

personas y automóviles [...] Además se mantienen severos controles en cabeceras departamentales y de distritos y la policía caminera cumple tareas en rutas pavimentadas y de tierra [...] Pese a no existir información se pudo saber que por orden superior se han impartido órdenes a las fuerzas policiales de repeler por las armas todo intento de ataque por elementos desconocidos (*El Litoral*, 24.01.1974).

Al seguir a la prensa local en los meses posteriores al ataque a la localidad de Azul y de aparición pública de la policía como guardiana del orden social y político, apoyada en el entramado legal, hallamos varios operativos más de orden “antisubversivo”. El día 4 de abril de 1974 el *Nuevo Diario* publicó una noticia de gran tamaño incluyendo dos fotografías que tituló: “Detienen a extremistas. La policía de Santa Fe descubrió a un reducto guerrillero”. En la nota se dejó en claro que se trató de un operativo realizado por efectivos policiales de la Unidad Regional 1, de la capital provincial. El operativo constó de allanamiento y detención de dos personas integrantes del ERP, denominada por la prensa como “la organización ilegal”. Otro procedimiento policial de la misma Unidad Regional 1, fue publicado el 22 de agosto de 1974 en el diario *El Litoral* con el título “Procedimiento antisubversivo”, en el cual se detuvo a una abogada de la ciudad de Santa Fe y se secuestraron elementos y material de “propaganda subversiva”.

En este marco de “represión legal” (la policía siguiendo las leyes represivas), en el mes de septiembre de 1974 un comando ilegal publicó su primer comunicado, en el cual asumió un atentado al domicilio particular de una pareja de militantes. Una bomba estalló en la casa de Mario Alberto Nívoli y su esposa Isabel Mac Donald, ambos militantes de la Juventud Peronista.³⁰ El Comando Anticomunista del Litoral (CAL) publicó en el comunicado:

Este operativo es una *advertencia a* las organizaciones paramilitares (*ERP-Montoneros*) fundamentalmente y *a las estructuras de apoyo* de las mismas. [...] este comando considerará traidores a la patria no sólo a los integrantes militares de las organizaciones subversivas, sino también a todos aquellos que se manifiesten a su favor, como así también a *los abo-*

³⁰ Mario Alberto Nívoli, nacido en Córdoba, militante de Juventud Peronista (JP) fue secuestrado el 14 de febrero de 1977 en la ciudad de Córdoba (Baschetti, s/d).

gados que defiendan delincuentes comunes llamados “guerrilleros” y “defensores del pueblo” (sic) obstaculizando el accionar de la justicia. El CAL pone en conocimiento del pueblo del litoral que jamás atentará contra los verdaderos trabajadores, y sí lo hará contra quienes atenten con sus acciones el normal desarrollo de la institucionalización del país (*Nuevo Diario*, 27.09.1974; cursivas mías).

Menos de un mes después, dicho comando figuró directamente como parte de la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina) presentando *listas negras* en los medios de comunicación:

Por los medios habituales se recibió en nuestra redacción una esquila suscripta por el grupo ilegal denominado Alianza Anticomunista Argentina, Comando Litoral, en el cual se amenaza de muerte a una serie de personas que se domicilian y trabajan en nuestra ciudad (*Nuevo Diario*, 20.10.1974).

A los pocos días se publicó:

Los artefactos explosivos fueron colocados a los abogados Alberto Molinas y Ricardo Molinas y si bien los daños, en el caso del domicilio del primero de ellos, son cuantiosos, no hubo que lamentar víctimas personales. [...] Alberto Molinas, de 54 años de edad, profesor de derecho de la Facultad de Ciencias Jurídicas del Litoral y de la Universidad Católica y conocido abogado de nuestro medio. Cabe señalar que el doctor Alberto Molinas es padre de Francisco y Alberto Molinas, militante el uno y dirigente el otro de la organización Montoneros, que recientemente pasara a la clandestinidad y se colocara fuera de la ley (*Nuevo Diario*, 25.10.1974).

Con una nueva lista negra, días después lanzaron otro comunicado en el que se adjudicaron, además, el atentado explosivo en la casa del doctor Ricardo Molinas:

Anoche por los medios habituales, una organización armada clandestina identificada como Alianza Anticomunista Argentina, Comando Litoral, hizo saber que se hallan bajo amenaza de muerte cinco personas de nuestro medio. [...] Cabe recordar que esta organización ilegal se atribuyó recientemente el atentado perpetrado contra la casa del Dr. Ricardo Molinas (*Nuevo Diario*, octubre.1974).

El caso aquí presentado se insertó en este proceso represivo, profundizado cada vez más por la acción clandestina de estos comandos de derecha anticomunistas, que comenzaron a diseminar el terror en diversos sectores sociales y políticos.³¹

A todo lo dicho debemos sumar ciertas características de la localidad de Santa Fe³² respecto a la experiencia de una “suerte de represión cotidiana de los comportamientos desde mucho antes que la escalada de la violencia política viniera a clausurar las disidencias posibles”; para comprender “el sustento social de una opinión pública formada a partir del monopolio de medios de comunicación y de la reproducción cotidiana de un universo de sentido” (Alonso, 2016, p. 425). En este marco, Marta y Nilsa fueron identificadas públicamente en todas las noticias periodísticas como “las abogadas”.³³ A partir de una entrevista oral realizada a un abogado y compañero de ambas pude reconstruir su experiencia en la Asociación de Abogados de Santa Fe. Resulta necesario detenernos por un momento en esta Asociación.

La Asociación de Abogados en la ciudad de Santa Fe

La Asociación de Abogados nació como una agrupación de abogados comprometidos con la defensa de los derechos individuales y sociales vulnerados por la creciente legislación represiva a partir del golpe militar de junio de 1966, perpetrado por Juan Carlos Onganía. Dicha Asociación surgió del núcleo mismo de las asambleas del Colegio de Abogados local, cuya convocatoria se fue haciendo más frecuente a medida que el proceso represivo fue avanzando. A partir de 1967 comenzaron las asambleas extraordinarias a pronunciarse y a alertar sobre este proceso:

³¹ Cabe aclarar que respecto a la composición del CAL o de la Triple A en el nivel local, no tenemos mayores datos acerca de sus integrantes. Sobre la base de la bibliografía y las fuentes disponibles podemos decir que probablemente estaba integrada por agentes de distintas reparticiones (esto puede incluir militares y policías) y civiles (peronistas de derecha y otros).

³² Con una población en el Departamento La Capital (ciudad de Santa Fe y localidades cercanas) de 312.427 habitantes en el censo 1970 y 381.449 en el censo 1980. Por su parte, la ciudad de Rosario siempre tuvo más del doble de población (INDEC).

³³ La prensa local y nacional se refirió a ellas siempre como “las abogadas”, primero desaparecidas y luego asesinadas. Ver *Nuevo Diario*, 16.11.1974; *El Litoral*, 18.11.1974; *Nuevo Diario*, 19.11.1974; *La Nación*, 18.11.1974.

El jefe de la policía ha fijado un horario para que los profesionales visiten a detenidos, en una comisaria me dieron un minuto, en otras 5 minutos, 10 en otras. Hay muchos antecedentes de detención indebida, no solo de estudiantes sino también de obreros y creo que el Colegio debe efectuar una enérgica protesta ante quien corresponda [...]. Se está creando en Santa Fe un clima de intimidación, como no hay en otro punto del país (Asamblea del Colegio de Abogados del 17 de mayo de 1967, fragmento del Acta).

A continuación, diferentes letrados sumaron mociones de investigación en todos los juzgados respecto a los allanamientos y detenciones indebidas, solicitaron que el Directorio se pronunciara sobre estos hechos y publicaron la situación en los medios locales. En octubre del mismo año se convocó una nueva Asamblea Extraordinaria, a consecuencia de la sanción de la ley 17.401 de “Represión del comunismo”. Numerosos colegiados se reunieron y la debatieron. El núcleo de abogados de la Asociación comenzó a tener más integrantes y capacidad para obtener resoluciones desde el interior del Colegio:

Cuando sale la Ley Anticomunista y meten preso a Alfredo Becerra, ahí comienza la Asociación de Abogados militando dentro de lo que era el Colegio de Abogados, presionando para sacar resoluciones dentro del Colegio de Abogados. Inclusive se forma una delegación... es decir cuando le van a tomar declaración a Alfredo Becerra, el Juez que se llamaba Wade, un liberal... se encuentra de pronto que había seis abogados... Es decir de golpe se encuentra con seis, ocho abogados de un tipo que nadie conocía, que era un abogado joven, pero no muy conocido. Y ahí digamos se consolida un poco lo que luego sería la Asociación de Abogados (Entrevista a Rafael Pérez, mayo de 2016).

La Asociación creció dentro del Colegio de Abogados debido al compromiso profesional, ético y político de los abogados que decidieron forjar, desde ese lugar, posicionamientos y acciones que les permitían intervenir efectivamente en el espacio social. Esta decisión respondió sin duda a la participación de tres reconocidos abogados locales, con una importante trayectoria, que dieron inicio a la Asociación: “Los tres referentes, no es porque esté hablando yo, pero digamos los tres referentes más claros de la Asociación de Abogados

eran [Ricardo] Molinas, [Alfredo] Noguerras y yo. Ninguno de los tres estaba integrado a una 'Orga'" (Entrevista a Roberto Pérez, mayo de 2016).³⁴

Dada esta situación de compromiso y militancia política desde su labor profesional, se comprende que las acciones estratégicas de la Asociación pasaban por impulsar sus declaraciones públicas y medidas tomadas desde el Colegio de Abogados de la ciudad para obtener mayores resultados presionando a la justicia. Al ritmo de la legislación represiva del período y de las violaciones de las garantías constitucionales, el Colegio de Abogados reunido en cada vez más frecuentes asambleas extraordinarias, publicaba declaraciones y diversas medidas que incluyeron desde el patrocinio gratuito en la defensa de presos sometidos a los consejos de guerra, querellas en los casos de apremios ilegales, denuncias y peticiones a diversos organismos estatales, hasta la concreción de paros nacionales de actividades.

Si bien esta fue la impronta particular de la Asociación de Abogados en Santa Fe, existieron casos de abogados militantes integrados a OPM que participaban de la misma:

Dentro de la Asociación de Abogados había casos más cercanos a Montoneros como ser Monina Doldán, y otros más cercanos a Izquierda, del ERP como era el caso de *Miguel* [...]. Las chicas [Marta y Nilsa] estaban claramente vinculadas al ERP. Digamos que dentro de los abogados el de más nivel [en el ERP] era *Miguel* (Entrevista a Rafael Pérez, mayo de 2016).³⁵

Para estos casos, la figura del *abogado orgánico* probablemente sea más acorde que la de *abogado comprometido* que predominaba entre los integrantes de la Asociación de Abogados de Santa Fe. Estos abogados orgánicos "eran en primer lugar militantes a quienes, en su calidad de abogados, las propias organizaciones armadas asignaban para la defensa de sus militantes" (Chama, 2016, p. 141).³⁶ Si bien este concepto es útil para reflexionar acerca de

³⁴ "Orga": término del habla coloquial que se refiere a las organizaciones político militares que surgieron en la década de 1970 en Argentina; las más conocidas fueron Montoneros y PRT-ERP.

³⁵ A pedido del entrevistado, y por encontrarse con vida el mencionado "Miguel" decidimos no revelar su nombre verdadero.

³⁶ A diferencia de la Asociación de Abogados de Buenos Aires, que sufre una división y la formación de otra agrupación llamada Asociación Gremial de Abogados (Chama, 2016), en Santa

las trayectorias políticas de Marta y Nilsa, la consideración acerca de si su militancia estaba primero y su profesión después excede las posibilidades de análisis de este capítulo. Más bien, uno de los ejes que interesa para seguir el hilo que nos conduzca al desenlace trágico es el de las prácticas políticas de estos abogados y abogadas. Así, el relato de Rafael Pérez sobre los hechos ocurridos en Catamarca en agosto de 1974 es fundamental para comprender el trasfondo del asesinato de Marta y Nilsa.

El “enfrentamiento” que fue masacre: Catamarca, agosto de 1974

Entre los días 9, 10 y 11 de agosto de 1974, dos comandos de la Compañía del Monte del ERP parten de Tucumán para cumplir dos acciones con el mismo objetivo de apropiación de armas. Una a llevarse a cabo en la Fábrica Militar de Pólvora y Explosivos en una localidad cercana a Villa María, Córdoba; y la otra en la provincia de Catamarca, en el Regimiento 17 de Infantería Aerotransportada. El supuesto enfrentamiento del ERP con las fuerzas militares y policiales que ocupaban la zona dio como resultado 14 militantes muertos. Tras la gestión de un grupo de abogados —orgánicos y comprometidos— se reveló que el enfrentamiento había sido masacre.

Todos los fragmentos que siguen corresponden al testimonio de Rafael Pérez, uno de los dos abogados sobrevivientes involucrados en el caso que pudimos entrevistar:

Un día llega Miguel a mi departamento, y me plantea que sabía que había un enfrentamiento en Catamarca, hasta ese momento no sabían el resultado, que la única posibilidad... que los iban a hacer pedazos y que había que tratar de que negociaran. Que había que ir gente que conozca la gente del enfrentamiento. Que él no quería ir solo, si yo lo podía acompañar (Entrevista a Rafael Pérez, mayo de 2016).

Cuatro abogados de Santa Fe emprendieron el viaje a Catamarca,³⁷ previo

Fe todos los abogados - militantes orgánicos o no- convivieron en dicha Asociación integrada al Colegio de Abogados. Desplegaban la defensa de presos políticos y hacían denuncias implementando estrategias que les permitían accionar a favor de su ideología y práctica política, tensando así, muchas veces, los límites de la organización.

³⁷ Por pedido del entrevistado hemos decidido no nombrar quiénes eran los otros tres abogados que lo acompañaron.

paso por Córdoba para contactarse con Alfredo Curutchet³⁸. En aquella ciudad se encontraron con Nilsa Urquía:

Llega Nilsa, con la madre de Molina, de Jorge Molina, que venían a retirar el cadáver. Vamos los cuatros abogados, Nilsa y la madre de Jorge al regimiento, a pedirle que queríamos que nos entregue el cadáver. Entonces viene un militar y nos dice, miren los cadáveres están en el suelo, embarrados con sangre; si entra la madre a retirarlo, sacamos dos muertos al hijo y a ella. Si alguno de ustedes quiere entrar (Entrevista a Rafael Pérez, mayo de 2016).

Dada esa situación Rafael se ofrece a entrar, pero solicita el acompañamiento del doctor Miguel, con la secreta intención de que este, que formaba parte del PRT-ERP, pudiera reconocer a los militantes caídos:

Cuando entramos era evidente que los habían fusilado. Había personas que tenían balas de itaca, de escopeta, que todavía no se habían abierto, es decir les habían pegado a menos de tres metros... gente que tenía cruces de balas de ametralladoras... entonces nos demoramos un poco, empezamos a destapar todas las caras para tener la lista, Miguel hizo la lista y salimos (Entrevista a Rafael Pérez, mayo de 2016).³⁹

Al salir, comenzaron la gestión para retirar el cadáver de Jorge Molina, pero antes solicitaron que se hiciera una “constatación de hechos” de todos ellos, previa a retirarlos, para verificar si efectivamente habían muerto en combate.

La versión de la muerte de los militantes por enfrentamiento había sido difundida por fuentes oficiales de la Policía Federal —cuyo jefe en ese momento era el comisario Alberto Villar, un verdadero “peso pesado” de la represión— y había sido tomada por el mismo ERP como cierta. En el número 38 de *Estrella Roja* se dijo:

³⁸ Abogado defensor de presos políticos y militante en Córdoba. Fue asesinado el 10 de septiembre de 1974.

³⁹ Los militantes fusilados fueron: Antonio del Carmen Fernández, Hugo Cacciavillani, Rutilio Betancour, Luis Roque López, Rogelio Gutiérrez, José María Molina, Mario Héctor Lescano, Juan Carlos Lescano, Juan Olivera, Roberto Jerez, Héctor Moreno, Luis Billinger, Raúl Sianz y Pedro Urbano.

El ataque al Regimiento 17 de Infantería Aerotransportada de Catamarca tuvo como resultado una derrota para las armas populares. Detectada la presencia de la unidad antes de que iniciara el ataque, se batió con fuerzas policiales a las que dominó. Pero considerando que ya había resultado eliminado el factor sorpresa, nuestra unidad decidió retirarse. Sin embargo, la retirada no pudo ser realizada por la totalidad de los compañeros, quedando así un grupo de 27 desvinculados del resto. Estos compañeros *sostuvieron luego heroicos combates con fuerzas enemigas abrumadoramente superiores y fueron en su totalidad muertos o hecho prisioneros*. El grueso de la unidad mientras tanto regresó a sus bases de origen. No conocemos en su totalidad la nómina de los compañeros caídos en el combate de Catamarca. Pero todos ellos, que murieron *combatiendo heroicamente contra el enemigo*, así como los que lo hicieron en Villa María son ya HEROES DEL PUEBLO (*Estrella Roja*, 19.08.1974; cursivas mías).

Mientras trascendía esta versión oficial de los acontecimientos, el grupo de abogados continuaba con el procedimiento de la denuncia que estaban preparando. Antes de irse de Catamarca fueron allanados por la Policía Federal, en el hotel donde se encontraban alojados (entre ellos Nilsa) y se les requirieron todos sus datos antes de solicitarles que se fueran de la ciudad.

Luego de un retén policial que los demoró a la salida de Catamarca, el entrevistado afirma que pasó por Córdoba en el trayecto en colectivo, y asistió a una reunión en el sindicato de Luz y Fuerza donde se encontró con más abogados y militantes, para contar lo sucedido. Cuando llegó finalmente a Santa Fe, otro familiar de los militantes asesinados le solicitó ayuda:

Llego a Santa Fe y al otro día, o a los dos días, viene la hermana de un tipo que había estado como responsable antes de Zerbato; Billinger, que era uno de los fusilados, entonces viene un procurador de Rosario en una camioneta con la hermana de Luis Billinger⁴⁰ a pedirme que los acompa-

⁴⁰ Luis Billinger, ("Aníbal"): nació en Entre Ríos, hijo de un humilde obrero de la carne. Sufrió desde chico todos los padecimientos de la dura vida de los explotados, lo que le fue forjando las virtudes de los mejores hijos del pueblo. Costeándose los estudios con su trabajo logró ingresar en 1967 a la Facultad de Derecho de la Universidad del Litoral, buscando llevar adelante la lucha por la justicia. [...] Abandona sus estudios y se vuelca a trabajar en el proletariado de Santa Fe y Laguna Paiva. En su actividad como militante formó parte de la Dirección Regional de Santa Fe y Rosario.

ñe a Catamarca. Entonces nos fuimos a Catamarca en la camioneta. Yo lo conocía a Billinger, como estudiante, dirigente estudiantil, de química era. Cuando llego en Catamarca ya estaban Curutchet, Silvio Frondizi y Manuel Gaggero. Entonces ya teníamos la constatación de hechos, y ahí firmamos ya directamente una denuncia por los fusilamientos (Entrevista a Rafael Pérez, mayo de 2016).

Una vez hecha efectiva la presentación de la denuncia por fusilamientos, otra versión de los hechos comienza a circular, y así es que en el número 39 de *Estrella Roja* afirmaron:

La información dada por el enemigo y el conocimiento de la decisión y alta moral de combate de nuestros compañeros, hicieron pensar como cierta la inexistencia de duros enfrentamientos. *Información fidedigna corrige hoy esta impresión errónea de los primeros momentos, poniendo en evidencia que nuestros compañeros, tras débiles enfrentamientos, fueron detenidos y finalmente asesinados por el enemigo (Estrella Roja, 26.08.1974; las cursivas son mías).*

Ante la certeza del nuevo panorama, el ERP hace otra declaración advirtiendo que:

la oficialidad del ejército contrarrevolucionario ejecutó y ordenó ejecutar en el terreno entre 14 y 16 guerrilleros que no ofrecían resistencia. Podemos afirmar que esa acción fue deliberada e inspirada en el salvaje principio de que “el ejército no toma guerrilleros prisioneros” [...]. Ante el asesinato indiscriminado de nuestros compañeros, nuestra organización ha decidido emplear la represalia. Mientras el ejército opresor no tome guerrilleros prisioneros, el ERP no tomará oficiales prisioneros, y a cada asesinato responderá con una ejecución de oficiales indiscriminada. Es la única forma de obligar a una oficialidad cebada en el asesinato y la tortura a respetar las leyes de la guerra (*Estrella Roja*, 26.08.1974, p. 2).

Fue responsable del Frente de la Carne y luego pasó al Comité Regional como Dirigente del Frente Legal. Fue un activo organizador del VI Congreso del FAS del cual nuestra organización participa [...]”. *Estrella Roja*, septiembre.1974, p. 4.

En esos días se presentó una querrela por calumnias e injurias contra los abogados que efectuaron la denuncia. Los amenazaron de muerte y advirtieron que cumplirían respetando un orden. El primero de la lista fue Alfredo Curutchet, asesinado el 10 de septiembre de 1974. Tras este hecho, el Colegio de Abogados de Santa Fe se reunió en Asamblea Extraordinaria el 25 de septiembre y definió:

1) Realizar un paro el día 27 de septiembre desde las 10 horas, previo acto en el hall de estos Tribunales por los siguientes motivos: a) Repudio a los asesinatos de los Dres. Rodolfo Ortega Peña y Alfredo Curutchet. b) Repudio a todos los atentados de que fueron objeto los Dres. Silvio Frondizi, Rodríguez Andino, Martinelli, etc. [...]. 2) Requerir informes al Ministerio de Justicia sobre la publicitada actitud de querellar al colegiado Dr. Rafael J. Pérez y solicitar garantías para su integridad personal (Fragmento de Acta de la Asamblea Extraordinaria del Colegio de Abogados del 25 de septiembre de 1974).

El mismo día en que se realizó el paro de abogados secuestraron a Silvio Frondizi en Capital Federal y lo asesinaron en Ezeiza. Era el segundo en la lista de amenazas. En el ínterin entre el asesinato de Curutchet y el de Frondizi (entre el 10 y el 27 de septiembre) propusieron, desde la Asociación de Abogados, hacer una reunión urgente. Esta se efectuó en casa de Marta y Nilsa y, dado el carácter sorpresivo de la misma, se encontraron con que simultáneamente estaban reunidos en otra habitación, algunos militantes políticos del PRT-ERP:

Me acuerdo que cuando yo regreso de Buenos Aires, porque lo habían matado a Curutchet, hicimos una reunión improvisada de cuatro o cinco en la casa de Nilsa y Marta, y había otra reunión al lado, en la casa... Tuvimos la reunión, a Nilsa le agarró un ataque de llanto... y, cuando termina la reunión me dicen por qué no te quedas un minuto, y me hacen pasar y estaba medio ERP ahí adentro, del grupo de Santa Fe. Entonces me dijeron que me querían agradecer, esto, aquello, que qué podían hacer ellos por mí. Y yo les dije que lo mejor que podían hacer es no verme más, no saludarme más cuando me vean, etc. medio en broma, medio en serio. Es

decir ahí se hacían reuniones, como si fuera una casa muy segura, y no lo era (Entrevista a Rafael Pérez, mayo de 2016).⁴¹

El mismo 27 de septiembre, día en el que asesinaron a Silvio Frondizi, el Comando Anticomunista del Litoral (CAL) en Santa Fe se adjudicaba su primera acción, una bomba en el domicilio del militante Marcelo Nívoli. En este proceso represivo incrementado se insertan las acciones armadas de las OPM.

Como se dijo, entre los asesinados en Catamarca se encontraba Luis Billinger, que llegó a ser parte de la dirección regional de Santa Fe y Rosario. El comando del ERP que terminó con la vida del militar Juan Carlos Gambandé el 10 de octubre de 1974 le rendirá homenaje llevando su nombre.⁴² En el “parte de guerra” del 10 de octubre de 1974 afirmaron:

Al pueblo: en el día de la fecha y siendo las 6.30 horas, el Comando “LUIS BILLINGER” perteneciente al EJERCITO REVOLUCIONARIO DEL PUEBLO (*sic*) procedió a ajusticiar al Teniente Primero Juan Carlos Gambandé, una vez concluido al operativo los combatientes se retiraron ordenadamente a sus bases operativas (*Estrella Roja*, noviembre 1974, p. 5).⁴³

Menos de un mes después, el 7 de noviembre de 1974, fue asesinado el mayor Néstor López,⁴⁴ en coincidencia con el día de la declaración de estado de sitio. Esta medida conllevó que se desataran amplios procedimientos en la ciudad que involucraban tanto a la Policía Provincial como a la Federal. Si bien el ERP no asumió, como en el caso de Gambandé, la autoría del asesinato del militar López, con las investigaciones y allanamientos policiales se relacionó a dicha organización con este crimen.⁴⁵ Como

⁴¹ Tras la muerte de Silvio Frondizi, desde la Asociación le sugieren a Rafael que se vaya. La tarde que decide irse, le habla a Marta Zamaro para encontrarse con ella. Le dice que alguien la iría a buscar a su casa, de noche. La persona que la fue a buscar notó que había un hombre parado mirando la casa, vigiándola. Rafael Pérez viajó a Méjico el 4 de octubre de 1974.

⁴² Activas investigaciones por el asesinato de un militar, *Nuevo Diario*, 13 de octubre de 1974.

⁴³ Firmaron el parte: “¡Gloria a Luis Billinger y a todos los queridos compañeros caídos en Catamarca! ¡Ninguna tregua al Ejército opresor! Comando Luis Billinger. Ejército Revolucionario del Pueblo”.

⁴⁴ Ver *Nuevo Diario*, 8.11.1974; *El Litoral*, 8.11.1974.

⁴⁵ Ver *Nuevo Diario*, 21.11.1974; *La Capital*, 23.11.1974; *El Litoral*, 21.11.1974. En todas las

afirmaba al principio, en este proceso represivo —con sus dos caras, legal y clandestina— es que se insertó el secuestro y asesinato de Marta Zamaro y Nilsa Urquía.

Corresponde sumar a lo ya mencionado la actividad laboral y gremial de Marta Zamaro en el *Nuevo Diario*. Marta fue dirigente gremial por la sección de Gráficos en el diario y tenía compañeros de trabajo que también militaban políticamente con ella:

Con Marta estábamos juntas y permanentemente conectadas pues integramos el Frente Antiimperialista por el Socialismo conocido como FAS... el problema empezó en el diario *Nuevo Diario* porque éste publicaba todo lo que estaba pasando en el país y la actuación de las Tres A, los asesinatos que había producido y que seguía produciendo. Creo que en octubre de 1974 llegó al *Nuevo Diario* un panfleto donde decía que iba a liquidar a quince periodistas y mi esposo encabezaba esa lista. “Tatino” recibió una amenaza telefónica donde le dijeron que lo iban a matar y le cuentan todo lo que había hecho los dos días anteriores con lujo de detalles, lo que pone de manifiesto que había sido seguido constantemente. [...] en esa lista estábamos Marta y yo también (Entrevista a Alcira Ríos, Archivo oral de Memoria Abierta).

Cabe mencionar que el foco de las fuerzas represivas sobre periodistas y gráficos de *Nuevo Diario* se explica también por la importante participación de los sindicatos (Prensa y Artes Gráficas) en la CGT de los Argentinos desde su formación.⁴⁶ Las amenazas y atentados contra el medio mencionado y sus trabajadores se sucedieron antes y después del asesinato de Marta y Nilsa.⁴⁷

notas periodísticas dan cuenta de que los “datos acumulados serían suficientes para aclarar graves sucesos ocurridos en el ámbito de esta capital, entre los que figuran los que costaron la vida al Teniente Primero Gambandé y al Teniente Coronel López”.

⁴⁶ Al respecto véase Mignone, 2010.

⁴⁷ “Anoche por los medios habituales, una organización armada clandestina identificada como Alianza Anticomunista Argentina, Comando Litoral, hizo saber que se hallan bajo amenaza de muerte cinco personas de nuestro medio [...]. Cabe recordar que esta organización ilegal se atribuyó recientemente el atentado perpetrado contra la casa del Dr. Ricardo Molinas” (*Nuevo Diario*, 20.11.1974). Ver también *El Litoral*, 21.11.1974.

Palabras finales

En la primera parte de este escrito me propuse recordar en el sentido etimológico del término: “volver a pasar por el corazón”. Volví a pasar por el corazón esas historias tantas veces escuchadas. Con esa impronta, con esa huella, recuperé la entrevista realizada a mi madre e intenté descubrir, de alguna manera, esas primeras diferencias entre memorias, historias e Historia.

Se entretrejieron en mí las historias familiares, las historias de militancia revolucionaria de mi ciudad natal, las historias sobre resistencia y represión de la década de 1970; con mi memoria personal y una memoria social arraigada que comencé a percibir cuando me distancié para estudiarla. Tanto la investigación como las interpretaciones que realizo en este capítulo, se encuentran inmersas en ese cúmulo de inquietudes y memorias que punzaron para su escritura.

La oralidad fue la puerta de entrada a estas memorias. Las historias tantas veces escuchadas en lo íntimo del ámbito familiar necesitaban de otras explicaciones a las memorias anquilosadas que dominaban el espacio público. Marta, Nilsa y también mi madre merecían que la Historia detrás de esa memoria oficial y conservadora, sea contada. Con el espíritu de cepillar la “historia a contrapelo” me propuse desandar ese camino —esos imaginarios de la violencia política— y construir otro.

Reconociendo la implicancia personal que esta investigación conllevó, intenté tomar todos los recaudos metodológicos y epistemológicos necesarios para que mi subjetividad no asuma un rol tan protagónico que lleve a opacar la Historia a ser narrada. Ha sido un ejercicio pendular entre acercamiento y distanciamiento del objeto, o como el lente de una cámara que se abre cuando requiere ver el conjunto y hace *zoom* en un punto, cuando necesita iluminar detalles.

La —a veces— sutil distinción entre memorias, historias e Historia en la construcción del pasado se vio también expuesta en la segunda parte de este escrito. La práctica doble de deconstrucción de las memorias arraigadas socialmente a la par de la reconstrucción histórica, permitió desarmar y debatir esos sentidos comunes enraizados en el análisis del caso particular.

El entrelazamiento de los acontecimientos dio cuenta de que la trama represiva en la que se insertó el asesinato de Marta Zamaro y Nilsa Urquía fue

bastante más compleja que la lógica monocausal de acción-represalia sostenida desde la construcción memorial. Marta y Nilsa fueron asesinadas por una maquinaria represiva a la que le interesó arrasar con las organizaciones político-militares, sus frentes legales, las agrupaciones gremiales, y todo lo que entrara en la llamada “lucha antisubversiva”. Ellas condensaban —en sus profesiones, en sus actividades gremiales y en sus militancias de izquierda— todos estos elementos considerados peligrosos y “dignos de aniquilación”. Este crimen se encadena en la serie de asesinatos de abogados y de militantes, atentados, allanamientos, encarcelamientos y persecuciones que formaron parte de una estrategia política represiva desatada fundamentalmente durante el gobierno de María Estela Martínez de Perón para generar terror en cada ciudad del país.

Asimismo, la deconstrucción de esa memoria social permitió deshilvanar, en parte, la textura de la trama que figuraba como *dada* en amplios sectores sociales ante la convivencia cotidiana con la violencia política. Es decir, en la coyuntura analizada se generó un estado social de “normalidad” frente a la violencia armada —producto de las acciones paraestatales y de las organizaciones político-militares— que fue instalando progresivamente, como contracara, la imagen de la “necesidad” de una política gubernamental cada vez más represiva. De igual manera, lo que se fue imponiendo de manera capilar en ese proceso represivo que estalló con la última dictadura militar del año 1976, fue una cultura normalizadora y autoritaria, con una estricta moral disciplinadora que perdura hasta el presente. En ella se ancla gran parte de la construcción memorial respecto a los sentidos de las acciones políticas y político-militares de los años 70.

Referencias bibliográficas

- Águila, G. (2013). Las tramas represivas: continuidades y discontinuidades en un estudio de caso. La Dirección General de Informaciones de la Provincia de Santa Fe, 1966-1991. *Sociohistórica*, 31. Recuperado de www.sociohistorica.fahce.unlp.edu.ar/article/download/SHn31a01/3049/0
- Alonso, L. (2016b). Sobre la vida (y a veces la muerte) en una ciudad provinciana. Terror de Estado, cultura represiva y resistencias en Santa Fe. En G. Águila; S. Garaño; P. Sacatizza (Coords), *Represión estatal y violencia paraestatal en la historia reciente argentina. Nuevos abordajes a*

- 40 años del golpe de Estado*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Recuperado de www.libros.fahce.unlp.edu.ar/index.php/libros/catalog/book/63
- Baschetti, R. (s/d). Militantes del peronismo revolucionario uno por uno: Nívoli, Mario Alberto. Recuperado de www.robortobaschetti.com/biografia/n/20.html
- Burke, P. (2005). *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico*. Barcelona: Ediciones de Bolsillo.
- Calhoun, C. (1999). El problema de la identidad en la acción colectiva. En J. Auyero (Comp.). *Caja de herramientas. El lugar de la cultura en la sociología norteamericana*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- Chama, M. (2016). *Compromiso político y labor profesional. Estudios sobre psicólogos y abogados en los primeros setenta*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata-Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación; Posadas: Universidad Nacional de Misiones; Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento. Recuperado de <http://libros.fahce.unlp.edu.ar/index.php/libros/catalog/book/62>
- Della Porta, D. y Diani, M. (2011). *Los movimientos sociales*. Madrid: CIS-Editorial Complutense de Madrid.
- Dubois, P. (2002). *El acto fotográfico. De la representación a la recepción*. Barcelona: Paidós.
- Franco, M. (2012). *Un enemigo para la nación. Orden interno, violencia y "subversión", 1973-1976*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica
- Ginzburg, C. (2003 [1980]). *Tentativas*. México: Ed. Universidad Michoacana.
- Jelin, E. (2001). Historia, memoria social y testimonio o la legitimidad de la palabra. *Iberoamericana*, 1(1).
- Mazo Salmerón, M. E. (2003). *El rumor y su influencia en la cultura de las organizaciones: una investigación teórica y bibliográfica*. Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid. Recuperado de <http://biblioteca.ucm.es/tesis/19972000/S/3/S3034201.pdf>
- Merele, H. (2016). El proceso represivo en los años setenta constitucionales. De la "depuración" interna del peronismo al accionar de las organizaciones paraestatales. En G. Águila; S. Garaño; P. Sacatizza (Coords.), *Represión estatal y violencia paraestatal en la historia reciente argentina: Nuevos abordajes a 40 años del golpe de Estado*. La Plata: Universidad Nacional

- de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Recuperado de www.libros.fahce.unlp.edu.ar/index.php/libros/catalog/book/63
- Mignone, C. (2010). *Del apostolado al sindicalismo. Una historia de los gremios de prensa de Santa Fe*. Santa Fe: Editorial de la Universidad Nacional de Rosario.
- Oberti, A. y Pittaluga, R. (2006). *Memorias en montaje. Escrituras de la militancia y pensamientos sobre la historia*. Buenos Aires: El cielo por asalto.
- Pollak, M. (2006). *Memoria, olvido, silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite*. La Plata: Ediciones Al Margen.
- Portelli, A. (2002). *La orden ya fue ejecutada. Roma, las Fosas Ardeatinas, la memoria*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Portelli, A. (2016). *Historias orales. Narración, imaginación y diálogo*. La Plata: FaHCE-UNLP/ Rosario: Prohistoria.
- Raina, A. (2013). Usos de la fotografía como documento histórico. En A. Falcini. *Los archivos de la memoria: testimonios, historia y periodismo*. Santa Fe: Ediciones UNL.
- Raina, A. (2016). Memorias e historiografía en torno al debate por la “violencia política” en la Argentina, 2003-2013. *Revista de Sociología y Antropología VIRAJES*, 18(1), 109-129. Recuperado de [http://vip.ucaldas.edu.co/virajes/downloads/Virajes18\(1\)_6.pdf](http://vip.ucaldas.edu.co/virajes/downloads/Virajes18(1)_6.pdf)
- Traverso, E. (2007). Historia y memoria: notas sobre un debate. En M. Franco y F. Levin. (Comps.), *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*. Buenos Aires: Paidós.
- Varsky, C. (2011). El testimonio como prueba en procesos penales por delitos de lesa humanidad. Algunas reflexiones sobre su importancia en el proceso de justicia argentino. En Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS) y Centro Internacional para la Justicia Transicional (Eds.), *Hacer justicia. Nuevos debates sobre el juzgamiento de crímenes de lesa humanidad en Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Servetto, A. (2008). Memorias de intolerancia política: las víctimas de la Triple A (Alianza Argentina Anticomunista). *Antíteses*, Ahead of Print do 1(2), jul.-dez. Recuperado de www.uel.br/revistas/uel/index.php/antiteses/article/viewFile/1596/1640

- Mignone, C. (2011). Un paso hacia la justicia [Mensaje en un blog]. *Historia Colaterales*. Recuperado de <http://historiascolaterales.blogspot.com.ar/2011/03/un-paso-hacia-la-justicia.html>
- Pedraza, J. (27.06.2006). Víctimas del terrorismo de Estado en Santa Fé [Mensaje de un blog]. Blog: jorgedanielpedrazacoco. Recuperado de <https://jorgedanielpedrazacoco.com/tag/victimas-del-terrorismo-de-estado-en-la-ciudad-de-santa-fe-y-alrededores/>
- Alonso, L. (2016a). Los usos del concepto de “genocidio” y el problema de la formación de categorías en las disciplinas socio-históricas. En P. Flier. (Coord.), *Jornadas de Trabajo sobre Historia Reciente (7: 2014: La Plata). Mesas de debate de las VII Jornadas de Trabajo sobre Historia Reciente*. Ensenada: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Disponible en: www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/libros/pm.463/pm.463.pdf

Prensa y documentos oficiales

- Actas de Asambleas del Colegio de Abogados de Santa Fé.
Anales de Legislación Argentina.
Boletín Oficial de la República Argentina.
INDEC – Instituto Nacional de Estadísticas y Censos. www.indec.mecon.ar ,
consulta julio de 2011.
- Faltan de sus domicilios dos abogadas de Santa Fe (16 de noviembre de 1974).
Nuevo Diario.
- Asesinan a dos abogadas de esta capital (18 de noviembre de 1974). *El Litoral*.
- Hallan muertas dos abogadas en Santa Fe (18 de noviembre de 1974). *La Nación*.
- Sepultaron a las dos abogadas asesinadas en Santa Fe (19 de noviembre de 1974). *La Opinión*.
- Santa Fe: el ERP ejecutó al Teniente del Ejército Contrarrevolucionario Juan Carlos Gambandé (04 de noviembre de 1974). *Estrella Roja*, 43.
- Rogelio Alaniz (9 de febrero de 2011). *El Litoral*.
El Litoral (24 de enero de 1974).
- Se lo adjudicó un comando derechista. Un atentado terrorista se produjo en nuestra ciudad (27 de septiembre de 1974). *Nuevo Diario*.
- Nuevas amenazas de las tres “A” (20 de octubre de 1974). *Nuevo Diario*.

- Una bomba provocó graves daños en el domicilio del doctor Alberto Molinas (25 de octubre de 1974). *Nuevo Diario*.
- Amenaza de la AAA (octubre de 1974). *Nuevo Diario*.
- Faltan de sus domicilios dos abogadas de Santa Fe (16 de noviembre de 1974). *Nuevo Diario*.
- Asesinan a dos abogadas de esta capital (18 de noviembre de 1974). *El Litoral*.
- Hallan muertas a dos abogadas en Santa Fe (18 de noviembre de 1974). *La Nación*.
- Editorial (19 de agosto de 1974). *Estrella Roja*, 38.
- Estrella Roja* (septiembre de 1974), 40, p. 4.
- Editorial (26 de agosto de 1974). *Estrella Roja*, 39.
- Estrella Roja* (noviembre de 1974), 43, p. 5.
- Intensa investigación por la muerte del Mayor López (8 de noviembre de 1974). *Nuevo Diario*.
- Intensa búsqueda de los asesinos del Mayor López (8 de noviembre de 1974). *El Litoral*.
- Secuestran armas y material subversivo. Se habría detenidos a implicados en el asesinato del Mayor López (21 de noviembre de 1974). *Nuevo Diario*.
- Se descubrió una célula subversiva. Se le asigna gran valor al material secuestrado (21 de noviembre de 1974). *El Litoral*.
- Alcira Ríos en el archivo oral de Memoria Abierta Consulta realizada por la autora, febrero de 2016.
- Atentado contra Nuevo Diario (21 de noviembre de 1974). *El Litoral*.
- Amenaza de la AAA (20 de octubre 1974). *Nuevo Diario*.
- Santa Fe: detienen a 25 guerrilleros (23 de noviembre de 1974). *La Capital*.
- Estupor ante el asesinato de dos abogadas en nuestra ciudad (19 de noviembre de 1974). *Nuevo Diario*.
- Estupor ante el asesinato de dos abogadas en nuestra ciudad (19 de noviembre de 1974). *Nuevo Diario*.

Cuatro miradas sobre el “Trelewazo”. Memorias en torno a una experiencia de lucha popular

Axel Binder

Memoria cívica y memoria popular

El 11 de octubre de 1972, las fuerzas armadas de la dictadura argentina que encabezaba Alejandro Agustín Lanusse realizaron en el noreste de la provincia de Chubut un operativo militar denominado “Vigilante”, en el cual secuestraron a 16 personas sospechadas de contribuir con la “subversión”.¹ Con el correr de las horas comenzó a organizarse y a tomar cuerpo una protesta en demanda de la devolución al pueblo de Trelew de sus detenidos/as políticos, que movilizó a un 20% de la población y gestó así la primera situación de masas en la región.

La magnitud de la convocatoria, las nutridas marchas por las calles de la ciudad, el paro total de actividades y la ocupación del Teatro Español (donde sesionó la autoconvocada “Asamblea del Pueblo”) obligaron al interventor provincial (contralmirante Jorge A. Costa) a mediar con el Poder Ejecutivo Nacional la liberación de todos los detenidos. Al quinto día de lucha se ob-

¹ La mayoría de ellos participaba en la Comisión de Solidaridad con los Presos Políticos que se había constituido para dar apoyo moral y material a los presos/as políticos/as detenidos/as en el penal Unidad 6 de Rawson. De ese movimiento surgieron más de 60 “apoderados legos” que representaban a los detenidos en los trámites administrativos y legales, pero que además los visitaban todas las semanas para llevarles comida, ropa, medicamentos, libros, etc. También ofrecían alojamiento y asistencia a los familiares y abogados de los presos políticos que debían viajar miles de kilómetros para verlos, y así moderaban el efecto de la estrategia “aislacionista” del sistema represivo, que concebía a la región como una suerte de “Siberia argentina”.

tuvieron los primeros resultados favorables: la mitad fue liberada; el resto de los apresados fue retornando a la ciudad conforme pasaron los días y la Asamblea siguió sesionando y el pueblo marchando por las calles céntricas de Trelew.

El Chubut —uno de los dos diarios locales de la época— resumía periódicamente los acontecimientos en una columna titulada “La Epopeya de Trelew”.² Una de estas reseñaba:

Y llegamos al viernes 13 que será inolvidable para quienes tuvieron el privilegio y el deber de estar presentes. La historia del Chubut recogerá en sus páginas la epopeya de Trelew, y dentro de ella destacará ese viernes 13 de octubre de 1972 que galvanizó voluntades, proyectó inquietudes, y demostró la UNIDAD de un pueblo que hizo sentir el peso de su verdad. Un paro total de 24 horas, con paralización de todo tipo de actividades, y un cabildo abierto, fue la respuesta de los ciudadanos de Trelew a un operativo que nunca tendrá explicación, por lo menos entendible. A las 20 horas de ese día viernes el teatro empezó a quedar peligrosamente colmado. Hubo necesidad de salir a la calle “25 de Mayo”, sus veredas y la plaza.

Más de tres mil personas fueron el testimonio vivo de una protesta que aunó en un solo grito a obreros, estudiantes, profesionales, empleados, matrimonios, familias... y ese cabildo expresó su repudio, reclamó la libertad de los detenidos y demostró que nada se puede hacer contra un pueblo unido. Y todo se realizó en el más perfecto orden, sin incidentes, pacíficamente, pero con absoluta y total decisión. Trelew estaba dando un ejemplo al país (*Diario El Chubut*, 25.10.1972, p. 3; mayúsculas del original).

Esas líneas transmiten parte del afecto y pasión que compartieron quienes experimentaron esa lucha colectiva. El “Trelewazo” —como se conocería posteriormente— es un hito que constituye el *summum* de un proceso de mo-

² Entendida como el relato de una hazaña legendaria y heroica que se convierte en fuente de “lecciones” para la historia, la “epopeya” regional por excelencia era la de la colonización galesa. El texto “Semblanza y Evocación de la Epopeya Galesa en Chubut” publicado en 1961 por la Dirección General de Cultura y Educación de la provincia, refleja tanto el carácter hegemónico de la cultura galesa, como su utilización —en cuanto “pedigrí” de civilización y modernidad— para legitimar las estrategias desarrollistas. Para algunas referencias a esta cuestión véase Binder, 2015.

vilización social y política en la región que había comenzado a transitar una fase ascendente desde 1969.

Si bien a grandes rasgos, la consigna general de la protesta fue unívoca ("*Libertad a los Presos de la Dictadura*", reclamaba una conocida pancarta), existían diferentes sentidos asociados. La memoria del "Trelewazo" no es homogénea, como no lo fueron los sectores involucrados, ni las posiciones políticas asumidas, ni los intereses puestos en juego. Se despliega así un variado mosaico de sentidos en torno al significado del "Trelewazo"; pero de un modo general podríamos identificar dos formas predominantes que asume la memoria: una liberal y otra popular. Lo que está en juego entre ambas memorias es la representación de esa inédita experiencia política de masas.

La versión más liberal de la pueblada busca instalar que la protesta fue "orgánica" y que los tradicionales partidos políticos y sus dirigentes tuvieron un importante desempeño en la mediación, conducción y contención de la manifestación popular y sus pulsiones (asociadas a lo irracional, lo peligroso y a lo manipulable, lo que denota un fuerte sentido peyorativo hacia lo popular) y evitaron así los "extremismos".

Esta memoria recuerda el "Trelewazo" como jornadas de civilidad y no como gesta popular; busca enfatizar la eficacia de las instituciones de la democracia representativa (a la que se promete retornar en 1973) para procesar demandas sociales. De esta manera, representa al "Trelewazo" como una muestra fehaciente de la madurez cívica de sus vecinos, que se encuentran listos para volver a la democracia.

En cambio, la otra memoria, más "popular", preserva el recuerdo de una experiencia política inédita, en la cual la expresión popular no se encuentra mediada por los representantes y la participación es directa. Es decir, una experiencia política colectiva, autónoma e inorgánica respecto del sistema de partidos políticos tradicionales, que se desarrolla en los espacios que históricamente incomodaron al poder: la calle, la plaza y, en este caso, un teatro apropiado al poder municipal para poder sesionar.

Esa asamblea en el Teatro Español de Trelew constituye un oasis de participación política y de expresión popular en el marco de una dictadura militar, que poco adeuda a los partidos políticos tradicionales. Esta memoria popular rescata como principal insumo de esa experiencia histórica a la solidaridad, que fue precisamente la que pretendió ser castigada con el

Operativo Vigilante, y que —paradójicamente— termina reforzándose en el “Trelewazo”.³

Estas representaciones de la pueblada se constituyen desde una multiplicidad de fragmentos y memorias divididas internamente en las que median la ideología, la cultura (Portelli, 2016) y las clases. Pero, fundamentalmente, atravesadas también por los relatos mediáticos de la prensa del momento, que ofrecen un marco de memoria al reorganizar esos múltiples fragmentos y modelar una representación más o menos estable y coherente que sirve de insumo para la política.

Por ejemplo, los sectores más liberales veían en el “Trelewazo” una muestra de la educación de sus vecinos, de su madurez cívica y de su ordenada manera de proceder, ante la anomia generada por la falta de garantías de un estado de derecho. Este lineamiento “más cívico”, se incorporó al discurso conservador⁴ y tuvo expresión desde las páginas del diario *Jornada*:

Lo ha hecho [la asamblea] dentro de un marco de medida y responsabilidad, que en vano pretendieron alterar algunos elementos agitadores de profesión para incitar a la realización de actos subversivos. El pueblo ha encontrado en el cauce que le ofrecieron sus dirigentes políticos la forma de exteriorizar su indignación con una altura cívica elogiabile (*Jornada*, 15.10.1972).

Y fue aquella una maravillosa demostración de unidad y un ejemplo de medida y de corrección de procedimientos; unas jornadas de civilidad en las que Trelew mostró al país su vocación democrática, su espíritu de justicia y su decidida voluntad de luchar contra toda imposición por la fuerza que lesione o cercene la libertad individual o el derecho irrenunciable de pensar (Editorial, 23.10.1972. *Jornada*).

³ Una pequeña pancarta rezaba “Libertad a los soldados de la solidaridad”. La misma colgaba desde el palco del primer piso del Teatro. En la calle, pudo verse marchar una enorme bandera similar con una variante: “Libertad a los presos de la solidaridad”; otra bandera marchaba a su lado con la consigna “Libertad a los presos de la oligarquía”.

⁴ Un fragmento de una editorial evidencia este carácter: “Ahora, sostenemos que debemos recobrar la calma y volver a trabajar, como siempre lo ha hecho este pueblo. Daremos así un ejemplo de conducta cívica que será siempre nuestro orgullo. No demos lugar a otra cosa, que mañana podamos lamentar” (Conducta Cívica [Editorial]. *Jornada*, 15.10.1972, p. 3).

En cambio, los principales elementos de la memoria popular que constituyen la otra representación de la pueblada son enarbolados en el discurso del otro diario local: *El Chubut*, de perfil más progresista y surgido apenas un año y medio atrás. Allí se centran en la imagen del pueblo unido en lucha contra la dictadura y sus atropellos, y en la figura de la "Asamblea del Pueblo" como una legítima expresión de organización y participación popular:

Poco a poco el Teatro Español comienza a llenarse. Representantes de todos los sectores de la población se hacen presentes. La platea, los palcos, los pasillos, se colman de pueblo que quiere expresar su repudio y solicitar la liberación de los ciudadanos y ciudadanas arbitraria e ilegalmente detenidos (*El Chubut*, 25.10.1972).

En la noche de ese lunes (16/10), tiene lugar otra Asamblea que desborda nuevamente el teatro y debe realizarse en la calle. En un acto de verdadera democracia, se vota por aclamación si el nuevo paro se realiza el miércoles o el viernes. Se decide por amplia mayoría el viernes (*El Chubut*, 24.10.1972).

A grandes rasgos observamos una diferencia discursiva e ideológica entre ambos periódicos atravesada por el eje civilización/barbarie, donde el discurso cimentado en torno a la civilidad —diario *Jornada*— denota cierto tono despreciativo y temeroso hacia lo popular, que asocia con lo pasional, peligroso e irracional. La columna "Al margen de la Asamblea", publicada durante esos días, condensa esas actitudes desde una supuesta mirada analítica y distante, al margen de las pasiones.⁵

⁵ "Los más fríos observadores auguraban por un desenlace feliz, el más decoroso y posible dentro de la farragosa situación, al mismo tiempo que temían la posibilidad de que en afán de buscar estrategias la asamblea pudiera votar la más inoportuna sólo porque el fervor y la pasión supere la adopción de actitudes inteligentes. En este sentido, fue favorablemente comentada la retórica de los oradores y hubo suerte en la alternativa que permitió a todos usar el micrófono. Las alternativas de un proceso que por su extensión podría ir en desmedro de los sanos propósitos, sostenido por los sentimientos compartidos de sectores representativos, tuvo por momentos, temperaturas que se extralimitaban del cásico concepto ciudadano de la inconformidad y la insatisfacción. Fue observado que muchos asambleístas demostraron el impacto promovido por alegatos sorpresivos, extraños a la manera de ser del pueblo trelewense" (Al margen de la Asamblea [Editorial], *Jornada*, 16.10.1972, p. 9).

Además de estos diferentes modos de significar la pueblada, organizados y reproducidos discursivamente desde la prensa, hay que tener en cuenta que la multiplicidad de sentidos se vincula también al horizonte político del momento. Ello implica advertir asimismo el desarrollo de esta forma política autónoma (masiva y asamblearia) como respuesta frente a la censura que la dictadura impuso a las expresiones y prácticas políticas.

De la misma manera, se debe tener presente también la normalización institucional y la salida democrática anunciadas para marzo de 1973. En la “Asamblea del Pueblo”, como espacio político inédito, confluyen tanto la voluntad de participación del pueblo como la posibilidad de algunos de sus dirigentes de iniciar o retomar la carrera política.

Lo inequívoco es que fue uno de los primeros hechos de masas de la historia reciente de la ciudad, en el que emergió un nuevo espíritu colectivo en torno a la figura del “pueblo” como principal investidura política que asumió la fuerza social opositora durante ese proceso. Esa identidad popular define un *nosotros* que defiende a los nuestros ante los atropellos de un *otro* extraño, ilegítimo, despótico y autoritario.

Para esa semana de octubre del 72 estaban programados los habituales festejos por el cumpleaños de la ciudad (20 de octubre). No obstante, la “Semana de Trelew” —como se anunciaban las actividades— debió ser suspendida. Un nuevo nacimiento se le superpuso: el de una identidad colectiva más plena de sentido, relacionada con los problemas actuales de la ciudad y su particular modo de resolverlos, que dejaba obsoletos los valores vinculados a la colonia galesa que se empuñaban tradicionalmente en cada festejo.

Considerando todas estas implicancias, es comprensible que de estas experiencias colectivas y del resurgir de la sociedad como sujeto político se desprendan complejas y variadas memorias políticas. Así, el “Trelewazo” pasó a ocupar un lugar estelar en las memorias, y se convirtió casi en el *incipit*⁶ de la narrativa histórica de los años 70 en la región. Se instaló en el sentido común que antes “nunca pasaba nada: sólo el viento” (Martínez, 2004, p. 31), lo cual invisibilizó otras luchas y negó toda politización previa.

⁶ “En términos narrativos, el *incipit* -el comienzo de un relato- señala la ruptura del equilibrio y el silencio, de la tranquilidad, el evento brusco que genera movimiento, del orden al desorden, el conflicto y la acción. Antes de que el relato comience, por definición, no ha sucedido nada, al menos nada que valga la pena contar.” (Portelli, 2016, p. 127).

En línea con lo planteado por Portelli, podemos sostener que la del "Trelewazo" rápidamente se convirtió en una memoria-monumento

practicada como conmemoración y celebración de las glorias del pasado; narración de una identidad nacional que sólo recuerda lo que enorgullece, borrando las sombras y las contradicciones [...] es la memoria como instrumento para sentirnos satisfechos y en paz con nosotros mismos, y por lo tanto, para seguir siendo lo que hemos sido... (Portelli, 2016, p. 477).

Esta noble y exitosa lucha colectiva contra una desprestigiada dictadura parió una gesta que dignificaría el "ser" trelewense; algo de lo que sentirse orgullosos: "Nuestra acción comienza a proyectarse ya a nivel nacional [...] los informativos empiezan a recoger las primeras noticias", explicaban los medios locales (Diario *El Chubut*, 24.10.1972, p. 3). El ingeniero López, dirigente local de la UCR⁷, se dirigió a la Asamblea en estos términos:

Yo pregunto en que momento la dictadura militar ha retrocedido cómo aquí. Hoy se ha vivido en Trelew un acto trascendental en la historia argentina: todos los partidos políticos han salido a defender la libertad de sus ciudadanos y a pedir que se denuncie a los alcahuetes [...] Hemos visto a una juventud maravillosa actuando durante estas jornadas, una juventud de la que, vaticino, van a surgir muchos de los dirigentes políticos del mañana (Diario *Jornada*, 17.10.1972, p. 9; subrayado nuestro, cursivas en el original).

Pero el parto de esa nueva identidad (tras el *risorgimento* del "pueblo" en la vida política de la región) no se comprende, como advierte Portelli, "si no nos preguntamos *dónde es* que esta cosa duele, al volver a la vida" (Portelli, 2016, p. 478; cursivas en el original). Y esto guarda relación directa con otro acontecimiento y otro tipo de memoria, una perturbadora: la de la Masacre de Trelew, consumada apenas 50 días antes de estos sucesos.⁸

⁷ Unión Cívica Radical, partido político de amplia trayectoria nacional.

⁸ El 22 de agosto de 1972 fueron fusilados/as en la Base Aeronaval Almirante Zar de Trelew 19 presos políticos que se habían fugado una semana antes del penal U6 de Rawson. Solo tres de ellos sobrevivieron, y sus testimonios fueron publicados en Urondo (1973). Durante el juicio por

El recuerdo de agosto recorre como un fantasma la memoria de octubre: impotencia, culpa, humillación, incomodidad, reivindicación, oportunidad, vergüenza y negación; extrañeza, silencio y olvido. Son todos aspectos constitutivos que se entrelazan y dan mutuamente forma a ambas memorias. El exaltado orgullo de la gesta del “Trelewazo”, ya sea desde su impronta más cívica o más popular, adquiere un mayor y más profundo significado si se lo contrasta con esa otra memoria que evoca la militarización de la ciudad, la tensión, el dolor y, por sobre todo, el miedo.

La Masacre de Trelew fue un claro mensaje de terror. Dos semanas después de perpetrada, el capitán de navío Horacio Mayorga dirigió un amenazante discurso, desde el lugar de los hechos, al personal y a la sociedad trelewense en general, que sería publicado en el diario local *Jornada*:

Lo hecho bien hecho está. Se hizo lo que se tenía que hacer. No cabía otro camino. No se podía haber hecho otra cosa, lamentablemente. No hay que disculparse porque no hay culpa. La muerte está en el plan de Dios no para castigo sino para la reflexión de muchos (*Jornada*, 06.09.1972).

Con el correr de los años, el poder conseguiría organizar socialmente el olvido de la Masacre,⁹ y, en menor medida, la memoria del Trelewazo. Esta última, memoria con todos los elementos para institucionalizarse y erigirse en “monumento”. Sin embargo, el componente popular latente de esa experiencia política remitía a una identidad y a unas relaciones sociales (solidarias, horizontales y humanitarias) que eran las que el terrorismo de Estado vendría luego a intentar borrar. Diversas tecnologías de poder¹⁰ se orientaron

la Masacre de Trelew en el año 2012 se presentó como prueba documental el audio inédito del testimonio de las tres víctimas que sobrevivieron a los fusilamientos, pero que fueron asesinadas en la dictadura posterior (1976-1983). Una transcripción del mismo se encuentra en “Junio de 1973. Entrevista a Ricardo Haidar, María Antonia Berger y Alberto Miguel Camps.

⁹ Esta problematización en torno a la supresión de dicha memoria fue abordada por M. Gatica y S. Debattista. Las autoras estudian el derrotero surcado por las memorias de la Masacre de Trelew, enfocando las disputas en torno a esa memoria en el presente y a la apropiación del sentido político de la misma, y analizan “el proceso por el cual las memorias políticas devienen en políticas de la memoria” (Gatica y Debattista, 2009).

¹⁰ Daniel Feierstein (2011), quien acuña la noción, explica: “Entendemos este concepto de ‘tecnología de poder’ como una forma peculiar de estructurar —sea a través de la creación, destrucción o reorganización— relaciones sociales en una sociedad determinada, los modos en que

no solo a destruir esos lazos, sino también a relegar esas vivencias colectivas al sótano de la memoria, bloqueando sus experiencias y organizando también su olvido.

Miradas

Mi barrio era así, así, así.
Es decir ¿qué sé yo si era así?
Pero yo me lo acuerdo así!,
Con Giacumin, el carbuña de la esquina,
Que tenía las hornallas llenas de hollín,
Y que jugó siempre de “jas” izquierdo al lado mío,
Siempre, siempre,
Tal vez pa’ estar más cerca de mi corazón!
Aníbal Troilo, *Nocturno a mi barrio*

Atentos a los problemas señalados, entrevistamos a Adriana, Horacio, Irma y Juan. Todos ellos tuvieron participación directa o indirecta en los hechos del “Trelewazo”, conservaron diferentes recuerdos y elaboraron distintas miradas asociadas a ese acontecimiento, lo que nos permite enfocar y significar diversos aspectos del mismo fenómeno. Buscamos interpelar sus memorias y adentrarnos en el universo de sentidos de los sujetos planteando una entrevista abierta, con los siguientes ejes: 1) a qué se dedicaban en aquella época (lógica contextual); 2) qué fue el “Trelewazo” (narración descriptiva); 3) si condicionó en algo la Masacre de Trelew —ocurrida dos meses antes— (sentido problemático); y 4) qué significa hoy esa experiencia (sentido político).

Adriana B.

“era más por intuición que por convicción de lo que hacía en esa época”
(Entrevista a Adriana B., 20 de febrero de 2014, Trelew)

En 1972, Adriana estaba cursando los últimos años de sus estudios secundarios en el Colegio Nacional de Trelew, donde era delegada estudiantil de su

los grupos se vinculan entre sí y consigo mismos, y aquellos a través de los cuales construyen su propia identidad, la identidad de sus semejantes y la alteridad de sus ‘otros’” (p. 26).

clase. Recuerda que “panfleteaba para el Trelewazo; [...] nos reuníamos en la confitería ‘Apolo 11’ y yo repartía los panfletos”, aunque no supo recordar el origen y contenido de los mismos. Explicó que en esos años de su juventud

me metía en todo [...] participaba del centro de estudiantes del colegio [...] pero era más social que político: en la escuela política no se hacía... era para las milongas [...] maravillosas veladas estudiantiles, era todo alegre, para el día de la primavera... Esas cosas... quejas como es ahora que salen los chicos que escuchamos con Feinman¹¹ no [risas]; era otra la mentalidad, era toda gente de familia, laburantes; vos tenías que estar a las 12 sentada en la mesa y a las 8 de la noche sentada en la mesa... no es como ahora que se manejan solos, hacen lo que quieren (Entrevista a Adriana B., 20 de febrero de 2014, Trelew).¹²

El uso del tiempo que hace Adriana para estructurar su narración tiene la forma de *lanzadera*¹³, a la vez que lo hace en clave predominantemente personal; es decir, toma referencias de su vida privada para guiar su relato y ubicarse temporalmente.¹⁴ El acontecimiento político-social “Trelewazo”

¹¹ Eduardo Feinman es un periodista televisivo que encarna una posición reaccionaria y provocadora de derecha, y banaliza en general las demandas y posiciones de las —mal llamadas— “minorías”. Durante el gobierno de Mauricio Macri en la ciudad autónoma de Buenos Aires, y especialmente durante su último mandato (2011-2015), se agudizó la crisis del sistema educativo porteño y los/as estudiantes secundarios llevaron adelante tomas de establecimientos educativos como medida de fuerza para sus reclamos vinculados a mejoras edilicias y del plan de estudios. A pesar de los agravios y descalificaciones, los/as estudiantes siempre mostraron mucha altura y preparación política para responder con solvencia a las “chicanas” del periodista —del tipo: “deberían estar estudiando”, “vagos”, “no pago mis impuestos para que ustedes hagan huelga”, etc..

¹² En adelante todas las citas corresponden a extractos de esta misma entrevista.

¹³ Alessandro Portelli (1993) utiliza esta metáfora para referirse al tipo de narración que va y viene en el tiempo, usando ejemplos y referencias comparativas entre el pasado y el presente para darle cohesión y coherencia al relato.

¹⁴ Portelli (1989) sostiene que el tiempo de las narraciones se descompone en un eje horizontal (sintagmático, de organización cronológica y periodización) y en uno vertical, paradigmático, que guarda relación con la contemporaneidad del acontecimiento recordado y su modo de registro en la memoria. Ese modo puede ser: “ético-político”, “colectivo” o “personal”. Este último, explica Portelli, tiene que ver con “la esfera individual y familiar, como el trabajo, matrimonio, nacimientos, defunciones [...] y la relación personal en los hechos que tienen relevancia ‘ético-política’ o ‘colectiva’...” (p. 19).

indexa y conecta a Adriana con una época puntual de su biografía: su adolescencia. Antes del primer minuto de entrevista ya se revela uno de los ejes que estructuran su relato: la rebeldía. A partir de la misma explica su implicancia en el hecho político, como también la naturaleza de su vínculo: "el Trelewazo fue un movimiento que, nosotros como estudiantes... primero era prohibido".

Esa prohibición, que podría ser entendida como inherente a una dictadura, se refiere más bien a un tabú de tipo sociocultural e ideológico de ciertos sectores sociales, que veían con desprecio aquellas prácticas asociadas al ideario de izquierda. Pero esa prohibición, en el caso de Adriana, albergaba a su vez una posibilidad de emancipación personal: transgredirla le permitía desafiar estructuras familiares (encarnadas en su madre, como figura fuerte y autoritaria), pero también —indirectamente— romper con los valores tradicionales de la sociedad local.

mi época de adolescencia no sé si era por rebeldía o por hacer la contra [...] con mi mamá era una guerra [...] yo tenía mucha cosa con mi mamá, me perseguía demasiado, y yo más me rebelaba. Había más manejo de los padres sobre los hijos... cuando podía me escapaba. [...] era más por intuición que por convicción de lo que hacía en esa época... Pero sí sabía que era algo distinto y que era resistido y entonces a mi todo eso, siendo adolescente, todo lo que fuera negado, ¿por qué no? Ahí me metía yo. ...tenía la facilidad que era pariente de Rudi; iba a su casa, mucho afecto le tenía. Mi mamá no lo quería, y yo decía ¿Por qué no? ¿Si yo sí? [risas)].

Rudi era tío de Adriana, pero además, era un referente de la izquierda local: fue apoderado de presos políticos e integró la Comisión de Solidaridad. También tuvo injerencia en el ámbito cultural: conformó el grupo Teatro Estudio Trelew, con motivaciones más políticas que estéticas, pensando el arte como medio para la transformación social. "Era muy leído, era un intelectual", recuerda Adriana.

Las alusiones a Rudi, directas e indirectas, han sido un común denominador en los cuatro testimonios. Evidentemente se trata de un sujeto que dejó una huella en la historia local de la década de 1970, y una referencia frecuente en muchas memorias.¹⁵

¹⁵ Luis Molina, referente teatral de la ciudad, recuerda que "en 1971 [Rudi] organizó una

Cuando Adriana dice “tenía la facilidad que era pariente de Rudi”, se refiere al acceso a redes de sociabilidad que le permitieron ingresar a ese mundo de izquierda y embeberse de su cultura. Contó que se reunían en la casa de Rudi y allí ella se dedicaba más a escuchar que a participar de las discusiones políticas; “era toda gente grande [...] un grupo de amigos mucho más mayores que yo, con familias e hijos, yo era una adolescente pero me prendía [...]”; cuenta que su tío advertía al resto sobre ella, con tono protector: “a Lela [como le decían afectuosamente] no la jodan que no se va a afiliarse a ningún partido”.

Sin embargo, su proceso de politización coyuntural no se debió tanto a las discusiones teóricas/políticas que pudo haber presenciado en la casa de su tío, sino a la experiencia compartida junto a ese grupo de gente que hacía teatro. Adriana comenta:

TET [Teatro Estudio Trelew], era un teatro más de pueblo; el Grillo [la otra compañía teatral] ya iba a nivel nacional, era más profesional. Se armó en el viejo Colegio Nacional... ;no podía creer pensar que antes íbamos ahí a estudiar y ahora teníamos en distintas aulas los talleres donde hacíamos cosas!... conseguimos sillas, todo reciclado; con arpillera hicimos bancos. Se armó el escenario...

El teatro fue un espacio en el que Adriana —indirectamente, desde la experiencia compartida— desarrollaba en forma intuitiva otra visión del mundo: “todos los que hacían teatro eran todos zurditos. Se hacía mucho teatro en Trelew”. Unirse al TET, contrariaba el *habitus* familiar, los molestaba: “había surgido la famosa zurda, la comunista”, recuerda Adriana, al referirse a la mirada que su entorno familiar le devolvía.

De esta manera se entrelazan en su memoria dos elementos que fueron constitutivos de lo político para ella: su interés por lo prohibido y un entorno familiar opresivo. El TET “era resistido, ¿viste? Por la política... estaba Rudi y era mala palabra en ese momento... [y agrega susurrando] inclusive entre la familia”. Hacer teatro con ese grupo de personas era de por

muestra nacional de teatro en Trelew, con nombres centrales, con equipos que vinieron a hacer sus trabajos. Era admirable, a uno le estallaba la cabeza... Renzo Casali, Edgar González. Se adentraron en un debate y en una polémica que desarticuló las posiciones con las que llegaban. Esto lo generó Trelew. Trelew fue continente, receptor, brindó el espacio, brindó la oportunidad. Seguramente, aunque no participé, no debe haber sido poco lo que aportó Rudi y toda su gente” (Perea, 2007, p. 119).

sí un acto de rebeldía, pero a la vez constitutivo de su subjetividad política.

Un punto conflictivo en su relato se presentó cuando ubicó erróneamente en su narración la Masacre de Trelew: por un lado puede observarse la aparición de un mito,¹⁶ y por el otro, la transposición del acontecimiento —los fusilamientos— a otro contexto, lejano y extraño.

cuando escuché que se habían escapado del penal los presos políticos yo dije "¡qué bueno!" [...] pero después escuchás todo lo que podría haber pasado atrás, más allá de todo... si es real que iban a ir a poner explosivos en el dique no... hay que pensarlo bien... creo que se comprobó, decí que volcaron, que no llegaron [...] lo de la masacre ya estaba... ya era como que se... eso fue después de lo que fue todo el movimiento de Trelew, lo de la Masacre fue después [...] no, para mí fue después... puede ser un lapso de tiempo, pero primero fue Trelew después fue la Masacre de la Base del 22 de agosto... ¿qué año estamos hablando? ¿'82? [...] yo después de Trelew me fui a Río Gallegos y perdí el rastro... pero para mí no; ¿vos decís que el Trelewazo fue después?

¹⁶ No se trata de una construcción de origen popular, es decir, aquella "memoria del sentido común, que exagera, modifica..." (Portelli, 2002), sino que es producto de la propaganda negra de la dictadura; esto es, de falsas y malintencionadas noticias desde el poder. El mito dice, contradiciendo la metodología de las organizaciones armadas, que tras la fuga de los presos políticos del penal de Rawson, y con la captura de quienes no pudieron abordar el avión a Chile, las organizaciones armadas planeaban dinamitar el embalse de la hidroeléctrica Florentino Ameghino (a 150 km de Trelew). Pero que el atentado se vio frustrado porque tuvieron un accidente automovilístico camino al dique. En realidad, quienes tuvieron el accidente formaban parte del apoyo externo a la fuga; y que, al verse frustrado el plan, tomaron la ruta 25 y huyeron hacia el oeste, en dirección a Esquel. El protagonista, Jorge Marcos, contó que: "entonces cuando llegamos ya estaba la gendarmería rodeando el penal, apostándose con los fusiles [...] y salimos para Trelew y en el aeropuerto encontramos la misma situación. Los compañeros salieron para Madryn tomando un camino vecinal y en una mala maniobra se encajaron, no conocían la zona muy bien, y ahí los detuvieron. Nosotros salimos del aeropuerto con Manuel y pasando Dolavon volcamos en una curva, camino de ripio era, -ahora sí que estamos hasta las manos- le dije a Manuel. Cuando estábamos ahí volcados, llevábamos miguelitos; estábamos armados, viene un camión y lo paramos, para porque vio el accidente; estaban regados los miguelitos por el vuelco y los apartamos. El camionero iba con la mujer, una beba y otro nenito; nosotros teníamos la intención de 'dar vuelta el camión', pero no quisimos...una familia ahí, en pleno agosto...no queríamos... entonces él se subió con la instrucción de buscar en el próximo pueblo un auto. El salió y después yo me enteré que él había tenido un tiroteo con un policía; no conozco bien los detalles porque nunca más lo volví a ver a Manuel, pero él salió bajo la protección de una unidad básica peronista, en el techo de una camioneta. Yo me quedé ahí; viene la policía de la provincia, era de noche, y me ve al pie de la ruta casi a las 11 de la noche y me llevan a la comisaría de Rawson" (Jorge Marcos, 2012).

Tanto el mito como el desplazamiento temporal resuelven las tensiones que amenazan la coherencia de su relato. En primer lugar, la Masacre de Trelew como acontecimiento traumático enturbia un relato que *a priori* idealiza y abreva de ese mismo contexto, en cuanto momento clave para la conformación subjetiva del narrador. En esa época, indexada en su memoria bajo el rótulo “Trelewazo”, convergen en la narración de Adriana dos pulsiones de libertad: una individual-familiar (rebeldía) y una social por los detenidos políticos (“Trelewazo”).

En general, las memorias en torno al “Trelewazo” encierran cierta moraleja optimista.¹⁷ Este sentido positivo se debe fundamentalmente a que fue una experiencia inédita de organización colectiva con un objetivo logrado: la liberación de los detenidos. Pero la Masacre de Trelew, dos meses antes, incomoda y amenaza esa construcción; la ensombrece. Adriana “lo resuelve” trasladándolo a otro contexto, o trasladándose ella misma a otro espacio: “yo después me fui de Trelew...”.

El mito del atentado al dique Florentino Ameghino actúa en Adriana absorbiendo parte de una tensión subjetiva dirimida entre dos momentos de su vida, conciliándolos. Funciona como bisagra entre su “pasada” rebeldía y simpatía setentista y su “presente” moderado y más conservador.

fue una época que uno descubre cosas... después en mi caso, me calmé, decidí mis hijos, que era lo primordial, la familia [...] yo después no estuve y cuando volví ya era otra, ya tenía hijos... todo se había desmembrado [...] Porque en síntesis es eso [...] la vida cambia, cambia para todos. Porque los ideales de aquella época, hoy a la distancia, no se sí lo volvería a hacer [...] esa época no va a volver nunca más. Era un estallido de ideas nuevas que estaban prohibidas [...] en una de esas vivía acelerada en aquella época y hoy es como que no tengo muchas amigas, me queda un grupo reducido, pero no de aquella época.

¹⁷ Luego de una charla-debate sobre las memorias del “Trelewazo” durante el mes de octubre de 2014, una funcionaria política que había participado como estudiante de esa experiencia, se acercó y me dijo: “le quitaste todo el encanto a la fecha”, aludiendo a mi planteo de las tensiones internas, las memorias en disputa y al uso político/institucional de la memoria en la actualidad. Con ese achaque, revelaba un sentido fuerte dominante, que no había advertido hasta el momento: *todos*; a pesar de las diferencias, el pueblo *todo* se unió; todos unidos en la adversidad salieron adelante. Esa era para ella la principal lección histórica.

El mito del dique coloca la praxis revolucionaria en un extremo tal que rompe la posibilidad de identificación de Adriana con la izquierda. Su actual memoria política se cimienta entonces sobre una estructura de sentimiento a la que se le fueron apilando, como velos, otras subjetividades que no necesariamente guardaban correlación entre sí. Pero esos fragmentos, a veces disonantes entre sí, componen también la melodía de recuerdos que ponen a danzar a la memoria.

Adriana confiere al "Trelewazo" un carácter defensivo, en tanto supone que la politización que acompañó al acontecimiento fue para proteger un nosotros (identidad comunitaria) atacado por un otro foráneo: el V Cuerpo del Ejército que perpetró el Operativo Vigilante. Es decir que se trata de restituir, de recomponer, una situación idealizada previa al conflicto. Desde allí construye su respuesta sobre el significado que tiene hoy para ella esa experiencia política:

Era en ese momento liberar los presos y estuvo abierta la Asamblea hasta que los soltaron a todos [...] ese movimiento que nació en Trelew de politizarse no sé si va a volver... era muy poca gente de afuera; toda gente de Trelew.

Esa idealización gira en torno a una idea de comunidad, similar a la de Thornton Wilder en *Nuestro Pueblo*, impracticable ya para 1972, luego del *boom* migratorio de 1970.¹⁸ No obstante, esto último nos remite a uno de los aspectos vertebrales de la memoria colectiva del "Trelewazo": su funcionamiento como hito refundacional de una identidad comunitaria, de un *ser* trelewense.

¹⁸ "En Trelew, a comienzos de la década de los años setenta, el crecimiento de las ocupaciones de tierras era explosivo: en el barrio 'norte' en 1971 se censaron setenta y una viviendas precarias y a finales de 1972 eran unas seiscientos veinticinco. Para finales del año 1972 más de once mil personas, casi el 40% de la población total, habitaban en unas dos mil viviendas precarias, construidas por ellos mismos en tierras baldías, en sitios que carecían de urbanización previa y de servicios básicos. Solo el 20% contaba con acceso al agua corriente y la energía eléctrica. Las más de seiscientos familias del barrio 'la laguna', que ocupaban tierras fiscales que estaban fuera del dominio municipal, debían surtir de agua potable en una canilla pública a dos cuadras del barrio. Un 80% de estas viviendas se ubicaban en los barrios 'la loma' y 'norte' en tierras de propiedad privada en los pozos dejados por la extracción de material usado para la construcción y el relleno de zonas inundables. La mayoría de los habitantes de estos barrios -y de parte del barrio 'Ojeda'- eran migrantes recientes que provenían del ámbito rural -donde 'la situación era igualmente inhumana'-, sin recursos 'por lo que no cabe otra alternativa' que el asentamiento y ocupación de tierras 'en calidad de intrusos en tierra ajena'" (Fernández Picolo, 2014, pp. 139-140).

Horacio I.

“mis vivencias apuntan a eso. Es decir, no de un compromiso profundo de la sociedad ante el 22 de agosto”

Entrevista a Horacio I., 25 de febrero de 2014, Trelew

Como hemos venido planteando, el “Trelewazo” alberga una heterogeneidad de sentidos que lograron ser articulados en torno a un significativo común —la demanda de liberación de los detenidos—, lo que posibilitó la acción mancomunada y colectiva. La historia oral permite recuperar esos sentidos particulares de la amalgama, y hace que nos preguntemos por los complejos mecanismos de consenso y construcción de las memorias colectivas.

La mirada de Horacio difiere de la de Adriana; en principio, otras experiencias vividas los separan. A comienzos de la década de 1970, Horacio rondaba los 30 años. Ya se había licenciado en historia; trabajaba en la municipalidad de Trelew en el área de planeamiento urbano; integraba la “Comisión de Factibilidad para la Creación de la Universidad de la Patagonia”; era apoderado de presos políticos, formaba parte de la Comisión de Solidaridad; además, era presidente del TET (Teatro Estudio Trelew) y había estado en la organización del cineclub local.

Preguntado por el sentido que tuvo para él el “Trelewazo”, Horacio respondió:

Yo tengo ahí todo un paquete de vida. No lo desagrego a la experiencia de la Asamblea del Pueblo. Fue un componente más de una etapa de mi vida que, como te decía, tenía que ver con la creación de la Universidad, con la urbanización del centro de Trelew, y ¡cuántas cosas más! Nosotros veníamos de ocho años de vivir en el campo; de los 22 a los 30 años viví en el campo. Y cuando vinimos a la civilización teníamos una sed insaciable: nos metíamos en cuanto cosa había, participábamos. La cantidad de amistadas que hice en aquella época de gente de Trelew y de recién venidos. Había bichos interesantes... (Entrevista a Horacio I., 25 de febrero de 2014, Trelew).¹⁹

¹⁹ En adelante todas las citas corresponden a extractos de esta misma entrevista.

Además, Horacio nos cuenta que era íntimo amigo de Rudi (el tío de Adriana), con quien convivió

un año y pico en el campo. El venía de uno de los dos socialismos de la época. Divagando se nos ocurrió una utopía en el campo —que era de mi familia: hacer un falansterio; una de las utopías del siglo XIX. Empezando con dos familias: la de él y la mía. Y en la medida que fuéramos consolidando una autonomía con producción, ingresos y demás, ir incorporando otra gente. Duramos un año y pico... eso fue en el 65. Y terminamos mal la experiencia. Por la vida práctica, encerrados dos familias en una casa todo el día... evidentemente uno ya tiene ciertos condicionantes culturales que son muy difíciles de superar... no pudimos; y si no nos pudimos entender dos familias... ¡imagínate 20 o 30!

Algunas de sus experiencias fueron deviniendo en elaboradas ideas políticas y sociales, y le permitieron significar otros aspectos y dimensiones del acontecimiento. “En el campo me ideologicé. Estar fuera de la civilización... Yo he sido, en aquellos años, un lector insaciable”, explicaba Horacio, quien al volver del campo se puso a estudiar historia, y terminó la carrera con antelación. Esta mirada histórica funciona como ordenadora de su relato, en el que presenta como inescindibles la fuga/masacre de agosto de 1972 y el “Trelewazo” del 11 de octubre del mismo año:

El Trelewazo fue una autoconvocatoria exitosa de la población, movilizada por la *razzia* que hizo el ejército en octubre; la fecha me quedó grabada porque era el cumpleaños de nuestra hija, Sandra, nuestra hija mayor [...] mi visión cronológica es que hubo un grupo, interesante y relativamente numeroso, de ciudadanos de Trelew con motivaciones políticas-sociales que se organizaron y se dedicaron a apoyar, atender, auxiliar a los presos políticos de la cárcel de Rawson. Pero que no había -me olvidaba que en el ámbito laboral y sindical también hubo gente que se movilizó- un sentimiento popular generalizado de apoyo a... [gesticula refiriendo que a ninguna ideología en particular]. Y entonces, la Masacre ocurrió con ese grupo de presos políticos y generó una cierta “ajenidad”; me cuesta mucho tratar de delimitar, de plantear una divisoria. Pero mis vivencias apuntan a eso. Es decir, no de un compromiso profundo de la sociedad

ante el 22 de agosto [...] Yo recuerdo incluso en la oficina, yo trabajaba en el plan Área Central de Trelew -trabajaba en la municipalidad en el plan particularizado para las tierras del ferrocarril, para la urbanización- algunos dibujantes, algunos profesionales que decían “bien que los cagaron a tiros; mataron al guardiacárcel”. En tanto que los hechos de Octubre -el Trelewazo- ya estaban distantes de la Masacre.

Sin embargo, Horacio no puede dejar de observar el vínculo entre ambos acontecimientos; claramente los secuestros del Operativo Vigilante de octubre del 72 apuntaban a castigar y desarticular las relaciones de solidaridad que sectores de la sociedad habían entablado con los presos políticos. No obstante, advierte que esta causalidad no fue determinante para la protesta. Plantea que en general, existía cierta indiferencia (*ajenidad*) en la sociedad; cierta extrañeza hacia las organizaciones de izquierda. Por lo que el catalizador de la reacción popular no se halla tanto en las razones de agosto (sentido como ataque a “otros”), sino en los secuestros de octubre (ataque a un “nosotros”). Nos dice que

Entonces, el Trelewazo comenzó con una propuesta de solidaridad, con los vecinos, con mis vecinos, la gente de mi pueblo; [...] además que ya venían mucho más desgastados, el poder militar venía muy desprestigiado. Y en los días sucesivos, con las movilizaciones, con la permanencia del Teatro del Pueblo [Asamblea], fue tomando temperatura. Y se transformó en algo así como una épica pulseada de cómo ir recuperando esos presos; cada vez que volvía uno era una algarabía.

Esto nos hace repensar el lugar marginal que, por lo general, ocupa la Masacre en la memoria política del “Trelewazo”. ¿Predomina una función psicológica en la memoria colectiva, que relega al plano del inconsciente lo lastimoso, como observa Portelli (1989), donde la manipulación del acontecimiento encierra la voluntad colectiva de sopesar la humillación y la pérdida de la autoestima individual?

¿O tal vez el ingrátido lugar asignado a la Masacre en los relatos del “Trelewazo” se debe a una lisa y llana indiferencia, a esa “ajenidad” a la que nos refiere Horacio?

Tal vez la Masacre puede no haber interpelado directamente a la protesta social; sin embargo, su magnitud como hito político fue inocultable. Impactó

particularmente en la cosmovisión y en la estrategia de muchas organizaciones políticas y sociales del país, y sobre todo en aquellos sujetos consustanciados con el proceso político nacional. Su precisa interpretación era un elemento indispensable para cualquier praxis política a corto y mediano plazo. La Masacre estaba presente, gravitando entre quienes participaron activamente de la pueblada; y más entre aquellos que organizaron, discutieron y negociaron tanto dentro de la Asamblea como con el gobierno de facto. Es en relatos como el de Horacio donde el 22 de agosto revela todo su peso y su pesar.

En muchos de estos recuerdos personales existe cierto sentido vindicativo y catártico en la protesta de octubre ante el silencio de agosto. La movilización popular fue sentida en algunos de los sectores involucrados como revancha ante la alevosa masacre y la represión que secuestró a los vecinos. Y la complejidad para aprehender la memoria colectiva del "Trelewazo" está en que estas miradas coexisten con aquellas otras que relegan el impacto de la Masacre a un segundo plano. El predominio de una u otra variará según el contexto y de acuerdo con quien evoque esa memoria colectiva.

La coexistencia de esta heterogeneidad de sentidos a veces contrapuestos, circunscriptos a un mismo acontecimiento, refleja cierta articulación política en el "Trelewazo" que podría ser pensada desde la lógica populista. Horacio lo planteaba así:

cuando la gente se junta, hay una potenciación. ¿Por qué estamos juntos? "Por esto" dice uno; "por aquello" dice otro. Entonces surge lo nuevo, y con más fuerza porque no son individuos sueltos los que lo toman, sino que es un conjunto, un colectivo donde cada cual cree que este colectivo representa las ideas, propósitos e intereses suyos.

El Teatro (Asamblea) funcionó también como un significante vacío,²⁰ en cuanto que podía ser llenado con sentidos variables e indefinidos que coexistían e interactuaban entre sí. Horacio contaba que durante los momentos en los que no sesionaba la Asamblea, pero se mantenía habitado el Teatro, "mataban" el tiempo tomando mate, charlando o haciendo guitarreadas:

²⁰ "Cuando hablamos de significantes vacíos, queremos decir que existe un punto, dentro del sistema de significación, que es constitutivamente irrepresentable; que en ese sentido, permanece vacío, pero es un vacío que puede ser significado..." (Laclau, 2011, p. 136).

buena parte de lo que se escuchaba en el Teatro eran canciones [...] se hacían con estencil copias que se distribuían [...] era una especie de peña; y ahí tuvo un papel importantísimo el hermano de Coca [...] tenía mucha creatividad: creó muchas canciones y otras tomando del repertorio latinoamericano. Muy jugado, un tipo que estaba todas las noches trayendo algo nuevo para cantar.

Horacio pudo recordar algunas canciones: “Me acuerdo de ‘que culpa tiene el tomate que está tranquilo en su planta si viene un hijo de puta y lo lleva para Caracas...”. Aclaró que además había mucha influencia del cancionero republicano de la Guerra Civil Española. Estas hibridaciones nos recuerdan las reflexiones de Portelli respecto de las músicas folklóricas, sobre cómo se reactualizan esas canciones pasadas para significar situaciones presentes: “la posibilidad de expresar y comunicar las nuevas ideas y los nuevos temas surgía justamente porque había viejas formas disponibles en las que contenerlos” (Portelli, 1999, p. 7). Esas viejas formas abrigaban contenidos de luchas; canciones de protesta. Un híbrido interesante que Horacio nos dijo que se cantaba, era: “Todos debemos luchar por liberar nuestros presos; y por la reforma agraria y por el poder popular”. Esas canciones coexistían con otras del repertorio latinoamericano de izquierda, y con improvisadas rimas que expresaban el clima que se vivía, como por ejemplo: “salta, salta, salta, gobernador Costa, el pueblo de Trelew quiere hacerte bosta”.

Para Horacio, la “Asamblea del Pueblo” que mantuvo ocupado el Teatro Español de Trelew, desempeña un lugar central para comprender la dinámica del “Trelewazo”.

El Teatro fue todo un símbolo: de apropiación, de cosa que es nuestra. [...] el teatro era de los gallegos, así como el Verdi era de los tanos y el San David de los galeses. [...] en ese momento no lo administraba la Sociedad Española, sino que lo usaba la Municipalidad que lo alquilaba. [...] se cuidó el Teatro: hubo un compromiso de responsabilidad... no se rompió una silla, no se afanó nada, no se hicieron pintadas... el teatro fue muy simbólico. Todo un símbolo, de apropiación de cosa que es nuestra.

Los sectores más moderados —liberales— interpretaron que el respeto y el prolijo cuidado de ese espacio fue muestra del grado de civilidad y madurez

del pueblo de Trelew, lo que tácitamente era contrapuesto con otras protestas, como por ejemplo el "Cordobazo". Esto, como distintivo, pervive en la memoria colectiva y enaltece la identidad y el orgullo de sus habitantes.

Sin embargo, Horacio nos quiere referir algo distinto: simbólicamente, el Teatro pasaba a ser "propiedad" del pueblo (del nosotros), y dejaba de simbolizar o representar al poder provincial (los otros) que lo administraba. La diferencia está entre "ocupar" y "apropiar":

Instalado el Teatro fue convocante. Es decir la gente se daba cuenta que había un espacio del cual participar, no verlo de afuera. Por eso las grandes movilizaciones... '¿qué hacemos? ¡vamos al teatro!'. Un lugar donde pasan cosas; donde yo soy admitido. Esa fue la magia del Teatro. La inclusión. (...) las actitudes y las ideas de la gente eran diversas, pero había un espacio que era digno de ser habitado, de ser apropiado. Es decir, que era una experiencia que no habían tenido antes. Era nuestra casa...

Esta apreciación es clave para analizar la pueblada. La Asamblea conformó un espacio alternativo de expresión que satisfizo en parte la necesidad de participación política de la población. Pero esa forma de participación era diferente de aquella que ofrecía la democracia representativa. Esa práctica política directa, inclusiva, autónoma y comunitaria que se ejerció en el teatro, en la plaza y en las calles fue resignificando la idea de democracia, lo que marcó profundamente a quienes formaron parte de esa experiencia.

Otro importante elemento que Horacio refirió fue el fracaso de los partidos políticos²¹ durante el "Trelewazo" para encausar la protesta:

La Asamblea del Pueblo les pasó por arriba; lo que propusieron de movida fue una cosa muy chirla, muy aguachenta: sacar una declaración y vamos todos a casa. Y lo que surgió de la Asamblea es: "de acá no nos vamos hasta que los devuelvan" [a los presos].

Esta es una interesante cuestión que pone de relieve la tensión entre los tradicionales dirigentes políticos que inician las mediaciones con el gobierno

²¹ Los partidos políticos que intercedieron fueron: Partido Justicialista, Radical, Socialista (PSP), Movimiento de Integración y Desarrollo, Partido Demócrata del Chubut, Partido de Acción Chubutense y Partido Revolucionario Cristiano.

provincial (Comisión Interpartidaria), y los dirigentes que emergen entre los asambleístas (Comisión de la Asamblea). Unos tenían la legalidad para mediar con el poder político, y otros la legitimidad para representar a la Asamblea del Pueblo.²²

Irma T.

en el Teatro es donde se reunían todos; [...] Uno iba y los escuchaba. Así empezamos a tomar conciencia de lo que estaba pasando.
(Entrevista a Irma T., 26 de febrero de 2014, Trelew)

Irma recuerda a Horacio como uno de esos dirigentes, o al menos, como alguien bastante involucrado:

me acuerdo que andaba siempre al frente de las marchas [...] caminaba de atrás a adelante, viendo quién venía... [...] Cuando andaba una camioneta-sospechosa- [...] él nos decía: “no se metan en los callejones”; pasábamos frente a la comisaría y nos decía “en ese callejón no se metan; corran y métanse al Español” [...] “se viene la marea”, decía (Entrevista a Irma T., 26 de febrero de 2014, Trelew).²³

Irma recordaba vívidamente esa imagen. A Horacio ya lo conocía de antes:

Yo los veía llegar, junto a Rudi con quien trabajaba en una confitería, a comprar a lo de Pérez Insúa, los panes de manteca y cuando se iban, los patrones míos con sorna decían: “éstos son los comunistas, estos son los raros”... tenían barba...

“En la época del Trelewazo yo trabajaba en una distribuidora de la empresa Sancor; vendían fiambres, manteca, etc. Y yo trabajaba haciendo boletas” contaba Irma. Nacida en una familia obrera de identidad peronista, temprana-

²² Dice Fernández Picolo respecto de la conducción de la Asamblea: “Si bien los partidos políticos continúan encabezando la protesta, se distinguen dos grupos: Uno corresponde a los políticos tradicionales que formalmente parece que están al frente de la protesta, y el otro son los asambleístas, integrantes de líneas internas combativas y con una importante militancia que supera los ámbitos partidarios -sea el Encuentro Nacional de los Argentinos, los gremios y la lucha por los presos políticos- y que constituye una práctica política distinta” (Fernández Picolo, 2014).

²³ En adelante, todas las citas corresponden a esta entrevista.

namamente incorporó las preocupaciones por los derechos y por la dignidad de los trabajadores. Sancor presentaba irregularidades laborales tales como contratar menores, no respetar horarios o no bonificar horas extras. Irma advertía a sus compañeros sobre esta situación, y les aconsejaba: "ellos se pensaban que si vos pedías era porque estabas en contra del patrón". Allí, nos cuenta, es donde se ganó el apodo "Piquito de Oro", por "no perdonarles una". Además, denunció a sus empleadores ante la Secretaría de Trabajo por tener personas trabajando en negro. Sin embargo, como ella misma nos refirió, faltaba tiempo aún para su maduración política. La misma llegaría pocos años después del "Trelewazo", de la mano de su experiencia sindical.

El golpe de 1976 la sorprende trabajando en una fábrica de relojes. Para ese entonces, Irma ya era delegada sindical de la Unión Obrera Metalúrgica. "Yo era delegada, y como delegada defendía... yo nunca estuve a favor de los patrones...". Sus inquietudes políticas ya la habían acercado también a *Estrella Roja*²⁴ y a otras publicaciones similares, que su madre prudentemente debió quemar. En esa época testificó a favor de una compañera que había sido echada sin justificación. "Y ganó el juicio; se lo pagaron. Pero todos tenían mucho miedo. Y Jara, el secretario general del sindicato, en ese momento ni apareció. Yo lo llamaba: -¡vení que tenemos problemas en la fábrica!".

Allí trabajaba en una línea de montaje de relojes, junto a otros 60 obreros, en su mayoría mujeres; esto le permitía desarrollar preocupaciones tanto de clase como de género. Contó que en una oportunidad sus compañeras se quejaban por tener que barrer. Entonces Irma enfrentó al encargado y le dijo que iba a tener que tomar una persona para limpieza: "el encargado de los muchachos me dijo: 'Pero Irma, alguien tiene que barrer!' y bueno, ¡mándenlos a los varones a barrer!".

Pero en líneas generales no recuerda que haya sido una fábrica problemática: "en la fábrica esa me gustó; trabajé mucho... si pedías aumento, hablabas con ellos y te escuchaban. Y ganábamos bien, se trabajaba bien y era limpia, porque exigíamos también la hora de descanso, el comedor [...] no teníamos muchos líos", nos decía Irma recordando con gratitud "al viejito", como afectuosamente se refería al dueño. Los buenos términos de la relación laboral y la predisposición de la patronal a mantener un clima de trabajo favorable

²⁴ Revista que publicaba el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP).

permitían ajustar su realidad a la ideología formal del peronismo bajo la que Irma se había formado.

Pero esta baja conflictividad no necesariamente se traducían en baja combatividad. Recordó que “antes de que la sacaran a Estela de Perón, yo había entrado en la fábrica de relojes y pedimos aumento. Tres días de huelga, ¡mirá, hacer huelga nosotros a un partido peronista! y pedíamos, a la UOM, el 137% y nos lo dieron”.

Sin embargo, el recuerdo que eclipsa su memoria de aquellos años es el del miedo que irradiaban la represión y el terrorismo de Estado: recordaba aún la música de los comunicados militares por la radio y algunas caras que nunca más volvió a ver. Además, como delegada, ella se sentía expuesta: “Irma, andá vos porque tenemos miedo’. ¿Y te crees que yo no tengo miedo? ¿Pero cómo te vas a dejar pisotear?”, repetía a sus compañeras. Del secretario regional del sindicato recuerda que “cuando estaba Isabelita, sí aparecía [...] viste que tenés siempre montones de problemas -laborales, de horarios, extras, etc.-, y Jara estaba, pero cuando pasó todo esto no apareció más”.

La memoria de Irma privilegia aquellos recuerdos vinculados a su experiencia sindical como delegada de base; de vivencias que fundan y realizan su identidad de obrera peronista, como también de aquellas otras que la pusieron a prueba. Sus vivencias gremiales (experiencia de clase) tuvieron constitutivamente más peso (significancia) en su subjetividad que hechos o acontecimientos de otra índole. Es por ello que al apelar a su memoria, los recuerdos políticos e históricos más lúcidos están asociados a esta etapa de su vida; es decir, al trabajo en la fábrica de relojes donde era delegada sindical (1976) y no tanto al de la distribuidora Sancor (1972, año del “Trelewazo”), que remite a una etapa temprana de su experiencia: la de su juventud.

Irma periodiza su relato utilizando como principal referencia temporal los lugares donde trabajaba. Esta forma es la que Portelli asemeja a una rueda: “un borde circular y rayos que irradian en todas direcciones desde un eje central de significado” (1994, p. 8). Así es que, para manejarnos con facilidad a lo largo del plano temporal, aludíamos directamente a una u otra experiencia laboral: por ejemplo, al momento del “Trelewazo” (1972) ella trabajaba en una distribuidora de lácteos; y en 1976 hacía lo propio en una fábrica de relojes. Estas referencias laborales nos sirvieron en el diálogo para movernos temporalmente con facilidad y poder comparar ambas dictaduras.

Pero también hay una doble espacialidad sobre la que transitan sus recuerdos: entre Trelew y Santiago del Estero. Cuando se produce el "Trelewazo", su grado de politización era bajo; había comenzado a tomar conciencia de la realidad sociopolítica del país en sus viajes a Santiago del Estero, donde vivía una hermana suya a quien visitaba con frecuencia. Allí experimentó una dura represión de la policía montada, y se topó y vivenció otros niveles de conflictividad: "allá se sentía más [la represión]; yo me acuerdo que fui a una marcha en Santiago y nos corrieron con los caballos; o disparabas (corriendo) o te llevaban por delante". Esto le permitía conocer otras realidades y problematizar su propia sociedad trelewense.

yo estuve en Santiago del Estero y me decían: "¿pero ustedes no saben lo que pasa en Trelew?" y yo decía: "sí, sabemos, pero ¿qué vamos a hacer?". Sabíamos que llegaban los colectivos con todos los chicos. Me acuerdo que los bajaban acá en el avión y pasaban. Yo siempre me acuerdo de las manitos de las chicas, eran flaquitas y sacaban las manos así (con el puño en alto) para afuera. No se veían las caras de ellos, pero sacaban las manos así [repetiendo el gesto] y pasaban para Rawson.

En cuanto a lo concerniente a su participación en la pueblada, Irma contó que fue más bien azarosa:

yo no era todavía delegada de la fábrica, ni nada. Me acuerdo estaba en una esquina y viene un grupito haciendo una marcha; y yo conocía a Juan, y el gritaba: "vengan, involúcrense...". Yo estaba parada ahí con mi hermana y él nos dice: "vengan, ¡vamos a la marcha!" [...] entonces empezamos a ir a las marchas, que después se fueron haciendo cada vez más grandes.

En la primera oración, Irma tácitamente anticipa que su madurez política no había llegado aún. Más adelante especificó:

Después vino la represión grande, y esa fue otra. Ahí si yo era delegada de la fábrica y empecé a pensar más. Pero cuando fue el Trelewazo yo trabajaba en una oficina; ya te digo, si no era por este chico que gritó "vengan, involúcrense" ...

Por su parte, lo que atañe a la Masacre de Trelew se presenta en la memoria de Irma como recuerdo incómodo de humillación. Al respecto nos contó que

una vez que estaba en Santiago, no fui a votar, así que fui allí a la comisaría, [a justificar] y me dice el policía: “ustedes son los malos” porque había lo de la Base y nos tenían a nosotros como que no ayudamos a los chicos, que dejamos que los mataran.

Es decir, que el policía la hostigó responsabilizándola a ella —y a su sociedad— por la Masacre.

Algo de esa culpa estructura parte de su memoria: “empezaron a tener miedo cuando mataron a los muchachos en la Base; muy cobardes fueron acá, no hacían nada, se quedaban callados”. Irma expresa una mezcla de bronca, deshonra y vergüenza por el silencio posterior a la Masacre. Pero también refleja cierta exterioridad al posicionarse fuera —“ajenidad”— de esa historia (*story*) de 1972. Distinto es su posicionamiento respecto de la otra dictadura. Allí sí se siente partícipe con responsabilidad de una historia (*history*) que la constituyó subjetivamente, siendo delegada sindical.

Preguntada directamente por el significado del “Trelewazo”, Irma no lo disoció de la Masacre; en su respuesta ambos acontecimientos se funden:

no creo que le haya quedado mucho a la gente; yo tenía un amigo que iba conmigo pero creo que ni se debe acordar... él iba porque iba un amigo, o porque se llevaron a Maestro [Carlos]; Maestro tenía muchos amigos. Yo veo y escucho hoy por hoy a la gente que no está muy interesada por nada... todavía mucha gente ni sabe lo que pasó en la Base; saben que mataron gente pero no saben porque, todavía la culpa la tienen ellos [los presos políticos]... yo te digo por mi vecina, por estos de acá al lado. No tienen idea de nada, a lo mejor hay gente que sí, pero yo no los conozco.

Su memoria plantea una tácita problematización en torno a la cuestión de los grados de conciencia (politización) en la movilización popular. La espontaneidad de su propia experiencia política (recuerda que se sumó a la marcha porque Juan le gritó para invitarla) contribuye a formar la idea de que no todos los que participaron de la pueblada conocían de la misma manera sus reales implicancias: “había muchos que iban, por ir... había una chica [...]

que estaba en la marcha, y si le preguntabas no entendía nada, ella iba a la marcha como un juego. Mucha gente no tenía noción de lo que era".

Lo interesante de esta cuestión es que nos invita a pensar los diferentes motivos y procesos de politización que atraviesan los sujetos. Para Irma, fue una contingencia: la de Juan invitándola a la movilización mientras ella miraba marchar a las personas desde la vereda.²⁵ Para Adriana, se trató de una rebeldía "teatral"; para Horacio, tal vez, una inquietud intelectual. ¿Cuál habrá sido la razón para esa "chica" que menciona Irma?

Recordando la Asamblea del Pueblo explicó: "en el Teatro es donde se reunían todos; ahí hablaba uno, hablaba otro, de ellos, de los que estaban involucrados. Uno iba y los escuchaba. Así empezamos a tomar conciencia de lo que estaba pasando". El teatro fue, entonces, no solo un lugar de expresión popular, sino también un espacio de sociabilidad y politización a través de escuchar a los oradores, participar de los debates, entonar canciones y partir a marchar a las calles. Estas problematizaciones nos invitan a pensar en profundidad no solamente algunos aspectos del "Trelewazo" en particular, sino de las protestas sociales en general.

Juan T.

"el pueblo marcha con sus dirigentes a la cabeza, o con la cabeza de sus dirigentes" (Dichos de Rudy, recordados en la entrevista a Juan T., 26 de febrero de 2014, Trelew)

Juan fue quien invitó a Irma y a su hermana a sumarse a la marcha aquel octubre de 1972. Juan contó que en aquel entonces trabajaba en la Dirección General de Rentas y acompañaba en las luchas al naciente sindicato de obreros y empleados de la administración pública provincial: SOYEAP.²⁶ "Un sindicato fuerte y combativo", recordó, y más adelante en su relato explicó: "Nosotros peleábamos por reivindicaciones salariales; en realidad lo nuestro pasaba por sueldos tan bajos que eran apremiantes. Yo me acuerdo de una compañera de trabajo que lloraba cuando agarraba un sobresueldo".

²⁵ Sin que por ello perdamos de vista en el análisis, su predisposición a quedarse parada (tal vez por curiosidad o inquietud política), casi como esperando ser interpelada a participar.

²⁶ Sindicato de Obreros y Empleados de la Administración Pública.

Esta experiencia sindical anticipa también su cierto grado de politización. Así lo indica además su intervención directa en la “Asamblea del Teatro”, que narró con especial entonación:

Se estaba hablando de la posibilidad de ir a entrevistar al gobernador o no... yo estaba en un palco al fondo; no era de hablar porque me apabulla hacerlo frente a la gente. Entonces, se debatía si era oportuno salir a manifestarse en columna hasta Rawson a reclamar al gobernador, o esperar un momento más adecuado. Entonces yo les grité desde el palco: “La ocasión es como el fierro compañero, ¡hay que machacar caliente!”. Y era el momento, que la efervescencia no se perdiera... (Entrevista a Juan T., 26 de febrero de 2014, Trelew).²⁷

Su definición del “Trelewazo” no varía sustancialmente respecto de otras memorias. No obstante, aporta al mosaico histórico, para aprehender cierta estructura de sentimiento, un elemento que los otros entrevistados no habían manifestado, al menos directamente: el de la indignación popular, que podríamos interpretar, en parte, como fuerza moral acumulada²⁸ que facilita el paso a la acción directa.

Lo del “Trelewazo” fue una tremenda manifestación de gente disconforme... creo que fueron los precursores del movimiento español, los indignados. Porque realmente fue un movimiento de indignados porque se habían secuestrado ciudadanos [...] fue algo espontáneo, la gente estaba muy disconforme con lo que estaba pasando, con la dictadura y harta de la prepotencia. La gente veía que si hoy se llevaban a esas personas y no volvían iban a seguir llevando. [...] la gente lo vivió muy indignada a todo eso, y veíamos que íbamos a recuperar a esos ciudadanos, entonces lo hacíamos con cierta alegría, porque era un triunfo del pueblo contra la dictadura.

²⁷ En adelante, las citas corresponden a esta entrevista.

²⁸ Tomando esta noción de Beba Balvé, Emilio Crenzel la define como “el grado de convicción acerca de la lucha que están librando y la convicción de su justeza y necesidad de continuación. Esta es la fuerza que permite vencer al miedo, o desplazarlo y es el soporte material para que los cuerpos se desplieguen en una confrontación, adquiriendo un verdadero carácter de fuerza material” (Crenzel, 2000, p. 42).

La relación entre la masacre de agosto y la pueblada de octubre se presenta difusa en la memoria de Juan; es decir, los fusilamientos parecieran guardar poca relación causal con esa indignación de la gente. Algo similar nos refería Horacio al decirnos que los "los hechos de Octubre [el "Trelewazo"] ya estaban distantes de la Masacre". Sin embargo, un recuerdo de Juan evoca cierta latencia del fantasma del 22 de agosto funcionando como mecanismo de terror-coerción: "en un momento en una marcha se habló que [la marina que tenía muchos soldados en la Base] venían marchando hacia Trelew para reprimir la manifestación: no se movió nadie; la gente estaba dispuesta a sacrificarse".

La memoria de Juan presenta entonces al "Trelewazo" y a la Masacre como contrapuntos. Mientras que el primero fue una "espontánea" y "tremenda manifestación" popular, el 22 de agosto expresa la indiferencia de amplios sectores de la sociedad, donde predominaba la versión del intento de fuga y la antipatía hacia los "guerrilleros", lo cual generó una fuerte tensión en Juan al ubicarse en los márgenes de lo que él percibía como "sentido común":

En la administración pública, en la parte que yo trabajaba no hubo una reacción de la gente que digan "¡que injusticia!"; lo tomaron como que eran bandidos... éramos poquitos los que pensábamos distinto [...] Realmente fue muy, muy feo... yo lo pasé mal... en mi trabajo lo comentaba con los compañeros y había gente grande y gente ilustrada que decía "si eran terroristas, se quisieron escapar", y yo les decía "cómo se van a escapar de la Base, desnudos y con una toma de judo eliminar tres guardias armados... imposible, es un descampado. Eso fue una matanza"...

Otro aspecto al que se refirió Juan fue al de los dirigentes del "Trelewazo". Nuevamente, aparece en las memorias de la pueblada la figura de Rudi (tío de Adriana, y amigo íntimo de Horacio):

Lo que recuerdo son las marchas en la calle; me acuerdo de una frase de Rudi que la repetía bastante seguido en las movilizaciones, en las marchas en la calle: se ponía delante de la gente se daba vuelta, levantaba el índice de la mano derecha y decía: "el pueblo marcha con sus dirigentes a la cabeza, o con la cabeza de sus dirigentes"... era interesante la frase [...]

yo creo que estaba en camino de ser dirigente si se hubiera quedado, pero tuvo que exiliarse porque si no era “boleta”²⁹.

Consideraciones finales

Hemos presentado cuatro narraciones que comparten un mismo acontecimiento; cuatro miradas que tienen un punto de encuentro en el tiempo y el espacio: el “Trelewazo”. En este ordenamiento que desde el análisis les hemos impuesto —cual *puzzle*—, se encuentran esas narraciones visitadas por la figura de Rudi Miele, dirigente de la Comisión Asamblearia y referente de la memoria popular.³⁰

Adriana (sobrina de Rudi) formaba parte del grupo Teatro Estudio Trelew, que Horacio y Rudi habían armado; Irma aún los recuerda (a Horacio y a Rudi) con sus barbas yendo a comprar al lugar donde ella trabajaba; o a Horacio dirigiendo y cuidándolos en las marchas por la ciudad. Y es Juan quien desde la calle le grita a Irma, que se encontraba dubitativa en la vereda, que se sume a la marcha, a partir de lo cual se implicó en las sucesivas manifestaciones. Las cuatro miradas pueden ser inscriptas en esa parte de la memoria colectiva anclada en lo popular, que atesora la experiencia de masa y la participación directa, horizontal y autónoma, en el marco de una dictadura militar.

Juan todavía recuerda a Rudi en las movilizaciones gritando “el pueblo marcha con sus dirigentes a la cabeza, o con la cabeza de sus dirigentes”, lo que nos hace repensar y problematizar el rol y el protagonismo que tuvieron los partidos tradicionales. La imagen que Juan conserva es que “los políticos en realidad, los que después ejercieron, estaban bastante borrados o no habían asomado todavía”. La misma apreciación que tuvo Horacio al respecto, al afirmar que “la asamblea les pasó por arriba”.

²⁹ Modismo que significa “ser asesinado”.

³⁰ Su semblanza podría contraponerse a la de Santiago “Chiche” López, representante de la Comisión Interpartidaria y referente de la memoria “cívica”. Perteneciente a una nueva generación de dirigentes regionales de la UCR, “Chiche” López fue abogado, miembro de la de la Comisión de Solidaridad y apoderado de presos políticos. Desempeñó un activo protagonismo en la conducción de la Asamblea del Pueblo y fue electo al año siguiente, en 1973, diputado provincial. En 1983 fue nuevamente electo, esta vez como diputado nacional y pasó luego a integrar la CONADEP (Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas). Un acercamiento a la mirada de López puede encontrarse en González Canosa, 2005.

En la memoria oficial del “Trelewazo”, este aspecto está invisibilizado, compartiendo con la memoria cívica el énfasis puesto en la eficacia del sistema de partidos.

El acto del gobierno por los 41 años de la pueblada —conmemorado oficialmente desde el año 2005— fue cerrado, se realizó en el Salón Histórico de la Municipalidad y asistieron no más de una treintena de personas. Así se celebraba, paradójicamente, la memoria de esa experiencia masiva de participación popular e inclusión política que fue la Asamblea. Dijo en esa oportunidad el intendente de la ciudad:

más allá de reconocer a las figuras públicas que fueron parte de estas jornadas, también vamos a trabajar para rescatar a aquellas personas anónimas que también participaron, porque “el trelewazo” no sólo fue de los dirigentes sino del pueblo todo (*Jornada*, 11 de octubre de 2013. El subrayado es nuestro).

Al naturalizar un supuesto protagonismo de la clase política, esta memoria oficial invisibiliza la “herejía” central del “Trelewazo” para la democracia liberal: prescindir de los tradicionales mecanismos de mediación política. Y es lo que atesora esa memoria de corte popular que mencionábamos al comienzo; memoria que preserva el recuerdo de esa experiencia política inédita, altamente deliberativa y participativa, que se practicó en las calles, en la plaza y en un teatro apropiado al poder municipal. La asamblea fue un oasis para la praxis política en el marco de la dictadura militar.

Pero además, el uso político de la memoria del “Trelewazo” busca posicionar a los miembros de la actual elite política como los herederos de aquellos dirigentes de la pueblada, unguidos así de aquel “ser trelewense” que dignifica, llena de orgullo y garantiza un auténtico espíritu democrático. También expresaba el intendente en esa misma ocasión: “ese es el espíritu que ha hecho que buena parte de los dirigentes más caracterizados de los partidos políticos, en dictadura o en democracia, hayan sido de esta ciudad y lo sigan siendo” (*Jornada*, 11.10.2013).

La memoria del “Trelewazo” que se evoca desde el Estado retoma elementos de aquella memoria cívica que contemporáneamente ayudó a consolidar el diario *Jornada*, al presentar una versión más “domesticada” de esa experiencia política de masas y repositionar a la dirigencia política tradicional

en el centro de la escena. Esto constituye un fuerte contraste con las miradas que nos ofrecen Juan, Irma, Adriana y Horacio, donde se revela la artificialidad de la memoria-monumento y la manipulación de sentidos que desde arriba, y con arreglo a fines presentes, se hace con el “qué” se recuerda y “cómo” se conmemora.

Referencias bibliográficas

- A 41 años, Trelew recordó el “Trelewazo”. *Jornada*, 11 de octubre de 2013. Recuperado de www.diariojornada.com.ar/81284/Politica/A_41_aos_Trelew_recordo_el_Trelewazo
- Binder, A. (2015). Del Primer Congreso de Historia del Chubut y su trasfondo político y económico (noviembre de 1967). *Revista de Historia Regional*, 33.
- Crenzel, E. (2000). Elementos teórico-metodológicos para un análisis comparativo de los procesos de lucha de calles y resistencia popular en el NOA. *CUADERNOS*, 13, FHYCS - UNJu. Recuperado de www.scielo.org.ar/pdf/cfhycs/n13/n13a03.pdf
- Feierstein, D. (2011). *El genocidio como práctica social*. Buenos Aires: FCE.
- Fernández Picolo, M. (2014). La fuga, la masacre, la asamblea. En *Trelew: esa masacre que aún es fuego*. Rawson: Secretaría de Cultura de la Provincia del Chubut.
- Gatica, M. y Debattista, S. (2009). Trelew, un lugar en el tiempo. Notas en torno a las memorias de la masacre (Agosto de 1972). Una perspectiva desde la Historia Oral. Ponencia presentada en el *IX Encuentro Nacional y III Congreso Internacional de Historia Oral de la República Argentina*. Buenos Aires: Dirección General de Patrimonio Histórico e Instituto Histórico, Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.
- González Canosa, M. (2005). *Las puebladas del principio de los '70, un estudio de caso: Movilización y protesta social en Trelew: La “Asamblea del Pueblo”*. Tesis de grado. Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Disponible en www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.538/te.538.pdf.
- Junio de 1973. Entrevista a Ricardo Haidar, María Antonia Berger y Alberto Miguel Camps [Mensaje en un blog]. *Diario del Juicio. La Masacre de Trelew 40 años después*. Recuperado de <http://veintidosdeagosto.blogspot.com.ar/p/documentos.html>

- Laclau, E. (2011). *La razón populista*. Buenos Aires: FCE.
- Martínez, T. E. (2004). *La pasión según Trelew*. Buenos Aires: Aguilar.
- Perea, C. (2007). Chubut, Trelew y Rawson (1960-1972). En O. Pellettieri. *Historia del teatro en las provincias*. Buenos Aires: Galerna.
- Portelli, A. (1989). Historia y memoria: la muerte de Luigi Trastulli. En *Historia y fuente Oral*, 1, 5-32. Recuperado de <http://etnohistoriaenah.blogspot.com/2010/10/portelli-historia-y-memoria-la-muerte.html>
- Portelli, A. (1993). El tiempo de mi vida: las funciones del tiempo en la historia oral. En J. Acevez Lozano (Comp.), *Historia Oral*. México: Instituto Mora, Universidad Autónoma Metropolitana.
- Portelli, A. (1999). Memoria y Resistencia. Una historia (y celebración) del Circolo Gianni Bosio. *Taller. Revista de Sociedad, Cultura y Política*, 4(10).
- Portelli, A. (2002). Las fronteras de la memoria. La masacre de las Fosas Ardeatinas. Historia, mito, rituales y símbolos. *Sociohistórica*, 11-12. Recuperado de www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.3065/pr.3065.pdf
- Portelli, A. (2016). *Historias orales: Narración, imaginación y diálogo*. La Plata: FaHCE-UNLP, Rosario: Prohistoria.
- Urondo, F. (1973). *La Patria Fusilada*. Buenos Aires: Crisis.

Fuentes escritas

Diario *El Chubut*

Diario *Jornada*

Fuentes orales

Adriana B. Entrevista realizada por Axel Binder el 20 de febrero de 2014 en la ciudad de Trelew.

Irma T. Entrevista realizada por Axel Binder el 26 de febrero de 2014 en la ciudad de Trelew.

Horacio I. Entrevista realizada por Axel Binder el 25 de febrero de 2014 en la ciudad de Trelew.

Juan T. Entrevista realizada por Axel Binder el 26 de febrero de 2014 en la ciudad de Trelew.

La otra resistencia. Reflexiones sobre silencios, violencias y género en la Resistencia peronista (1955-1965)¹

Anabella Gorza

En el año 2009 se dio a conocer un documental de Alejandro Fernández Mouján, *Los Resistentes*, que recupera los relatos de personas que integraron la primera Resistencia peronista.² El film se abre con la charla de un grupo de militantes que se proponen dar a conocer y reflexionar sobre sus experiencias desarrolladas en el período que se extendió entre 1955 y 1965, preocupados por romper el manto de silencio que cubre a esa etapa de la historia del peronismo. La conclusión a la que arriba uno de ellos es que ese lapso temporal está silenciado porque en él “estuvieron todos”, haciendo referencia a la confluencia en acciones conjuntas de personas que en años posteriores estarían en posiciones encontradas en las internas del peronismo, ya sea por sus

¹ Una versión preliminar de este capítulo puede hallarse en mi tesis doctoral, en la cual se aborda la participación femenina en la Resistencia peronista en el período 1955-1966, desde una perspectiva de género (Gorza, 2017).

² La Resistencia peronista es el proceso de lucha llevado a cabo por los militantes y simpatizantes de ese signo político luego del derrocamiento del gobierno peronista en 1955. Hay varias posturas sobre su fecha de cierre, tanto entre los/as historiadores/as como entre los/as actores políticos. Algunos/as señalan el final en 1973, con el regreso de Perón a la Argentina, luego de un obligado exilio que duró dieciocho años; otros/as señalan en diferentes momentos de las décadas de 1950 y 1960. No podemos hablar de la Resistencia peronista como un proceso homogéneo. Diferentes actores, con diferentes modalidades de intervención participaron a lo largo de esos dieciocho años, o en períodos acotados dentro de ese lapso. Las delimitaciones temporales siempre están inscriptas en posturas políticas e ideológicas.

orientaciones ideológicas como por las diferencias que separaron a aquellos que se mantuvieron ligados a la militancia de base y/o a posturas combativas respecto de quienes se burocrataron y adoptaron una actitud negociadora: “¿Por qué se borra esa parte? Porque en esa parte estuvieron todos; hasta los Cavalieri, ¿no? Compañero de ruta. Y hoy en día sabemos quién es Cavalieri.³ Entonces, yo creo que se oculta deliberadamente” (Relato de Enrique “Chiche” Pecorino, en Fernández Mouján, 2009).

La charla de estos militantes y este comentario en particular han actuado como un disparador que me ha llevado a reflexionar acerca de las razones que condenaron a la Resistencia peronista desarrollada durante los diez años que siguieron al golpe de Estado de 1955 en Argentina, a un lugar marginal en la memoria colectiva respecto de otros períodos históricos. Ese es uno de los objetivos que persigue este capítulo. Pero además, existe otro silenciamiento que atraviesa a esa experiencia de resistencia y es aquel que atañe a la participación femenina; las mujeres han sido eliminadas de los relatos sobre la Resistencia o condenadas a un papel de mero apéndice de actividades llevadas a cabo por militantes varones. La historia oral nos ofrece interesantes líneas de análisis para problematizar ambos tipos de silenciamiento, entre las cuales podemos mencionar los diferentes usos de la memoria, la relación pasado-presente y la vinculación entre relato individual e historia colectiva. Además nos interesa explorar cómo el género interviene en la construcción de los relatos y en la articulación entre discursos públicos e individuales. Dichas dimensiones, que ya han sido aplicadas a estudios sobre la militancia en la década de 1970, todavía no han encontrado eco para el análisis de la Resistencia peronista en los años sesenta y tempranos setenta del siglo XX. Me interesa abordar particularmente una dimensión de la Resistencia peronista, que es aquella que se vincula al uso de la violencia, ya que la misma constituye un aspecto problemático que ha incidido decisivamente en los silenciamientos que se han construido sobre dicho proceso histórico y sobre el lugar de las mujeres como partícipes del mismo. El análisis será desarrollado a partir de entrevistas propias realizadas a militantes de la época, entrevistas dis-

³ El relato alude a Armando Cavalieri, secretario general del Sindicato de Empleados de Comercio desde 1983.

ponibles en archivos públicos y testimonios extraídos de libros de divulgación y de la película *Los Resistentes*.⁴

Los silencios sobre la Resistencia peronista

Tras la caída del gobierno peronista el 16 de septiembre de 1955 por el golpe de Estado de la Revolución Libertadora,⁵ los militantes de ese signo político se embarcaron en una lucha tendiente a recuperar los espacios de poder perdidos y a hacer visible al peronismo bajo un gobierno que pretendía hacerlo desaparecer mediante la aplicación de políticas concretas como la proscripción del Partido Peronista; la intervención de los sindicatos y de la Confederación General del Trabajo; la inhabilitación de dirigentes y su encarcelamiento, junto con el de cientos de militantes; el exilio obligado de Perón; la destrucción de monumentos y edificios públicos vinculados a su gobierno; la aplicación de medidas tendientes a incrementar los niveles de explotación en el sistema productivo, que se desplegó sobre la clase obrera en su totalidad, no necesariamente peronista; y, entre otras cosas, la prohibición de usar públicamente los símbolos de esa fuerza política, medida que se concretó a través de la sanción del decreto 4161 en marzo de 1956. Pese a los intentos de disciplinamiento encarados por el gobierno de la Revolución Libertadora, preocupado por hacer desaparecer al peronismo de la escena política, lo cierto es que los mismos resultaron infructuosos, y revelaron la imposibilidad de construir un proyecto político que no lo incluyera o que lo eludiera como factor de poder. Tan es así que entre los rasgos que caracterizan al período destacan la inestabilidad política —expresada en la alternancia de gobiernos militares con democracias débiles y condicionadas—, el rol de las Fuerzas Ar-

⁴ En los casos en que los y las entrevistadas ofrecen testimonios que pueden resultar comprometedores, hemos decidido usar seudónimos. No hemos seguido el mismo criterio con personas que ya han fallecido o cuyos relatos están publicados y son de conocimiento público. Las entrevistas referidas con seudónimo son las de Juan, Pedro, Julia, Emilia y Eugenia.

⁵ La Revolución Libertadora fue el golpe de Estado cívico-militar que derrocó al gobierno peronista dando lugar a un gobierno de facto que duró hasta el 1º de mayo de 1958. Entre septiembre y noviembre de 1955, la presidencia fue ocupada por el general Eduardo Lonardi, de tendencia nacionalista, siendo luego destituido por un golpe interno de los sectores liberales encabezado por su vicepresidente, Isaac Rojas que buscaba profundizar las medidas antiperonistas. El segundo gobierno de la Revolución Libertadora tuvo a Pedro Eugenio Aramburu en la presidencia y a Rojas en la vicepresidencia.

madras como árbitro de la política y del sindicalismo como factor de presión (Cavarozzi, 1983; O'Donnell, 1972; Portantiero, 1973; Smulovitz, 1991; Spinelli, 2005). En este contexto, la resistencia se desplegó en múltiples planos y a través de diversas expresiones, producto del carácter heterogéneo de las fuerzas y sujetos que integraban el peronismo. Abarcó desde manifestaciones espontáneas hasta intentos de golpes de Estado por la vía militar y ensayos aislados de guerrilla, y en un plano más sostenido, las acciones de los obreros y obreras en sus espacios de trabajo y el proceso de recuperación de los sindicatos intervenidos; además de la lucha por el retorno de Perón y el reclamo por el levantamiento de las proscripciones. A ello hay que sumar las expresiones culturales que tuvieron como objetivo mantener una memoria pública sobre el peronismo y que se manifestaron de maneras muy variadas.⁶

En este trabajo nos interesa retomar las apreciaciones que sobre la temática ha desarrollado Ernesto Salas en *La resistencia peronista. La toma del frigorífico Lisandro de La Torre* (2006 [1990]). En este libro el autor llama la atención sobre los usos y resignificaciones que sufrió la expresión “Resistencia peronista” por los militantes de la década de 1970. Según sus palabras, la Resistencia desplegada en los años cincuenta fue enviada al plano de lo folklórico. Se creó una imagen mítica de ella, sin contradicciones, de la cual fueron eliminados los sectores ortodoxos del sindicalismo o directamente el sindicalismo en su totalidad, para resaltar aquellos hechos y momentos de alta combatividad, como fue la toma del frigorífico, que serían contemplados como antecedentes de la lucha armada que se desplegó en los años setenta.

Ernesto Salas y los protagonistas del film *Los Resistentes*, al que hicieramos referencia al comienzo de este capítulo, manifiestan su preocupación por dos formas diferentes de olvido. Alessandro Portelli (2005) utiliza la expresión “memoria oximorónica” para hacer referencia a una memoria en la que olvido y recuerdo aparecen estrechamente vinculados, y en la que el olvido es una parte constitutiva de la memoria. De esta manera, recordar puede ser una forma de olvidar y existen diferentes estrategias para ello. Una consiste en suprimir aquello que es perturbador. En el caso de quienes dan su testi-

⁶ Es muy amplia la bibliografía que aborda la temática. Ver especialmente: Álvarez, 2014; Amaral, 2004 [1993]; James, 2010 [1988]; Centurión, 2007; Melon Pirro, 2009; Nieto, 2009; Raimundo, 1998; Salas, 2006, 2006 [1990]; Schneider, 2005; Scoufalos, 2007; Seveso, 2010.

monio en el documental *Los Resistentes*, el olvido estaría expresado en forma de omisión deliberada de un pasado contradictorio que no responde directamente a las necesidades del momento posterior, aquel en que se escribió el relato sobre la Resistencia peronista. El recurso en este caso es eliminar un período de la historia (1955-1965) cuya contradicción principal estaría dada por la presencia de dirigentes que se burocratizaron en años posteriores. Pero la forma de olvido sobre la que nos alerta Ernesto Salas desde su condición de historiador es una más compleja y puede sintetizarse en lo que Portelli llama “memoria monumento”. Este tipo de memoria implica una fosilización y monumentalización del pasado, vinculada al mito y al folklore. El pasado es sacralizado, se presenta libre de contradicciones, se cierra al análisis y a la crítica, y pierde su relación con el presente. Aquello que es contradictorio, las “memorias perturbadoras”, es eliminado del relato (Portelli, 2013):

Hay un frase de Mario Benedetti esculpida en un lugar de memoria tan trágico como Villa Grimaldi en Santiago de Chile: “el olvido está lleno de memoria”. O como escribió Borges: “el olvido es una de las formas de la memoria, su vago sótano, la otra cara secreta de la moneda”. Por esto, recordarlo todo como en la metáfora de los cartógrafos del emperador de Borges significa no recordar nada: más que un depósito de datos, la memoria es un constante trabajo de búsqueda de sentido, que filtra los rastros de la experiencia entregando al olvido lo que no tiene más significado en la actualidad -pero también lo que tiene demasiado significado. En este sentido, la imagen borgesiana del “sótano” se conecta con la de Benedetti del olvido como “gran simulacro repleto de fantasmas”: memorias no olvidadas sino suprimidas, que reaparecen en formas perturbadoras cuando se suelta el control (Portelli, 2016, p. 477).

Entonces, lo que ocurre no es una eliminación total de un período de la historia; aunque cabe reconocer que en los relatos que se construyen desde el presente, la primera experiencia de la Resistencia no ha recibido la misma atención que la experiencia setentista. Lo que se elimina en la mirada elaborada en los años setenta del siglo XX—que aún tiene vigencia en el presente— es el componente sindical y los elementos ortodoxos del peronismo. Por supuesto que la creación del mito y del folklore nunca se realiza en el vacío,

sino que descansa en autorrepresentaciones compartidas. Sin embargo, su creación, que va ligada a la construcción de una memoria colectiva, responde a los intereses que los grupos creadores del relato sobre el pasado tuvieron en el momento en que le dieron forma al mismo. En este caso, la Resistencia que se desplegó en los años que siguieron al golpe de Estado de 1955, y cuyo final es ubicado por Salas en 1960,⁷ habría sido recordada por las organizaciones de la izquierda peronista de la década de 1970, pero eliminando aquello que resulta perturbador —el componente sindical—; y que se plasma, tomando la expresión de Portelli (1996), a través de “memorias no autorizadas”.

Ernesto Salas señala la necesidad de no analizar la Resistencia peronista desde una mirada “setentista”, sino tratando de situarla en el contexto histórico en el que tuvo lugar, de manera tal que muchas de sus contradicciones se vuelvan inteligibles. De modo similar, me propongo analizarla no como una etapa incompleta de un proceso que tendría lugar años más tarde, sino tratando de comprenderla en su especificidad. Ahora bien, las características que había adoptado el peronismo en el período previo, durante su gobierno (1946-1955), sus formas de hacer política y la heterogeneidad que lo caracterizó desde sus orígenes influyeron en las lógicas de acción que se implementarían con posterioridad al golpe de Estado que produjo su derrocamiento; a la vez que esa heterogeneidad se mantendría en la nueva etapa. Sin duda, el quiebre que tuvo lugar en 1955 abrió nuevas oportunidades para que grupos combativos —muchos de los cuales confluían en el peronismo revolucionario años más tarde— fueran ganando espacio y se convirtieran en actores legítimos de la política y del peronismo. A su vez, como han demostrado la mayoría de los trabajos que abordan el período, la rama sindical fue gravitante, ya que los sindicatos lograron sobrevivir al golpe de Estado y ser recuperados por el peronismo rápidamente; y este sector incluía tanto a los que en un futuro inmediato se burocratizarían como a los que asumirían posturas radicalizadas.⁸ Por otro lado, si bien las estructuras partidarias fueron las primeras en

⁷ Para Ernesto Salas la Resistencia peronista habría terminado en 1960, con el levantamiento de Miguel Ángel Iníguez; el último intento de golpe cívico-militar peronista, que tuvo como epicentros las ciudades de Rosario y Tartagal (Salas, 2006 [1990]). En trabajos anteriores discutimos esa periodización y ofrecemos otros criterios de delimitación (Gorza, 2017).

⁸ Durante el gobierno de Eduardo Lonardi hubo intentos de mantener el diálogo con los líderes sindicales peronistas, pero una vez instalados Aramburu y Rojas en el gobierno las políticas

quebrarse al caer el gobierno peronista, con dirigentes que abandonaron la actividad política, que se exiliaron motivados por las persecuciones encaradas por el gobierno de la Revolución Libertadora, o que lisa y llanamente se pusieron a las órdenes del nuevo gobierno, hubo actores provenientes de las mismas que se sumaron a la Resistencia; empezando por John William Cooke, el primer delegado de Perón en el exilio, que al momento del golpe de Estado ocupaba el cargo de interventor del Partido Justicialista en Capital Federal. El año 1958 es un momento revelador para observar las contradicciones que atravesaban al peronismo; un ejemplo lo brindan los conflictos que se generaron ese año, cuando se reincorporaron muchos de los dirigentes que habían estado encarcelados o exiliados. El siguiente testimonio de un exdiputado provincial que se había exiliado en Uruguay luego de su participación en el levantamiento de Valle,⁹ lo ilustra claramente:

Juan: Cuando volví había un acto y entonces...

Anabella: ¿Cuándo volvió del Uruguay?

Juan: Sí, a los pocos días, no me acuerdo qué cosa, hubo un acto del peronismo; ya estaba Alende en el gobierno.¹⁰ Todas las cosas habían cambia-

hacia los sindicatos se endurecieron; estos y la CGT fueron intervenidos y todos los dirigentes gremiales que habían tenido actuación en el segundo mandato peronista (1952-1955) fueron inhabilitados para ocupar cargos. A la vez, las comisiones internas de fábrica fueron disueltas. La respuesta fue una ola de huelgas entre los años 1956 y 1957, durante los cuales los peronistas se organizaron en agrupaciones gremiales y para principios de 1957 lograron recuperar los principales sindicatos, a la vez que consiguieron unificarse, primero, ingresando a la Comisión Intersindical, que controlaban los comunistas, y en agosto de 1957, con la constitución de las 62 Organizaciones integradas por peronistas y comunistas, aunque estos últimos se retiraron al poco tiempo (James, 2010 [1988]; Salas, 2006 [1990] y Schneider, 2005).

⁹ El levantamiento de Valle tuvo lugar el 9 de junio de 1956. Fue un intento de golpe de Estado contra el gobierno de la Revolución Libertadora que contó con la participación de sectores militares —algunos de filiación peronista y otros nacionalistas que reaccionaron ante el avance de los sectores liberales en el ejército—, y de sectores del peronismo, con amplia participación de las bases. Algunos militares fueron capturados y ejecutados luego de juicios sumarísimos realizados por tribunales militares, incluidos algunos de sus cabecillas (Juan José Valle y Oscar Cogorno), mientras que otros se refugiaron en la embajada de Haití y obtuvieron un salvoconducto para exiliarse en Venezuela. Muchos civiles fueron asesinados en las comisarías de Lanús y en los basurales de José León Suárez. Este hecho prontamente pasó a formar parte del martirologio de la Resistencia peronista (Melon Pirro, 2009, pp. 67-76; Salas, 2006 [1990], p. 64).

¹⁰ Se refiere a Oscar Alende, político radical que fue gobernador de la provincia de Buenos Aires entre 1958 y 1962.

do, ya había libertad para que el peronismo se moviera, se movilizara...
[...]

Juan: Bueno, ahí también surgió una decisión, porque la gente quería que yo hablara, y los que habían estado, los que se habían quedado, querían tener un mérito que nosotros no teníamos, los que nos habíamos ido. Nosotros nos habíamos ido exiliados; ¡no, si estuvimos en el paraíso nosotros! [con ironía]

Anabella: ¿Otros dirigentes?

Juan: Porque si no me iba, me fusilaban. Porque en el diario había salido que estaba fusilado, así que vos fijate... (Entrevista a Juan, 2012, La Plata).

Estos conflictos fueron muy comunes en la época, porque cuando se abrieron las primeras oportunidades para participar legalmente, no pocos se atribuyeron la legitimidad para encarar procesos reorganizadores que permitieran al peronismo insertarse nuevamente en la política institucional, y se generaron conflictos entre los que habían abandonado la actividad política después del golpe, pero que tenían larga trayectoria en el peronismo, o que se habían exiliado luego de la oleada represiva que sucedió al levantamiento de Valle en junio de 1956, y los que se habían mantenido en actividad durante los años de la Revolución Libertadora. Aunque el devenir posterior de algunos sectores del peronismo hacia posturas radicales ha tendido a concebir esos intentos de reorganización partidaria como actitudes negociadoras, lo cierto es que si observamos las fuentes de la época, ellas nos demuestran dos cuestiones: por un lado, que entre muchos peronistas circulaba la idea de que con el gobierno de Frondizi, que —recordemos— se había logrado merced a un pacto con el peronismo, se creía que la proscripción sería levantada y que el retorno de Perón ocurriría prontamente. (Después de todo, ¿quién podría saber en 1958 que su exilio llegaría a durar dieciocho años?). Por otro lado, encontramos a militantes y dirigentes actuando en diversos planos, de manera que reorganizar las estructuras partidarias no era incompatible con el mantenimiento de acciones clandestinas, muchas de las cuales recurrían al uso de la violencia (Gorza, 2017).

El relato de Juan evidencia además un conflicto que atravesó al peronismo durante esos años, y es la idea de que los sujetos provenientes de las estructuras partidarias no habían participado de la resistencia al gobierno de la

Revolución Libertadora. Si bien fue el sector sindical el que llevó la delantera en esas acciones, no faltó la intervención de otros sujetos que provenían de otros espacios de participación, inclusive del partido y en todo caso, debe contemplarse el carácter discursivo de muchas afirmaciones respecto de esta cuestión. Es decir, en el peronismo circulaba, desde sus orígenes, una noción de repudio a “la política” y a “los políticos”, que provenía de los debates entre laboristas y renovadores. Los primeros, de origen sindical, reprochaban a los segundos —políticos radicales de la línea partidaria pura— su pertenencia a la “antigua política”, a la “politiquería”, carente de contenido social. Esta idea fue tomada luego por el discurso peronista oficial para diferenciarse de la política liberal que había primado hasta su llegada (Mackinnon, 2002). Después del golpe de 1955, estas ideas volvieron a cobrar fuerza. Hubo una crítica a “los políticos”, los dirigentes del partido, que habrían sido los primeros en traicionar y defezionar, a diferencia de la rama sindical que se había mantenido en pie. (James, 2010 [1988], p. 132). Sin embargo, el carácter discursivo de estas afirmaciones se pone de manifiesto de diferentes maneras. Por un lado, en el ámbito sindical también emergieron disputas sobre la conveniencia de mantener posturas duras o combativas, que surgieron a medida que los sindicatos fueron siendo recuperados (Amaral, 2004 [1993]). Por otro, en mis entrevistas he encontrado esas críticas a “los políticos” emitidas por personas cuya militancia se desarrolló en unidades básicas, tanto antes como después del golpe de Estado, y que, empero, se expresan como si esas unidades básicas no fueran políticas o no formaran parte del partido. Aunque las mismas no respondieran a la alta dirigencia partidaria —sobre todo durante los años de la proscripción— eran entidades políticas y participaban de procesos electorarios.¹¹ Ello da cuenta de las dificultades de muchos militantes peronistas de la época para asimilar el carácter político de sus actividades.¹²

¹¹ Steve Levitsky (2005) ha destacado el carácter movimentista del peronismo; una fuerza política en la que las estructuras de base —entre las que se encuentran las unidades básicas— se comportan de manera casi autónoma, sin interactuar en el plano horizontal ni responder a los organismos formales de conducción, ya sea en el nivel nacional, provincial o local. Sin embargo, no por ello esas estructuras dejan de pertenecer al partido.

¹² A ello hay que agregar que la misma situación se dio de manera exacerbada entre las altas dirigentes del Partido Peronista Femenino, designadas como “las políticas”, muchas de las cuales, sin embargo, hasta el día de hoy no conciben su actividad como tal sino como actividad social. Véase Barry, 2009.

Luego de un período de completa proscripción del peronismo que tuvo lugar durante los años de la Revolución Libertadora, cuando la única opción de intervención posible eran las actividades de carácter clandestino o la creación de partidos neoperonistas, lo que se observa a partir de 1958 es un panorama complejo, en el cual al peronismo se le ofreció la posibilidad de organizarse a través de las estructuras del Partido Justicialista para participar nuevamente en la política institucional, pero donde las proscripciones y acciones represivas del Estado no cesaban, sino que se mantuvieron de forma intermitente. Se trató de un contexto cargado de incertidumbre y no libre de contradicciones, en el que fuerzas que impulsaban el cambio se enfrentaban a la inercia de las viejas estructuras que pujaban por no desaparecer y por mantener un lugar en el peronismo, y a la vez, cambios de estrategias y de alineamientos ante diferentes coyunturas que hacían difícil que la división entre sectores fuera tajante o que se dirimiera en términos ideológicos.¹³ Un ejemplo de ello fue la oposición al pacto con Frondizi y a la reorganización partidaria por parte de algunos integrantes de los comandos de la Resistencia, estructuras de base que se habían creado de manera autónoma para dar cauce a las actividades clandestinas. Estos se negaban a abandonar las acciones de choque y se enfrentaban a los defensores del pacto, vinculados a la figura de John William Cooke y a las 62 Organizaciones. Sin embargo, hasta ese momento unos y otros eran aliados y sostenedores de ese tipo de acciones. ¿Cómo prever en aquel entonces qué sectores se impondrían y cuál sería el devenir del peronismo?

Retomando lo dicho hasta aquí, podemos decir que la Resistencia peronista que se desplegó durante los primeros años posteriores al golpe de Estado de 1955 fue objeto de dos tipos de silenciamiento. Los entrevistados del documental *Los Resistentes* le atribuyen un borramiento, un silenciamiento completo y literal, producto de las incomodidades que genera reivindicar un proceso que contó con la presencia de sujetos que en años posteriores adoptarían posturas negociadoras. Ernesto Salas, por su parte, le imputa una sim-

¹³ Algunos autores han señalado los riesgos de leer la historia de la década de 1950 posteriores al golpe de Estado desde el universo de sentidos de la década de 1970. Humberto Cucchetti (citado en Besoky, 2013) desarrolla la idea de “nebulosa militante” para explicar, en esos años, la proximidad de actores cuyas trayectorias se separarían en las décadas posteriores y la imposibilidad de hablar de una división del peronismo entre izquierda y derecha.

plificación realizada por los sectores vinculados al peronismo radicalizado de los años setenta, que eliminaron el componente sindical. Desde estas páginas consideramos que dicho componente fue decisivo, pero que además intervinieron actores muy diversos, provenientes de distintos espacios de participación, inclusive político-partidarios —considerando que “lo político” no se reduce a la alta dirigencia y que la militancia en una unidad básica también es política—, y que la explicación radica en la heterogeneidad que atravesó al peronismo desde sus orígenes. Pero además, hubo otro silenciamiento: aquel que implica a las mujeres como sujetos de la Resistencia peronista. Las razones de ese silenciamiento son variadas y complejas. Aquí solo me limitaré a analizar cómo las problemáticas que genera el tema de la violencia asociado a la Resistencia peronista fue uno de los factores que contribuyó a forjarlo. Pero antes de pasar al desarrollo de esta cuestión, resulta interesante abordar los problemas más generales que la temática de la violencia genera en los relatos que sobre la Resistencia peronista se han construido desde el presente.

Resistencia y violencia. Nuevas interpretaciones, nuevos silencios

En 1955 se inició un período de intensa movilización popular que dio lugar a una escalada de actos violentos, la cual adquiriría grandes magnitudes en la década de 1970 (Gordillo, 2007). Aunque en los diez años que siguieron al golpe de Estado de la Revolución Libertadora dichas acciones no tuvieron ni la envergadura ni la ubicuidad que adquirirían en años posteriores, constituyeron un fenómeno novedoso para la época. El uso de la violencia no fue generalizado en toda la Resistencia peronista, pero por ser los fenómenos vinculados a ella los más visibles, ha llamado la atención de los contemporáneos y de varios investigadores. Para Samuel Amaral (2004 [1993]), la violencia aparece como una cuestión asociada directamente a la definición de Resistencia peronista, en la que esta es abordada a partir de los atentados y actos de sabotaje registrados por la prensa y de las cartas y mensajes de Perón, que se habrían caracterizado por el uso de un lenguaje belicista. Hacia comienzos de 1958, el autor observa el reemplazo de una estrategia de guerra por una de carácter político, concretada en el pacto con Frondizi, y reflejada en la adopción de un lenguaje más moderado así como en el desarrollo de atentados realizados de manera menos indiscriminada, y vinculados a objeti-

vos políticos o sindicales. Para otros autores, la violencia es un aspecto de la Resistencia pero no el más definitorio. Julio César Melon Pirro (2009) otorga énfasis a la política como factor determinante de las acciones violentas: sostiene que desde un primer momento la Resistencia fue concebida en términos políticos, para luego ser reemplazada por otra estrategia, la política partidaria. César Seveso (2010), por su parte, estudia las dimensiones culturales de la violencia que atravesaron el conflicto peronismo-antiperonismo, procurando superar los análisis que la conciben en términos estratégicos. Para ello analiza, a partir de poesías producidas por militantes, las bases no materiales y no ideológicas que guían la acción colectiva, y le otorga un lugar destacado a las emociones. A su vez, algunas investigaciones dan cuenta de las relaciones entre comandos y sindicatos y de cómo la violencia formó parte del propio proceso de recuperación de los sindicatos intervenidos, al menos durante el período 1955-1959/1960 (James (2010 [1998]), Raimundo (1998), Salas (2006 [1990]) y Schneider (2005)).¹⁴

En sintonía con el análisis que venimos desarrollando, cabe hacer una alusión nuevamente al trabajo de Ernesto Salas (2006 [1990]). Al señalar las resignificaciones que los discursos setentistas realizaron sobre la Resistencia peronista desplegada en los años cincuenta, este autor observa que el tópico de la violencia ocupó un lugar importante en los mismos. Esos discursos le recriminaban a la primera Resistencia que la violencia no hubiera sido extensiva a toda ella con objetivos estratégicos y revolucionarios, situación frente a la cual las organizaciones armadas de los años setenta se presentaban como superadoras. Salas sostiene que la violencia fue extensiva a la Resistencia en su totalidad, pero que hay que diferenciar entre dos tipos. Los atentados que cobraron envergadura, cuyo ejercicio se limitó a algunos actores, y una violencia cotidiana expresada en acciones menos llamativas, pero que no dejaban de ser violentas y que se ejercían como respuesta a la proscripción y exclusión efectuada por los sectores dominantes. Agrega, además, que el hecho de que la violencia haya afectado el proceso de recuperación de los sindicatos, es una muestra de que la misma no careció de

¹⁴ También cabe mencionar trabajos que analizan las dimensiones violentas de la Resistencia en espacios locales, tales como los de Agustín Nieto (2009) para Mar del Plata y de Yamile Álvarez (2014) para la provincia de Mendoza.

objetivos estratégicos; solo que esos objetivos no eran los que sostenía la izquierda peronista en la década de 1970.

Lo dicho por Ernesto Salas remite a los discursos públicos que se construyeron en la década del setenta del siglo pasado. Pero, ¿cuál es el relato que sobre la Resistencia peronista de los años cincuenta y primeros sesenta de ese siglo circula en la actualidad, no solo en los discursos públicos sino también en los testimonios privados? A diferencia de los setentistas que le criticaban a la primera Resistencia no haber hecho un uso de la violencia más extensivo y estratégico, en la actualidad circula un discurso de la no violencia que tiende vaciar por completo a la Resistencia peronista de sus aspectos violentos o a matizarlos mediante una narración de tono anecdótico. La temática de la violencia, su rechazo y negación, irrumpe en la mayoría de los relatos que he registrado a través de entrevistas, aunque los cuestionarios no incluyeron preguntas que apuntaran directamente a esa cuestión. Por eso, las causas de esa recurrencia se vuelven un tema de indagación. Ello no significa que los entrevistados hayan estado implicados en acciones violentas y que mientan acerca de su pasado, sino que semejante énfasis por desvincularse de dichas acciones —y en algunos casos, por desligar de la violencia a la Resistencia e incluso al peronismo en su totalidad— está dando cuenta de una interpretación de la misma como un factor problemático.

Anteriormente me he referido al discurso público sobre la Resistencia peronista; a la creación de una “memoria monumento” sobre el pasado y los mecanismos para eliminar las “memorias perturbadoras”, que en el caso del discurso público se plasman mediante “memorias no autorizadas” que pudieran introducir fisuras en ese relato. Sin embargo, Alessandro Portelli, también ha dado cuenta de la existencia de “memorias perturbadoras” en el nivel del recuerdo personal, que tendrían su expresión a través de lo que el autor denomina “memorias involuntarias”: contradicciones del propio relato que emergen a pesar de los intentos del narrador por reprimirlas (Portelli, 2013):

memoria monumento: la memoria practicada y a menudo impuesta por las instituciones, como conmemoración y celebración de las glorias del pasado; narración de una identidad nacional que sólo recuerda lo que enorgullece y elimina las sobras y contradicciones. A menudo esta es también una memoria individual sobre la cual se construyen los cimientos

de una identidad personal. En fin es la memoria como instrumento para sentirnos satisfechos y en paz con nosotros mismos, y por lo tanto para seguir siendo lo que somos o lo que hemos sido. Pero la memoria es también –diría casi *sobre todo*, o en todo caso más útilmente algo que sirve para molestarnos, para poner en duda las certezas y las creencias que nos tranquilizan (Portelli, 2016, p. 477).

Podemos observar, entonces, la presencia de una memoria sobre la violencia que cumple el papel de una memoria perturbadora e involuntaria, y de la negación como recurso para exorcizarla (Portelli, 2001 [1999]; 2013; 2016). El caso de Nello, un militante de la ciudad de La Plata, es muy ilustrativo respecto de las incomodidades que genera el tópico de la violencia. Cada vez que en su relato se menciona la palabra “resistencia”, esta automáticamente va acompañada de una segunda palabra aclaratoria, “pacífica”, como si el término “resistencia” remitiera inexorablemente a la violencia:

Anabella: ¿En qué momento se crea la unidad básica que funcionaba en la casa de su hermano?

[...]

Nello: Estas se crearon después [del derrocamiento del peronismo], para la Resistencia; pacífica.

Anabella: ¿Nació como ateneo?

Nello: Nació como ateneo y después se hizo unidad básica

[...]

Anabella: ¿Y su hermano Francisco había tenido algún tipo de participación política durante el gobierno peronista?

Nello: No, no, no. En la época de Perón, no. Solamente después del 55. Después de la caída de Perón, del gobierno peronista, ahí sí, ya nos volcamos a la lucha, pero pacífica. Nadie tenía una honda para matar un pajarito (Entrevista a Nello Fiorenza, 15 de marzo de 2014, La Plata).

En este entrevistado hay un intento por diferenciarse del proceso de lucha armada que se generalizó en la década de 1970. Al final de la entrevista manifestará explícitamente su repudio a ese proceso, al dar cuenta de cómo los jóvenes identificados con esa tendencia quisieron “copar” la unidad básica. En este caso, la estrategia es despojar a la Resistencia de sus aspectos

violentos. En otros, como he señalado anteriormente, el recurso consiste en recordar acciones que implicaban el uso de la violencia, pero en el marco de un lenguaje mítico y anecdótico. Melon Pirro (2009) sostiene que así como hubo una identificación en el nivel semántico entre ambas etapas de Resistencia, también ha circulado la imagen de un “terrorismo amateur” e “inocente”, sostenida por los militantes que tuvieron su participación en la primera experiencia y utilizada para diferenciarse de la militancia setentista, en la cual la violencia habría sido “menos discriminada” y “menos inocente”. Es decir, se ha construido un relato alrededor de la tradición del uso del “caño”, las bombas de fabricación casera que fueron las que predominaron en los primeros años de la Resistencia peronista. Veamos un ejemplo:

Tampoco nunca pude olvidarme de Osvaldo Piñeyro, un compañero de facultad que no había tenido en su vida, creía yo, otra preocupación que llegar a ser un buen contador público. Un día de 1956 me lo encontré por la calle. Venía con la corbata desarreglada, desalineado, estaba distinto. Le pregunté qué le pasaba y el que para mí sólo sabía hacer asientos contables se despachó: ‘...estoy poniendo caños...’. Y se detuvo a explicarme su técnica: se había hecho un agujero en el bolsillo del pantalón, y mientras iba caminando por la vía del tranvía, iba tirando los petardos. Después, como al descuido, volvía para asegurarse de que estuvieran bien colocados, los empujaba con el pie y se iba lo más campante, caminando tranquilamente y regocijándose con el ruido que había a sus espaldas. Esta imagen volviendo una y otra vez a mi memoria me convenció de que teníamos que rescatar lo insólito, lo inédito de la Resistencia, esa nota distintiva y ese ‘sigilo estratégico’, que hizo que muchas veces los peronistas tuviéramos que callar pero mientras tanto, por abajo, seguíamos cavando (Relato de Antonio Cafiero, en Garulli, et al., 2000, p. 12).

Este ejemplo lleva al extremo esas características de inocencia que señala Melon Pirro (2009). Pero sin ir tan lejos, encontramos testimonios similares en una multiplicidad de soportes, entrevistas, documentales, libros de divulgación, e incluso imágenes de ese tipo suelen filtrarse en cierta bibliografía académica; fenómeno que podría sintetizarse en la idea de una imagen romántica sobre la primera Resistencia peronista. Un ejemplo lo constituye el documental *Los Resistentes*, que hemos citado al comienzo de este capítulo,

en el cual las personas narran episodios de su militancia en los que se refleja su relación con las armas y explosivos y su pertenencia a algún comando, en muchos casos, en una tónica nostálgica, graciosa, o ambas a la vez. El carácter nostálgico suele estar asociado a la vinculación de los recuerdos con una etapa particular de la vida, en general la adolescencia o la juventud. Observemos el relato de dos amigos de barrio que compartieron su participación en la Resistencia:

Y bueno, la etapa de la Resistencia, José tiene un par de años más que yo; fue mi maestro. Mi papá, yo cuando tenía once años, mi papá se fue de mi casa. Entonces, vos sabés bien cómo era la situación antes. O sea, tu papá y tu mamá no te ponían al día de lo que vos ibas evolucionando como ser humano. Entonces, ¿dónde lo aprendías? En una esquina con los amigos. Y toda la vida me gustó ser amigo de los mayores y de los que, en cierto modo, me tiraban un línea, ¿no? [llora] Y el Cabezón fue uno (Relato de Teodoro Valdez, en Fernández Mouján, 2009).

El carácter nostálgico y emotivo puede convivir en una misma entrevista con el anecdótico y gracioso. Este último suele derivar, por un lado, de la imprudencia, que era a su vez producto de la inexperiencia:

Teodoro se olvida de una anécdota que debe ser la más, no la más importante si no, la más curiosa. Del '55 a mí me habían quedado unos paquetes de dinamita con fulminantes, con mecha, y en esa requisa que cuenta, '¿Qué hacemos con esto? Teníamos alrededor de diez kilos de dinamita, ¿Qué hacemos con esto? Bueno, arriesguémonos y vayamos a tirarlo al Riachuelo'. Así hicimos. Agarramos el paquete de dinamita y la pudimos tirar al Riachuelo. Sin contar previamente las pruebas que hicimos de cómo explotarla, que nos asombraba y nos hacía más poderosos que Napoleón, porque creíamos que con la dinamita que teníamos éramos los reyes de la Resistencia [...] Como broche, un día yo llego de trabajar y tenía a mi hija, que tenía dos años, y la veo saltando con una mecha del paquete de dinamita que tenía arriba del ropero, la utilizaba como soga de saltar [risas] (Relato de José Liñeiro, en Fernández Mouján, 2009).

Pero además, lo anecdótico surge de lo irrisorio que resulta que alguna vez los sectores populares hayan pensado que podían enfrentarse a los sec-

tores que detentaban el poder, sobre todo con la escasa experiencia y organización que poseían, y con métodos tan rudimentarios. Una de las personas que he entrevistado y que se refiere al levantamiento de Iníiguez, lo expresa de esta manera:

Vos fijate la mística, el compromiso y la entrega que había que tener; que tuvieron estos compañeros y compañeras para participar de la toma de un regimiento. El imaginario que llegó a conformar la Resistencia del peronismo que concibió la posibilidad de tomar un regimiento (Relato de Pedro, en la entrevista realizada a Julia, Eugenia, Emilia y Pedro, 2012, Rosario).

Ahora bien, tanto en el film de Fernández Mouján como entre los militantes que he entrevistado se observa una postura similar respecto a la existencia de “códigos” en la Resistencia peronista. Juan Carlos Cena, un militante que integró un comando surgido de las estructuras sindicales ferroviarias en Córdoba sostiene que: “había códigos. Nunca la Resistencia peronista hizo un atentado o un sabotaje donde había gente. Siempre cuidó al otro, siempre cuidó al ser humano” (Relato de Juan Carlos Cena en Fernández Mouján, 2009). Sin embargo, en un libro de su autoría, *El guardapalabras, memorias de un ferroviario* (1998), establece diferencias entre quienes sostenían la concepción de una violencia con objetivos indiscriminados y quienes consideraban el sabotaje como obstáculo o interrupción de una actividad, y se oponían a las destrucciones inútiles que atentaban contra el patrimonio nacional, los instrumentos de trabajo o que ponían en peligro la vida de las personas; hechos que además generaban propaganda negativa de la Resistencia peronista.

¿Cómo deberíamos interpretar estas actitudes? Alessandro Portelli nos ofrece algunas claves para ello. El papel jugado por la violencia es una cuestión problemática no solo en los relatos sobre la Resistencia peronista, sino en los discursos sobre muchos otros procesos históricos. El autor sostiene que el recuerdo del pasado siempre está influido por los valores y preocupaciones del presente; el paso del tiempo actúa sobre los juicios que emitimos acerca de los actos que hemos realizado en épocas anteriores. Esto puede responder a cambios en los valores que prevalecen en la sociedad en un determinado momento. A veces, los narradores pueden reconstruir los procesos

mentales que hicieron posible que ciertos actos fueran considerados lícitos y/o necesarios en determinadas circunstancias y contextos. Pero otras veces ello no se logra, y los entrevistados suelen recurrir a fórmulas para exorcizar el surgimiento de esas “memorias perturbadoras” (Portelli, 2001 [1999]). Concretamente, Portelli ha indagado acerca del lugar problemático que ocupa la violencia en los relatos públicos e individuales sobre la lucha partisana en Italia durante la Segunda Guerra Mundial y ha observado las dificultades de algunos entrevistados para compatibilizar ciertas acciones realizadas en el pasado con los valores que prevalecen en la sociedad actual, y las complicaciones para ubicar históricamente esas acciones, que tuvieron lugar en un contexto de guerra (Portelli, 1999; 2013):

Más problemática aun es la memoria personal de quienes combatieron en la guerra partisana, y que en su curso cometieron acciones que contrastan con su propia conciencia, y con la ética del tiempo de paz. A diferencia de los fascistas, los partisanos no eran portadores de una ideología de violencia y de muerte; el haber practicado la violencia, el haber matado —y el ver que esta experiencia es excluida de las memorias autorizadas— produce dolorosas disociaciones dentro de las conciencias mismas (Portelli, 2016, p. 482).

La Resistencia peronista no se desarrolló en un contexto de guerra, pero tampoco en un marco democrático. La alternancia de gobiernos civiles y militares, de momentos de completa anulación del funcionamiento de las instituciones republicanas seguidos de otros caracterizados por una fuerte debilidad institucional y de intromisiones del poder militar en las decisiones gubernamentales, fueron las características que tiñeron el contexto político en el que se desplegó. Se trató de un contexto represivo y proscriptivo, en el que además se implementaron innumerables políticas económicas antipopulares. A ello debe sumarse la legitimidad —cada vez más creciente— que el uso de la violencia política por parte de los sectores populares estaba adquiriendo en el contexto de la Guerra Fría y de los procesos de descolonización en el Tercer Mundo. Considerar ese contexto haría más comprensible muchas acciones de la Resistencia, porque la violencia es coyuntural; es decir, está determinada por el contexto (Labica, 2008).

¿Cuáles son, entonces, esos factores que actúan en la sociedad actual y que impiden la comprensión de la Resistencia peronista en toda su complejidad? En principio, debemos dar cuenta del carácter problemático de asumir la propia responsabilidad en el desarrollo de acciones violentas, ante posibles sanciones penales y las reservas morales que implica. Entre militantes que participaron de organizaciones armadas en la década de 1970 también se observan los mismos reparos (Oberti, 2015). La diferencia entre estos últimos y los militantes de los años cincuenta y primeros sesenta es que entre aquellos el problema consiste en reconocer el uso propio de la violencia, mientras que entre los segundos, la negación suele hacerse extensiva a la Resistencia peronista en su totalidad e inclusive al peronismo. Es decir, se niega que la Resistencia haya apelado a la violencia como método de lucha. Las razones de esta actitud deben buscarse en un presente en el que predomina una perspectiva que condena el uso de la violencia política por la sociedad, producto, probablemente de los altos niveles de conflictividad que ha atravesado y donde están latentes las secuelas que dejó el terrorismo de Estado. Pero además, la reivindicación de un sistema democrático que no termina de consolidarse y que ha estado ausente en la mayor parte del siglo XX convive con el discurso de la no violencia, que a veces encubre otros propósitos. Como señala Georges Labica (2008) retomando una vieja distinción hecha por Karl Marx, en el marco del contexto mundial actual de globalización y políticas neoliberales, la negación de una violencia “sangrienta”, visible, y la colocación de todos los tipos de violencia bajo el mismo parámetro sin establecer distinciones, tiende a ocultar la violencia “muda”, invisible pero ampliamente extendida, que se vincula con la aplicación de esas medidas.

Para el contexto latinoamericano, las reflexiones de Pilar Calveiro (2005) van en el mismo sentido. La autora señala cómo con posterioridad a las dictaduras latinoamericanas se ha expandido un modelo democrático, propiciado por Estados Unidos, altamente cuestionable, ya que las democracias se han asentado sobre la sangre derramada por esas dictaduras, a la vez que se presentan como pacíficas cuando en realidad son altamente violentas. Por un lado, implican una violencia oculta, consecuencia de la aplicación de políticas neoliberales, pero además desarrollan una violencia explícita, visible, que se manifiesta en el castigo al delincuente y al terrorista, los dos enemigos declarados del orden mundial actual. En este contexto de exaltación del diálogo

y del pacifismo, la violencia social, producto de la exclusión que genera el neoliberalismo, es asimilada a la delincuencia, mientras que la violencia que cuestiona el orden de cosas es asimilada al terrorismo, anulando de esta manera cualquier desafío al monopolio de la violencia estatal (Calveiro, 2005). Para el contexto argentino, el retorno democrático en 1983 implicó un punto de inflexión en la construcción de memorias sobre la violencia ejercida durante la década anterior. El discurso público predominante que circuló en la sociedad durante los ochenta predicaba la fundación de una sociedad democrática basada en el diálogo en la que la revolución perdía su razón de ser, en la que los desaparecidos por el terrorismo de Estado fueron catalogados como víctimas inocentes y despolitizadas, y había pocas posibilidades para tematizar la violencia (Lvovich y Bisquert, 2008).¹⁵

Durante los años del gobierno kirchnerista (2003-2015) hubo una reivindicación de la militancia setentista. Sin embargo, como señalan Daniel Lvovich y Jaquelina Bisquert (2008), la violencia no fue tematizada, continuó siendo problemática, y se desarrolló un discurso mítico y simplificado de esa experiencia, puesto que la democracia liberal no había sido un elemento de valoración de las organizaciones de la izquierda peronista (ni de la izquierda marxista) durante los años setenta del siglo XX, y por lo tanto el ejercicio de la violencia resultaba perturbador si se quería usar esa experiencia para legitimar al gobierno. En relación con ello, Omar Acha (2012) propone contemplar la situación argentina a la luz del contexto latinoamericano y de las experiencias populares que se vislumbraron en la última década, que han llevado a redefiniciones de nociones como “revolución” y “cambio social” y han abierto expectativas para repensar el pasado a la luz de una matriz diferente a la “liberal democrática”, que fue la que se impuso a partir de 1983. No obstante, el retroceso de esas experiencias y algunos hechos puntuales, como el que experimenta nuestro país en estos días con la desaparición y muerte de Santiago Maldonado que tanto impacto ha generado en la opinión pública, suscitando la resistencia y el repudio de la población civil a la violencia institucional pero también la emergencia de discursos que parecían estar enterrados y que

¹⁵ En relación con ello es que Calveiro (2005) propone la necesidad de desarrollar una memoria política que permita recuperar los sentidos de las prácticas revolucionarias de los años setenta del siglo pasado, procurando comprender el despliegue de la violencia en el marco en que se desarrolló. En el contexto iniciado desde el fin de las dictaduras latinoamericanas al presente hay poco

remiten a la época de la última dictadura militar e incluso a dictaduras anteriores, parecen contradecir las expectativas del autor, por lo menos en lo que se refiere al discurso público y no académico sobre la violencia.¹⁶

Estas explicaciones podrían valer tanto para los militantes de los años cincuenta como para los de los setenta, y podrían ser aplicables no solo al peronismo. Pero además hay otros motivos que conciernen exclusivamente al peronismo y a la primera experiencia de Resistencia. Esta última ha sido construida en los discursos públicos como un paradigma de militancia. Fernando Balbi sostiene que los peronistas, en su socialización política, aprenden ejemplos de lealtad y traición a partir de casos concretos que están tematizados, estandarizados e integrados al folklore. Estos ejemplares tienen una función cognitiva porque aportan parámetros de comportamiento, con una fuerte carga moral, normativa y emotiva. Los relatos de la Resistencia constituyen ejemplos de lealtad, surgidos entre los propios militantes, que transmiten una idea de heroísmo y de entrega en un momento de adversidad (Balbi, 2007). Entonces, ese tópico de la violencia choca con la construcción de la Resistencia como un paradigma de militancia, que en cierta medida también ha sido construido como reacción a la burocratización y la corrupción que han atravesado a algunos sectores del peronismo. Tan es así que la Resistencia como elemento legitimador, y despojada de sus contradicciones y elementos problemáticos, es recordada desde diferentes vertientes del peronismo, independientemente del nivel de combatividad o negociación que hayan tenido los sujetos que la reivindican, a lo que hay que agregar que también es evocada por sujetos que no participaron en ella.

margen para la reivindicación de la figura del “revolucionario”. Sin embargo, esta había sido central en el vocabulario de la política latinoamericana durante la Guerra Fría, en un entorno que se había caracterizado por el ejercicio de una violencia estatal que se venía desplegando desde el siglo XIX.

¹⁶ El análisis de Acha se centra en los discursos académicos sobre la violencia de la década de 1970. El autor despliega sus expectativas sobre la posibilidad de que dicha problemática sea tematizada a partir de una nueva agenda de investigación desarrollada por académicos que, a diferencia de los autores que hasta el momento han trabajado sobre el tema de manera integral y problemática, no han vivido la experiencia de la última dictadura militar. Considera que el contexto latinoamericano contemporáneo a la publicación de su libro (2012) era propicio para esa renovación. Si bien la emergencia de discursos reaccionarios en la sociedad no invalida esa posibilidad de renovación, cabe señalar las transformaciones que ha sufrido ese contexto desde el momento de publicación al presente, cuando el neoliberalismo vuelve a imponerse con todas sus fuerzas.

La Resistencia desarrollada por el peronismo entre los años 1955 y 1965 ha sido objeto de múltiples formas de silenciamiento. Sin duda, ha sufrido un silenciamiento en términos literales, tal como formulan los protagonistas de *Los Resistentes*. Ello es muy patente en la bibliografía académica, donde ha despertado muy poco interés, sobre todo si se la considera a la luz del auge que han tenido los estudios sobre la militancia setentista en la última década; cuestión que es señalada por los protagonistas del documental, que hacen referencia a la ausencia de estudios sistemáticos sobre el período. En los discursos públicos que emergen de los propios protagonistas se observa un esfuerzo por diferenciarse de aquella otra experiencia de militancia posterior, cuya fuerza se hace sentir en el imaginario colectivo. Pero de esos discursos, lo que surge es una imagen romántica de la Resistencia que hace difícil un abordaje analítico, y que inclusive se filtra en algunos trabajos académicos. Ahora bien, si hay un aspecto de la Resistencia peronista que ha sido completamente silenciado, este se vincula con la presencia femenina en sus filas. Pese a que a veces se habla de “los hombres y mujeres de la Resistencia peronista”, o que se hace referencia a “las mujeres de la Resistencia peronista”, lo cierto es que esas menciones son siempre tangenciales y que la historia de esas mujeres recién está comenzando a escribirse. En el apartado siguiente analizaremos por qué esa historia ha sido silenciada y cómo el problema de la violencia ha ejercido cierta influencia sobre ese silenciamiento.

El género como articulador de las memorias sobre la Resistencia peronista

El principal problema para llevar a cabo un análisis sistemático sobre la participación femenina en la Resistencia peronista que siguió al golpe de Estado de 1955 está dado por la escasez de fuentes, tanto escritas como orales. Respecto de las primeras, el factor causal más importante de esa dificultad radica en el carácter clandestino de muchas de las prácticas que conformaron el repertorio de confrontación de la Resistencia; cuyas huellas en las fuentes escritas suelen aparecer cuando ha intervenido alguna fuerza disciplinadora. Entonces, nos encontramos con las problemáticas propias de las fuentes generadas por los aparatos de la represión.¹⁷ En relación con las fuentes ora-

¹⁷ El análisis de esas dificultades excede el interés de este trabajo, pero algunas pueden sinte-

les debemos hacer referencia a una multiplicidad de problemas. La principal complicación está dada por la falta de testimonios directos. Son escasos los casos de mujeres que se reconocen como participantes de la Resistencia y en los relatos masculinos aparecen mencionadas de manera tangencial. Por otro lado, como las narraciones sobre la Resistencia peronista casi siempre destacan actividades realizadas por militantes varones, resulta difícil identificar a las mujeres que estuvieron involucradas en dicho proceso. No olvidemos el peso adquirido por el sindicalismo durante el período y la gravitación que desplegó en el desarrollo de la Resistencia. Por lo tanto, no debería resultar-nos llamativo que los trabajos que se enfocan en las acciones que tuvieron como protagonistas a sujetos provenientes de los espacios sindicales no den cuenta de la participación femenina, puesto que a pesar de la alta presencia de mujeres en algunas ramas de la producción, el sindicalismo ha constituido tradicionalmente un espacio de predominio de lógicas de socialización masculinas, que ha opacado la participación femenina e impedido la emergencia de reconocidos liderazgos entre las mujeres (D'Antonio, 2000; Palermo, 2009).

Los primeros trabajos académicos sobre la Resistencia de los años cincuenta y sesenta datan de fines de la década de 1980 y comienzos de la de 1990, pero no hubo en ese entonces interés por recoger testimonios de mujeres y analizarlos. De hecho, hay muy pocas publicaciones respecto de la participación femenina,¹⁸ y en la mayoría de los casos se trata de trabajos breves, poco analíticos o que tocan el tema tangencialmente. Tampoco el auge de los estudios de género en la última década y media ha suscitado un interés por la temática. Y en la actualidad, a los problemas arriba mencionados se suma una nueva dificultad que está dada por el factor etario, que implica que las

tizarse en la tendencia de los agentes de la represión a inventar información para cumplir con los requisitos burocráticos (Lorenz en Bacha, 2011) o para justificar la represión (James, 2010 [1998]), y también, en pasar por alto cuestiones políticas que no fueron percibidas como tales. Del lado de las personas que fueron objeto de la represión debe mencionarse la tendencia a minimizar el compromiso político. Es decir, no debe perderse de vista que los sujetos involucrados se hallaban insertos en relaciones de poder asimétricas que influyeron sobre los discursos que emergen de esas fuentes (Farge, 1991). Finalmente, deben contemplarse las consideraciones éticas que su uso amerita. Sin embargo, esos reparos no deshabilitan su uso como fuentes históricas, por demás enriquecedoras para el estudio del pasado reciente.

¹⁸ Ver al respecto: Castronuovo, 2016; Centurión, 2007; Dos Santos, 1983; Barrancos, 2017; Scoufalos, 2007; Seveso, 2010.

posibles entrevistadas no siempre se encuentren en condiciones adecuadas para ofrecer su relato. Por eso, la mayoría de ellas suelen ser mujeres que eran muy jóvenes, generalmente adolescentes, al momento de producirse el golpe de Estado de 1955, y es difícil acceder al testimonio de mujeres de mayor edad con niveles altos de responsabilidad y compromiso.

Finalmente, debemos hacer referencia a la reticencia de muchas militantes a manifestarse sobre esa etapa de sus vidas, y ello por varios motivos: el dolor que puede provocar el tener que expresarse sobre un período marcado por la experiencia de la persecución política, la cárcel, el exilio, las dificultades económicas ante la pérdida de trabajo, la decepción ante el devenir posterior sufrido por el peronismo. Asimismo, como señalábamos en el apartado anterior, la incompatibilidad de los valores que guiaron la acción en el pasado con los valores que la guían en el presente y la imposibilidad de reconstruir el pensamiento que hizo posible que ciertas acciones fueran llevadas a cabo en un contexto determinado. Esto último se da, sobre todo, entre las mujeres que abandonaron la militancia. También influye el hecho de que el período en estudio muchas veces queda opacado en los relatos personales ante la trascendencia que para los narradores y narradoras han adquirido otros momentos de sus vidas, que para sus trayectorias personales han sido más significativos o porque incluso han dejado más huellas en la memoria colectiva. En este sentido, el peso que ha ejercido en las memorias públicas y privadas la etapa de los dos primeros gobiernos peronistas y la conflictividad de la década de 1970 ha contribuido a opacar el período que es objeto de estudio en este trabajo; una etapa que, además, ha estado marcada por una gran inorganicidad de la actividad política del peronismo, lo que hace más difícil su aprehensión.¹⁹

Además de estas dificultades que hemos señalado, debemos hacer referencia a una más. Y ella está directamente vinculada con el problema de la violencia. Cuando inicié mi investigación sobre la participación de las mujeres en la Resistencia peronista, una de las primeras fuentes que consulté fueron seis entrevistas a mujeres que habían militado en el peronismo durante

¹⁹ Algunas de estas cuestiones han sido señaladas por Ana Josefina Centurión (2007), quien sostiene que la ausencia del partido como lugar ordenador y disciplinador durante los años 1955-1958, tiende a desacomodar los recuerdos de los militantes.

los años de sus primeros gobiernos, pertenecientes al archivo oral del Instituto de Investigaciones Históricas Eva Perón. Algo llamativo de esas entrevistas fue que, si bien el cuestionario se enfocaba en el período 1945-1955, contenía una pregunta sobre la Resistencia peronista, a la que todas las entrevistadas, (excepto una) respondieron que ellas no habían participado y que no habían sido “montoneras”. Independientemente de su participación, esas respuestas nos advierten sobre cómo en los recuerdos personales el fenómeno montonero tiende a eclipsar experiencias previas de resistencia, y cómo la asociación de ese fenómeno con la violencia —asociación que a su vez es una simplificación— ha llevado a una identificación entre la idea de Resistencia y violencia. De ahí la necesidad de desvincular a la primera Resistencia peronista de la violencia, de redimensionar el papel que la violencia cumplió en ella, o directamente de negar la participación en dicho proceso.

Consideramos que esta asimilación entre Resistencia y violencia es uno de los factores que hace difícil que muchas mujeres puedan reconocerse como partícipes de la primera Resistencia peronista. Es por esto que la mayoría de las historias sobre dicho proceso nos han llegado a través de relatos masculinos. Ahora bien, como observamos en el apartado anterior, pese a rechazar el uso sistemático que las organizaciones de los setenta hicieron de la violencia política, entre los militantes varones pudo construirse un relato donde esta aparece matizada, ya sea minimizada o articulada bajo la forma de anécdotas. Sin embargo, ese relato no encuentra un paralelismo entre las mujeres. Es como si en ellas el tópico de la violencia ejerciera un efecto más perturbador.

En nuestra investigación hemos encontrado un solo relato femenino que encaja en ese anecdótico sobre un uso de la violencia inocente y falta de experiencia. En un relato de Lala García Marín,²⁰ extraído de una entrevista que le realizara la Comisión por la Memoria de la provincia de Buenos Aires, la militante cuenta que a raíz de encontrarse escondida en un coto de caza en Tandil, producto de sus conversaciones con un vecino, descubrió una fábrica de explosivos. Ella y sus compañeros de militancia, que también estaban prófugos, robaron parte de ese material, lo trasladaron a Buenos Aires, y lo

²⁰ Hortensia García Marín (Lala) fue una militante de la Resistencia peronista que integró el Comando Táctico y durante los años del gobierno peronista se desempeñó en la Fundación Eva Perón y en el Ministerio de Salud junto a Ramón Carrillo. Combinó la participación en células clandestinas con la actividad partidaria.

colocaron debajo de la cama de su padre sin que este supiera, hasta que por un militar amigo que luego fue a retirar los explosivos, se enteraron que los mismos estallaban por detonación espontánea:

Lala: Mi papá estaba durmiendo y le pusimos todas las cajas... “-¿Qué son?”, “-Cajas que nos han donado, dejá no toqués nada”. Era inconciencia total, porque para andar con explosivos uno tiene que tratar de saber qué posibilidad de explosión tiene eso, o lo otro, compenetrarse de lo que está manejando. Nosotros era como manejar papas o batatas.

[...]

Julieta: ¿Y su papá se llegó a enterar?

Lala: Sí, papá dijo en calzoncillos largos, dijo: “-¿pero es cierto lo que me han contado? Que han traído y me han puesto... ¿has querido matar a tu padre?” (se ríe). “-No papá, no sabíamos que explotaban solamente espontáneo”. Era una explosión que hacía el producto. Era un gran patriota él y me aguantó a mí tantos años (Entrevista de Julieta Sahade a Hortensia “Lala” García Marín, 27 de julio de 2010. Buenos Aires: Archivo Oral, Comisión Provincial por la Memoria).

En este relato el uso de explosivos es naturalizado. La experiencia narrada es interpretada con una tónica de humor generada por la percepción, experimentada desde el presente, de la irresponsabilidad que la entrevistada y sus compañeros de militancia adoptaron en esa oportunidad, inconscientes del peligro que su acción implicaba. Sin embargo, este reconocimiento del propio uso de la violencia por parte de mujeres, es algo excepcional. En general, las mujeres lo niegan o directamente no se reconocen como parte de ese proceso porque tienden a identificar Resistencia con violencia. Pero además, incluso entre mujeres que sí se reconocen como integrantes de la Resistencia peronista y que participaron o colaboraron con acciones que implicaban el uso potencial de la violencia, como la toma de un regimiento, suele haber una tendencia a negarla como elemento constitutivo de dicho proceso. Veamos un ejemplo tomado de una entrevista realizada a mujeres que colaboraron en el levantamiento de Iñíguez en Rosario. Entre estas entrevistadas, la pregunta por la existencia de los comandos de la Resistencia generó un clima de malestar:

Julia: No, nosotros no tuvimos [comandos]. Los que nos querían combatir, sí.

Emilia: Nosotros nunca fuimos de comandos militares [...]

Julia: No, pero los que nos querían combatir, sí.

Emilia: Ni tampoco batallones, ni tampoco...

Julia: No, pero los que nos querían combatir, sí. Hacían comandos.

Anabella: Los comandos civiles (Relato de Julia y Emilia en entrevista realizada a Julia, Eugenia, Emilia y Pedro, 2012, Rosario).

Cabe aclarar que los comandos no necesariamente desarrollaban acciones que implicaban el uso de la violencia. Sin embargo, se trata de un término que tiene una connotación militar, y esa connotación es la que estuvo presente en el pensamiento de las mujeres entrevistadas y lo que explica la actitud de enojo. Ernesto Salas sostiene que también encontró entre sus entrevistados esta negación a la pertenencia de comandos (Salas, 2006 [1990]). Nuestras entrevistadas no participaron en ninguna estructura que llamaran con ese nombre, puesto que el fenómeno de los comandos no se extendió a toda la Resistencia y ni siquiera a la mayor parte de ella. Su participación en el peronismo pasó por otros espacios y estructuras: el barrio, la familia, la unidad básica barrial, los sindicatos, la CGT local. Pero el fragmento citado es interesante porque revela una oposición enérgica a esas estructuras que asocian con la violencia y un intento por diferenciarse de los sectores que sí la usaron. En una entrevista posterior a una integrante de este grupo, esta cuestión emerge de manera más evidente:

Anabella: Para vos ¿Qué fue la Resistencia peronista? ¿Hasta cuándo duró?

Eugenia: Yo pienso que la Resistencia peronista es lo que hace volver a Perón porque la gente lo pedía continuamente. Está bien que después también tuvimos grupos medio subversivos, en esa época, también nosotros.

Anabella: ¿Ustedes no los apoyaron a esos grupos?

Eugenia: No, no apoyábamos. La verdad que nosotros no queríamos que se mate a nadie. Teníamos chicos, jóvenes, que era tanto el fervor peronista que tenían, que ellos querían pelear. Los veían como dioses a esos grupos, pero había que explicarles que dentro de esos grupos no eran todos argentinos, había gente de afuera [...].

Anabella: Pero en la militancia que ustedes hacían, vos con la unidad bá-

sica o con los gremialistas ¿Las actividades que ustedes hacían cambiaron? Eugenia: Sí, sí, nosotros lo único que te puedo decir que era distinto es por los grupos subversivos, los cuales anteriormente no habían estado. Anteriormente, éramos realmente compañeros que todos luchábamos por lo mismo. También había otros intereses. Pensá que había gente que quería peronismo sin Perón (Entrevista a Eugenia, 2014, Rosario).

Como podemos observar en el relato, una vez más emerge la diferencia entre la experiencia setentista y la de los militantes que venían actuando desde el momento del golpe de Estado de 1955 y aun antes. No es que esta entrevistada no haya participado durante los años setenta, pero establece una diferencia con aquellos que ingresaron al peronismo en esos años —en especial jóvenes— y que adoptaron la lucha armada como método. Como he pretendido demostrar anteriormente con el ejemplo de Nello, esta actitud también suele manifestarse entre militantes varones, pero en las mujeres se encuentra de manera más acentuada, al punto de negar su participación en la Resistencia o de negar que el peronismo haya recurrido en algún momento al uso de la violencia. El relato de Lala Marín al que hiciéramos referencia actúa como excepción. No suele ser común hallar este tipo de relatos entre las mujeres. El propio documental *Los Resistentes*, donde se narran experiencias de ese tipo, es muy desparejo en cuanto a la cantidad de mujeres y varones entrevistados. Las voces de las mujeres aparecen ínfimamente representadas. Sin embargo, la escasez numérica no desacredita la riqueza de los testimonios. Una de esas mujeres reconoce haber puesto una bomba. No se comprende bien la situación en que lo hizo, pero al parecer fue ante el hecho de que la misma debía ser colocada por alguien que estaba preso, y que probablemente se tratara de su esposo —un exlegislador peronista—, por lo que ella debió tomar su lugar:

Yo sabía que él tenía que poner una bomba en un lugar, a tal hora, tal día y yo fui y la puse. Él estaba preso y yo la puse. Así ha sido la Resistencia. En realidad cuando el pueblo se pone en función de defender a su líder... pobre Perón (Relato de Elena “Gogo” Garbino de Montes, en Fernández Mouján, 2009).

La manera en que lo expresa da cuenta de que la entrevistada tiene conciencia de que una acción de ese tipo no era algo común entre las mujeres; sin embargo, ella decidió asumir la responsabilidad. La acción parece representar un momento único y excepcional en su vida, a la vez que también emergen, como en otros testimonios, las palabras que matizan el carácter violento de la Resistencia:

Fue la época aquella en que yo descubrí la Resistencia. Era mucho más rica de lo que se puede imaginar. No era sólo poner bombas en lugares descampados, no sólo era escribir paredes. Era también la solidaridad de la gente, entre nosotros (Relato de Elena “Gogo” Garbino de Montes, en Fernández Mouján, 2009).

El valor de la solidaridad que habría primado entre los militantes otorga un marco que pone límites a la posibilidad de pensar en el uso de una violencia indiscriminada, y la especificación del lugar donde se colocaban las bombas —“lugares descampados”— da cuenta de la inocencia de esas acciones y de que eran actos que se realizaban más para llamar la atención que para generar algún daño.

En el film también resulta por demás interesante el testimonio de Mabel Di Leo, que se pronuncia sobre la cuestión de la violencia y la problematiza. Cabe aclarar que se trata de una militante que si bien ingresó a la Resistencia en los años cincuenta, tuvo una participación muy activa en los setenta entre los sectores radicalizados del peronismo:

Sí, ustedes disculpen compañeras, poníamos bombas. Éramos subversivos. Para los de ahora seríamos terroristas, no sé. Yo me asumo [aplausos] [...] basta de que todos somos nenitos de colegio, buenitos, que nosotros “¡Ah sí, los otros lo hicieron! Nosotros no hicimos nada” [...] El peronismo, disculpen, no empezó en los años setenta. El peronismo empezó en el '55 (Relato de Mabel Di Leo, en Fernández Mouján, 2009).²¹

En este relato, la violencia es asumida como un factor inherente a la militancia. La violencia no resulta problemática en el nivel de la experiencia

²¹ Mabel Di Leo ingresó a la Resistencia peronista en los años cincuenta como integrante de la Juventud Peronista de Vicente López vinculada a los hermanos Lizaso. A partir de 1959 fue dele-

personal, pero es desnaturalizada al reconocer que para algunos sí lo fue. Este relato actúa como una memoria “no autorizada” que viene a irrumpir en los otros relatos que tienden a negar la violencia o a matizarla. Si bien esos otros no son oficiales, porque no están amparados institucionalmente, actúan como “memorias monumento” que tienden a sacralizar el pasado y cerrarlo a la crítica.

El “caso Moya” constituye un claro ejemplo de estas diferencias de percepciones sobre el uso de la violencia, donde el género emerge como articulador de las mismas. Este hecho remite a una bomba que explotó en la puerta de un bar en el barrio porteño de Congreso, en agosto de 1959. Al parecer, la bomba había estallado por accidente y había generado varios heridos. La llevaba en un portafolios Benito Atilio Moya, un dirigente de la Unión Obrera Metalúrgica que había sido diputado provincial peronista en Salta, y que estaba acompañado por Lucía Aráoz de Lamadrid, una maestra de 23 años que también era secretaria del sindicato metalúrgico y militaba en la Juventud Peronista, a la vez que encabezaba una unidad básica femenina en Munro, partido de Vicente López. Hay diferentes versiones sobre el hecho, sobre todo en relación con la responsabilidad de Lucía:

Atilio Moya, que había sido dirigente (creo que de los azucareros), y una chica, que estuvo exiliada después que nosotros en Montevideo. Era maestra, Lucía Arauz [sic] de Lamadrid. Uno la veía y era una dulce maestra de primaria. ¡Y con ese apellido! No sospechaban nunca que actuaba en la Resistencia. Entre Moya y ella la pusieron. Ella le hizo de apoyo en una confitería, en Once. Voló todo el edificio (Relato extraído de Salas, 2006).

Este relato tiende a naturalizar la participación de Lucía en este hecho y remarca la contradicción entre la apariencia que ella tenía y la que se supone debería tener una mujer dedicada a ese tipo de actividades. Lucía Aráoz de Lamadrid sufrió dos años de cárcel, mientras que Moya fue ayudado a escapar por el sindicato metalúrgico y se refugió en Bolivia. En un relato, Fernando

gada de una unidad básica femenina en San Fernando y en 1966 fue designada por Perón delegada nacional de la Rama Femenina. Junto a su pareja, el mayor Bernardo Alberte, delegado de Perón entre principios de 1967 y de 1968, estuvo vinculada a la CGT de los Argentinos y a la Tendencia Revolucionaria del peronismo.

Torres, el abogado del sindicato, comenta que él y Augusto Vandor fueron a despedirlo y sorpresivamente lo encontraron en una fiesta con más de cincuenta personas, y que años después, al regresar a la Argentina, Moya todavía disfrutaba contando los relatos de “caños, dinamitas y estruendo” (en Garulli *et al.*, 2000); lo que hemos referido en páginas anteriores como un “anecdotario del caño”. Del relato de Mabel Di Leo, quien iba a visitar a Lucía a la cárcel y que se hizo cargo de la unidad básica que ella había dejado vacante, ya que nadie quería hacerlo, se desprende un panorama muy diferente sobre la suerte corrida por esta militante. Lucía habría quedado muy conmovida por los hechos y el repudio público que sufrió, además de que no habría tenido conocimiento del material que Moya llevaba en el maletín, y no volvió a militar al salir de la cárcel (Entrevista a Mabel Di Leo, 31 de agosto de 2014, Vicente López). Para Lucía, que fue quien realmente sufrió las consecuencias del hecho, la experiencia resultó altamente perturbadora. Para ella no hubo posibilidades de exorcizar los recuerdos a través del humor.

Si bien la violencia se presenta como un tópico problemático en los relatos sobre la Resistencia peronista, este aspecto es más acentuado en los relatos femeninos que en los masculinos. Tanto varones como mujeres tienden a minimizar la violencia de la primera Resistencia peronista para diferenciarla de su uso en la década de 1970, e incluso negarla. Sin embargo, entre algunos militantes varones pudo crearse un relato sobre el uso del “caño” vinculado a relaciones de camaradería que, a través de anécdotas que apelan al humor producto de la inexperiencia mostrada en ese tipo de acciones o de un acentuado sentimentalismo, permite que esas experiencias puedan ser reconstruidas. Para las mujeres, en cambio, estas parecen haber sido perturbadoras en mayor medida, al punto de que no se ha creado entre ellas un anecdotario en relación con las mismas. Es probable que la mayoría de las mujeres que participaron en la Resistencia peronista en el período estudiado (1955-1965) no hayan realizado acciones violentas directas, aunque muchas acompañaron o ayudaron a quienes las ejecutaron; no obstante, no las conciben como tales, no reconocen la presencia real o potencial de la violencia en esas acciones. Por eso, la mayor parte de la información sobre las mismas emerge de expedientes policiales o judiciales; es decir, textos que no fueron producidos para ser leídos públicamente. Cuando esos testimonios reaparecen en entrevistas, son matizados con chistes o muestras de irresponsabilidad o ingenuidad,

como en el caso de los militantes varones, pero esos testimonios son excepcionales entre las mujeres.

Frente a esta situación nos preguntamos cómo actúa el género en la construcción de los relatos sobre la Resistencia peronista. ¿Por qué las mujeres no pudieron construir un anecdotario sobre el uso del “caño” como el que elaboraron algunos militantes varones? ¿Qué discursos sociales actúan en la articulación de los relatos personales sobre la temática de la violencia? ¿Qué estereotipos y modelos de comportamiento promueven esos discursos y cuáles son las implicancias de género que los atraviesan? ¿Las características que adquirió la participación femenina en actividades que implicaron el uso de la violencia inciden en los relatos construidos desde el presente? En el apartado siguiente procuraremos dar cuenta de cómo fue la participación femenina en acciones que implicaban el uso de la violencia, de los discursos sociales que actuaron en la configuración de esa participación y de los relatos personales que sobre ella se han construido.

Implicancias de género en los discursos hegemónicos sobre la violencia y en la construcción de identidades

Durante el período 1955-1965 las prácticas de la Resistencia peronista que implicaron el recurso a la violencia fueron fundamentalmente dos: el golpe de Estado, con participación de civiles y militares, y la realización de sabotajes y atentados urbanos canalizados a través de células clandestinas.²² La participación femenina en los intentos de golpes de Estado por lo general consistió en el desarrollo de tareas de apoyo; actividades periféricas que en algunos casos conllevaron la vinculación con armas y explosivos, y en otros, la asistencia y protección de los activistas varones. Pero las investigaciones sobre esta temática son incipientes (Gorza, 2017). Aún no se han hallado evidencias que demuestren intervenciones femeninas en la actividad central de estas operaciones, que era la toma de cuarteles. También cabe aclarar que únicamente dos intentos de golpe de Estado llegaron a ponerse en marcha —el de Valle, en junio de 1956, y el de Iñíguez, en noviembre de 1960—; por lo tanto, lo que puede decirse es solo en función de esos dos hechos, descartan-

²² También hubo un intento de guerrilla rural, el de los Uturuncos, que tuvo lugar en 1959, pero hasta el momento no ha sido analizado desde una perspectiva de género.

do la multiplicidad de conspiraciones que no llegaron a concretarse y en las que también pudo haber mujeres involucradas.

En un trabajo sobre la resistencia al fascismo y al nazismo en Italia, Anna Bravo (2003) elaboró una tipología de las actividades que suelen desplegar las mujeres cuando se embarcan en movimientos de resistencia. Señaló el uso de disfraces, camuflajes y estereotipos consolidados; la apelación al derecho al pudor; prestar sus casas como lugares de reunión; ayudar a los combatientes prófugos; usar sus espacios cotidianos de socialización para agitar políticamente y aplicar códigos que normalmente pertenecen a la esfera personal —como la seducción, el recurso a los sentimientos, la fragilidad y el descaro calculado. Si bien se trata de contextos históricos diferentes, la Resistencia peronista incluyó muchas de esas estrategias de participación, sobre todo en lo que se refiere a las prácticas clandestinas. Por ejemplo, una de las entrevistadas relata cómo burlaba la requisita policial al pasar mensajes a los presos políticos doblando los papeles que los contenían y ocultándolos en el rodete que usaba como peinado, porque suponía, acertadamente, que los oficiales de policía no le revisarían la cabeza (Entrevista a Eugenia, 2014, Rosario). En *Los Resistentes*, Mabel Di Leo rememora su participación en el levantamiento de Valle. En la noche del 9 de junio de 1956 se encontraba en Aeroparque con un militar, esperando por si había algún movimiento. Ella llevaba el arma (y no el militar), porque en caso de caer en manos de una requisita policial, había menos probabilidades de que fuera revisada, debido a su género y a su edad, ya que solo tenía quince años (Mabel Di Leo, en Fernández Mouján, 2009). También hubo una estrecha relación entre lo cotidiano y lo político; por ejemplo, en las acciones de cooperación de las mujeres con los presos y sus familias. Los testimonios del grupo de mujeres ya mencionado, que estuvieron vinculadas al levantamiento de Iníiguez, dan cuenta de cómo se organizaron conjuntamente en los días subsiguientes para llevar la comida a los detenidos políticos que habían participado de la toma del regimiento (comida que compartieron con ellos en las fiestas navideñas), y la ayuda que prestaron a los familiares de los detenidos en Salta, que habían sido trasladados a Rosario para ser juzgados por los tribunales de guerra, alojándolos en sus domicilios. Las mujeres también utilizaron sus casas para resguardar a los activistas que estaban involucrados en las acciones golpistas. Estos casos son cuantiosos, y hemos encontrado infor-

mación de ese tipo tanto en testimonios orales como en fuentes judiciales.²³ Un ejemplo lo ilustra claramente:

Anabella: ¿Y a usted, además de prestar su casa, le toco hacer algún otro tipo de actividad en la toma del regimiento?

Julia: No, en lo de Iñíguez precisamente no. Tenerlo en mi casa para protegerlo. Después, él salió a la noche siguiente, salió con mi nena. “¡Ay! ¡Que linda, qué linda!”

Emilia: ¿No dijiste que salió con el perro, que salió a pasear un perro?

Julia: Sí, sí [ríe], pero después a la otra noche, él salió con mi nena, que tendría 4 o 5 años. “¡Ay, qué linda la nena, qué linda la nena!” Y salíamos por la calle [ríe] y había salido la foto [de Iñíguez] por todos los diarios y nosotros con la nena como acompañando a una familia que iba..., hasta que pasó un auto...

Eugenia: Sí, se salía así, se salía como si fuese una familia.

Julia: Una familia. Y en eso, en una calle, pasó un auto y lo recogió a él, se subió y ahí respiramos, porque yo con mi nena en brazos... “¡Qué linda la nena!”, decía [ríe] (Entrevista a Julia, Eugenia, Emilia y Pedro, 2012, Rosario).²⁴

Este es un claro ejemplo de cómo las mujeres aprovecharon los estereotipos asociados a su género para sortear la censura, y del riesgo y compromiso que implicó este tipo de acciones, a pesar de estar vinculadas con las actividades que se desarrollaban en la vida cotidiana. En sus estudios sobre la resistencia francesa al nazismo, Hélène Eck (2000) sostiene que ello fue posible porque tanto los resistentes como los enemigos compartían las mismas representaciones sobre los comportamientos femeninos. Sin embargo, actuar conforme a esos estereotipos da cuenta de que las mujeres que se comprometieron a actuar de esa manera eran conscientes de que ellas no encajaban en los mismos y que el compromiso que les exigía su partici-

²³ Lugo, Nerio y otros. Rebelión e infracción Decreto 4161/56. Exp. 195. Leg. 180. 1956. Archivo Federal. Dirección General de Archivos del Poder Judicial de la Nación.

²⁴ En otra entrevista, Eugenia también hace referencia a un hecho similar en oportunidad de producirse el arribo del dirigente sindical Andrés Framini a Rosario. A fin de que llegara al local donde daría el discurso, lo escoltaron con la presencia de un niño, para simular que se trataba del paseo de una familia (2014, Rosario).

pación política implicaba una cierta transgresión a los modelos de género socialmente establecidos.²⁵

Ahora bien, no hemos encontrado evidencias de mujeres participando de la acción central que incluía la toma de algún regimiento. Esta actividad concreta estaba reservada a los varones, y sobre todo, aunque no exclusivamente, a los militares, que eran reacios a entregar armas a los civiles (Raimundo, 1998). Las células clandestinas que se dedicaron a la realización de atentados también estuvieron atravesadas por una división sexual del trabajo, aunque menos nítida. Al igual que en la práctica del golpe de Estado, las mujeres prestaban sus domicilios para hacer reuniones en las cuales se generaban contactos y se escondían prófugos, armas y explosivos; actuaban como correo y nexo entre militantes, transportando cartas, material de propaganda política y materiales para la realización de los atentados; trasladaban a los activistas que colocaban las bombas; dibujaban planos; reclutaban personas para participar en las operaciones y en algunos casos actuaron directamente en el campo de operaciones.²⁶ Si bien no accedieron a lugares de decisión, ocuparon liderazgos intermedios y tuvieron una vinculación más cercana a los explosivos, las armas y el teatro de operaciones. Sin embargo, los liderazgos respondieron a casos excepcionales, a la vez que en cada célula estuvieron en relación de minoría frente a los militantes varones. Las mujeres no se incorporaron masivamente a este tipo de acciones, de manera que esas experiencias no constituyeron el fundamento para el desarrollo de relaciones de camaradería basadas en el género que permitieran, a su vez, la emergencia de una memoria colectiva sobre dicha participación. Las evidencias que tenemos de esa participación nos llegan a través de las fuentes de la represión y no de testimonios orales.

Consideramos que en esta división sexual del trabajo que atravesó a las prácticas de resistencia que implicaron el uso de la violencia operaron dis-

²⁵ En mi tesis doctoral he desarrollado esta problemática en extenso (Gorza, 2017), pero aquí me limito a referirla brevemente porque excede mi objetivo.

²⁶ Una descripción de estas actividades que implicaban la participación femenina ha sido desarrollada en mi tesis de doctorado (Gorza, 2017), en la cual he apelado a la información de testimonios orales y también de fuentes escritas producidas por los aparatos de la represión, como sentencias generadas por los tribunales creados a partir de la implementación de Plan Conintes e informes de inteligencia pertenecientes al archivo de la DIPBA (Dirección de Inteligencia de la Provincia de Buenos Aires).

cursos sociales que excluyen a las mujeres del empleo de la misma. Dichos discursos, que tenían una amplia circulación a mediados del siglo XX, no solo establecen una relación de disyunción entre mujeres y empleo de la violencia, sino que al mismo tiempo, utilizan el valor simbólico de esta última como elemento alrededor del cual se construye la masculinidad (Branz, 2017). La obligación de portar armas y dar la vida por la patria fue un elemento constitutivo de la identidad masculina que se intentó normativizar desde los discursos decimonónicos ligados a la consolidación del Estado nacional. Fue a través de ese deber —lo que se conoce como el tributo de sangre— que se forjó la ciudadanía masculina. La muestra está en la unificación, a partir de la Ley Sáenz Peña (1912), del padrón electoral con el padrón militar (Valobra, 2010). La evidencia de que la vigencia de estos discursos era importante durante la época en que tuvo lugar la Resistencia peronista es que unos años antes, cuando se sancionó la ley de derechos políticos femeninos (1947), se decidió que las mujeres quedaran exceptuadas de dicho deber como contraparte para acceder a esos derechos. Incluso la sanción de la ley estuvo precedida por debates que hacían hincapié en el carácter pacífico y maternal de las mujeres (Valobra, 2010). Si bien lo que se aceptaba desde el Estado era un uso legítimo y autorizado de la violencia, encuadrado en determinadas instituciones, consideramos que su uso por parte de la población civil también estuvo atravesado por los mismos discursos de exclusión/femenina-conjunción/masculina. Algunos autores han señalado una dimensión generacional en la transmisión de conocimientos sobre este tipo de prácticas; una transmisión que se realizó desde viejos militantes anarquistas, comunistas, trotskistas, y excombatientes republicanos de la Guerra Civil Española, además de dirigentes peronistas y miembros de la Alianza Libertadora Nacionalista, hacia los militantes jóvenes que integraban los comandos de la Resistencia (Schneider, 2005), y a la vez, a partir de la influencia de militares de tendencia nacionalista cuyas simpatías y vinculación con el peronismo venían de larga data (Melon Pirro, 1993). En las fuentes consultadas es común encontrar, además, a expolicías y militares retirados que realizan este tipo de prácticas, y es probable que muchos de los activistas varones se hayan servido de los conocimientos adquiridos en el servicio militar. En este sentido, las mujeres estaban excluidas *a priori* de las intervenciones que implicaban un uso de la violencia, por su inexperiencia y falta de conocimiento, ya que era menos común encontrar entre ellas expe-

riencias socializadoras en el uso de armas —como la que implicaba el servicio militar—; hecho que venía a reforzar la exclusión sostenida por los discursos hegemónicos. Esta cuestión no ha pasado desapercibida para una militante de la Resistencia peronista, Olga Martín de Hammar, que años más tarde adheriría al feminismo. En el contexto del Operativo Retorno en 1964, su pareja, Jorge Hammar, con un grupo de militantes sindicales tenían planeado volar un gasoducto en La Matanza. Como el retorno no se concretó, Hammar se negaba a realizar la operación, pero terminó cediendo ante las presiones de los compañeros:

el problema era que para los muchachos poner ese ‘caño’ era un problema de honor. Y había cuestiones de poder. Los muchachos de La Cava (San Isidro), querían demostrar que su jurisdicción era capaz de poner la misma cantidad de “caños” que los de La Florida, por dar un ejemplo. Ese era el asunto. Era un momento en que se jugaban factores de valentía personal y además jugaba el sentido de la palabra empeñada: esos eran valores asociados al concepto de virilidad y hombría, que tenían que ver con principios tradicionales del pueblo argentino (Hammar, 2009, p. 76).

En este testimonio se evidencia cómo la violencia actúa como un elemento alrededor del cual se construye la identidad masculina y forja las relaciones de socialización entre varones. Entonces, si bien el uso de la violencia presenta un inevitable carácter problemático tanto para varones como para mujeres, por el riesgo que conlleva y por las implicaciones morales que lo atraviesan, dicha connotación es más visible entre las mujeres por la relación de incompatibilidad entre los roles asociados a lo femenino y el empleo de la violencia; visión que ha prevalecido en los discursos sociales tradicionales. Esos discursos estaban internalizados por las mismas mujeres y su efectividad estaba garantizada por la acentuada socialización masculina que atraviesa a las dos estructuras mediante las cuales solía organizarse el reclutamiento de activistas en este tipo de prácticas, el ejército y los sindicatos. Si bien en la práctica del golpe de Estado había una división del trabajo entre militares y civiles por la cual los primeros tendían a excluir a los segundos en el uso de armas, dicha exclusión se daba por su condición de no militares, mientras que las mujeres estaban excluidas *a priori* por su género. En la práctica del atentado hubo me-

nos divisiones, tanto entre varones y mujeres como entre los propios varones, pero aun así las mujeres fueron minoritarias en términos numéricos respecto de los varones, y solo excepcionalmente ocuparon lugares de liderazgo o participaron en forma directa en las acciones centrales. Consideramos, entonces, que el hecho de que la temática de la violencia resulte más perturbadora entre mujeres que entre varones responde, por un lado, a las propias características que adoptaron las prácticas vinculadas a ella, donde los discursos que instauran la exclusión femenina respecto de su uso y que versan sobre un pacifismo que se supone inherente a las mujeres, hicieron que ellas quedaran rezagadas respecto de la participación masculina. Y por otro, por la vigencia de esos discursos en la actualidad que influyen en la construcción de los relatos sobre el pasado. Aunque los mismos están siendo erosionados a partir de prácticas concretas, como por ejemplo el acceso de las mujeres al servicio militar o a las Fuerzas Armadas, continúan teniendo mucha fuerza.

Palabras finales

A lo largo de estas páginas he intentado poner de manifiesto algunas problemáticas respecto de la Resistencia peronista en el período que se extiende entre 1955 y 1965. Los trabajos de Alessandro Portelli, sus reflexiones sobre las características de las narraciones orales y sobre la memoria como problema, me han permitido adentrarme en el análisis de fuentes orales y a partir de ello intentar acercar respuestas a algunos de los interrogantes que rodean al objeto de estudio. Varios tipos de silenciamiento atraviesan la construcción de una memoria sobre la primera Resistencia peronista. Por un lado, un silenciamiento propiamente dicho, señalado por algunos militantes, que consistió en eliminar de los relatos públicos un período de la historia del peronismo, aquel que se extiende entre 1955 y 1965, porque la presencia en él de actores que responderían a tendencias opuestas de la interna peronista en años posteriores tendería a crear una imagen contradictoria del proceso. Por otro lado, si bien esa etapa de la historia no es lo suficientemente recordada en comparación con otras, lo que más se ha desarrollado es un silenciamiento ejercido a través del recuerdo; esto es, mediante la creación de una “memoria monumento” sobre ese pasado, una forma de recordar que a su vez implica olvido, porque lo que se recuerda es un pasado fosilizado, libre de contradicciones, alejado de toda posibilidad de cuestionamientos. En términos concretos, ello

se materializó en la construcción de un relato público sobre la Resistencia peronista en el que el período 1955-1965 que fue considerado un antecedente del proceso de radicalización que sufrieron algunos sectores del peronismo durante la década de 1970; y se silenció la presencia de elementos sindicales, que resultaban perturbadores para los actores que construyeron ese relato. A este último tipo de silenciamiento, que ya ha sido abordado previamente por otros autores, se suma el análisis de la construcción de memoria que sobre la primera Resistencia peronista se ha desarrollado desde el presente. Se comprueba que así como la militancia peronista radicalizada de los años setenta del siglo XX le había recriminado el hecho de no haber sido más violenta, desde el presente se efectúan trabajos de memoria en los cuales los relatos tienden a negar la violencia. Además, hemos observado cómo la negación de la violencia aparece más marcada en los relatos femeninos: muchas mujeres tienden a negar su participación en dicho proceso, producto de una asimilación entre Resistencia y violencia. Aun entre las mujeres que sí se reconocen como partícipes de la Resistencia peronista y que incluso han llegado a forjar una identidad basada en ella, la violencia constituye un factor problemático. Consideramos que en ello no solo actúan los valores éticos respecto de la violencia o los discursos de la “no violencia” que se han impuesto en la actualidad —factores que también atraviesan a los relatos masculinos— sino también las propias características que adquirió la participación femenina en ese tipo de prácticas, atravesadas por un proceso de división sexual del trabajo fundamentado en los discursos de exclusión de las mujeres respecto del uso de la violencia, y que a su vez consagran a esta última como elemento alrededor del cual se construye la masculinidad; discursos que, aunque con menor fuerza, continúan ejerciendo una amplia influencia en el presente.

La Resistencia peronista en el período 1955-1965 implicó una variedad de prácticas y experiencias que no se reducen al desarrollo de actividades violentas. Sin embargo, esas prácticas, aunque limitadas en comparación con el nivel que alcanzarían en años posteriores, también existieron y merecen una problematización. El contexto en el que tuvieron lugar dista mucho del actual, y reconstruir ese contexto es indispensable para comprender las causas y los motivos que llevaron a su desarrollo, que de ninguna manera puede equipararse a las razones que movilizaron a las fuerzas represivas del Estado a ejercer la violencia contra la población civil, pero que a menudo suelen

ser evocadas por sectores reaccionarios para legitimar esta última violencia. Como sostiene Alessandro Portelli en relación con la Resistencia italiana:

Las memorias relegadas al “sótano” del olvido vuelven a emerger como fantasmas monstruosos. Sobre el plano de la memoria pública, el olvido de las *foibe* (y otros crímenes cometidos por los partisanos) permite que sean los herederos no arrepentidos del fascismo quienes las evoquen e impongan su conmemoración, como contraposición a las memorias de las masacres nazis y fascistas, construyendo versiones exageradas e instrumentales que utilizan para deslegitimar no sólo la memoria de la Resistencia, sino toda la construcción democrática que derivó de ella (Portelli, 2016, pp. 481-482).

De la posibilidad de emergencia de este tipo de operaciones surge, a su vez, la necesidad de recuperar el pasado en toda su complejidad, y la disciplina histórica —y en particular, la historia oral— cumplen aquí un papel fundamental.

Finalmente, cabe destacar que en el hecho de que tanto la historia como la memoria se construyan desde el presente y en relación con los valores que circulan en la sociedad en cada momento, radica la explicación de que aquí pueda preguntarme por las razones que han invisibilizado a las mujeres de los relatos sobre la Resistencia peronista, tanto orales como escritos, y entre estos últimos, en los que circulan en material de divulgación así como en la bibliografía académica. Desde estas páginas he intentado echar luz sobre esa invisibilización, que también constituye un tipo de silenciamiento. El contexto actual, en el que los estudios de género vienen cobrando fuerza en los espacios académicos y en el que los discursos feministas han ganado presencia pública, la participación femenina en la primera Resistencia peronista se vuelve un tema factible de ser investigado, y lo mismo ocurre respecto de los motivos de su silenciamiento. Aunque las causas de ese silenciamiento no se reducen a las razones expuestas en este capítulo, puesto que la Resistencia peronista no se limitó al desarrollo de actividades que implicaban el uso de la violencia, considero que la asimilación entre Resistencia y violencia ha actuado como un factor poderoso en la reticencia de muchas mujeres a reconocerse como parte de ese pasado. Desde aquí he procurado ofrecer algunas posibles explicaciones y, abo-

gar por que esas mujeres —anónimas en su mayoría— encuentren un lugar en las páginas de los libros de historia que no se limite a un mero dato anecdótico.

Referencias Bibliográficas

- Acha, O. (2012). *Un revisionismo histórico de izquierda y otros ensayos de política intelectual*. Buenos Aires: Herramienta.
- Álvarez, Y. (2014). La Resistencia peronista en Mendoza (1955-1960). Una aproximación a su estudio a través del relato de sus protagonistas. *Revista de Historia Americana y Argentina*, 2(49). Recuperado de www.scielo.org.ar/pdf/rhaa/v49n2/v49n2a08.pdf
- Amaral, S. (2004) [1993]. El avión negro: retórica y práctica de la violencia. En S. Amaral y M. B. Plotkin (Comps.), *Perón del exilio al poder*. Buenos Aires: EDUNTREF.
- Bacha, H. (2011). Desafíos historiográficos en la historia del pasado reciente: Entrevista con Federico Lorenz. *Quinto sol*, 15(2). Recuperado de www.scielo.org.ar/pdf/quisol/v15n2/v15n2a04.pdf
- Balbi, F. (2007). *De leales, desleales y traidores: valor moral y concepción de la política en el peronismo*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Barrancos, D. (2017). Mujeres en vilo: Género y Guerra fría en América Latina. En E. Rodríguez Sáenz (Ed.), *Ciudadanas de la Guerra Fría en América Central (1945-1970): Perspectivas transnacionales*. Costa Rica: Editorial de la Universidad Estatal a Distancia. (En prensa).
- Barry, C. (2009). *Evita Capitana*. Buenos Aires: EDUNTREF.
- Besoky, J. L. (2013). La derecha peronista en perspectiva. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos. Cuestiones del tiempo presente*. Recuperado de <http://journals.openedition.org/nuevomundo/65374#text>
- Bravo, A. (2003). Mujeres y Segunda Guerra Mundial: estrategias cotidianas, resistencia civil y problemas de interpretación. En M. Nash y S. Tavera (Eds.), *Las mujeres y las guerras. El papel de las mujeres en las guerras de la Edad Antigua a la Contemporánea*. Barcelona: Icaria Editorial.
- Branz, J. (2017). Masculinidades y Ciencias Sociales: una relación (todavía) distante. *Descentrada, Revista interdisciplinaria de feminismos y género*, 1(1). Recuperado de www.descentrada.fahce.unlp.edu.ar/article/view/DESe006
- Calveiro, P. (2005). Antiguos y nuevos sentidos de la violencia política. *Lucha Armada en la Argentina*, 1(4).

- Castronuovo, S. (2016). El rol de la Revolución Libertadora en el encarcelamiento de la militancia femenina peronista (1955-1958). *Revista de historia del derecho*, 51. Recuperado de www.scielo.org.ar/pdf/rhd/n51/n51a03.pdf
- Cavarozzi, M. (1983). *Autoritarismo y Democracia (1955-1983)*. Buenos Aires: CEAL.
- Cena, J. C. (1998). *El guardapalabras: memorias de un ferroviario*. Buenos Aires: La Rosa blindada.
- Centurión, A. J. (2007). Las mujeres en la resistencia peronista. Sentidos y representaciones. En M. C. Bravo, F. Gil Lozano y V. Pita (Comps.), *Historia de luchas, resistencias y representaciones. Mujeres en la Argentina, siglos XIX y XX*. San Miguel de Tucumán: EDUNT.
- D'Antonio, D. (2000). Representaciones de género en la huelga de la construcción. Buenos Aires, 1935-1936. En F. Gil Lozano, V. Pita, y M. Ini (Comps.), *Historia de las mujeres en la Argentina*. Buenos Aires: Taurus.
- Dos Santos, E. (1983). *Las mujeres peronistas*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Eck, H. (2000). Mujeres del desastre. ¿Ciudadanas por el desastre? Las francesas bajo el régimen de Vichy (1940-1944). En G. Duby y M. Perrot. *Historia de las mujeres en occidente*, Volumen V: El siglo XX. Madrid: Grupo Santillana de Ediciones.
- Farge, A. (1991). *La atracción del archivo*. Edicions Alfons el managen, Institució Valenciana D'estudis investigatio.
- Fernández Mouján, A. (Dir.) (2009). *Los Resistentes*. Relatos de la lucha clandestina entre 1955 y 1965. [Película]. Argentina: Instituto Nacional de Cine y Artes Audiovisuales (INCAA), El Perro en la Luna (Productora).
- Garulli, L., Carvallo, L., Charlier, N. y Cafiero, M. (2000). *Nomeolvides. Memoria de la resistencia peronista (1955-1972)*. Buenos Aires: Biblos.
- Gordillo, M. (2007). Protesta, rebelión y movilización: de la Resistencia a la lucha armada, 1955-1973. En Daniel James, D. (Dir.), *Violencia, proscripción y autoritarismo: 1955-1976*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Gorza, A. (2017). *Insurgentes, misioneras y políticas. Un estudio sobre mujeres y género en la Resistencia peronista (1955-1966)*. Tesis doctoral, UNLP. Recuperado de www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.1404/te.1404.pdf
- Hammar, O. (2009). *Tozudamente. Un camino de militancia*. Buenos Aires: Intermedia.

- James, D. (2010) [1998]. *Resistencia e integración: El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Labica, G. (2008). Para una teoría de la violencia. *Polis, Revista Latinoamericana* 19. Recuperado de <http://journals.openedition.org/polis/3866#text>
- Lvovich, D. y Bisquert, J. (2008). *La cambiante memoria de la dictadura: discursos públicos, movimientos sociales y legitimidad democrática*. Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento; Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- Levitsky, S. (2005). *La transformación del justicialismo: del partido sindical al partido clientelista, 1983-1999*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Mackinnon, M. M. (2002). *Los años formativos del Partido Peronista (1946-1950)*. Buenos Aires: De la Campana.
- Melon Pirro, J. C. (1993). La resistencia peronista. Alcances y significados. *Anuario del IEHS*, 8. Recuperado de <http://anuarioiehs.unicen.edu.ar/Files/1993/011%20-%20La%20resistencia%20peronista,%20alcances%20y%20significados..pdf>
- Melon Pirro, J. C. (2009). *El peronismo después del peronismo: resistencia, sindicalismo y política luego del 55*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Nieto, A. (2009). La “Revolución Libertadora” en perspectiva local: los bombardeos en el puerto de Mar del Plata. En torno a los orígenes de la guerra civil en Argentina, 1955. *Trabajos y Comunicaciones*. 35. Segunda época. Recuperado de www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.4680/pr.4680.pdf
- Oberti, A. (2015). *Las revolucionarias. Militancia, vida cotidiana y afectividad en los setenta*. Buenos Aires: Edhasa.
- O'Donnell, G. (1972). Modernización y golpes militares. Teoría, comparación y el caso argentino. *Desarrollo Económico*, 12(47).
- Palermo, S. (2009). Masculinidad, conflictos y solidaridades en el mundo del trabajo ferroviario en Argentina (1912-1917). *Revista Mundos do Trabalho*, 1(2).
- Portantiero, J. C. (1973). Clases dominantes y crisis política de la Argentina actual. Pasado y presente. En O. Brown, (Comp.), *El capitalismo argentino en crisis*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Portelli, A. (1996). Lutto, senso comune, mito e politica nella memoria della strage di Civitella Val di Chiana. En L. Paggi (Ed.), *Storia e memoria di un massacro ordinario*. Roma: Manifestolibri.
- Portelli, A. (1999). *La battaglia di Poggio Bustone: violenza, memoria e*

- immaginazione in un episodio della guerra partigiana. En N. Gallerano (Ed.), *La Resistenza fra storia e memoria*. Milano: Franco Angeli.
- Portelli, A. (2001 [1999]). L'assassinio di Luigi Trastulli. La memoria e l'evento, Provincia di Terni. En C. Bermani (Ed.), *Introduzione alla storia orale*. Roma: Odradek.
- Portelli, A. (2005). La bomba torinese: ricordare per dimenticare. *Presentato in occasione della commemorazione del 60 aniversario della Liberazione, promosso dall'Istituto Nazionale per la Storia del Movimento della Liberazione in Italia*. Roma.
- Portelli, A. (2013). Sobre los usos de la memoria: Memoria monumento, memoria involuntaria, memoria perturbadora. *Sociohistórica*, 32. Recuperado de www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.6125/pr.6125.pdf
- Portelli, A. (2016). *Historias orales. Narración, imaginación y diálogo*. La Plata: [FaHCE-UNLP/Rosario: Prohistoria](http://www.fahce-unlp.edu.ar/Prohistoria).
- Raimundo, M. (1998). La política armada del peronismo: 1955-1966. *Cuadernos del CISH*, 3(4). Recuperado de www.sociohistorica.fahce.unlp.edu.ar/article/view/SHv03n04a07/2023
- Salas, E. (2006 [1990]). *La resistencia peronista: La toma del frigorífico Lisandro de La Torre*. Buenos Aires: Retórica Ediciones/Altamira.
- Raimundo, M. (2006). *Uturuncos. El origen de la guerrilla peronista*. Buenos Aires: Biblos.
- Schneider, A. (2005). *Los compañeros. Trabajadores, izquierda y peronismo, 1955-1973*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Seveso, C. (2010). Political Emotions and the Origins of the Peronist Resistance. En M. Karush & O. Chamosa (Eds.), *New Cultural History of Peronism: Power and Identity in Mid- Twentieth-Century Argentina*. Durham, NC, USA: University Press.
- Scoufalos, C. (2007). *1955, memoria y resistencia*. Buenos Aires: Biblos.
- Smulovitz, C. (1991). En búsqueda de la fórmula perdida. *Desarrollo económico*, 31(121).
- Spinelli, E. (2005). *Los vencedores vencidos. El antiperonismo y la "revolución libertadora"*. Buenos Aires: Biblos.
- Valobra, A. M. (2010). *Del hogar a las urnas. Recorridos de la ciudadanía política femenina: Argentina, 1946-1955*. Rosario: Prohistoria.

Historias Incómodas

Género y violencia: memorias de la represión sobre los cuerpos de las mujeres durante la última dictadura militar argentina

Victoria Álvarez

Nunca nadie se sentó y me dijo “Che, contáme” ¡Y se quedó, escuchando lo que le contaba! No me ha pasado. ¡No me ha pasado nunca!
Entrevista a Charo Moreno, 2012.

En Argentina, más del 30% de las víctimas del terrorismo de Estado durante la última dictadura militar (1976-1983) fueron mujeres (Barrancos, 2010). Ellas —en cuanto detenidas— padecieron condiciones atravesadas por la violencia sexual. Luego de su cautiverio sufrieron (y, en muchos casos, aún sufren) la invisibilidad de estas prácticas en las investigaciones, en las memorias y, hasta hace muy poco, en las políticas de reparación.

A lo largo de los últimos años, con la reapertura de los juicios por delitos de lesa humanidad, muy lentamente, ha empezado a visibilizarse la violencia ejercida contra las mujeres detenidas durante la última dictadura militar. Pero es importante destacar que, si bien estas formas de violencia se incorporaron recientemente al debate judicial, las denuncias por violencia sexual formaron parte de los relevamientos de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP) y pudieron escucharse durante el juicio a las juntas militares llevado a cabo por el Estado argentino en 1985. Si bien en estos ámbitos (y también en otros) las mujeres sobrevivientes denunciaron la violencia sexual a la que habían sido sometidas, estas denuncias pocas veces fueron plasmadas en documentos escritos; fueron silenciadas durante años. Es por esto que la historia oral resulta una herramienta fundamental para recuperar estas denuncias y testimonios.

Tal como indica Alessandro Portelli, una de las cuestiones principales que hace diferente a las fuentes orales es su capacidad de informarnos sobre los significados que tuvieron y tienen los acontecimientos pasados para quienes los vivieron, “informan no solo los hechos, sino lo que estos significaron para quien los vivió y los relata; no solo respecto de lo que las personas han hecho; sino sobre lo que querían hacer, lo que creían hacer” (Portelli, 2016, p. 23) y —agrego— sobre lo que significó para ellos/as ese suceso en el pasado y lo que significa en el presente.

Por estos motivos, en el presente trabajo me propongo dar cuenta de las distintas formas de violencia sexual a las que fueron sometidas las mujeres detenidas en centros clandestinos de detención durante la dictadura, y reflexionar acerca del lugar que tuvieron las (im)posibilidades de escucha de sus vivencias en sus experiencias.

Las entrevistas

Como señala Portelli (2016), las fuentes orales siempre son el resultado de un trabajo en común del que toman parte entrevistado/a y entrevistador/a, por lo que es importante explicitar la forma en la que estos testimonios fueron producidos. En este trabajo, la fuente principal es un conjunto de entrevistas realizadas a sobrevivientes del terrorismo de Estado que estuvieron secuestradas en centros clandestinos de detención (CCD), efectuadas junto con Lizel Tornay y Fernando Álvarez entre los años 2011 y 2013 para el documental *Campo de batalla. Cuerpo de mujer* (Fernando Álvarez, 2013). En la realización de las entrevistas buscamos abarcar criterios amplios en relación con la dimensión territorial de los centros o circuitos clandestinos y también la diversidad de las fuerzas a cargo del secuestro y la privación ilegal de la libertad.

Cuando contactamos a las sobrevivientes, lo hicimos con el objetivo de hablar sobre sus vivencias en los centros clandestinos de detención en cuanto mujeres, y sobre las posibilidades (o no) que tuvieron de hablar de aquellas vivencias específicas. La mayoría accedió a ser entrevistada porque, en general, llegamos a ellas a través de alguna persona de confianza: amigos/as en común, militantes de organismos de derechos humanos o, incluso, otras entrevistadas que les comentaban sobre nuestro proyecto.

La construcción de las redes de confianza comenzaba en el mismo acto de

presentación ante cada persona a ser entrevistada. Una de ellas nos comentó que había accedido porque llegábamos a través de una excompañera que ya había sido entrevistada y porque además nos había *googleado*, había leído producciones nuestras y había llegado a la conclusión de que éramos “gente de confianza”. Asimismo, hubo casos de sobrevivientes que, a pesar de las redes de confianza establecidas, no quisieron dar su testimonio; se disculparon alegando que estaban en un mal momento, que acababan de dar su testimonio en los juicios o que no se sentían preparadas.¹ Sin embargo, a medida que las entrevistas avanzaban, las/os propias/os entrevistadas/os pasaban a presentarnos a sus excompañeras de cautiverio o directamente nos pedían que entrevistáramos a determinadas personas en verdaderos actos de confianza. Como afirma Ludmila da Silva Catela,

en espacios donde predomina la desconfianza y el miedo sobre los usos que pueden hacerse de lo dicho en una entrevista en el espacio público, el sólo hecho de la nominación de personas de su mundo marca una diferencia notoria en el primer contacto (Da Silva Catela, 2001, p. 6).

Por otra parte, tanto el director del documental (quien además filmaba) como Lize Tornay, la otra investigadora, habían vivido en tiempos de la dictadura y habían sido víctimas del terrorismo de Estado. En mi caso, sentía cierto temor por mi “derecho” a preguntar. Sin embargo, la mayoría de las sobrevivientes se mostraron muy complacidas con mi presencia, ya que mi edad provocaba entusiasmo y diría que cierto alivio, por el hecho de que personas de la generación siguiente se interesaran por temas que tenían que ver con la

¹ Kimberly Theidon señala, en un interesante análisis sobre los testimonios de las mujeres en la Comisión de la Verdad y la Reconciliación del Perú (CVR), que en muchas ocasiones se puede ver, por parte de la CVR, una insistencia en que las sobrevivientes *debían* dar cuenta de las formas específicas de violencia sexual padecidas por ellas, aun cuando en primera instancia no quisieran hacerlo. Esta actitud es calificada por la autora como una “incitación al discurso” (Theidon, 2011, p. 59) hacia quienes han sido afectadas/os. Puede que en algunos casos exista tal incitación en Argentina; sin embargo, este trabajo se centrará en otra problemática: la de la escucha. Por otra parte, las sobrevivientes entrevistadas accedieron a dar sus testimonios sabiendo cuál era el tema de investigación y nunca se les insistió en que hablaran de algo si no querían hacerlo. De todas maneras, se trata de un importante llamamiento a reflexionar sobre el tipo de escucha que proponemos como investigadores/as a quienes son sujetos de esa narración, testigos y sobrevivientes de esas violencias; sobre qué preguntamos y cómo respondemos cuando el silencio es la respuesta.

dictadura. También se esforzaban más por explicarnos cosas que yo no había vivido; quizá la diferencia generacional enriqueció los testimonios.

Todos estos aspectos permitieron que las entrevistas se pudieran llevar a cabo, y luego muchas de ellas acompañaron las presentaciones de la película e incluso organizaron presentaciones en sus ciudades.

Cabe aclarar también que las vivencias de estas mujeres convocan a extremar la vigilancia ética: no se trata solamente de obtener información, sino que también se debe reparar especialmente en la necesidad de controlar la violencia de la solicitación de la palabra desde una posición “académica”. En ese sentido, antes de retomar los testimonios que las sobrevivientes brindaron para la realización del documental, les pregunté si estaban de acuerdo con ser citadas en este trabajo y con que aparecieran sus nombres completos, y les ofrecí la desgrabación por si la querían revisar y hacer algún señalamiento. Todas estuvieron de acuerdo con que sus historias se publicaran.

Género y cautiverio

Las desigualdades de género permearon el funcionamiento de esos espacios de cautiverio. En tal sentido, Dora Barrancos sostiene:

Hay una diferencia de género en los atributos de los que se invistió el horror del terrorismo de Estado: las violaciones, las condiciones del parto y el secuestro de recién nacidos aumentaron la victimización de las mujeres. [...] No sostengo, absolutamente, que las mujeres sufrieran más que los varones, sino que les fueron infligidos repertorios más amplios de suplicio (2008, pp. 147-148)

En los centros clandestinos de detención la humillación hacia las prisioneras y prisioneros era permanente. “Y a la que se ‘merecían’ las detenidas por ‘subversivas’, se agregaba el castigo por ser mujeres, por haber desconocido la esencia femenina que habría debido mantenerlas en la casa, alejadas de toda actividad político militar” (Álvarez, 2000, p. 70). Muchas de las sobrevivientes narran que las cuestiones sexuales aparecían repetidamente en el discurso y también en la práctica de los torturadores.

Entre las distintas formas de violencia sexual, cabe mencionar en primer lugar las agresiones verbales y las formas de violencia vinculadas a la desnu-

dez forzada. Estas eran prácticas totalmente generalizadas, como señalaba Miriam Lewin:²

Miriam L.: En principio, el primer hecho de violencia de género es la desnudez. La situación de la tortura lo primero que ellos hacen es arrancar las ropas y atar a unas mesas, en mi caso fue a una mesa. El hecho de escuchar muchas voces de hombres que gritan alrededor de una, la sensación de miedo y de desprotección se suma a las observaciones que hacen ellos sobre el cuerpo desnudo, observaciones obscenas de todo tipo y, a poco andar, entre los gritos y esa especie de ceremonia diabólica [...] la amenaza de la violación y me gritaban: “hija de puta, te vamos a pasar uno por uno” (Entrevista a Miriam Lewin, 2012).

Por otra parte, la mayoría de las entrevistadas narraron que muchas mujeres fueron víctimas de violaciones sistemáticas.³ Si bien cada centro clandestino tuvo sus particularidades, estas formaron parte de la dinámica concentracionaria. En tal sentido, resulta significativo el relato de Liliana Forchetti:⁴

Liliana Forchetti (LF): [...] Y en ese marco, las violaciones me parece que es un poco la temática de nosotras, las mujeres. La violación era como la continuación de la tortura. Así como te ponían en el submarino seco, mojado, la picana en ese circuito siempre estaba la violación.

² Miriam Lewin fue secuestrada el 17 de mayo de 1977, estuvo detenida-desaparecida hasta enero de 1979 en dos centros clandestinos de detención: 10 meses y medio en Virrey Ceballos y luego en la Escuela de Mecánica de la Armada. En enero de 1979 fue liberada bajo un régimen de libertad vigilada, que se mantuvo hasta abril de 1981. Luego de su liberación, brindó una gran cantidad de testimonios en Argentina y en el exterior.

³ En términos legales, esto supone entender los ataques sexuales no como hechos excepcionales sino como parte de un sistema, que fue el contexto de acción en el que se cometieron estos delitos. Supone también entenderlas como parte de las estrategias de aniquilamiento y disciplinamiento aplicadas en forma generalizada en los centros clandestinos e incluso en lugares de detención clandestina transitoria como algunas comisarias, donde las personas estaban en un estado de total sujeción y los perpetradores gozaban de la más absoluta impunidad (Bacci *et al*, 2012).

⁴ Liliana Forchetti fue secuestrada en febrero de 1976 en la provincia de Tucumán, donde permaneció detenida-desaparecida hasta octubre de ese año. Estuvo secuestrada en varios centros clandestinos de detención, de los que tiene identificados la Jefatura de Policía, el centro clandestino conocido con el nombre de “El Gimnasio” y el Batallón de Arsenales. En octubre de 1976 fue trasladada a la cárcel de Villa Urquiza y luego al penal de Villa Devoto.

Victoria Álvarez (VA): ¿Y era hacia todas las mujeres?

LF: Era una política a llevar adelante. Había personas que eran más proclives y que gozaban más de la situación y otros que inclusive, yo me daba cuenta entre los gendarmes o entre algunos policías seguramente, al mismo violador por ahí le llegaba a dar alguna culpa ¿no? Porque había quien se llegó a quebrar en el acto de decir “no puedo hacerlo” ¿entendés? De los violadores

Lizel Tornay (LT): ¿Conocés alguna experiencia?

LF: Mirá a mí me pasó: de pronto, en una de las tantas situaciones me empiezan a violar varios y llega uno que dice “no puedo”, como cuestionándose, “no puedo cumplir con la orden”, “no puedo efectivizar el mandato”. Como cuestionándose también, porque tampoco se le pasaba por la cabeza que eso le pasaba porque todavía tenía algún, alguna humanidad. ¿No? Como cuestionándose su machismo, su virilidad, su... no sé... (Entrevista a Liliana Forchetti, 2012).

Liliana y sus compañeras de cautiverio fueron sistemáticamente violadas por distintos torturadores en el centro clandestino de detención en el que estuvieron, en Tucumán. Si bien cada centro clandestino tuvo sus particularidades, todas las entrevistadas coinciden en que, lejos de tratarse de excesos o de decisiones individuales, las violaciones fueron parte de decisiones tomadas o avaladas por los mandos superiores. En tal sentido, lo que relata Liliana Forchetti resulta muy elocuente: uno de los torturadores había dicho “no puedo”, lo que nos permite suponer que alguien (probablemente un superior) le había indicado que lo hiciera. En el centro clandestino que funcionaba en la ESMA, por el contrario, el abuso sexual y la violación también existieron, pero adquirieron otras características. Veamos cómo lo describe Miriam Lewin:

ML: Sí hubo algunos centros clandestinos de detención, como la ESMA, donde la regla no era la violencia física para la violencia sexual, sino que todo constituyó un mecanismo perverso que tiene mucho más en común con el abuso sexual que con la violación. ¿Y cuál es la diferencia? La diferencia es que el abusado sexual cree que de alguna manera intervino su voluntad en el hecho. Es decir, hay muchas compañeras de la Escuela de Mecánica de la Armada que aún hoy todavía piensan que hubo consen-

timiento a la que fueron sometidas por los represores [...] Esta situación de extrema vulnerabilidad general fue aprovechada por los represores y, además, fue profundizada con algunas víctimas que eligieron. Por ejemplo, en el caso de una compañera en especial, que fue abusada por el Tigre Acosta, el Tigre Acosta y su entorno se encargaron de demonizarla. [...] Ella estaba encerrada con llave, ella era una esclava. Y si uno le pregunta a ella qué sentía, ella dice que para ella salir de la ESMA estaba bien. Le costó muchísimo tiempo a esta mujer poder hacer la denuncia judicial, porque ella sentía, en medio de su alienación, que había consentido (Entrevista a Miriam Lewin, 2012).

Así, en el centro clandestino que funcionaba en la ESMA no todas las mujeres fueron víctimas de violación (aunque sí, probablemente, de otras formas de violencia sexual). La violación fue utilizada allí, entre otras cosas, para estigmatizar a las víctimas y para generar sospechas entre los/as detenidos/as.

Al igual que el secuestro, la tortura y el asesinato, lejos de tratarse de prácticas de desborde de la excitación sádica de los perpetradores, las violaciones apuntaban a mostrar el poder de los represores sobre las y los detenidas/os, devastarlas/os psicológicamente y quebrar los lazos de solidaridad entre ellas/os.

Fueron prácticas basadas en el conocimiento casi “científico” del efecto destructor de las personas que tales prácticas conllevan como parte de una estrategia política para destruir al enemigo al destruir las bases culturales que definen la pertenencia de las mujeres a una comunidad (Jelin, 2014, p. 155).

Constituyeron una afrenta a las mujeres, pero también a la masculinidad de los hombres que no pudieron defenderlas.

Algunas de las formas de violencia sexual menos visibilizadas son las vinculadas al embarazo fruto de la violación en cautiverio, a los abortos y a las esterilizaciones forzadas. El caso más conocido de embarazo producto de la violación y aborto es el de Silvia Suppo. Este alcanzó gran difusión a raíz de su (aún no resuelto) asesinato en 2010. Silvia Suppo fue secuestrada y torturada por fuerzas de seguridad en Rafaela (provincia de Santa Fe) en 1977, cuando tenía 17 años. Permaneció detenida en la Jefatura de Policía de Rafaela, luego

fue trasladada a Santa Fe, a la seccional 4^a y después a un centro clandestino que fue conocido con el nombre de “La Casita”⁵ hasta junio del mismo año, momento en el que fue trasladada a la Guardia de Infantería Reforzada⁶ y legalizada. Recuperó su libertad a fines de 1978.

Durante su detención ilegal, Silvia Suppo fue salvajemente torturada y violada por varios de sus secuestradores. Como consecuencia de esas violaciones quedó embarazada y sus torturadores le practicaron un aborto. Fue testigo clave en los juicios por delitos de lesa humanidad en la provincia de Santa Fe que concluyeron con la condena al exjuez Víctor Hermes Brusa. Allí, entre otras cosas, denunció la violación y el aborto. El 29 de marzo de 2010, a menos de cuatro meses de la sentencia en la causa Brusa, fue asesinada de doce puñaladas en su local, en el centro de Rafaela, a plena luz del día. Si bien los delincuentes se llevaron algo de dinero, su abogada y los organismos de derechos humanos afirman que semejante nivel de ensañamiento debe relacionarse necesariamente con su condición de testigo en la dicha causa judicial. Por otra parte, varios días antes, les había comentado a sus allegados que había recibido amenazas y que estaba siendo vigilada.

Hay también una cantidad considerable de casos de mujeres que perdieron sus embarazos como consecuencia de la tortura. Entre ellas podemos mencionar a María del Valle Segura,⁷ quien narra que en el momento de su secuestro fue golpeada contra una pared y que en ese mismo momento ella sintió que algo se desprendía de su cuerpo; estaba embarazada de cuatro meses y medio. Según señala, las consecuencias de esa pérdida fueron para ella lo peor de la traumática experiencia que le tocó vivir:

⁵ Si bien la información sobre el CCD “La Casita” es escasa, se sabe que estaba ubicado en Santo Tomé, en las afueras de la ciudad de Santa Fe.

⁶ La Guardia de Infantería Reforzada (GIR) fue un CCD que funcionó entre 1976 y 1978 en Nicasio Oroño 793, ciudad de Santa Fe.

⁷ María del Valle Segura fue secuestrada el 30 de enero de 1981 en Santa Lucía (provincia de Tucumán). Permaneció detenida tres días en el centro clandestino conocido con el nombre de “La Base” (que funcionaba dentro del ingenio azucarero Santa Lucía). Este centro clandestino funcionaba desde antes de 1976: según fuentes judiciales, fue uno de los CCD que funcionaron durante el transcurso del Operativo Independencia. Según el fiscal Patricio Rovira, allí se instaló la Fuerza de Tareas Aconquija, que estaba integrada por el Regimiento de Infantería 19 Tucumán y era relevado y reemplazado por el Regimiento 28 de Tartagal.

María del Valle Segura: Mi marido me ha sacado adelante, me ha sacado adelante pero algunas veces, cómo le puedo decir... es una persona maravillosa, una persona que ha sabido comprenderme, mi esposo. Pero yo no he podido tener un hijo y ha sido feo, lo peor, terrible (Entrevista a María del Valle Segura, 2011).

Evidentemente, la tortura le impidió volver a quedar embarazada. María relata esto con mucha tristeza; dice haberlo buscado de todas las formas que estaban a su alcance y se angustia particularmente al hablar de esta consecuencia de su secuestro.

Una mención aparte merece las condiciones en las que cientos de mujeres atravesaron la experiencia de maternidad, embarazo y parto en cautiverio, que han sido escasamente consideradas como formas específicas de violencia contra las mujeres desde una perspectiva de género. Un amplio repertorio de prácticas represivas se desplegó sobre quienes esperaban hijos/as al momento de ser secuestradas. Charo Moreno⁸ lo describe muy claramente:

Charo Moreno: Bueno, yo estaba embarazada de unos 3 meses, casi 4, y en esa cosa que una tiene, la desesperación de proteger [digo] “¡cuidado, cuidado que estoy embarazada!” es lo primero que se te ocurre decir, ¡pero qué ridiculez! ¿no? No iban a tener cuidado, porque creo que eso fue peor además porque la respuesta era “Ah, ¿sí?”. Y ahí había como... Hubo un ensañamiento en un momento muy particular que a mí me dieron por ejemplo, golpes que era una de las formas de tortura, y eran golpes en la panza, especialmente, diciéndome “¿vos te crees que vamos a dejar que nazca un guerrillerito más?” (Entrevista a Charo Moreno, 2012).

⁸ Charo Moreno fue secuestrada el 4 de noviembre de 1975 en la Ciudad de Buenos Aires, a los 18 años. Permaneció secuestrada aproximadamente 10 o 12 días en el centro clandestino de detención conocido con el nombre de “Puente 12” o “Protobanco” hasta que fue trasladada al penal de Olmos (provincia de Buenos Aires), cárcel en la que su detención fue oficializada. Su hijo Andrés nació allí en 1976. Por último, fue trasladada a la cárcel de Devoto (Ciudad de Buenos Aires), donde permaneció hasta que recuperó su libertad en agosto de 1984, nueve años después de su secuestro. El centro clandestino de detención “Puente 12” o “Protobanco”, dependiente del Primer Cuerpo del Ejército, funcionó entre 1975 y febrero de 1977 en la provincia de Buenos Aires. Estaba situado frente a otro centro clandestino de detención y torturas conocido como “Vesubio”.

Además de las formas de violencia sexual que hemos enumerado, sufridas por todas las detenidas, las mujeres embarazadas cautivas fueron sometidas a dispositivos represivos especiales. Así como fueron víctimas de torturas particularmente dirigidas a atentar contra sus embarazos y cuestionarlas en su condición de mujeres, madres y militantes, sus cuerpos fueron instrumentalizados en función del nacimiento de los/as hijos/as que, como parte del mismo plan, serían apropiados/as. En muchos centros clandestinos de detención los represores crearon maternidades donde las detenidas-desaparecidas daban a luz durante su cautiverio. Estas mujeres eran objeto de un tratamiento especial. Había tiempos, espacios, normas y actores específicos vinculados a ellas, ya que, a pesar de ser clandestinas, estas maternidades tenían una dimensión normativa (Regueiro, 2013; Laino Sanchis, 2016). Esa situación marcó fuertemente la experiencia de sus secuestros y cautiverios.

Las huellas en las víctimas y las posibilidades de narrar lo vivido

Siguiendo a Portelli, las fuentes orales, más que dar cuenta de lo que *realmente* ocurrió, informan del *significado* que los hechos tuvieron para quien los narra y del que tienen en los distintos presentes del testimonio (Portelli, 2016). Los relatos analizados en este trabajo buscan dar cuenta de formas de violencia que durante mucho tiempo no fueron consideradas, pero que, a la vez, nos permiten comprender cómo el hecho de haber sido víctimas de violencia sexual marcó sus vivencias.

En la mayoría de los testimonios que aquí analizamos la violencia sexual suele aparecer como un plus en sus experiencias traumáticas. Si bien uno de los aspectos de este tipo de violencia es la violación de la privacidad e intimidad, lo central en este caso es su carácter público: en muchos de los casos la violación se realiza para que los/as compañeros/as de cautiverio escuchen o vean. Sus objetivos son específicamente políticos. Fernando Rule⁹ relata de la siguiente manera su experiencia como pareja de una mujer que era sistemáticamente violada:

⁹ Fernando Rule fue secuestrado en febrero de 1976 y estuvo detenido-desaparecido en el D2 de Mendoza durante 18 días. Luego pasó a disposición del Poder Ejecutivo Nacional y permaneció preso hasta el retorno de la democracia. El D2 era el “Departamento 2” de Inteligencia de la Policía de Mendoza, funcionó desde 1975 en el Palacio Policial de dicha ciudad, a dos cuadras de la Casa de Gobierno.

Fernando Rule (FR): Una de las cosas más... iba a decir recordable pero, en realidad, más difícil de recordar, digo difícil por lo violento, por las características afectivas que esto implica, fue la tortura a las mujeres. Fuimos torturados, como la mayor parte de los presos políticos de esa época, golpes cada media hora o 20 minutos para que no podamos dormir, picana eléctrica... Lo más terrible, decía, fue el ensañamiento con las compañeras.

LT: ¿Vos escuchabas?

FR: Yo la escuchaba, claro. Ellos se encargaban de que escucharas todo. Porque además... [...] No hablaban igual cuando hacían otras cosas. Ellos se encargaban de que nosotros supiéramos. A tal punto que, no conformes con que nosotros escucháramos lo que ellos iban relatando... no hablo de una violación, hablo de violaciones que sucedían cada media hora, una hora, medio día, a lo sumo, en el período más largo de descanso, yo creo que todo el personal del D2 o casi todo se dedicó a violar a las compañeras. [...] Hay una situación muy fea, que a mí me cuesta contar pero no puedo evitarlo. En un momento me sacan del calabozo y me dicen para qué, antes de abrir la puerta: “Negrito, vamos a ver lo que le hacemos a tu mujer”, “te vamos a mostrar lo que le hacemos a tu mujer”. Y no me sacan la venda, pero me obligan a tocarla. Estaba colgada de la puerta del calabozo, abierta [...] Estaba colgada de algún modo de la puerta, desnuda, y me hacen que la toque toda, para que vea que estaba desnuda. Ahí la violan y dicen cosas. En realidad, debo admitir que no me porté como un héroe, porque se ve que no me daba el cuero, parece. Esto de involucrar, si puedo, hablo de afuera, al prisionero varón en el ritual de la violación de su mujer fue por la humillación de la vergüenza. Eso lo comprendí yo muy lentamente (Entrevista a Fernando Rule, 2012).

Fernando Rule, en cuanto varón y pareja de una mujer violada, logró, con el tiempo, salir de la culpa por no haberse comportado “como un héroe” y comprender que la violación fue otra de las formas de castigo. Pero también en su testimonio destaca que, en un principio, él sintió vergüenza, un sentimiento distinto del que sentía frente a la tortura que los perpetradores impartían sobre su cuerpo, sobre el de su pareja y sobre los de sus compañeros/as.

Esta cuestión, así como la estigmatización, llevaron a que se haya hablado muy poco de la violencia sexual en los centros clandestinos de detención. Como señala Elizabeth Jelin: “no todas las mujeres quieren o pueden hablar en cualquier circunstancia o espacio. La gestión y el derecho al silencio son también parte de esta historia” (Jelin, 2014, p. 159). Es importante tener en cuenta que a menudo los silencios no son olvidos, sino modos de gestión de la identidad; son elecciones estratégicas, decisiones válidas y dignas de ser respetadas (Pollak y Heinich, 1986). En ese sentido, podemos destacar el testimonio de Stella Vallejos:¹⁰

Stella Vallejos: Violencia de género existió. Existió porque, bueno, en mi caso fui violada ¿no? Fue una de las primeras cosas. Porque a mí me detienen a la mañana temprano o sea que llego prácticamente sola, me encuentro sola en la casita, en ese lugar y ahí, en seguida, me desnudan y, bueno, me atan a una camilla y me violan. Y yo lo único que hacía era gritar y llorar porque además tenía toda la idea de que no iba a poder tener hijos después. Así que lloraba, lloraba, gritaba y lloraba [...] Era una situación muy muy tremenda porque se te cruzan muchas cosas: una es toda la formación que uno viene teniendo, en mi caso yo era hija única, con una formación católica con muchos sentimientos contradictorios, donde pensaba que no iba a poder nunca más después de esto, que quién me iba a querer... En el momento es como que te quitan de tu persona, dejás de ser persona, te animalizan de alguna manera, usan tu cuerpo como el de un animal, una cosa así. Eso era lo que yo sentía, que dejaba de ser persona, que perdía todo...

L. T.: Eso lo decís en relación a la violación...

S. V.: A la violación. [...] Nosotras, como consecuencia de lo que me ocurre, de la violación, del grupo (porque además esas cosas de que “de esto no se habla”), del grupo lo sabían dos compañeras. Una, que es la que comparte el colchón conmigo esa noche, que hasta hoy ese grupo conservamos una amistad de hermanas, fraterna absoluta, inquebrantable. A esa compañera le cuento, le cuento ese día, esa misma noche. Y después

¹⁰ Stella Vallejos fue secuestrada el 23 de marzo de 1977; permaneció detenida-desaparecida cuatro días en un centro clandestino de detención aún no identificado; luego estuvo un año en la Guardia de Infantería Reforzada (GIR); finalmente pasó a disposición del Poder Ejecutivo Nacional y continuó presa en la cárcel de Devoto hasta el retorno de la democracia.

a otra compañera también. Y era como que no lo hablaba porque era tan doloroso que no se hablaba del tema. [...] Yo no quería que sea público, no quería que los periodistas se enteren, no quería que la gente se entere, no quería que mi papá se entere. En lo único en lo que me concentraba era en que no se sepa, que no se sepa públicamente porque le tenía mucho miedo al qué van a decir de mí. Era toda una situación que ahora la analizo como que me revictimizaba, qué van a decir de mí, no de ellos, qué van a decir de mí. Le dije solamente al juez para la condena (Entrevista a Stella Vallejos, 2011).

A lo largo de su testimonio vemos la marca de la vergüenza. Stella Vallejos dedicó gran parte de su vida a la militancia en organismos de derechos humanos, se mantuvo fuertemente vinculada a sus excompañeras con las que compartió posteriormente la prisión política y fue durante varios años la directora del Instituto Nacional contra la Discriminación, la Xenofobia y el Racismo (INADI) de la provincia de Santa Fe. Sin embargo, durante mucho tiempo no quiso narrar públicamente que había sido víctima de violencia sexual. Pero también, en un momento, frente a la necesidad de atestiguar en el juicio oral y público, decidió hacerlo.

El testimonio contiene un aspecto reparador porque coloca en un lugar de agentes a quienes, en primera instancia, son interpeladas/os únicamente como víctimas. No obstante, nos encontramos con que en muchos casos los sentimientos de las mujeres que testimonian situaciones de violencia sexual son contradictorios: desean atestiguar pero no ser conocidas públicamente; luchan por el acceso a la justicia pero, al tiempo que se produce, lo temen (Bacci *et al.*, 2012). En ese sentido, la experiencia de Stella Vallejos es muy elocuente. Actualmente ella analiza que se revictimizaba e identifica las causas con su formación católica y con su miedo a no poder tener hijos después de la violación. De todas maneras cabe destacar que su preocupación aparece vinculada con su entorno, con el “qué van a decir de mí”; es decir, con un poderoso miedo a no encontrar escucha. Para “gestionar la identidad”, para poder reconstruir su vida, durante un tiempo optó por el silencio.

Sin embargo, es fundamental tener en cuenta que, lejos de depender únicamente de la voluntad o la capacidad de las víctimas para reconstruir su experiencia, todo testimonio resulta fundamentalmente del encuentro entre

la disposición del/de la sobreviviente a hablar y de las posibilidades de ser escuchado/a. En estos casos, los sentimientos de vergüenza se vinculan, en gran medida, con la suposición o certeza de que no habría escucha para estos testimonios. Charo Moreno lo manifestaba claramente en la entrevista citada al inicio de este trabajo. Un caso paradigmático es el de Silvia Ontivero.¹¹ Con actitud militante, Silvia brindó testimonio de los abusos y violaciones que padeció estando en cautiverio. Incluso en los primeros tiempos de su detención, en el año 1976, tuvo la intención de declarar ante un juez que actualmente está acusado de participación secundaria en el accionar del terrorismo de Estado.¹² Sin embargo, durante mucho tiempo, en distintos espacios no recibió más que nuevas humillaciones:

Lizel Tornay: Tengo entendido que vos lo dijiste siempre, desde que vino la Comisión y la Cruz Roja a visitarlas. Luego, cuando saliste inmediatamente lo denunciaste. ¿Qué significó para vos poder decirlo públicamente?

Silvia Ontivero: Bueno, allá también, cuando estuvimos allá (en el D2), apareció un juez, que, más o menos, después armamos la historia del juez este que fue... Yo le dije: “Doctor, me acaban de violar, es impresionante”. Yo iba entre dos policías que me llevaban de acá (de las axilas), porque quedé abajo... Porque claro, era la más joven del grupo. Entonces, además, se ensañaron conmigo los tipos. [...] Yo le digo: “Doctor, mire cómo estoy, me han violado, me han golpeado”. Me dijo: “¿No te habrás caído?”. A ese lo tengo denunciado.¹³ Como a los dos jueces, los ministros estos que acabamos de procesar. Uno está escapado acá, en Chile. Porque todos ellos miraron para atrás cuando les decía “mire cómo estoy”. Lo denunciamos entre el 83 y el 84. Empezaron los jueces a querer iniciar las cau-

¹¹ Silvia Ontivero fue secuestrada en febrero de 1976; estuvo detenida-desaparecida en el D2 de Mendoza durante 18 días. Luego pasó a disposición del Poder Ejecutivo Nacional, fue trasladada a la ciudad de Buenos Aires y permaneció presa en la cárcel de Devoto hasta el retorno de la democracia.

¹² Cfr.: *Página 12*, 17 de enero de 2011.

¹³ Hace referencia al juez Rolando Evaristo Carrizo, condenado el 26 de julio de 2017 a cadena perpetua en carácter de partícipe primario en dos homicidios agravados en concurso real con privación abusiva de la libertad agravada, en 14 hechos de privación abusiva de la libertad agravada, dos de tormentos agravados y un allanamiento ilegal.

sas dentro de sede policial. [...] Yo lo denuncié entonces en la Cruz Roja, después, en la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, que pude hablar en nombre de todas las compañeras. [...] “Y además me violaron”, les decía yo. “Bueno, si te duele mucho, no hables de eso”. “No, me duele mucho, pero igual quiero hablarlo” (Entrevista a Silvia Ontivero, 2012).

Muchas de las sobrevivientes entrevistadas comentan que cuando quisieron contar que habían sido víctimas de violencia sexual (especialmente en relación con la violación), se encontraron con valoraciones negativas y juicios morales sobre ellas, incluso en ámbitos afines, como narra Miriam Lewin:

Hubo otros casos, por ejemplo el de Susana Ramus,¹⁴ en el que, 30 años después yo le pude pedir perdón por no haberla escuchado cuando ella vino a decirme a mí y a otras compañeras que la habían violado, que la había violado Rolón.¹⁵ Recuerdo que estábamos [en el CCD que funcionaba en la ESMA] en un camarote, ahí en el tercer piso, en Capucha, varias compañeras —por lo menos dos más—, y ella dice, entra muy agitada y dice: “Rolón me violó, Juan me violó”. Entonces la miramos “¿cómo te violó, Jorgelina, a ver...?” Claro, el modelo de violación que nosotros teníamos en la cabeza era una pistola en la cabeza, te ahorco, te... no, esto no tenía nada que ver. “Bueno, íbamos por la calle, en un auto, me sacó a hacer un mandado —a veces llevaban algunos secuestrados a hacer algún relevamiento, porque una mujer generaba menos sospechas— entonces, me dijo que quería acostarse conmigo, yo le dije que no. Después paró en otro semáforo, y me dijo que quería acostarse conmigo, yo le repetí que no, y de todas maneras entró con el auto en un hotel alojamiento y me violó”. “Ay, Jorgelina, ¿cómo te violó, cómo, a ver, qué te puso, una pistola en la cabeza?” Y ella no supo qué contestar. Claro, nosotras no teníamos

¹⁴ Susana “Jorgelina” Ramus era militante política. Fue secuestrada el 13 de enero de 1977, a los 17 años. Permaneció privada de su libertad en la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA) hasta enero de 1979. Tiene dos parejas desaparecidas. Por otra parte, su hermano Carlos Gustavo Ramus, militante montonero, murió en un enfrentamiento en William Morris en septiembre de 1970.

¹⁵ Juan Carlos “Juan” Rolón fue capitán de fragata de la Armada. Desde febrero de 1977 a marzo de 1978 cumplió funciones en la Base Naval Puerto Belgrano, en la localidad de Bahía Blanca, luego pasó a integrar el Grupo de tareas 3.3.2 de la ESMA. Actualmente se encuentra detenido en el Complejo II de Marcos Paz.

la concepción de que no era necesaria la violencia física para violar a una persona (Entrevista a Miriam Lewin, 2012).

Pero a pesar de los escasos marcos sociales de escucha y de las distintas temporalidades del testimonio, actualmente todas las entrevistadas hacen hincapié en la necesidad y en la importancia de testimoniar:

Stella Vallejos: Nosotras, este grupito de compañeras, donde nos pedían testimoniar ahí íbamos, nunca dejamos de testimoniar. Hoy esto que hacemos con ustedes lo hacemos como parte de una responsabilidad por haber quedado vivas y porque tiene que servir para que no vuelva a ocurrir. Si nadie lo cuenta, si nadie lo dice, queda como que acá no pasó, entonces eso. [...] No puedo decir que no por toda la gente que la pasó tan mal, por toda la gente que no lo puede contar, aun estando viva no lo puede contar, por los que quedaron y para que no vuelva a pasar (Entrevista a Stella Vallejos, 2011).

Los testimonios sobre el terrorismo de Estado y las memorias se organizaron desde el inicio como prácticas signadas políticamente, y a pesar de su heterogeneidad siempre tuvieron una direccionalidad específica: la resistencia al silencio oficial, al miedo y al poder deshumanizador. A ello se le suma el sentido de responsabilidad por haber sobrevivido: si los/as desaparecidos/as no pueden narrar lo que vivieron porque no están, en muchos casos los/as sobrevivientes sienten el deber de testimoniar “para que no vuelva a pasar”, lo perciben como una necesidad de hablar por otros/as que no están (o por quienes viven pero no pueden hablar).

De esta forma, los hechos atroces que el Estado dictatorial y gran parte de la sociedad negaban se impusieron como presencia incómoda por medio de los relatos de los/as sobrevivientes. Sin embargo, tardaron en encontrar oídos dispuestos a escuchar. Pero poco a poco los testimonios se fueron abriendo paso a través del silencio, y colocaron a los crímenes de la dictadura, de manera ineludible, bajo la mirada de sus contemporáneos.

En los últimos años de la década de 1990 y en los primeros años del siglo XXI, las condiciones de audibilidad y decibilidad de los testimonios del terrorismo de Estado (y de la violencia de género, en particular) han ido cambiando poco a poco.

Desde mediados de la década del noventa, diversas situaciones pusieron en evidencia una inflexión en la construcción de los relatos del pasado. Esas nuevas narraciones restauraron identidades políticas y permitieron inscribir las experiencias individuales en un relato integrador.

En esta década se dio una serie de cambios. Por un lado, debemos mencionar la aparición de la agrupación H.I.J.O.S., con la puesta en escena de los hijos e hijas de desaparecidos con nuevas preguntas y nuevas reivindicaciones. Además de pedir justicia, estos querían saber más sobre sus padres en términos personales. Por otro lado, como destacan Lvovich y Bisquert (2008), a fines de 1994 Carlos Menem firmó los ascensos de los capitanes de fragata Antonio Pernías y Juan Carlos Rolón, lo cual fue rechazado por el Senado debido a su participación en la represión clandestina llevada a cabo durante la dictadura. En relación con este hecho, en una entrevista con Horacio Verbitsky, Adolfo Scilingo admitió su participación en “los vuelos de la muerte”, y los testimonios fueron cada vez más numerosos, por lo que se ha caracterizado a este período como “el *boom* de la memoria” (Lvovich y Bisquert, 2008).

Después de la crisis de diciembre de 2001 y con las políticas de memoria implementadas a partir del año 2003 (con el inicio de la presidencia de Néstor Kirchner) podríamos identificar un giro en la relación con las políticas de construcción de memoria por parte del Estado. El presidente realizó diversos gestos y promovió actividades desde el gobierno con los cuales indicaba que la memoria de los organismos de derechos humanos pasaba a ser reivindicada por el Estado mismo. Lo más significativo fue que durante su gobierno, en junio de 2005, la Suprema Corte de Justicia declaró la invalidez y la inconstitucionalidad de las leyes de punto final (de 1986) y obediencia debida (1987). En 2006, la Cámara de Casación Penal consideró que los indultos concedidos a perpetradores de delitos de lesa humanidad eran inconstitucionales. En 2010 la Corte Suprema de Justicia confirmó sentencias de tribunales inferiores que habían dictado que los indultos no habían sido constitucionales, y por tanto las condenas que anularon debían ser cumplidas. Se inauguraba así, como plantea Ludmila da Silva Catela (2011), un momento que puede denominarse de *estatización* de la memoria: el Estado se convertía en agente de memoria.

En el ámbito nacional, la reanudación de los juicios a los represores de la última dictadura significó un quiebre. Podemos decir que “abrió la puerta” para la aparición de denuncias y de nuevas reflexiones respecto a los

distintos tipos de violencias ejercidas durante la dictadura. En esta nueva coyuntura, las memorias de las mujeres comenzaron a aparecer lentamente en la escena pública.

Asimismo, la indagación sobre la violencia sexual en la dictadura se inscribe en otras circulaciones discursivas que configuran el actual horizonte de expectativas y que son fundamentales para entender los cambios: las nuevas teorizaciones sobre temas de género y preocupaciones actuales como los femicidios, el acoso y la trata de personas para la explotación sexual, entre otras. Como dijimos en la introducción, la violencia sexual que sufrieron las mujeres en el período del terrorismo de Estado tiene una doble inscripción: por una parte, es una manifestación de la violencia ejercida masivamente por las fuerzas de seguridad contra los y las militantes populares; por la otra, expresa una violencia de largo alcance que se ejerce sobre los cuerpos de las mujeres. El desarrollo y la visibilidad adquirida por el feminismo y los movimientos de mujeres en Argentina y en el mundo permiten en la actualidad que estos temas empiecen a poder verse y problematizarse en su particularidad.

Por otro lado, los debates que se dieron internacionalmente fueron también de suma importancia y proporcionaron herramientas para el tratamiento jurídico y la visibilización de la problemática en Argentina. En la década de 1990 comenzaron a plantearse discusiones jurídicas en torno a la violencia sexual en cuanto violación específica de derechos humanos en el contexto de prácticas sistemáticas de violencia. En aquellos años, en los conflictos armados desatados en la ex-Yugoslavia y en Ruanda, la violencia sexual contra las mujeres había sido una práctica muy generalizada; la problemática cobró entonces una fuerte notoriedad internacional.

Estas nuevas concepciones y desarrollos fueron alimentados por los movimientos feministas. En este caso fue de vital importancia la crítica que hicieron al concepto tradicional, abstracto, universalista de “derechos humanos”. En 1993, la Conferencia Mundial de Naciones Unidas sobre Derechos Humanos llevada a cabo en Viena reconoció por primera vez que la violencia contra las mujeres constituía una violación de derechos humanos. También las discusiones se manifestaron en Naciones Unidas, donde se aprobó la Convención sobre la Eliminación de todas las Formas de Discriminación contra la Mujer, conocida por su sigla en inglés como CEDAW. En Argentina, con la reforma constitucional de 1994, se incorporaron diez tratados de derechos

humanos con rango constitucional, entre ellos la CEDAW. Por último, en 1998 la Corte Penal Internacional, mediante el Estatuto de Roma,¹⁶ tipificó la violencia sexual en el contexto de prácticas sistemáticas de violencia como crimen de lesa humanidad.

Cuando las experiencias sociales de las mujeres y de otros sujetos subordinados ingresan en el debate público, todas las categorías asumidas como neutras son interpeladas por nuevas dimensiones hasta ese momento ocultas, y así muestran espesores y disonancias en conceptos que se suponían universales.

Resistencias

Cómo te aferrás a la vida, a lo que sea. Hemos hecho pichín en una lata de metal que te daban y, a la mañana siguiente, tomábamos ahí el mate cocido. Pero tenías que vivir ¿no? No te entregabas. Creo que esa es la reflexión. La resistencia es no entregarte. ¿Comer mierda? ¡Mierda! ¿Orinar y tomar ahí el mate cocido? ¡Orinar y tomar el mate cocido! ¡Pero mientras dependa de mí, yo voy a vivir! (Silvia Ontivero, 2012).

Como sabemos, en los centros clandestinos de detención los y las detenidos/as estaban privados de su libertad y uno de los principales objetivos de los represores era su deshumanización: a través de la tortura y de la búsqueda de la delación, pero también mediante otras estrategias como la reclusión, la prohibición de usar el nombre, la prohibición de hablar con los/as otros/as detenidos/as, la separación de los hijos, entre otras cosas. Existía una clara intención de convertir a las personas detenidas en sujetos inertes (Calveiro, 2006 [1998]). Sin embargo, aun en ese contexto de sujeción extrema, los y las detenidos/as-desaparecidos/as desarrollaron distintas formas de resistencia. Nos interesa visibilizarlas porque posibilitan observar que, aun en esas condiciones, los/as detenidos/as desaparecidos/as lograron generar vínculos de solidaridad y un tipo de sociabilidad que les permitió sostener su integridad como personas, su humanidad. Al mismo tiempo, las resistencias ocupan un lugar importante en los relatos de quienes atestiguaron. Los testimonios de

¹⁶ Argentina aprobó el 13 de diciembre de 2006 la ley 26.200 de implementación del Estatuto de Roma.

estas mujeres, que ejercen la voz desde cuerpos marcados por el horror, se contraponen a los intentos de convertirlas en nada más que cuerpos traumatizados, violados o vejados; que son mujeres que tienen cosas para decir y para aportar a la memoria social. Son también cuerpos y sujetos resilientes, que reclaman la voz para decir incluso lo que cuesta oír. Este “poner el cuerpo” acarrea un costo en tiempo, energía física y psíquica, y a veces, incluso, en tener que soportar intimidaciones (Sutton, 2015).

A pesar de eso, diversas sobrevivientes también reconocen el valor social de sus memorias y el hecho de que pueden asimismo resultar beneficiosas para quien las narra en términos de procesar la experiencia traumática. El hecho de narrar(se) reviste múltiples sentidos para ellas. Algunas entrevistadas se refieren a su testimonio como una “responsabilidad”, una “deuda” o un “privilegio”. Esta voluntad de testimoniar está fuertemente asociada también con el anhelo de que la trasmisión de la experiencia “sirva”, que ayude a que se haga justicia,¹⁷ “que contribuya a la memoria social del país, que aporte datos para conocer el destino de personas desaparecidas o apropiadas, que muestre los pequeños y grandes gestos que tejen la supervivencia y la solidaridad, y que provea cimientos para construir una sociedad mejor” (Sutton, 2015, p. 5).

En las distintas entrevistas pudimos observar que narrar esas formas de resistencia resulta sumamente revitalizante para muchas testigos. Parece significar una resistencia en dos tiempos: por un lado, recordar ciertas acciones y calificarlas como “resistencias”, si no habían sido formuladas como tales, es un acto reparador en sí mismo frente al poder deshumanizador; y, por otro lado, en los sucesivos presentes del testimonio se da una resistencia al silencio y la impunidad que al mismo tiempo permite reivindicar la humanidad de aquellas personas que ya no están, como también la propia:

L. T.: Vos decís que para ustedes era una forma de resistencia esto de poder hablar con la compañera, preguntarle como está, darle ánimo, decirle que no se lo tome como una cuestión personal, que no tenga culpa.,

¹⁷ En relación con este punto es necesario señalar que así como los organismos de derechos humanos lograron establecer la demanda de justicia como algo de lo cual el gobierno debería hacerse cargo, por otra parte, las estructuras de la justicia de aquella época, de alguna manera, delimitaron lo que podía ser denunciado y enunciado (Álvarez, 2017).

etc., etc. Esa es una forma de resistir a esa situación que ustedes estaban viviendo ¿Verdad?

L. F.: Sí, sí.

L. T.: ¿Y alguna otra forma de resistencia pudieron encontrar?

L. F.: Mirá era muy poco lo que uno podía hacer, podía llegar a tener gestos de solidaridad.

L. T.: ¿Por ejemplo?

L. F.: Y por ejemplo la comida era muy poca, muy escasa, también te castigaban sacándote la comida que era una vez al día, y era algo incomible. Con lo cual por ahí el pan era el bien preciado a nivel alimento, que era uno por día, ponele. Entonces bueno había compañeras que sufrían más la situación, más el hambre, entonces las que estábamos un poco mejor les podíamos pasar nuestro alimento. O cuando alguien tenía o pedía si alguien tiene comida, bueno el que tenía le pasaba. Todo esto a escondidas porque no se podía, ¿no? O esta compañera que yo tenía, esta tucumana tan divina que yo tenía al lado me pedía el pan pero para hacer manualidades porque no podía estar sin hacer nada porque era muy ansiosa.

V. A.: ¿Y qué hacía con el pan?

L. F.: Hacía cositas, miguitas. Yo después en la cárcel de Devoto ahí aprendí esa posibilidad manual. Que para mí era maravilloso darle el pedazo del pan y que... (*se emociona*) bueno, hacía unas flores... (*Silencio*)

V. A.: ¿Y vive esa persona?

L. F.: No.

A pesar de la angustia que le produjo a Liliana recordar a su compañera desaparecida, se repuso rápidamente reflexionando al respecto:

L. F.: Sí, bueno. Rosa o las otras compañeras... eran muy, muy hermosas. Qué sé yo. Muy alegres, a pesar de esas circunstancias siempre tenían un chiste, o una ocurrencia. Bueno... poder hacer una flor, regalarle una sonrisa a alguien, tirarte un beso... Una cuestión de mucha solidaridad también, porque era eso. La gente allí detenida tenía otros valores (Entrevista a Liliana Forchetti, 2012).

En este caso es clara la resistencia en distintos tiempos: por una parte, dar el pan a la compañera y hacer flores durante el cautiverio; por la otra, tes-

timoniar y reivindicar la humanidad de aquellas compañeras que ya no están pero que —también ellas— resistieron al poder deshumanizador.

En cuanto a la violencia sexual o a la amenaza de violencia en particular, algunos testimonios reflejan que se movilizaron estrategias individuales y colectivas de resistencia que lograron suspender o detener la amenaza. En este sentido, resulta muy significativo lo que relata Miriam Lewin en el siguiente testimonio:

ML: Hubo otras compañeras que tuvieron suerte, por ejemplo María Eva Bernst de Hansen, que había perdido, le habían matado a su marido hacía muy poco, cuando Scheller, “Pinguino”, le dijo que se quería acostar con ella, ella le dijo con mucho desparpajo y mucha ingenuidad (porque ella era realmente así, era una señora ama de casa), dijo: “Yo no soy una prostituta, a mí no me sacaron de la ruta, no me levantaron en la ruta, a mí me sacaron de mi casa. Yo soy una señora”. Y yo creo que ahí le pegó en la concepción de madre y esposa occidental y cristiana que tenía el represor, porque lo descolocó y no volvió a avanzarla. Es decir, no, ella no se apoyó en la concepción de la militante independiente, que se acuesta con quien quiere y cuando quiere, no, no, ella le dijo: “yo soy una señora de mi casa, a mí me llevaron de mi casa, de este altar núcleo de la sociedad occidental y cristiana, vos no te podés acostar conmigo porque yo no soy una mujer fácil, yo soy una madre y esposa en el sentido clásico y me tenés que respetar”. Y yo creo que algo le tocó, yo creo que algo le tocó. Ella se consideró ofendida, le dijo: “señor, usted me confunde”. Y afortunadamente pudo zafar, por lo menos de esa situación, María Eva. Resulta increíble, pero hubo algo, algo, una situación en la que ella sintonizó con el pensamiento del otro. Y supo hablarle en el idioma en el que él estaba acostumbrado a escuchar: “Yo no soy una cualquiera, soy una señora, soy una madre”. Entonces él se frenó (Entrevista a Miriam Lewin, 2012).

Muchos testimonios dan cuenta de que hubo violencia sexual hacia todas las mujeres, de que existía la amenaza de la violación de manera constante y de que, a pesar de todo, las mujeres resistieron. Incluso, en algunos casos, lograron evitar la violación. Está claro —y también lo está para ellas— que ese “no” fue efectivo por razones extremadamente particulares. Son muchos los

casos en los cuales negarse no lograba evitar las distintas formas de violencia sexual. A pesar de todo, inventaban estrategias de resistencia. En ese sentido podemos destacar nuevamente el relato de Silvia Ontivero:

S. O.: Yo notaba que si, cuando ellos me estaban violando, me resistía, me dolía mucho más y duraba mucho más que si me ponía dura, respiraba hondo y que pasara. Hubo un cambio en mí, que, al revés, que mientras más me resistía, era más terrible, y pateaba, insultaba. Yo noté que después, si me quedaba dura y era como si estuvieran violando una muerta, era menos tiempo. Las últimas veces, yo también estaba muy extenuada. Una vez me violaron varias veces, después de que me torturaron, después de llevarme a la parrilla, que era en otro lugar. Vinieron y me agarraron entre dos o tres. Yo creí que esa vez me iba a morir (*se emociona*) ¡Y no me morí porque parece que tengo el cuero re duro! (*ríe*)

Yo creo que ahí estaba muy entregada. Lo único que atiné fue a respirar hondo y quedarme lo más dura posible. Quedándome lo más dura posible, mirá que terrible lo que te digo, es menos placentero para ellos, porque el hecho de que te resistas y demás es parte del reto macho. En la medida de que te ponés dura y no te resistes, es también como que se desorientan. Yo hice eso hacia el final (Entrevista a Silvia Ontivero, 2012).

En este testimonio se presenta la aparente paradoja de que la resistencia posible consistió en no resistirse físicamente. Esta resistencia en la “no-resistencia” redujo el tiempo de la violación y acortó el tiempo de sufrimiento.

Al igual que con la tortura, muchas de las entrevistadas recuerdan como forma de resistencia individual la virtual escisión de cuerpo y mente. Estas estrategias de escisión, de desdoblamiento entre cuerpo y mente, de “entrega” del cuerpo pero no de la cabeza, son definidas por Pilar Calveiro como “formas de fuga, terriblemente personales pero no por ello menos eficientes” (2006 [1998], p. 110).

Otro caso interesante para reflexionar sobre las distintas formas de resistencia es el de Stella Vallejos. Ella narra lo siguiente:

S. V.: Y bueno, en mi caso yo tenía como un temor muy grande de haber quedado embarazada y no tengo menstruación y tengo una gran hemorragia.

L. T.: Inmediatamente

S. V.: No, al tiempo, tengo una gran hemorragia y entonces ahí hacemos todo un ruido, un escándalo que nadie lo escuchaba pero logro que me lleven al hospital. [...] Y bueno, me llevan al hospital con una custodia impresionante, impresionante. Y con tanta buena suerte me llevan al hospital que no había médicos en la sala policial. O sea, me llevan por el pasillo del hospital con toda una guardia armada ¡era una ostentación! Además yo, esposada, hecha una piltrafa con tanta custodia. Era una cosa realmente hasta absurda, parecía un chiste. No había médicos, entonces llaman a un médico para atender a “una terrorista”, o sea... la idea que tenían, daban la imagen de la terrorista...

Y el médico que me atiende ¡tuvo una conducta! Primero que no se asustó ¿no? No se asustó de tanta ostentación armada ni nada y dijo “no quiero a nadie mientras la estoy atendiendo”, o sea que me atendió solo. Ahí le dije mi nombre, mi apellido y le conté todo lo que me había pasado. Y, bueno, me revisa y me da toda una medicación para regularizar la menstruación, una medicación que me dio ahí en el consultorio, después pasó una receta que nunca se cumplió y bueno... Y nunca tuve... hasta que salí en libertad no volví a menstruar.

L. T.: ¿Cuánto tiempo después?

S. V.: Seis años y medio.

L. T.: Y cuando saliste en libertad...

S. V.: Cuando me avisan que iba a salir en libertad, que me habían levantado el PEN, ahí me vino. Increíble, lo que es la mente es increíble (Entrevista a Stella Vallejos, 2011).

La selección es extensa porque hay varios aspectos para destacar en su relato. Por un lado, vemos una acción colectiva de resistencia a las consecuencias de la violación (que puede haber producido, de hecho, un embarazo y su posterior pérdida). Frente a esa hemorragia, las detenidas hicieron “un gran ruido” para reclamar que Stella fuera atendida por un médico, y finalmente lo lograron. En segundo lugar, si bien ella tenía una fuerte preocupación por haber quedado embarazada y por no poder tener hijos en el futuro (lo que, como ya señalamos, la había llevado a no hablar públicamente de la violación durante mucho tiempo), cuando logró que la llevaran al hospital se identificó e intentó denunciar cuál era su situación.

Por último, cabe destacar de su relato la prolongada interrupción de la menstruación, patología conocida con el nombre de “amenorrea de guerra”. Algunos médicos plantean que se vincula con las condiciones de cautiverio extremas, con la falta de una alimentación adecuada y con el frío. Pero la mayoría de los estudiosos consideran que es producto del miedo, el estrés y la ansiedad que padecen las mujeres en contextos de guerra (Hannoun *et al.*, 2007).

Llama la atención que, si bien los cuerpos reaccionan de formas muy diversas a esos contextos de estrés, la amenorrea de guerra es la reacción corporal que las entrevistadas más recuerdan, y la consideran una victoria de ellas frente a las violaciones o las amenazas de violaciones. En este sentido, resulta muy significativo el caso de Stella Vallejos, que volvió a menstruar el día que le comunicaron que iba a ser liberada, luego de seis años y medio. Silvia Ontivero relata una experiencia similar:

S. O.: Esas fueron las cosas horrorosas que se vivieron ahí y hay una contraparte, como todas las cosas. Yo lo he pensado mucho esto. Si a nosotras nos violaron y yo después supe que estuvimos 18 días y, si éramos jóvenes, ovulábamos. Ninguna quedó embarazada. [...] Y cuando llegué en el 79 a la Cruz Roja, como yo era jetona, la delegada de piso, lo planteé a la Cruz Roja, “ustedes son médicos, pasó esto, esto y esto. Pero yo quiero preguntarles: Si a nosotras nos violaron, 18, 20 días, algunas un mes ¿por qué no quedamos embarazadas?”. Porque estábamos todas con falta, pero no estábamos embarazadas. Porque estás muchos meses sin menstruar cuando llegas a la cárcel. Eso fue una cosa muy general que se ha hablado poco. Porque como no se habló de las violaciones. Nos ha costado mucho hablar de esto, porque menstruación también es una palabra que es como fea decir. “Si yo no tengo menstruación hace más de un año, yo tendría que haber tenido un bebé. ¿No es cierto? No tengo ningún síntoma, no estoy embarazada, no tengo el período y me han violado, durante 18 días, 10 tipos”.

En los campos de concentración nazis se dio esto mismo; esto de que no venga la menstruación a las mujeres que son detenidas, violadas, violentadas de alguna manera o golpeadas muy fuertemente y demás. Inmediatamente se produce algo que se interrumpe la menstruación, por tranquilidad y seguridad de una. Mirá que hermosas las mujeres. Maravilloso.

Se llama amenorrea de guerra. Tiene un nombre. Está categorizada en la medicina. “Ya te va a venir. Capaz que ahora que lo contaste, te va a venir”, me dice el suizo de la Cruz Roja. Al día siguiente, yo tuve el período (Entrevista a Silvia Ontivero, 2012).

El retorno de la menstruación (y la regularización del ciclo hormonal) se dio sin ninguna medicación, con la recuperación de la libertad en el caso de Stella y con la posibilidad de hablar y comprender el tema en el caso de Silvia. Nuevamente aparece la percepción de una resistencia en dos tiempos: en su momento, impidiendo que las violaciones se convirtieran en embarazos, y en el presente, contándolo y demostrando que todas esas formas de resistencia existieron.

Las narraciones sobre la violencia sexual resultan inescindibles de su carácter de denuncia. Al desplazarse levemente del lugar casi excluyente de víctimas deshumanizadas, se abren caminos para la reflexión acerca de la capacidad para actuar en condiciones de extrema vulnerabilidad que las llevan a contar sus respectivos “no”, enunciar sus homenajes a quienes ya no están y presentarse como aquellas que quieren y pueden atestiguar, entre otras cosas, como dice Stella Vallejos, “por los que no están y para que no vuelva a pasar”.

En los testimonios se advierte la importancia de ponerle palabras a la experiencia traumática en tanto las palabras dan sentidos que posibilitan el procesamiento del trauma. Y no solo como denuncia del horror, sino también como rescate de valores “cotidianos”, como el cuidado de la compañera, el respeto y las distintas formas de resistencias. Recuperar estos relatos les devuelve a las sobrevivientes la agencia que pudieron tener en esos contextos de encierro.

Estas mujeres no quieren presentarse sólo como víctimas. Los resquicios de resistencia a los que se refieren y las solidaridades que expresamente quieren reivindicar son fundamentales para entender cómo conviven con ese trauma procesando sus efectos pero sin paralizar sus vidas (Bacci *et al*, 2012, p. 98).

Narrar lo vivido —y entre otras cosas, las resistencias y solidaridades— es también una forma, *a posteriori*, de resistir, de enfrentar la impunidad y de combatir la imposibilidad de escucha.

Referencias Bibliográficas

- Álvarez, V. (2000). El encierro en los campos de concentración. En F. Gil Lozano *et al.* (Comp.), *Historia de las mujeres en la Argentina*, tomo II. Buenos Aires: Taurus.
- Álvarez, V. (2017). “¿No te habrás caído?” *La experiencia concentracionaria durante la última dictadura (1976-1983) desde una perspectiva de género. Memorias y marcos sociales de la escucha entre la dictadura y la transición a la democracia*. Tesis de maestría, FaHCE-Universidad Nacional de La Plata. La Plata, Argentina.
- Bacci, C., Capurro Robles, M., Oberti, A., Skura, S. (2012). *Y nadie quería saber...* Buenos Aires: Memoria Abierta.
- Barrancos, D. (2010). Mujeres en la Argentina. En G. Lugones y J. Flores. *Intérpretes e interpretaciones de la Argentina en el Bicentenario*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Calveiro, P. (2006 [1998]). *Poder y desaparición*. Buenos Aires: Colihue.
- Da Silva Catela, L. (2001). *No habrá flores en la tumba del pasado. La experiencia de reconstrucción del mundo de los familiares de desaparecidos*. La Plata: Ediciones del Pasaje.
- Da Silva Catela, L. (2011). Pasados en conflicto. De memorias dominantes, subterráneas y denegadas. En E. Bohoslavsky *et al.* (Eds.), *Problemas de Historia Reciente del cono sur*. Buenos Aires: Prometeo.
- Hannoun, A. B., Nassar, A. H., Usta, I. M., Zreik, T. G. y Abu Mussa, A. A. (2007). Effect of war on the menstrual cycle. *Obstetrics & Gynecology*, American College of Obsetricians and Ginecologist, Washington D. C., v.109.
- Jelin, E. (2014). Las múltiples temporalidades del testimonio: el pasado vivido y sus legados presentes. *Clepsidra*. Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria, 1.
- Laino Sanchís, F. (2016). Poder concentracionario, cuerpos femeninos, modelos de familia. La apropiación de niños durante la última dictadura militar argentina desde una perspectiva de género. Ponencia presentada en el Coloquio Internacional “*Nunca nadie me preguntó*”: *Violencia, cuerpo y performatividad*, Hamburgo (Alemania), 15 y 16 de abril.
- Lvovich, D. y Bisquert, J. (2008). *La cambiante memoria de la dictadura. Discursos públicos movimientos sociales y legitimidad democrática*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional/Universidad de General Sarmiento.

- Pollak, M. y Heinich, N (1986). Le témoignage. *Actes de la recherche en sciences sociales*, 62/63.
- Portelli, A. (2016). *Historias orales. Narración, imaginación y diálogo*. La Plata: FaHCE-UNLP/Rosario: Prohistoria Ediciones.
- Regueiro, S. A. (2013). *Apropiación de niños, familia y justicia. Argentina (1976-2012)*. Rosario: Prohistoria.
- Sutton, B. (2015). Terror, testimonio, y transmisión: sobrevivientes de centros clandestinos de detención en Argentina (1976-1983). *Revista Mora*, 21(1).
- Theidon, K. (2011). Género en transición: sentido común, mujeres y guerra. *Cadernos Pagu*, 37, 43-78. Recuperado de <https://dx.doi.org/10.1590/S0104-83332011000200003>

Entrevistas

- Entrevista a María del Valle Segura, realizada por Lizel Tornay y Fernando Álvarez en octubre de 2011, Santa Lucía, Tucumán (Argentina) para la película *Campo de batalla. Cuerpo de mujer* (Fernando Álvarez, 2013).
- Entrevista a Stella Vallejos realizada con Lizel Tornay y Fernando Álvarez en junio de 2011, Santa Fe (Argentina) para la película *Campo de batalla. Cuerpo de mujer* (Fernando Álvarez, 2013).
- Entrevista a Silvia Ontiveros realizada con Lizel Tornay y Fernando Álvarez en enero de 2012, Viña del Mar (Chile) para la película *Campo de batalla. Cuerpo de mujer* (Fernando Álvarez, 2013).
- Entrevista a Fernando Rule realizada con Lizel Tornay y Fernando Álvarez en enero de 2012, Mendoza (Argentina) para la película *Campo de batalla. Cuerpo de mujer* (Fernando Álvarez, 2013).
- Entrevista a Liliana Forchetti realizada con Lizel Tornay y Fernando Álvarez en abril de 2012, Buenos Aires (Argentina) para la película *Campo de batalla. Cuerpo de mujer* (Fernando Álvarez, 2013).
- Entrevista a Charo Moreno realizada con Lizel Tornay y Fernando Álvarez, abril de 2012, Buenos Aires (Argentina) para la película *Campo de batalla. Cuerpo de mujer* (Fernando Álvarez, 2013).
- Entrevista a Miriam Lewin realizada con Lizel Tornay y Fernando Álvarez en mayo de 2012, Buenos Aires (Argentina) para la película *Campo de batalla. Cuerpo de mujer* (Fernando Álvarez, 2013).

No estar metido en nada: vivencias y representaciones de obreros de Swift (Berisso) en torno a la época de los militares

Eleonora Bretal

Sacando que te revisaban una vez en el micro, nunca me molestaron [...]
Para mí no cambió nada, la gente [...] que no se metió... nosotros, en mi familia, todos trabajaron en la fábrica, y nunca, ninguno de la familia.

Entrevista a Ernestina, 22 de julio de 2010, Berisso¹

Introducción

En la historia y las memorias locales de Berisso, los frigoríficos Swift y Armour cobraron una especial significación (James, 2004; Lobato, 2004). El frigorífico Swift de Berisso funcionó desde comienzos del siglo XX y cerró sus puertas en febrero de 1983. De los relatos de sus ex-trabajadores/as sobre el pasado fabril afloró una periodización nativa compartida de manera general: *la época de los ingleses, la época de los militares y la época del cierre de Swift*.²

¹ Ernestina ingresó a Swift a fines de la década de 1940 y se dedicó a las actividades de producción en contacto directo con la carne, como aquellas de la sección de Tripería.

² De aquí en adelante los/as ex-obreros/as también serán mencionados como obreros/as o trabajadores/as. Aclaro que en ciencias sociales las categorías y periodizaciones “nativas” son aquellas creadas por los sujetos pesquisados. Este capítulo es basa en una investigación más amplia, realizada en el marco de mi tesis de maestría, donde analizo las maneras en que los y las ex-trabajadores/as de la carne de Berisso narraron y periodizaron la historia de los trabajadores de Swift, así como exploro algunas valoraciones y categorías de percepción y clasificación social que los y las obreros/as emplearon para dar cuenta tanto de esa historia como de las cuestiones políticas, sindicales, laborales y económicas ligadas al frigorífico. Entre mayo de 2010 y junio de 2012 entrevisté a 29 obre-

Las maneras de representar cada una de esas épocas y de narrar la historia de los y las obreros/as de la carne, fueron diversas. Una diferencia notable puede hallarse entre los relatos de quienes eran militantes de izquierda en la década de 1970 y los demás obreros/as. Si bien les comenté a los y las trabajadores/as mi interés central en sus recuerdos sobre los últimos tramos de esa historia, aquellos/as que no habían sido militantes ni activistas de izquierda prefirieron centrarse, con expresiones de orgullo y nostalgia, en un pasado remoto y dorado: la época de los ingleses. En cambio, los últimos períodos de la historia de los y las trabajadores/as de la carne en Berisso, la *época de los militares* y la *época del cierre*, son lapsos signados por situaciones que evocaron con tristeza, en los que profundizaron debido a mi insistencia (Bretal, 2014).

En este texto presento los recuerdos y representaciones de obreros y obreras de Swift que trabajaron allí durante la década de 1970, en torno a la *época de los militares*.³ Abordo los modos en que los y las obreros/as del frigorífico Swift de Berisso evocan los acontecimientos más resonantes de la violencia política paraestatal y estatal en los setenta ligados a la fábrica. Para ello analizo los relatos, construidos con entrevistas en profundidad, de trabajadores/as con diversas orientaciones políticas y diferentes actitudes en relación con la organización gremial. Señalo de manera sintética los modos de narrar y las experiencias resaltadas por los y las obreros/as que fueron militantes de izquierda y focalizo en los obreros/as que no tenían esa militancia. Exploro las huellas de los disciplinamientos del régimen militar en las vivencias narradas, sus modos de relatar y representar el pasado construido por ellos como la *época de los militares*, y sus clasificaciones identitarias.

En la misma dirección que la investigadora italiana Luisa Passerini (2009), quien problematizó la necesidad de estudiar a los obreros no militantes o no activistas, centré el análisis en los sectores de la clase obrera menos activos en términos políticos y gremiales, acerca de los cuales hay una notoria

ros y obreras de Swift. De ellos, 19 trabajaron durante la década de 1970, uno ascendió a supervisor y los otros 18 eran trabajadores/as de base. Los nombres de los y las entrevistados/as son ficticios, para resguardar su anonimato.

³ Una versión de este capítulo fue publicada como artículo en la revista *Sociohistórica*.

escasez de trabajos.⁴ Esta perspectiva adquiere relevancia en un contexto académico que ha privilegiado, para el estudio de la historia de la clase obrera, las experiencias y puntos de vista de los y las activistas y militantes, y de sus conducciones sindicales.

En cuanto a los estudios sobre la clase obrera durante la última dictadura, la mayor parte se dedicó a explicar cómo afectaron a los y las trabajadores/as tanto el plan sistemático de represión política como las políticas económicas, y cuáles fueron las respuestas ensayadas por el movimiento obrero.⁵ Se trata de trabajos imprescindibles para comprender el impacto social y económico en la clase obrera y la complicidad patronal-militar, así como para discernir el accionar del movimiento obrero (y sus corrientes internas) durante la dictadura. Sin embargo, los y las trabajadores/as que no fueron víctimas directas del accionar represivo, ni sindicalistas ni militantes o activistas de izquierda durante la década de 1970, carecen de un espacio en estos textos. Si bien están incluidos en los estudios generales sobre la clase obrera, su accionar, subjetividad y politicidad fueron escasamente analizados.⁶ Son pocos los que abordan cómo incidieron en su cotidianeidad los acontecimientos represivos, el disciplinamiento político y los mecanismos de legitimación del régimen militar. En este trabajo problematizo estas dimensiones.

Como no focalizo en las dirigencias de organizaciones o instituciones, el tema está vinculado a las pesquisas sobre la “gente común” durante la dictadura, aunque a partir del análisis de las memorias y las huellas del pasado.⁷

⁴ Ya fueran estos obreros más reticentes, indiferentes o con una actitud más errática frente a las acciones gremiales y/o las prácticas de las agrupaciones políticas; por ende a veces con vínculos menos precisos y más discontinuos con las acciones gremiales y políticas que aquellas que suelen denotar las biografías militantes.

⁵ Entre ellos, véanse Abós (1984), Barragán (2011), Basualdo (2006), Delich (1982), Falcón (1996), Fernández (1985), Izaguirre (2009), Lorenz (2007), Munck (1982), Pozzi (1988), Villarreal (1985).

⁶ Uno de los autores que incluye las valoraciones y actitudes de esta índole de trabajadores es Dicósimo (2009), quien investigó dos casos de la industria bonaerense. Otro de ellos, desde una perspectiva diferente, es Isla (1999), con el análisis de las creencias populares entre los obreros de ingenios azucareros en el NOA.

⁷ Contamos con las definiciones de “gente corriente”, también indicada como “ciudadanos comunes” o “gente común”, de dos historiadores que emplearon la noción para reflexionar sobre la dictadura argentina: Lvovich (2008) y Águila (2008). El primero agrupa bajo esa clasificación a las personas no pertenecientes a las direcciones de las organizaciones políticas o sociales, hayan tenido

Lvovich (2008) señala que las conductas de las cúpulas de diferentes organizaciones e instituciones han sido analizadas con variada profundidad y plantea que para lograr una mayor aproximación a la problemática de la multiplicidad de actitudes sociales en el régimen militar son necesarios estudios empíricos locales sobre la “gente corriente”. A su vez, plantea que serían valiosos los trabajos que dieran cuenta de la multidimensionalidad de la experiencia de la clase obrera.⁸

La región del Gran La Plata fue golpeada intensamente por la represión, protagonizada tanto por grupos paramilitares de ultraderecha (Triple A, CNU)⁹ como por la Fuerza de Tareas N° 5 (FT5) integrada por la Marina y Prefectura.¹⁰ La FT5 se ocupó de los operativos militares contra los y las trabajadores/as de las plantas industriales de Swift, Astilleros Río Santiago, Yacimientos Petrolíferos del Estado (YPF) y Propulsora Siderúrgica.¹¹ En la planta de Swift en Berisso fueron contabilizadas 41 víctimas de la represión

o no militancia política. La segunda identifica como “espectadores” o “testigos” a los “ciudadanos comunes”, en el sentido de que “no estuvieron involucrados en el accionar represivo ni fueron sus afectados directos, pero sí presenciaron o convivieron con ello” (2008, p. 18).

⁸ Para todo ello, las categorías de consenso y oposición se tornan insuficientes y es necesario analizar una gran variedad de actitudes sociales como la resignación, el consentimiento pasivo y la disconformidad pasiva (Lvovich, 2008). En las vivencias individuales, además, pueden aparecer distintas actitudes mezcladas que revelan el carácter múltiple y ambiguo de los comportamientos sociales cotidianos (Kershaw, 2009; Saz, 1999).

⁹ Son las organizaciones Alianza Anticomunista Argentina (Triple A) y Concentración Nacional Universitaria (CNU), que en ocasiones han operado de manera articulada. Sus *modus operandi* incluían robos de bienes, secuestros, torturas y asesinatos de activistas y militantes. En Berisso, uno de los lugares donde arrojaban los cuerpos de las víctimas era el balneario de La Balandra. Durante la última dictadura militar la CNU se transformó en un apéndice de los grupos de tareas “procesistas” (Baschetti, 2013).

¹⁰ Entre las dependencias con que contaba esta fuerza, que han sido identificadas por las víctimas en muchos casos como lugares clandestinos de detención, se encontraban la Escuela Naval Militar Río Santiago, el Liceo Naval “Almirante Brown”, el Hospital Naval Río Santiago, el Batallón de Infantería de Marina N° 3 (BIM3), el Centro de incorporación y formación de Conscriptos de Infantería de Marina (CCIM) y la Prefectura o Subprefectura Naval (Ramírez y Merbilhaá, 2015).

¹¹ Según los registros oficiales de la Conadep, los y las desaparecidos/as de la región llegan a 900; pero los organismos de derechos humanos estiman una cifra real de 2.000, compuesta por 800 estudiantes y 900 obreros/as (Badenes, 2007). Estas cifras son mayores cuando se incluyen otras víctimas directas de la represión, como los/as asesinados/as, los/as presos/as políticos/as y los/as ex-detenidos/a desaparecidos/as (sobrevivientes).

entre diciembre de 1975 y agosto de 1978: seis asesinados/as, 15 desaparecidos/as y 20 ex-detenido/as desaparecidos/as y/o presos/as políticos/as.¹²

Para los/as militantes de izquierda, la dictadura significó una disrupción del cotidiano que implicó cambios profundos, de gran magnitud en sus ámbitos de militancia gremial y política, laboral y familiar. El corte institucional del golpe militar resultó un momento bisagra, como intensificación de manera sistemática de la violencia que ya había comenzado a ejercerse sobre ellos/as y sus compañeros/as. Varios/as militantes de izquierda de Swift (y de otras fábricas de la región, como Astilleros Río Santiago y Propulsora Siderúrgica) se encontraron en la Unidad Penitenciaria N° 9.¹³

Estos/as obreros/as militantes de izquierda señalaron el modo en que los acontecimientos gremiales y políticos de la década de 1970 se entrelazaban con sus biografías. En sus relatos se entrecruzaron las pasiones políticas ligadas a los conflictos gremiales e intersindicales y las resistencias épicas, con los temores y tristezas vinculados a las graves amenazas y pérdidas de compañeros/as. Sus narraciones se destacan por el énfasis en la continuidad de sus ideales políticos a lo largo de sus vidas, como signo de la coherencia de sus biografías militantes (políticas y/o gremiales) y como una especie de homenaje eterno a sus compañeros/as desaparecidos/as y asesinados/as. También se distingue en sus relatos de historias de vida cierto ordenamiento cronológico de sus hitos más significativos, lo cual denota una manipulación producto de sus reflexiones previas (Portelli, 2016), atravesadas por el dolor de la derrota política.

¹² Esta contabilización, que es la más exhaustiva hasta el momento, fue realizada por los/as autores/as del libro *Responsabilidad empresarial...* (AEyT de FLACSO, CELS, PVJ y SDH, 2015), quienes indican que también hubo seis abogados laboristas, defensores de los trabajadores del frigorífico, que fueron blanco de la represión; el registro se basó en el entrecruzamiento de distintas fuentes, las principales fueron los legajos individuales del Registro Unificado de Víctimas, los legajos de la CONADEP, el Registro de Desaparecidos y Fallecidos (Redefa), las fichas de la Secretaría de Derechos Humanos, los testimonios de la causa 13, las presentaciones en la Subsecretaría de Derechos Humanos y los testimonios de los juicios por la verdad. Una nómina inicial de detenidos-desaparecidos/as y asesinados/as en Berisso y en las fábricas de la zona (Astilleros Río Santiago, Propulsora, Yacimientos Petrolíferos Fiscales y Swift), fue construida por la "Comisión de Memoria, Recuerdo y Compromiso de la ciudad de Berisso" hacia el año 1995, cuando a su vez llevó adelante el primer homenaje a los desaparecidos obreros de la región. Esta Comisión rastreó al menos 126 desapariciones forzadas y 17 asesinatos; entre ellos, los/as obreros/as de Swift constituían 11 detenidos/as-desaparecidos/as y cuatro asesinados.

¹³ Unidad del Servicio Penitenciario Bonaerense N° 9.

Entre las diferencias de los/as militantes de izquierda en la década de 1970 y los/as demás obreros/as entrevistados en cuanto a sus representaciones y recuerdos sobre la *época de los militares*, es destacable que los últimos no se refirieron al golpe militar como punto de inflexión e incluyeron dentro de ese período tanto a los acontecimientos de la última dictadura como a los de años previos a esta, signados por la violencia política, paraestatal y estatal. En cambio, para quienes fueron militantes de la izquierda, la época de los militares comenzó con el golpe de Estado, y para dar cuenta de su significación se remontaron a los procesos de los años anteriores, algunos/as de ellos/as con aspectos que consideran ejemplares para el campo de las luchas populares.

Para algunos de los/as obreros/as que no fueron militantes de izquierda, los hechos de violencia comenzaron con el accionar de los activistas gremiales y las organizaciones armadas. Así, la represión habría sido una respuesta a esa violencia revolucionaria, señalada como una de las principales desestabilizadoras del orden. Reflexionar sobre ese inicio nos coloca frente a la imperiosa tarea de indagar, como indica Portelli (2003), dónde comienzan las historias. Si bien la violencia estatal antecedió a la existencia de las organizaciones armadas, estos trabajadores indicaron como punto de partida el accionar de estas últimas.¹⁴ Esta interpretación “ha consolidado un sentido común empapado de desinformación” (Portelli, 2003, p.15) en las representaciones acerca del recorte temporal de la época de los militares, que ignora los antecedentes y distorsiona la comprensión de las vinculaciones entre la violencia estatal y la violencia de la militancia de izquierda armada.

No estar metido en nada – estar metido en algo

Los/as obreros/as entrevistados/as que no fueron militantes de izquierda en la década de 1970 compartieron como referente espacial tanto a la comunidad laboral como a los habitantes de la ciudad de Berisso, y como referente social a sus familias, aunque con diferentes énfasis; las obreras mostraron una mayor presencia y continuidad de la familia como referente social de sus

¹⁴ Las propias organizaciones armadas fundamentaron su constitución en la violencia antecedente ejercida por el accionar estatal. También es posible argumentar que la violencia es constitutiva del Estado, en cuanto monopolio legítimo de la fuerza física, y de su proceso de creación (Grüner, 1997, Weber, 1964).

biografías. A su vez, surgieron referentes sociales específicos en las distintas biografías, ya sea el sindicato, el Centro de Residentes Santiagueños, o el Partido Peronista, entre otros.

Uno de los obreros, Roberto, comenzó a hablar de la última dictadura y la represión en Swift recién en la segunda entrevista. Le pregunté si recordaba agrupaciones o partidos políticos que hubiera en la fábrica, como por ejemplo peronistas, a lo cual respondió que “por lo general el sindicalismo fue siempre, siempre, peronista”; a continuación indiqué que hubo peronistas que eran montoneros, y este término fue un disparador para que expresara sus vivencias durante el régimen militar (Entrevistas a Roberto, 7 de mayo de 2010 y 30 de marzo de 2011, Berisso).¹⁵ El día del golpe, indicó Roberto, iba camino a la planta cuando a dos cuadras del portón los militares lo pararon y lo revisaron íntegro, “todo el mundo estaba con un miedo bárbaro”. Sin embargo, apuntó, él no temió porque había visto que los militares tenían un listado con los “revoltosos”, los “montoneros” y quien “no tenía nada pasaba tranquilamente”. A su vez, subrayó que muchos de los “operarios que andaban bien”, es decir que “no estaban metidos en nada”, estuvieron muy asustados “porque decían ‘pucha en cualquier momento’ [...] [les] daba temor porque por ahí no tenía nada que ver y [lo detenían porque a los militares] no le caían bien”. Roberto subrayó que para “los chicos jóvenes” y “rebeldes” que “querían mucho lío” fueron años “bravos”, y se incluyó dentro de la “gente más grande” entre los obreros del frigorífico y la describió como la gente que “ya tiene una familia formada y todo eso, [...] [que] piensa en seguir trabajando”.

Desde esta misma perspectiva, Tomás indicó que los militares nunca lo perturbaron y señaló que de ningún modo tuvo miedo durante la dictadura (Entrevistas a Tomás, 21 y 30 de marzo de 2011, Berisso).¹⁶ Roberto y Tomás precisaron que en aquellos años se sintieron tranquilos. El primero incluso indicó que “la persona que andaba bien a veces andaba mucho más segura de lo que podía andar en otro momento”, como en la actualidad. Ambos expresaron que no percibieron un cambio disruptivo en sus vidas, y en sus relatos no presentaron indicios de que les haya afectado algún dis-

¹⁵ Roberto ingresó en 1966 a Swift, allí se dedicó a las tareas de la sección de Mecánica.

¹⁶ Tomás ingresó en la fábrica a principios de la década de 1950, donde trabajó en la sección de Fábrica de envases de lata (tachería).

ciplnamiento específico del terrorismo de Estado. Por lo tanto, este grupo de trabajadores aludió a una represión selectiva que los excluía de cualquier peligro, e incluso, los resguardaba.

Los dos entrevistados, Tomás y Roberto, subrayaron que ellos no temieron por sus vidas en aquellos años. En cambio, otros/as obreros/as articularon esa misma idea de cotidianeidad sin interrupciones con otras representaciones que sí dan cuenta de que las políticas del régimen militar los/as afectaron.

Alberto habló, por un lado, sobre las especificidades de la dictadura; y por otro, indicó que estuvo preso, sin establecer ningún vínculo entre ambas cuestiones (Entrevista a Alberto, 28 de febrero de 2012, Berisso).¹⁷ Recién cuando indagué sobre los motivos de su detención explicó los pormenores de lo ocurrido e indicó que sucedió *con los militares*. Expresó que se asombró cuando lo detuvieron tras ser acusado de *sabotaje*, junto con otros dos trabajadores, por un supervisor. Contó que la acusación fue una equivocación porque, en realidad, se trataba de un desperfecto corriente de su trabajo de mantenimiento. Alberto indicó que un grupo de militares lo fue a buscar a su casa y lo llevó a la Subprefectura, donde lo encerraron y fue torturado. Para Alberto esa detención fue una equivocación ya que él no había hecho ningún sabotaje y *no andaba en nada*. De esta manera, Alberto cuestionó la equivocación pero no la modalidad de castigo implementada. Además, indicó que sabe quiénes eran algunos de los miembros de Prefectura que lo torturaron y hasta los ha visto caminando por Berisso, pero dijo que él no atestiguaría contra ellos porque estuvo detenido solo una noche. Asimismo, señaló que no era lo mismo hacer un sabotaje antes de la dictadura que durante ella, más aún en sus primeros años, ya que situaciones como la que relató no ocurrían antes de *la época de los militares*. Sin embargo, cuando se refirió a este período no indicó esta vivencia como significativa, no la recordó como relevante para dar cuenta del régimen dictatorial. No obstante, sin duda forma parte de las prácticas de violencia distintivas del régimen que incidieron en el comportamiento de los/as obreros/as en la fábrica.

También Ernestina aludió a la incidencia de las prácticas del régimen en su cotidianeidad. El recuerdo de sus vivencias indica el miedo que le provoca-

¹⁷ Alberto es un militante peronista que fue delegado gremial en la sección de Mantenimiento de Swift durante la década de 1970, alineado con la conducción del sindicato.

ba en aquellos años la violencia estatal, en especial la preocupación que sentía por su hija, quien trabajaba en una fábrica textil de Berisso y tenía 26 años en 1976. Sin embargo, al momento del balance, Ernestina señaló que nada de esto generó un cambio en su vida o en la de su familia, porque ellos *no estaban metidos en nada*. Aquí un extracto de nuestra conversación:

Ernestina (Er.): Después, en el tiempo de los militares, cuando vos ibas a trabajar, te paraban el tranvía, el micro, y te revisaban los militares de punta a punta. Una vez la Marta [su hija] andaba de novio en el cine, y no tenía documento, vinieron acá los milicos con ella a buscar... [el DNI] sino se la llevaban. Acá en el barrio... acá ella se salvó, viste que no escucha... [...] una vez iba a trabajar, y estaba la manzana rodeada, [silencio] porque se llevaron a un delegado del Astillero, que vivía acá a la vuelta. Pero no lo mataron, lo llevaron. Unos Falcon negros grandísimos, en el tiempo que se llevaban a toda la gente. Yo digo, si le decían [a su hija] “alto” o algo, estaban todos por acá los milicos... Lo llevaron de adentro de la casa.

Eleonora (El.): ¿Vive ahora?

Ernestina: Sí, a ese no lo mataron. El muchacho estuvo preso y después lo soltaron. En ese tiempo, la mujer [...] pobre, ella se había puesto un kiosquito ¿de qué iba a vivir? Hacía churros, iba a vender a la cancha, mientras él estaba preso. Ese era de Astillero. Unos cuantos, de Berisso mataron unos cuantos, y de la fábrica también, los sacaban de adentro de la fábrica. No sé si estaban señalados, no sé, no sé...

El.: ¿Iban a la fábrica a sacarlos?

Er.: Sí.

El.: ¿Delante de Ud. lo hicieron?

Er.: No, yo no vi nunca, pero decían “fulano de tal, lo llevaron”. [...] A algunos dicen que los sacaron de la fábrica, algunos no aparecieron nunca más, acá en el barrio hay dos desaparecidos, nunca más se supo. [...] Antes, dos por tres había revolución, pero no pasaba nada. Vos te levantabas y “radio Colonia informa que se tomó el gobierno, que esto, que el otro”, y cuando íbamos a trabajar por ahí te paraban el micro y te revisaban. Yo no entiendo, porque era todo de política, andaban los comunistas, los montoneros, yo no entiendo mucho.

El.: ¿Eso era siempre?

Er.: No, no sé, ese tiempo cuando era el tiempo bravo de los militares, que estaban los Montoneros. [...] La verdad que, sacando que te revisaban una vez en el micro, nunca me molestaron, ni nada.

El.: ¿Empezó a tener algún cuidado?

Er.: Vos tenías miedo, de salir, tenías que irte con documento, [...] te revisaban los documentos.

El.: En su día a día, ¿cambió algo?

Er.: Para mí no cambió nada, la gente nunca... vamos a decir, que no se metió... nosotros, en mi familia, todos trabajaron en la fábrica, y nunca, ninguno de la familia (Entrevista a Ernestina, 22 de julio de 2010, Berisso).

Para ella la última dictadura se diferenció de las anteriores por haber sido un “tiempo bravo” debido a las detenciones de obreros/as de la fábrica y Berisso y a los controles militares diarios en los medios de transporte público. Resaltó que temía que detuvieran a su joven hija, que para Ernestina “se salvó” en dos situaciones: una vez que le solicitaron el DNI en el cine y, como no lo llevaba consigo, fueron “los milicos” con su hija a buscarlo a su casa; y otra vez en el barrio cuando la joven se dirigía al trabajo y la manzana estaba rodeada de militares, si ellos le llegaban a pedir a su hija que se detuviera ella quizá no lo habría registrado, porque tiene una discapacidad auditiva.

Esta tensión entre el relato de eventos vividos con miedo y la afirmación de no haber sido afectados por la dictadura sugiere reflexionar sobre el carácter multidimensional de las vidas de los/as obreros/as y problematizar la idea de que la violencia estatal pudo no haber generado cambios que ellos consideren sustanciales en ciertas dimensiones de sus experiencias cotidianas más visibles y tangibles, por ejemplo el lugar de trabajo y la familia. De la misma manera, Portelli señala que para algunas personas no interesadas en la política “al menos en ciertos niveles, el fascismo no había producido cambios en sus vidas” (1993, p. 205). Pero sí pudieron haberles generado cambios más leves e imperceptibles en otras dimensiones, y modificado aspectos y modalidades de ciertas vivencias, tal como se desprende del relato de Ernestina. O vieron acrecentada la arbitrariedad patronal y su capacidad de control y castigo, como en el caso de Alberto; por ende, sintieron cómo los disciplinamientos de la dictadura modificaron las condiciones de trabajo. Pero estos cambios no generaron modificaciones en otros niveles, no incidieron necesariamente

en su vida privada o en necesidad de buscar otro trabajo u otro lugar donde vivir. Lo que sí sucedió con Fernando y Daniel, quienes aludieron a cambios relativos a su lugar de trabajo, sus compañeros próximos y sus prácticas gremiales; pero al igual que los entrevistados nombrados arriba, tampoco señalaron que la política del régimen les hubiera generado un quiebre disruptivo en sus vidas.¹⁸

Tras mi pregunta por su ideología política en sus años de trabajo en Swift, Fernando indicó que era de orientación socialista y que se vinculaba con los militantes del Partido Socialista de los Trabajadores (PST), aunque sin una participación activa. Agregó que en aquellos años tenía esa orientación política debido a su edad y a que iba a la universidad, por lo que andaba con “muchos pajaritos” en la cabeza; subrayó que si bien siempre fue antiperonista, aún no tenía forjada su “mentalidad radical” (de la Unión Cívica Radical). Para Fernando, al momento de la entrevista, su elección política de juventud denotaba cierta inmadurez en relación con la orientación política que desarrolló como adulto.

Cuando Fernando habló sobre los años de decaimiento de la producción en el frigorífico, apuntó: “Y después, se entró a degradar, y después entraron a desaparecer muchísima gente en la época de los militares, en la época que estuve yo, en mi turno, casi la mitad”. A continuación, Fernando preguntó por mi apellido, a qué se dedicaba mi padre e indicó haber conocido a mi tío, médico que ha ejercido en Berisso en una clínica donde él trabajó. Luego de corroborar mi procedencia familiar, prosiguió:

Fernando (F.): Bueno, te decía que habían desaparecido varios compañeros, algunos se supone que con cierta causa, por lo menos se sospechaba de que habían participado, por lo menos... no digo con esto que justifique su... lo que pasó... pero te quiero decir que por lo menos tenían... la otra mitad, o sea, de algunos hay sospechas, de otros ni eso. Esta historia no es particularmente de los frigoríficos sino de toda la Argentina así que no

¹⁸ Fernando comenzó a incursionar en las distintas actividades laborales de la sección de Rectores a sus 20 años de edad. Daniel ingresó a Swift en la década de 1970 cuando tenía 18 años de edad; primero trabajó en el área de producción y luego de fabricación de envases de lata (tachería). Una vez allí, se desarrolló como activista gremial y participó de una lista gremial junto con militantes montoneros.

voy a hacer hincapié... quiero decir que ahí se perdió un poco esa [...], o sea, en el sentido del buen compañerismo porque... no por sospechar del compañero, porque te digo, por ahí no... eso no pasó, pero sí el hecho de que hoy estabas con cualquiera sentado, y al otro día no estaba. Porque se lo habían llevado por averiguación, por lo que fuera, muy poquitos he visto después, pero en general no sé qué ha pasado con la mayoría de ellos porque nunca tuve más noticias. Bueno, de dos muchachos sí, los encontraron muertos.

Eleonora (El.): ¿Los encontraron muertos, dónde?

F.: A dos sí, uno me acuerdo el apellido que era bastante amigo mío, un tal Cabello, que eran varios hermanos... por qué [lo mataron] no sé porque era un tipo que conmigo, era así, trabajábamos 4 horas desde las 8, trabajábamos 4 horas sí, 4 horas no. O sea que cada lugar tenía dos equipos. Por supuesto, con alguno coincidía que tenías 4 hs. de relevo, entonces yo que era de irme al comedor, me encanta salir a bolichear y eso, coincidía con este muchacho que teníamos 4 horas, pasaba más horas con él que con mi señora, o sea, 4 horas en el día no sé si pasás con tu señora... Así que era muy amigo, pero nunca hablamos de política [...]

El.: ¿Cómo era su vida en ese momento? Era joven, iba a estudiar, después iba ahí...

F.: Estaba de novio con mi actual esposa, mi única esposa. La tensión era de orden general, el país no estaba en muy buenas condiciones pero en lo personal estaba bastante bien.

El.: ¿En qué sentido estaba bien?

F.: Estábamos en un gobierno de facto, las libertades no estaban garantizadas. Te toca si te ibas a recibir de estudiante de sociología, erradicaron la carrera... María, mi señora, quiso estudiar Psicología, primero, la desmembraron toda y segundo la hicieron de posgrado de medicina. Muchas otras cosas que... digamos, yo empecé ciencias económicas y después me hice profesor de filosofía. O sea, en lo personal y familiar bien, en lo político el país para la miércoles.

Más adelante, solo a partir de la intervención de su amigo Aníbal, reconoció que tomó medidas de resguardo ante la represión:

Aníbal (A.): Había empezado a desaparecer gente en los lugares de trabajo, y [...] [Fernando] no se quería quedar a dormir en la casa.

El.: ¿Vos?

F.: Sí, sí, viste que te dije...

El.: Sí, pero no sabía que vos habías tomado medidas...

F.: Y, en el momento más crucial sí. Porque... hubo un par de meses... Después dejé de trabajar, y ya después se me pasó. Cuando apareció Cabello, sí. No me acuerdo del [nombre del] otro.

A.: ¡Los compañeros de trabajo de él empezaron a desaparecer! ¡Estaba preocupado! Fue en muchas empresas de la región que pasó lo mismo (Entrevista a Fernando, 8 de mayo de 2010, Berisso).¹⁹

Fernando y Cabello trabajaron en uno de los turnos de la sección de Rectores. Varios obreros —incluido Fernando— señalaron que en esta sección las detenciones fueron numerosas porque “fue una de las más combativas”, donde el delegado gremial del PST y otros compañeros tenían mucho compromiso político y gremial. Pero de esta sección también desaparecieron algunos que, para Fernando, no había ni “sospechas” de que hubieran participado y tuvieran “compromisos políticos” como militantes de izquierda. Fernando resaltó que él y Cabello eran amigos y compartieron juntos mucho tiempo. En efecto, expresó —atónito— desconocer el motivo por el cual lo mataron. Si bien hubo otros trabajadores de Swift que indicaron que Cabello era un simpatizante o activista ligado al PST, y Fernando también aludió a su propia ideología política socialista y a su relación con los militantes de ese partido, estos elementos no aparecieron en su relato como significativos para deducir algún motivo plausible de dicha represión. Ello se condice con la clasificación establecida por Fernando entre los desaparecidos o asesinados *con cierta causa*, donde estarían los militantes de izquierda con participación activa, y los *sin causa* como Cabello. Fernando aclara que para él esta división no justifica la represión, pero vemos que sí podría explicarla en parte.

¹⁹ Contacté a Fernando a través de Aníbal y la entrevista transcurrió en el espacio laboral de este último. Por lo tanto, Aníbal presenció y participó durante algunos intervalos de la conversación en los cuales se derivó a una entrevista grupal. Aníbal es amigo de Fernando y ha vivido desde su infancia en Berisso, su padre tenía una panadería con muchos clientes que trabajaban en el frigorífico.

Para Fernando, su compañero Cabello presentaba características similares a las suyas: era compañero de los militantes del PST de su sección y no era un activista gremial, aunque sí apoyaba las medidas sindicales. A partir de la muerte de Cabello, por varios meses Fernando no quiso dormir en su casa y dejó de trabajar en el frigorífico. Recién volvió a la fábrica unos años después.

En sintonía con el relato de Ernestina, Fernando dijo que en la *época de los militares* él estaba bastante bien en el ámbito personal y familiar. Sin embargo, Fernando recién mostró indicios de haber sido afectado en su vida personal por la política dictatorial, luego de que su amigo Aníbal lo interpeló para que hablara de sus propios sentimientos de temor a que le ocurriera lo mismo —o algo similar— que a sus *compañeros* (es decir, ser detenido y desparecido o asesinado). El modo en que Aníbal interpeló a su amigo nos indica que estos sucesos ya habían sido conversados entre ellos, y que Fernando había expresado su preocupación a su amigo.

Por otra parte, a partir de la intervención de Aníbal, Fernando contó con asombro la siguiente anécdota: con posterioridad a la intensa represión, un policía que estaba borracho le confesó que a él no lo habían *levantado* porque el jefe de Prefectura era amigo de su padre. Fernando cree que si esto es verdad, pudo haber sucedido porque habrían sospechado que él era militante de izquierda, ya que reunía las condiciones de ser joven, estudiante de la universidad y operario en la fábrica, en vez de empleado como otros estudiantes universitarios. De esta manera, para Fernando la represión no habría estado dirigida hacia obreros no militantes con orientación política de izquierda, sino que se trataría de blancos represivos “sin causa”.

Al igual que Fernando, Daniel sintió que pudo haber sido detenido, pero que se salvó porque “no estaba metido en nada”. Recordó que el primer día laboral luego de una toma durante unos tres días del frigorífico, de la cual no participó porque estaba enfermo, la Prefectura llevó adelante un colosal operativo de detenciones en el frigorífico.²⁰ Asimismo, evocó a sus compañeros/as de agrupación gremial con los que compartía el activismo y hasta conformaron una lista para las elecciones sindicales. Calculó que aproximadamente veinte de un total de veintiséis de esa lista gremial eran militantes revolucionarios y, quizá, muchos de ellos/as montoneros. De hecho, el pos-

²⁰ Otros entrevistados también recordaron esta toma previa al golpe militar. Eugenio indicó

tulante a secretario general Pichila Fonseca era de esa organización. En la década de 1970, Daniel no vio más a sus compañeros/as de activismo gremial y consideró que fueron víctimas de la violencia estatal. Los únicos de la lista que se quedaron en Berisso y no estuvieron detenidos/as —contó— fueron un matrimonio, uno de sus compañeros de sección y él mismo. A todos les “investigaron vida y obra”, pero no les sucedió nada, porque *no andaban en nada*. Daniel, de modo similar a Fernando, dejó de trabajar en Swift durante la dictadura aunque no precisó que los acontecimientos represivos hubieran incidido en su decisión.

Daniel y Fernando experimentaron la pérdida de sus compañeros/as, que, además, les implicó una fuerte disrupción en sus redes de sociabilidad laboral. También hubo otros cambios en su cotidiano debido al temor y a las restricciones impuestas por el régimen, algunos de mayor o menor duración: por ejemplo, el hecho de dejar de reunirse con activistas o militantes gremiales o políticos, cambiar de trabajo, sentirse investigados por las fuerzas de seguridad, no dormir en su casa por un tiempo.

Los/as entrevistados/as que no eran militantes de izquierda en la década de 1970, cuando evocaron la *época de los militares* centraron su narración en los crudos acontecimientos vividos por otros/as obreros/as, apreciando estos hechos como exteriores a sus vidas.²¹ A su vez, tendieron a desligar el impacto de la violencia estatal, en sus distintos niveles, sobre sus vivencias personales. La explicación general que trazaron fue que “se llevaron” a muchos obreros durante la época de los militares, y acompañaron esta frase con gestos y tonos de voz que transmitieron sensaciones de gravedad y tristeza.²² Así, el accionar represivo en manos de *los militares* hacia varios obreros y obreras fue el suceso más señalado, junto al desconocimiento sobre qué ocurrió con ellos/as

que tras el duro enfrentamiento que tuvieron con la Prefectura que se encontraba en la puerta, esta propuso que salieran las mujeres de la fábrica. Ellas, señaló Eugenio, se negaron para evitar que los varones fueran reprimidos, y salieron juntos varones y mujeres, les arrojaron balas de goma y gases lacrimógenos, pero no detuvieron a nadie.

²¹ En la mayor parte de estos trabajadores, las fuerzas de seguridad y las víctimas de la violencia estatal aparecieron singularizados como “otros”, ambos como protagonistas de los acontecimientos de *la época de los militares*.

²² En las conversaciones orales, la combinación de las palabras “se llevaron” o “se (lo/la/los/las) llevaron”, ha sido una manera usual de aludir a los secuestros y las desapariciones forzadas.

a partir de su detención. Asimismo, indicaron que a varios obreros/as no los vieron más y desconocen si fueron (o no) víctimas de la violencia estatal, o si lograron (o no) refugiarse o exiliarse. Con la afirmación *se llevaron* a muchos obreros, varios tendieron a no enunciar qué grupo específico los secuestró. En estos casos, como señala Portelli, la reiteración del verbo en voz pasiva y de manera impersonal genera la impresión de “una tragedia ineluctable donde no hay sujetos sino sólo víctimas [...] [y a] veces, la elisión de los sujetos sirve para eludir algunas responsabilidades y para agravar otras” (2003, p. 143). Se trató de una tragedia representada a veces sin sujetos, y otras con perpetradores y víctimas aludidos de manera genérica. En este sentido, los obreros y obreras tampoco tendieron a especificar cómo y por qué se los habían *llevado*, y quiénes eran concretamente los perpetradores y las víctimas. A medida que se les solicitó relatar más sobre dichos acontecimientos, los/as trabajadores/as identificaron principalmente a la Prefectura Naval como uno de los grupos que llevó adelante las detenciones, y algunos también señalaron a la Marina (la Armada Argentina). También indicaron haber presenciado o tener conocimiento de las detenciones en la puerta de la fábrica o de los secuestros consumados en algunos hogares de Berisso.

Presentaron los hechos represivos y los disciplinamientos del régimen dictatorial como externos a sus biografías personales, incluso cuando los mismos impactaron sobre ellas. En efecto, para una parte de la población argentina los hechos más trágicos del terrorismo de Estado “eran abstractos, lejanos, y [...] aún en el caso de quienes fueron testigos de algunos de ellos, permanecían como hechos aislados” (Águila, 2008, p. 341). Estos obreros y obreras construyeron la imagen de los/as desaparecidos/as como “otros” a partir de la genérica referencia hacia los obreros que *se llevaron*. Todorov (1987) distingue tres ejes para analizar la construcción de la alteridad: por un lado, el plano axiológico, donde se plantea un juicio de valor (bueno o malo; querible o no; igual o inferior); por otro lado, el praxeológico, que establece si en relación con el otro hay una acción de acercamiento o de alejamiento; y en tercer lugar, el epistémico, desde el que se indica si hay un conocimiento o una ignorancia (o indiferencia) de la identidad del otro.²³ Los que *se llevaron* como “otros” no solo fueron considerados distintos a su “nosotros” sino que,

²³ Como ejemplo del plano epistémico el autor señala a las relaciones de sumisión.

además, los mostraron como partícipes de una realidad ajena y alejada: como “otros” externos. Esta alteridad y extrañamiento condice con los aspectos característicos del “enemigo interno”, figura amplia y difusa contra la cual la dictadura dirigió su lucha de forma simbólica y material (Franco, 2011); en un contexto internacional de Guerra Fría, con la influencia de la Doctrina de Seguridad Nacional en Latinoamérica. Para varios trabajadores, la alteridad de los que se llevaron estuvo ligada en el plano axiológico a apreciaciones negativas de manera tácita y explícita. De esta forma, combinaron expresiones de pena por estos hechos de represión con valoraciones negativas sobre el accionar de las víctimas. Algunas de las apreciaciones negativas se encontraron implícitas en el señalamiento de que las víctimas *estaban metidas en algo*. Un halo de misterio e imprecisión rodea ese *algo*.

Muchas de las caracterizaciones y valoraciones sobre los que *estaban metidos en algo* se basaron en ciertas prácticas deslindadas de los intereses por los cuales las hacían, que es lo que daba sentido y contenido a sus acciones. La información brindada por estos obreros/as sobre las prácticas de los que *se llevaron* por estar *metidos en algo* los presenta como *revoltosos, delegados rebeldes, montoneros*.²⁴ Pero los motivos de la rebeldía y la acción gremial y política no fueron explicitados.

A pesar de que los entrevistados hayan presentado los hechos represivos y los disciplinamientos como alejados y externos, muchos aludieron aunque de modo implícito a vivencias propias ligadas a las prácticas de violencia del régimen. Pero tendieron a quitarle relevancia, colocaron en un segundo plano los hechos protagonizados por ellos/as mismos/as y no los consideraron como significativos para dar cuenta del régimen. Estas vivencias propias relegadas por los/as entrevistados/as muestran, sin embargo, indicios del disciplinamiento dictatorial en niveles menos explícitos y de intensidad más leve. Estos niveles permiten comprender de manera más integral el terrorismo de Estado y problematizar sobre los perjuicios e imposiciones que su incidencia generó en los y las obreros/as a quienes la intensa violencia estatal les pasó por al lado o repercutió de manera distinta de aquellos/as vivieron experiencias límites. Esta operación de desdibujar la especificidad e importancia de estas

²⁴ Montoneros era una organización política orientada al peronismo de izquierda, que promovía la lucha armada.

experiencias en la descripción de las particularidades del régimen es notoria en los relatos de Alberto, Ernestina y Fernando, analizados más arriba.

Varios operarios sostuvieron que a pesar de haber experimentado situaciones con temor, el gobierno militar no les trajo grandes cambios en sus vidas. Para Fernando su vida personal siguió buenos rumbos y solo durante unos meses padeció ciertas mudanzas en sus prácticas cotidianas (de lo cual evitó hablar al inicio). Al lado de las vivencias de sus compañeros/as que fueron víctimas, el terrorismo de Estado no impactó de modo disruptivo en la totalidad o en gran parte de las vidas de los trabajadores que no eran militantes de izquierda o que no tenían una participación muy activa en la práctica sindical y política. Las dimensiones de sus vidas —o una parte importante de ellas— mantuvieron varias regularidades o se encauzaron en nuevas formas de normalidad. En este sentido, para varios de los/as obreros/as cambiaron los modos de vivir algunos aspectos de sus vidas; es decir, se vieron modificados los horizontes de posibilidad y de limitaciones, por ejemplo, en las condiciones laborales y el accionar político y gremial. Para estos/as trabajadores/as quedó alterada, entre otras cuestiones, la intensidad del control diario, la posibilidad de que un accidente laboral fuera catalogado o no de sabotaje, la chance de poder reunirse a discutir y hablar de política y organizarse gremialmente, también la posibilidad de estudiar ciertas carreras, o los temores por las detenciones ilegales de los/as jóvenes obreros/as de la familia.

Estos disciplinamientos—algunos más sutiles y otros más profundos—con distintas modificaciones en los horizontes de posibilidad o alcances en las dimensiones de sus vidas, los desdibujaron desde un *nosotros* que *no estábamos metidos en nada*, a aducir que quienes *fueron llevados estaban metidos en algo*. Lo contrapuesto a *no estar metido en nada* no es estar metido en “todo”, sino *estar metido en “algo”*.²⁵ Tal como veremos, la valoración sobre ese *algo* en lo que estaban involucrados *otros* varía, al igual que las apreciaciones sobre “eso” en lo que *nosotros* “no estábamos metidos”.

²⁵ La frase “algo habrán hecho” (al igual que “por algo será”) está instalada en el sentido común y ha sido referida por la bibliografía sobre dictadura y sociedad (Caviglia, 2006; Franco, 2006; Novaro, 2006; Vezzetti, 2002). “Andar/estar metido en algo” es una frase que se ha utilizado también en otros países del Cono Sur de América como Chile, Uruguay y Brasil, durante sus respectivas dictaduras militares.

La identificación *no estar metido en nada* puede analizarse al menos en dos dimensiones: por un lado, considerando los sentidos dados a los límites identitarios entre *nosotros* y *ellos* (que es apenas un aspecto de la multidimensionalidad identitaria de estas personas);²⁶ por otro lado, en función de las valoraciones que la sustentan en referencia a los diversos pasados y el momento de las entrevistas. La valoración positiva del *no estar metido en nada* surgió de manera reiterada en las representaciones de estos obreros sobre el pasado de violencia política, paraestatal y estatal. A su vez, esta valoración fue reapropiada por algunos/as de ellos/as para aludir en alguna ocasión a una actitud despolitizada en otros tiempos históricos, posteriores a la última dictadura.

El hecho de que varios/as obreros/as hayan valorado positivamente que *no estaban metidos en nada* no significa que no hayan realizado prácticas gremiales ni que las despreciaran en toda la historia de los/as trabajadores/as de la carne. En efecto, algunos fueron activistas y/o delegados/as en los años setenta y otros participaron activamente en instancias de organización gremial en las décadas previas. Además, quienes dijeron que *no estaban metidos en nada* tuvieron diferentes valoraciones sobre las prácticas sindicales en los distintos momentos históricos.

Si bien no se mantuvo en el tiempo histórico la estructura de interacción que permitía una diferenciación identificatoria entre *estar metido en algo* y *no estar metido en nada*—traducible en el nivel del discurso estatal hegemónico de la época en *subversivo* y no *subversivo*—, el contenido valorativo asociado a estas identificaciones sí fue conservado. De ahí que registro una forma de violencia simbólica (en el sentido bourdieano) en la internalización de esa valoración por parte de estos entrevistados.²⁷

²⁶ Barth (1976) analizó los límites identitarios y postuló que la persistencia de los grupos identitarios es generada no solo por la conservación de ciertos criterios y señales de identificación, sino también por una estructura de interacción que permite la persistencia de las diferencias entre los grupos. A partir de ese hallazgo, este autor no enfocó su investigación en el contenido cultural sino en los límites sociales que definen a los grupos identitarios.

²⁷ Hay violencia simbólica cuando los dominados interpretan el mundo y se piensan a sí mismos con las categorías y/o la perspectiva de los dominantes. En este sentido, aceptan como legítima su condición de dominación aunque no de manera voluntaria sino tácitamente consentida, ya que las disposiciones que inclinan a los agentes sociales a esta complicidad son el efecto incorporado de la dominación (Bourdieu y Wacquant, 2005).

Las apreciaciones sobre “eso” en lo que los/as obreros/as postularon que no estaban involucrados, indican una variedad de sentidos. Al igual que otros, Manuel señaló que *no se metía en eso* de concurrir a las reuniones gremiales.²⁸ En el caso de Roberto, *eso* en lo cual *no se metía* era el activismo sindical, como por ejemplo la organización y adhesión voluntaria a las medidas de fuerza o la integración de listas gremiales de oposición a la conducción del sindicato. También Ernestina incluyó al activismo sindical entre las prácticas en las cuales —subrayó— no estuvo *metida*. Si bien ella no señaló con precisión tales acciones, expresó su rechazo a las huelgas del último tiempo en la fábrica y su recuerdo de la militancia gremial de su vecino, que fue detenido y secuestrado por los militares.

En otros relatos, la idea *estar metido en eso* incluye la participación política. Tomás señaló que no se metía “en política” ni “con la política” de los demás: “Yo en política nunca me metí, ni me metía, ni iba, ni nada por el estilo y con la política de cada uno no me metí nunca [...] si es radical, pero-nista o comunista allá él” (Entrevista a Tomás, 21 y 30 de marzo de 2011). De este modo, Tomás subrayó que no se identificaba política o ideológicamente y no se interesaba por las elecciones de este tipo en los demás. Otro desplazamiento del sentido asignado al término en cuestión puede encontrarse en los relatos de Daniel y Fernando: *eso* en lo cual consideraron que no estaban involucrados es la militancia político-partidaria de izquierda, ejercida por varios compañeros suyos.

Algunos de los trabajadores que afirmaron que *no estaban metidos en nada* plantearon que los que *estaban metidos en algo* eran “montoneros” y que había varios en la fábrica.²⁹ Estos obreros, sumados a otros dos que no adscribieron al *no haber estado metido en nada*,³⁰ por un lado tendieron a englobar bajo el rótulo de “montonero” a toda la militancia de izquierda, y por otro, reiteraron esa identificación política a la hora de referirse particularmente a la militan-

²⁸ Manuel ingresó al frigorífico Armour con catorce años de edad antes del golpe de 1955. Más adelante, la empresa lo trasladó a Swift y lo empleó como personal de Protección (vigilancia de la planta).

²⁹ A excepción de Fernando, quien compartía las ideas con los militantes de la izquierda no armada.

³⁰ Uno es Benito, que fue un delegado alineado con la conducción gremial, y otro es Carlos, quien indicó que no participaba políticamente.

cia armada.³¹ Para estos entrevistados, muchos de los que “se llevaron” eran militantes armados. Esta primacía de la imagen de los militantes armados o de los montoneros coincide con la propaganda dictatorial (y con la de los medios masivos de comunicación desde 1975) que agrandaba la presencia de la *subversión* armada y la incidencia de sus acciones para justificar así sus políticas de represión en nombre de la *seguridad nacional* (Franco, 2011 y 2012). Algunas valoraciones de ese lenguaje pudieron haberse conservado en los años sucesivos a través de resignificaciones y resemantizaciones sobre ese pasado; es decir, que las valoraciones políticas pudieron haber atravesado un proceso de sedimentación histórica. Considero que quizás este proceso es un elemento que permite comprender el hecho de que estos obreros hayan enfatizado la centralidad de la figura del militante armado, representada bajo la categoría de *montonero*.

Si bien Daniel y Fernando—los entrevistados que en la década de 1970 fueron activistas con orientación de izquierda— también plantearon la centralidad del militante armado, presentaron a los que *estaban metidos en algo* de manera más personalizada y en vinculación a los demás trabajadores en comparación con las representaciones de los otros entrevistados. Los dotaron de prácticas y sentidos de acción concretos, orientados a la persecución de objetivos políticos e ideológicos revolucionarios, dirigidos a mejorar las condiciones de vida; objetivos vinculados siempre a los intereses de los/as demás trabajadores/as, con quienes articulaban prácticas gremiales. Estos dos activistas rememoraron con énfasis los sucesos de violencia paraestatal y estatal, y los vincularon a las medidas de acción y a tensiones sindicales, al igual que los militantes de izquierda. Según sus interpretaciones, la represión se dirigió hacia los obreros “más agitadores” y tuvo por objetivo la disolución de la conflictividad gremial que —creían— estaba motorizada por los grupos opositores a la conducción sindical.³²

³¹ Por otra parte, si bien el foco principal de las prácticas *subversivas* para el discurso dictatorial lo encarnaban los militantes armados, los términos *subversión* y *terrorismo* (propios del discurso oficial dictatorial) abarcaban a una población de límites ambiguos. Las fuerzas represivas dirigieron su accionar contra activistas y militantes de distintos ámbitos. Como el político-partidario, el sindical, el estudiantil, el barrial, los intelectuales fueron considerados por el discurso oficial como *ideólogos de la subversión*, o los familiares y amigos de las víctimas.

³² La oposición estaba compuesta por activistas y militantes de izquierda así como del pero-

Por otro lado, algunos/as obreros/as mostraron como opuestos los valores de la cultura del trabajo con los del activismo político y/o gremial. Ellos/as justificaron su postura de *no estar metidos en nada* a partir de los primeros, como la valoración positiva de la disciplina laboral y del esfuerzo propio, y de la importancia de mantener a la familia con el dinero resultante de la dedicación en el trabajo.

Cabe agregar que la contraposición entre la organización y la lucha gremiales y la disciplina laboral en el ámbito de la cultura del trabajo es anterior a la última dictadura, y desconocemos si también lo es la noción de *no estar metido*. Lo que registro a partir del análisis de los relatos es que los/as entrevistados/as se apropiaron de esa postura política para identificar su posición en la *época de los militares* (pero no en tiempos históricos previos) y significaron esa contraposición entre participación gremial y disciplina laboral por medio del valor de *no estar metido*. En este sentido, podría tratarse de uno de los modos en que la contraposición nombrada fue resignificada a través de los procesos históricos.

Un hallazgo inquietante en relación con la valoración positiva de *no estar metido en nada* es que algunos/as trabajadores/as señalaron haber preservado ese comportamiento político en otros contextos históricos, posteriores al dictatorial. La conservación del valor de *no meterse* como pauta de comportamiento reactualizada en otros contextos, devela un pasaje desde la imposición disciplinaria hacia su interiorización. En términos eliasianos, un desplazamiento de la coacción a la autorregulación o autodisciplinamiento (Elias, 1989). Este proceso se advierte de manera más evidente en aquellas antiguas obreras que manifestaron la importancia y la apreciación positiva de haber transmitido a sus hijos/as el valor de no involucrarse en prácticas políticas. En este sentido, se registra una huella del efecto residual y a largo plazo de la reapropiación del valor de *no meterse*, impuesto por el régimen militar; aunque también producto histórico de construcciones valorativas previas y ulteriores al régimen, que rechazan y desalientan la participación política a la vez que promueven y estimulan el esfuerzo y la disciplina laborales.³³

nismo ortodoxo. Entre los motivos de este accionar recordaron el aumento de salarios y las luchas contra el vaciamiento de la planta.

³³ El valor de *no meterse* en los relatos de los trabajadores, estuvo vinculado de modo significativo a la *época de los militares*.

En consecuencia, se trata de una doble sedimentación histórica. Por un lado, de aquellas valoraciones cargadas de una violencia simbólica que fueron aludidas por los y las obreros/as para referirse a sus experiencias en aquel pasado. Por otro lado, del valor de *no meterse* que operó en otros momentos históricos y fue transmitido de manera intergeneracional.

La valoración negativa de algunos/as trabajadores/as hacia la posición de *estar metido en algo* también se trasluce, en parte, en el rechazo generalizado hacia ciertas acciones emprendidas por quienes incluyen en este grupo, ligadas a una idea de desorden social: ya sea por utilizar cierta violencia contra la maquinaria del establecimiento, por provocar *desmanes* y *desperdicios* en los conflictos gremiales, por hacer huelga e impedir que los/as demás obreros/as fueran a trabajar, o por llevar adelante acciones armadas.³⁴ Sin embargo, estas generalizaciones variaron cuando describieron a obreros particulares, que *estaban metidos en algo*.

Así ocurrió una diáfana mañana con Tomás, en su casa ubicada a tres cuerdas del esqueleto de Swift, cuando me contó con cierto fastidio que “la fábrica te pagaba para que trabajes, [...] no te pagaba para que hagas en el baño o en algún determinado rincón una reunión por tu partido. Vos, si querías hacer algo, hacelo fuera del trabajo”. A su vez, expresó que “en los grupos que ellos se llevaban había buenos y había malos” ya que, prosiguió explicando, “los militares ¿cómo decirte? Yo sé que ha caído gente que no tenía nada que ver [...], pero ha caído gente que tenía que ver”. Así, algunos obreros de Swift reconocieron y cuestionaron las equivocaciones de los militares al llevarse *gente que no tenía nada que ver*, porque eran los *buenos*, pero no cuestionaron las detenciones de los que sí *tenían que ver* ni sus trágicos destinos, porque eran los *malos*. De esta manera, varias generalizaciones formuladas por los/as obreros/as a partir de categorías como montoneros, revoltosos, delegados rebeldes, fueron acompañadas por valoraciones negativas que remiten a actitudes dañinas y a su potencial peligrosidad, reproduciendo las valoraciones impuestas por el régimen dictatorial que justificó su accionar represivo.

³⁴ Como señala Franco (2012), sin lugar a dudas “la categoría de lo ‘subversivo’ perdió legitimidad porque se ha instalado un discurso hegemónico fuertemente sancionador y receloso sobre su uso, pero eso no implica que hayan desaparecido los sentidos políticos que encarna” (p. 311).

No obstante, cuando algunos de estos trabajadores de Swift evocaron a un obrero que consideraron entre los que *estaban metidos en algo*, pero con quien habían tenido un vínculo próximo, los recuerdos fueron sustantivamente distintos. Las relaciones personales de algunos antiguos obreros con quienes *estaban metidos en algo* fueron de diverso tipo: de parentesco, como en el caso de Aurelia y Emilio con Humberto, el cuñado de ella; de amistad, entre Fernando y Cabello; de compañerismo laboral, como Tomás con Pichila; de compañerismo como activistas gremiales, entre Daniel y Pichila.

Aurelia y Emilio elogiaron al ya mencionado Humberto, que era un activista sindical montonero, por haber sido una buena persona y un delegado muy dedicado que “jamás robó [y] [...] siempre estaba a favor del obrero, del compañero de él” (Entrevista a Emilio, Aurelia y Maria, 9 de marzo de 2011).³⁵ Por el contrario, cuando se refirieron en términos generales a los montoneros o a los *sindicalistas* posteriores a los dos primeros gobiernos peronistas, los repudiaron.

Humberto y otros obreros fueron pensados como pares, no como “otros”, y así se enfatizaron sus valoraciones positivas sobre ellos. Tomás resaltó que para él Pichila Fonseca “era un excelente compañero” con quien compartió mucho en el frigorífico. Paradójicamente, los mismos obreros que fueron incluidos dentro del grupo connotado en forma negativa, fueron elogiados a la hora de ser mencionados en términos individuales. Por lo tanto, la generalización y la despersonalización bajo las categorías montoneros, revoltosos y delegados rebeldes reforzaron la percepción de estos trabajadores como “otros”, exteriores y estigmatizados.³⁶ Como vimos, en ciertos casos esta operación incluyó la legitimación tácita —al no ser cuestionada— de la violencia estatal hacia el grupo.

³⁵ Emilio se desempeñó en Armour hasta ser echado y luego, desde mediados de la década de 1960, ingresó a trabajar en la sección de Mantenimiento de Swift. Se identificó políticamente como peronista. En el frigorífico conoció a Aurelia, su esposa. Humberto fue detenido en la última dictadura en un operativo llevado a cabo en la casa de sus suegros, los padres de Aurelia. Más tarde lo liberaron y murió al poco tiempo. Según Aurelia, tras ser puesto en libertad se mantuvo desanimado y enfermo, sin esperanzas.

³⁶ A su vez, a la hora de juzgar y posicionarse políticamente en su interpretación sobre la violencia estatal fueron definitorias las categorías generales y despersonalizadas que emplearon para referir a las víctimas, no así las apreciaciones sobre las personas de su entorno cercano.

El operario Cabello

Fue horrible, aparecían compañeros en La Balandra, asesinados [...] además, muy torturados, muy quemados, les hacían atrocidades a los cuerpos, muy feas.

Entrevista a Vicente, 14 de diciembre de 2010, La Plata³⁷

El 13 de septiembre de 1976 fueron asesinados los obreros Cabello y Navarro.³⁸ El hecho se conoció cuando encontraron sus cuerpos dentro de un auto quemado en la costa berissense del Río de La Plata, en La Balandra. La mayoría de los entrevistados recordó este acontecimiento con tristeza, y solo Benito mencionó que dentro del auto también hubo una tercera víctima de Swift, apellidada Barrientos.

Benito contó que se encontraba frecuentemente con Cabello, Navarro y Barrientos en el comedor y en “la Paritaria”, aquella oficina donde se reunían los representantes del sindicato y los delegados. Los recordó como “tres muchachos extraordinarios” que seguían las direcciones del PST y no eran “revoltosos”. A su modo de ver, los tres tenían una participación menos activa que otros. Benito narró que una tarde en el sindicato, Cabello solicitó un préstamo para viajar “porque habían ido a la noche a buscarlo dos [autos Ford] Falcon”. Luego agregó: “vos fijate cómo lo tenían vigilado que, se va del sindicato y al otro día [...] nos enteramos por gente del lugar, que en la Balandra aparecieron tres cuerpos” (Entrevista a Benito, 29 de febrero de 2012).

Muchos hechos y nombres asociados a la represión circularon de boca en boca en aquellos años, pero el nombre de Cabello fue el que más se repitió en las entrevistas. Desde aquellos que lo evocaron y describieron con sumo detalle, hasta otros que exclamaron “¡cómo me suena!” y hurgaron con insistencia en sus recuerdos para buscar el sentido de ese nombre que se les hacía presente. En cambio, los nombres de Navarro y Barrientos no repercutieron con tanta intensidad.

³⁷ Vicente arribó a La Plata con aproximadamente 18 años de edad para realizar sus estudios universitarios, y a inicios de la década del setenta comenzó a militar en las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) y en el Peronismo de Base (PB). Hacia 1972 desarrolló militancia territorial en el Barrio Obrero de Berisso y desde la agrupación tomaron la decisión de que ingresara al frigorífico.

³⁸ Documento de la “Comisión de Memoria, Recuerdo y Compromiso de la ciudad de Berisso”.

Las víctimas con nombre, encarnadas, fueron por un lado aquellas que, como vimos, *estaban metidas en algo* y tenían un vínculo personal con algunos entrevistados, entre ellos Humberto y Pichila. Las otras víctimas nombradas fueron Cabello y Trinidad, ambas evocadas por varios entrevistados, inclusive por quienes apenas los conocían de vista o solo habían escuchado hablar de lo sucedido. Sin embargo, las dos muertes no tenían el mismo signo. Trinidad era gerente de Relaciones Industriales (gerente de Personal) y murió a manos de una organización armada el 21 de junio de 1976 en la puerta de su casa;³⁹ en cambio, varios sospechan que a Cabello lo mató algún grupo que respondía al gobierno dictatorial.⁴⁰ Paradójicamente, este último fue el más recordado como víctima de la represión aun cuando su muerte no simboliza ni responde a la forma generalizada de la acción represiva. Un dato importante para comprender esta relevancia es que Cabello no fue considerado igual a los activistas que *se llevaron*.

El asesinato de Cabello fue un hecho significativo en la vida cotidiana de Swift. Vicente recordó que generó un gran impacto, porque ninguna de las dos personas asesinadas eran identificadas como posibles víctimas de la represión. Navarro militaba en el PST y, según Vicente, tenía dos trabajos (además del frigorífico, trabajaba de mozo en el Jockey Club de Punta Lara) por lo que creía que no tenía mucho tiempo para dedicarle a la militancia. Para Vicente, era un activista que no tenía una participación tan intensa como la de otros militantes políticos y delegados.

Navarro era compañero de Cabello, pero no se lo consideraba entre los obreros que *no estaban metidos en nada*. Sobre la base de los indicios explorados en los relatos, es posible vislumbrar que el hecho de que el blanco del terrorismo de Estado se acercara aún más a quienes tenían menor participa-

³⁹ Ver al respecto: Diario El País, 22.06.1976, España. En línea: https://elpais.com/diario/1976/06/22/internacional/204242404_850215.html. Los trabajadores entrevistados que aludieron a la muerte de Osvaldo Trinidad, adjudicaron el hecho a los montoneros (Entrevistas a Carlos, 1° de junio de 2012, Berisso; entrevista a Emilio, Aurelia y María, 9 de marzo de 2011, Berisso; entrevista a Roberto, 30 de marzo de 2011, Berisso). Otro gerente de Swift ejecutado fue Oscar Héctor Fiora, el día 19 de junio de 1976. Los dos gerentes, Trinidad y Fiora, vivían en Ensenada y fueron interceptados de madrugada en la puerta de sus respectivas casas, cuando se dirigían hacia la fábrica (Diario El Día, 22 de junio de 1976).

⁴⁰ Para otros trabajadores, Cabello fue asesinado por alguna organización armada de derecha que operó en el gobierno de María Estela Martínez de Perón.

ción política y gremial o menor grado de activismo, volvió más delgada o difusa la frontera entre los que *estaban metidos en algo* y los que *no estaban metidos en nada*. El asesinato del joven Cabello generó miedo en varios/as obreros/as, especialmente porque resquebrajó la idea de que solo los y las militantes de izquierda eran el blanco de la represión. La dirección de la represión hacia alguien incluido en el grupo de quienes *no estaban metidos en nada* implicó que los/as obreros/as se vieran como posibles víctimas en el horizonte de posibilidades inaugurado por el asesinato de Cabello. De esta manera, la muerte de este último volvió difuso el límite entre *ellos* y *nosotros*. Tras el asesinato de Cabello la inestabilidad de esta frontera resulta patente.

A modo de conclusión

Este estudio focaliza en trabajadores y trabajadoras que no fueron víctimas directas del accionar represivo, tampoco sindicalistas ni militantes de izquierda durante la década de 1970, y por ello analizo dimensiones que han sido escasamente abordadas. Mi interés se orienta a generar un aporte a las investigaciones respecto a clase obrera y dictadura, y sobre memorias y huellas de aquel pasado. Asimismo, pretendo contribuir con los análisis no simplificadores acerca de la configuración múltiple de identidades, posiciones, actitudes, valores y creencias de la clase obrera.

Considerando que realicé las entrevistas entre 2010 y 2012 —es decir, en un contexto nacional de notable legitimidad del discurso sobre derechos humanos y presencia de políticas de la memoria impulsadas por el gobierno kirchnerista (2003-2015)—, resulta notorio que el discurso de los derechos humanos hegemónico y las interpretaciones sobre la última dictadura de diversos sectores de la sociedad, careció de una preponderancia significativa en los relatos sobre el pasado reciente que construyeron aquellos/as entrevistados/as que no fueron militantes de izquierda.⁴¹ Los relatos de estos obreros y obreras pueden vincularse con la interpretación hegemónica que imperó en los años ochenta del siglo XX, ya que la externalidad en las apreciaciones de

⁴¹ En relatos de militantes de izquierda sí apareció el discurso de derechos humanos con una acentuada legitimidad, ligada a su lucha por la memoria, la verdad y la justicia por sus compañeros/as desaparecidos/as y asesinados/as. El gobierno kirchnerista abarca la presidencia de Néstor Kirchner (2003-2007) y las de Cristina Fernández de Kirchner (2007-2011 y 2011-2015).

los/as trabajadores/as presenta cierta analogía formal con el lugar que ocupa la noción de *sociedad inocente* en la teoría de los dos demonios. Sin embargo, existe una diferencia fundamental: en este caso, la mayoría de los/as entrevistados/as no manifestó miedo a ambos “demonios”.⁴² Los/as operarios/as asociaron las situaciones de temor solo al proceder de los agentes represores y no al de la izquierda armada. El empleado jerárquico manifestó haber temido a las organizaciones armadas, pero no a las fuerzas de seguridad. Únicamente el dirigente gremial Benito y, según sus apreciaciones, también los demás miembros de la conducción sindical, tuvieron miedo de las organizaciones armadas de izquierda así como de los militares.

Si luego de más tres décadas varios obreros y obreras de Swift indicaron que *no estaban metidos en nada* y tendieron a rechazar el ejercicio de la violencia tanto de los militares como de las organizaciones armadas, sostengo, en concordancia con las reflexiones de Tedesco (2010) y Robben (1999), que esa posición, en vez de ser considerada como de pasividad o de indecisión, puede indicar una postura moral frente a la violencia que difiere de la de los otros dos actores. Estos autores reflexionaron sobre la postura de *no meterse*. Tedesco (2010) sostiene que la imagen de sí mismos que construyeron los vecinos de la Primera Sección del barrio Santa Isabel (ciudad de Córdoba) como *gente trabajadora y tranquila, que no se metía en nada* no indica una actitud apática o de descompromiso, sino su decisión de ocupar una posición considerada por ellos moralmente correcta y distinta de las posturas de los guerrilleros y los militares, ya que implica un alejamiento de la violencia y del uso de armas. Esta afirmación se inspira en la indagación de Robben (1999) sobre el lugar de los civiles en el contexto de la década de 1970. Este autor subraya que la postura de *no meterse* conlleva la elección de mantenerse al margen de la violencia y de construir una postura moral activa contraria a la violencia, que se diferencie de las dos alternativas dicotómicas protagonizadas por las organizaciones guerrilleras y las fuerzas armadas. En este sentido, se resistían a ser incluidos en la oposición binaria militares-guerrilla y no conformaban un tercer lugar separado.⁴³

⁴² Sobre la teoría de los dos demonios véase Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas –CONADEP– ([1984] 2006) y Crenzel (2008).

⁴³ Es decir que se posicionaban como *undecidables*, en vinculación al concepto de Derrida, que

Sin embargo, para los/as obreros/as entrevistados/as, quienes *estaban metidos en algo* no fueron exclusivamente militantes de las organizaciones armadas. Además, como señalé, las valoraciones morales y políticas de los/as trabajadores/as sobre ese grupo fueron diversas. A su vez, algunos igualaron la violencia estatal con la política de las organizaciones armadas, y otros no. Por lo tanto, si bien compartieron el rechazo a la violencia, sus valoraciones sobre ese pasado fueron sumamente heterogéneas.

Dado que Swift fue un espacio laboral que sufrió una fuerte represión, sostengo que la ajenidad y pasividad política o gremial a la que aludieron los y las obreros/as, ya fuera el desinterés por estar informado o no realizar determinadas acciones, no significó una actitud apática o de falta de compromiso. Pero sí pudo haber estado ligada a otras actitudes sociales dentro del heterogéneo grupo de trabajadores/as que se autoidentificó como los que *no estaban metidos*, ya fuera de resignación, disconformidad pasiva o quizás, en algún caso, de consentimiento pasivo hacia la imposición de orden del régimen, dada la sensación de tranquilidad que, como vimos, Roberto y Tomás refirieron para esos años, sumada a sus valoraciones negativas sobre los que *estaban metidos en algo*. Recordemos que en ningún momento estos/as obreros/as aprobaron la apelación a la fuerza; por ende, tampoco la violencia estatal y menos aún las dimensiones que cobró.

La auto identificación de los/as trabajadores/as como quienes *no estaban metidos en nada* nos da un indicio de la internalización de un principio de clasificación social y de algunas valoraciones sobre su propia conducta así como sobre la de otros/as, acordes al discurso oficial de la dictadura. La reapropiación de este principio y de las valoraciones se dio de modo heterogéneo entre los/as entrevistados/as.

Si bien las clasificaciones identificatorias *no estar metido en nada* y *estar metido en algo* en una primera instancia aparecen como unívocas, en su análisis a través de las representaciones de obreros con distintas trayectorias políticas y gremiales, advierto que son utilizadas con sentidos diversos, por lo cual presentan ambigüedades. La auto identificación como los que *no estaban*

implica la resistencia a ser incluido en las oposiciones binarias, sin conformar un tercer término por separado. Robben (1999) afirma que describir como *undecidables* a las personas que no estuvieron alineadas con uno de los dos polos, permite no atribuirles necesariamente una actitud de indecisión, pasividad o parálisis.

metidos en nada agrupa a trabajadores/as con valoraciones y sentidos sobre la época de los militares distintos entre sí: incluye a quienes consideraron que parte de los/as desaparecidos/as de la fábrica eran compañeros/as suyos; a quienes valoraron negativamente las acciones de aquellos que *se llevaron*; a quien justificó tácitamente la represión hacia los militantes armados, o hasta a aquel que fue torturado por un supuesto sabotaje.

El carácter ambiguo y difuso del blanco de la represión surgió en las representaciones de los/as obreros/as cuando caracterizaron a los que *se llevaron*. Posiblemente la reapropiación del contenido valorativo central vinculado a la clasificación *estar metido en algo/no estar metido en nada*—es decir, la desmovilización y la despolitización—fue efectiva debido a que la ambigüedad del blanco represivo fue interpretada por los/as trabajadores/as sobre la base de su realidad y conocimientos ligados a sus trayectorias políticas y gremiales. En este sentido, la ambigüedad pudo haber posibilitado de un modo más permeable que obreros/as con valoraciones heterogéneas hayan dotado de distintos sentidos políticos a la clasificación en cuestión, aunque concordado en el núcleo del contenido valorativo.

La represión dictatorial fue selectiva y a la vez tuvo la pretensión de atemorizar y disciplinar a amplios sectores de la población incluyendo a los/as obreros/as industriales. El análisis realizado muestra indicios de diversas vivencias atravesadas por el particular contexto represivo, protagonizadas por aquellos/as trabajadores/as que no fueron militantes de izquierda. Estas experiencias fueron distintas según las actividades políticas y sindicales que realizaban, el lugar que ocupaban en la fábrica y la contingencia ligada a las condiciones de posibilidad regladas por el régimen militar. Estos elementos influyeron en los modos en que el disciplinamiento político impactó en cada una de las dimensiones de sus vidas. Carlos ocupaba un lugar jerárquico en la fábrica y Benito en el sindicato; el primero no expresó haber temido a los militares y el segundo indicó que el accionar sindical se vio constreñido. Daniel y Fernando participaron en el ámbito sindical junto con militantes de izquierda, a quienes consideraron sus compañeros/as, y el temor a las detenciones y secuestros los llevó a cambiar aspectos de algunas dimensiones de sus vidas. Sin embargo, Daniel y Fernando se diferenciaron de los/as militantes cuando subrayaron que *no estaban metidos en nada* y desdibujaron los cambios

que experimentaron debido a las prácticas del régimen. Alberto y Ernestina evocaron los sucesos de disciplinamiento ligados a sus vivencias como acontecimientos determinados por la contingencia (les pasó, pero podría haberle sucedido a otros/as) en el marco de las nuevas condiciones de posibilidad generadas por la dictadura, pero ambos tendieron a desdibujar la incidencia de las prácticas de control y represión en sus vidas.

La disciplina no fue impuesta solamente sobre los/as *revoltosos* o los/as que *estaban metidos en algo* sino también contra quienes tenían conductas antipatronales y/o indisciplinadas.⁴⁴ El desdibujamiento o invisibilización que efectuaron los/as obreros/as tanto respecto a la importancia de las prácticas que formaban parte de un nivel menos explícito de disciplinamiento como al lugar que ellos/as mismos y otros/as trabajadores/as tuvieron en el proyecto militar de reorganización nacional, los hizo colocarse como actores externos a las situaciones de instauración de orden. Como si no hubieran sido también sujetos a disciplinar.

Referencias bibliográficas

- Abós, A. (1984). *Las organizaciones sindicales y el poder militar (1976-1983)*. Buenos Aires: CEAL.
- Águila, G. (2008). *Dictadura, represión y sociedad en Rosario, 1976-1983*. Buenos Aires: Prometeo.
- Badenes, D. (2007). *Imaginario militar / imaginario universitario en el espacio urbano. La proyección del B.I.M. 3 como espacio de memoria*. Trabajo final realizado para el Seminario de Imaginarios Posdictatoriales, FaHCE-UNLP, inédito.
- Baschetti, R. (2013) “Prólogo acotado para una investigación extensa”, en Cecchini, Daniel y Elizalde Leal, Alberto, *La CNU. El terrorismo de Estado antes del golpe*. Miradas al Sur: CABA. Recuperado de: <http://www.robertobaschetti.com/pdf/prologos/PROLOGO%20PARA%20CNU%20Y%20EL%20TERRORISMO%20DE%20ESTADO....pdf>. Fecha de consulta: 27/09/2017
- Barragán, I. (2011). *Acción obrera durante la última dictadura militar, la represión en una empresa estatal. Astillero Río Santiago (1974-1984)*.

⁴⁴ Para ampliar véanse, entre otros, Águila (2008) y Dicosimo (2009).

- En Basualdo, V. (Coord.), *La clase trabajadora argentina en el Siglo XX: Experiencia de lucha y organización*. Buenos Aires: Cara o Ceca.
- Barth, F. (1976). *Los grupos étnicos y sus fronteras*. México: FCE.
- Basualdo, V. (2006). Complicidad patronal-militar en la última dictadura argentina: los casos de Acindar, Astarsa, Dálmine-Siderca, Ford, Ledesma y Mercedes Benz. *Revista Engranajes*, 5.
- Bourdieu, P. y Wacquant, L. (2005). *Una invitación a la sociología reflexiva*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bretal, E. (2014). *La época de los ingleses, la época de los militares y la época del cierre. Representaciones y clasificaciones sociales de los ex-obreros del frigorífico Swift de Berisso*. (Tesis de Maestría). Universidad Nacional de General Sarmiento-Instituto de Desarrollo Económico y Social, Argentina.
- Caviglia, M. (2006). *Dictadura, vida cotidiana y clases medias*. Buenos Aires: Prometeo.
- Chaves, G. L. (2007). Las luchas sindicales contra El Proceso. 1976-1980: Cinco Años de Resistencia. Recuperado de www.bibliotecacta.org.ar/bases/pdf/BCD00003.pdf
- Crenzel, E. (2008). *La historia política del Nunca Más. La memoria de las desapariciones en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP) ([1984] 2006). *Nunca Más. Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Delich, F. (1982). Después del diluvio, la clase obrera. En Rouquié, A. (Comp.), *Argentina hoy*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Dicósimo, D. (2009). Indisciplina y consentimiento en la industria bonaerense durante la última dictadura militar. *Sociohistórica*, 23/24.
- Elias, N. (1989). *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Falcón, R. (1996). La resistencia obrera a la dictadura militar (Una reescritura de un texto contemporáneo a los acontecimientos). En: H. Quiroga y C. Tcach (Comps.), *A veinte años del golpe. Con memoria democrática*. Rosario: Homo Sapiens Ediciones.
- Fernández, A. (1985) *Las prácticas sociales del sindicalismo (1976-1982)*, Buenos Aires: CEAL.
- Franco, M. (2006). Narrarse en pasado. Reflexiones sobre las tensiones de

- algunos relatos actuales del exilio. *Revista Sociedad*, 25. Recuperado de www.sociales.uba.ar/wp-content/uploads/15-Exilio-Marina-Franco.pdf.
- Franco, M. (2011). En busca del eslabón perdido: reflexiones sobre la represión estatal de la última dictadura militar. *Estudios*, 25.
- Franco, M. (2012). *Un enemigo para la nación. Orden interno, violencia y "subversión", 1973-1976*. Buenos Aires: FCE.
- Grüner, E. (1997). *Las formas de la espada*. Buenos Aires: Colihue.
- Isla, A. (1999). El terror y la producción de sentidos. *Revista de Investigaciones Folclóricas*, 14, 36-46. Recuperado de www.naya.org.ar/ifa/publicaciones/RIF14.pdf
- Izaguirre, I. (2009). *Lucha de clases, guerra civil y genocidio en la Argentina 1973-1983*. Buenos Aires: Eudeba.
- James, D. (2004). *Doña María. Historia de vida, memoria e identidad política*. Buenos Aires: Manantial.
- Kershaw, I. (2009). *Hitler, los alemanes y la solución final*. Madrid: La Esfera de los Libros.
- Lobato, M. (2004). *La vida en las fábricas. Trabajo, protesta y política en una comunidad obrera, Berisso (1904-1970)*. Buenos Aires: Prometeo.
- Lorenz, F. (2007). *Los zapatos de Carlito. Una historia de los trabajadores navales de Tigre en la década del '70*. Buenos Aires: Norma.
- Lvovich, D. (2008). Actitudes sociales y dictaduras: las historiografías española y argentina en perspectiva comparada. *Revista Páginas*, 1(1), 29-49.
- Munck, R. (1982). Reestructuración del capital y recomposición de la clase obrera en Argentina desde 1976. En B. Galitelli y A. Thompson (Comps.), *Sindicalismo y Regímenes militares en Argentina y Chile*. Amsterdam: CEDLA.
- Novaro, M. (2006). *Historia de la Argentina Contemporánea*. Buenos Aires: Edhasa.
- Passerini, L. (2009). *Fascism in Popular Memory*. Inglaterra: Cambridge University Press.
- Portelli, A. (1993). El tiempo de mi vida: las funciones del tiempo en la historia oral. En J. Acevedos Lozano (Ed.), *Historia Oral*. México: Instituto Mora.
- Portelli, A. (2003). *La orden ya fue ejecutada: Roma, las fosas Ardeatinas, la memoria*. Buenos Aires: FCE.
- Portelli, A. (2016). *Historias orales: Narración, imaginación y diálogo*. La Plata: FaHCE-UNLP/Rosario: Prohistoria Ediciones.

- Pozzi, P. (1988). *Oposición Obrera a la Dictadura*. Buenos Aires: Contrapunto.
- Robben, A. (1999). The Fear of Indifference: Combatants Anxieties about the Political Identity of Civilians during Argentina's Dirty War. En K. Koonings & D. Kruijt (Eds.), *Societies of Fear: The Legacy of Civil War, Violence and Terror in Latin America*. New York: ZedBooks.
- Ramírez, A. y Merbilhaá, M. (2015). *Memorias del Bim: biografías*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata.
- Saz, I. (1999). Entre la hostilidad y el consentimiento. Valencia en la posguerra. En I. Saz y J. Gómez Roda (Eds.), *El franquismo en Valencia. Formas de vida y actitudes sociales en la posguerra*. Valencia: Episteme.
- Tedesco, G. (2010). "Aquí es toda gente trabajadora...". *Experiencias cotidianas y memorias sobre el pasado reciente en un barrio de la ciudad de Córdoba*. (Tesis de Doctorado). Universidad Nacional General Sarmiento – Instituto de Desarrollo Económico y Social.
- Todorov, T. (1987). *La Conquista de América: El problema del otro*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Vezzetti, H. (2002). *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Villarreal, J. (1985). Los hilos sociales del poder. En E. Jozami, P. Paz y J. Villarreal. *Crisis de la dictadura argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Weber, M. (1964). *Economía y sociedad: Esbozo de sociología comprensiva*. México: FCE.
- Área de Economía y Tecnología (AEYT) de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS), Programa Verdad y Justicia (PVJ) y Secretaría de Derechos Humanos (SDH) del Ministerio de Justicia y Derechos Humanos de la Nación (2015). *Responsabilidad empresarial en delitos de lesa humanidad. Represión a trabajadores durante el terrorismo de Estado*. Buenos Aires: Infojus.

Fuentes y entrevistas

Entrevistas

- Entrevista a Alberto. Berisso, 28 de febrero de 2012.
- Entrevista a Beatriz y Rosa, 12 de mayo de 2010.
- Entrevista a Benito. La Plata, 29 de febrero de 2012 y 12 de marzo de 2012.
- Entrevista a Carlos. Berisso, 31 de mayo de 2010 y 1 de junio de 2012.

- Entrevista a Daniel. Berisso, 8 de mayo de 2010.
Entrevista a Emilio, Aurelia y María. Berisso, 9 de marzo de 2011.
Entrevista a Enrique y Lucía. Ensenada, 19 de marzo de 2011.
Entrevista a Ernestina. Berisso, 22 de julio de 2010.
Entrevista a Eugenio. La Plata, 5 de enero de 2012.
Entrevista a Fernando. Berisso, 8 de mayo de 2010.
Entrevista a Gaspar. La Plata, 23 de marzo de 2012.
Entrevista a Manuel. Berisso, 10 de mayo de 2010.
Entrevista a Pedro. Berisso, 14 de octubre de 2011.
Entrevista a Roberto. Berisso, 7 de mayo de 2010 y 30 de marzo de 2011.
Entrevista a Tomás. Berisso, 21 de marzo de 2011 y 30 de marzo de 2011.
Entrevista a Vicente. La Plata, 14 de septiembre de 2010.
Entrevista a José. Berisso, 25 de marzo de 2011.

Documentos

- Actas de la Comisión Directiva del Sindicato de Obreros y Empleados de la Industria de la Carne Armour-Swift de Berisso, 1966-1976.
Documento con los resultados del censo realizado por la “Comisión de Memoria, Recuerdo y Compromiso de la ciudad de Berisso”.
Documentos del Archivo de la ex-DIPBA, Mesa B “Factor Gremial”, Carpeta 16, Legajo N°11, Tomos Tomo VI y VII.

Artículos periodísticos

- Diario *El Día*, 22/06/1976.
Diario *El País*, 22/06/1976.

Violencia política, memoria y género: mujeres del Frente Patriótico Manuel Rodríguez

Javiera Robles Recabarren

A más de cuarenta años del golpe de Estado de 1973 en Chile, el relato histórico sobre la militancia armada aún resulta conflictivo, un malestar que continúa a pesar del tiempo transcurrido. Los vencidos, los acallados, aquellas memorias subterráneas de quienes militaron con las armas, son memorias conflictivas no solo por el no reconocimiento en el discurso público, sino también porque ponen en cuestión el propio relato construido en tiempos de paz.

En particular, la historia del uso de la violencia política por parte del Partido Comunista de Chile (PCCh) y de su brazo armado, el Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR) a finales de la década de 1980, todavía es un tema inconcluso para el propio partido. El viraje en su línea histórica resulta materia de conflicto en el presente, un debate inacabado que tiene como consecuencia que las memorias de la violencia política queden relegadas en el encuadramiento realizado por el PCCh luego del triunfo del plebiscito en 1988. Ya sea por los contextos sociopolíticos de la transición, las causas judiciales aún abiertas en contra de exmilitantes del Frente o lo dolorosa que fue la división del partido a fines de 1987, no se ha construido un escenario habilitador para que se hable profundamente de la experiencia armada.

Las memorias de la militancia armada quedan excluidas de las memorias autorizadas sobre el pasado reciente, alejadas del relato fundante del Chile democrático de la transición. Como plantea Norbert Lechner (2015), las nuevas democracias en América Latina se legitiman en nombre de su realización futura; no obstante, el fracaso traumático que significó el fin de los socialis-

mos reales —finales de 1989 e inicio de la década de 1990— parece “arrastrar consigo la noción misma de futuro. Uno de los rasgos sobresalientes de nuestra época consiste en el desvanecimiento del futuro” (p. 47). En este contexto, no solo la historia de la vía de la “sublevación popular” quedó en un frágil espacio en el periodo de la transición, sino también la propia labor que tuvo el partido en el triunfo democrático. El espacio cotidiano se transforma, el tiempo transcurre y las voces que invitan a “dar vuelta la página” y “mirar hacia el futuro” cobran fuerzas. Por su parte, la justicia transicional se buscará “en la medida de lo posible”, mientras víctimas y victimarios se encuentran por las calles de Santiago en algún almacén de barrio.¹

En este escenario, las memorias de las mujeres militantes, en particular las del brazo armado del PCCh, fueron doblemente silenciadas: como memoria no autorizada en el discurso público por pertenecer al FPMR y como memoria invisibilizada al no ser puestas en valor en los relatos de la propia organización. El no reconocimiento de su palabra en el espacio público —tampoco entre sus pares— repercute a la hora de investigar la trayectoria política de las mujeres en el PCCh y en el FPMR. Pues como plantea Luisa Passerini (2006, p. 39), quienes nos dedicamos a estudiar la memoria de los y las vencidas/os nos encontramos muchas veces con la ausencia de voces, archivos y documentos; el silencio de la memoria se hace presente y resulta complejo rastrearla.

El presente trabajo se propone indagar en la historia de algunas mujeres que integraron el brazo armado del PCCh en tiempos de la rebelión popular de masas: el Frente Patriótico Manuel Rodríguez. Mediante el análisis de sus entrevistas, se buscará abordar los aspectos subjetivos de su militancia, problematizar los silencios imperantes dentro de los relatos de la organización y visibilizar, desde una perspectiva feminista, las tensiones y dinámicas internas, complejizando a su vez los discursos oficiales de la militancia armada.

En la primera parte se trazará el escenario nacional donde se sitúa la conmemoración de la historia militante de las entrevistadas, tomando en cuenta que la conmemoración de los cuarenta años del golpe de Estado ha posibilitado nuevas condiciones de decibilidad y audibilidad. En una segunda parte, se

¹ A modo de ejemplo, ver el testimonio de Alejandra Holzapfel, sobreviviente del centro de detención y tortura Venda Sexy, quien se encontró con su represora en el almacén que atendía. En “Los Horrores de la Venda Sexy”; reportaje de televisión realizado por Mega Televisión. Visto el 20 de octubre de 2017 en <https://www.youtube.com/watch?v=dbpM6QgBoYc>

analizará la experiencia de la violencia política de las militantes, sus trayectorias que decantaron en el ingreso al FPMR, y se problematizará sobre cómo el ejercicio de la violencia repercute a la hora de poner en sentido sus recuerdos en el acto de la entrevista de historia oral.

A 40 años del golpe de Estado: la memoria de las armas

El Partido Comunista de Chile desde su fundación en 1922 levantó como su línea política oficial la vía no armada, basada en una amplia política de alianzas y en la lucha de masas. La insurrección armada y la guerra civil fueron descartadas tempranamente por el PCCh, que fue uno de los promotores de la *vía chilena al socialismo* que llevó a Salvador Allende a ser presidente en 1970. El triunfo de la Unidad Popular (UP) fue la inauguración de un segundo modelo de transición hacia el socialismo, en el cual el PCCh tuvo una participación central.

Luego del golpe de Estado de 1973, de la detención y desaparición de cientos de militantes, del exilio masivo y, en el año 1976, de la desaparición forzada de forma consecutiva de dos direcciones nacionales del partido, se comenzó a desarrollar en el interior del PCCh un debate sobre la viabilidad de la política de frentes amplios para derrotar a la dictadura. La discusión fue intensa, la propuesta de radicalizar las formas de lucha y terminar con décadas de una política no armada culminó finalmente con el reconocimiento de todas las formas de lucha como válidas, y se inauguró la Política de Rebelión Popular de Masas (PRPM).

No obstante, la conclusión del debate no dejó convencidos a todos y todas, y la forma en que se concretó la PRPM fue una muestra de eso (Álvarez, 2007). Se decidió crear una Comisión Militar (CM) que estuviera a cargo de la política militar, dependiente del Comité Central. La CM propuso la formación de un comando especializado que realizara acciones de mayor envergadura, de alcance nacional, y que fuera conocido por otro nombre, con el objetivo de cuidar la seguridad de la militancia comunista. La pertenencia del FPMR como parte constitutiva del PCCh fue motivo de conflictos posteriores, y tuvieron que pasar décadas para que el partido reconociera públicamente al FPMR como parte de su política, como estructura de su orgánica.

Tal como documenta Viviana Bravo (2010), no fue hasta fines de la década de 1990 que el PCCh reconoció su relación con el Frente. Esta decisión

tuvo sentido por cuestiones de seguridad; sin embargo, la autora registró declaraciones de miembros del Comité Central en las que negaban su vínculo y se desmarcaban del accionar de los y las frentistas. A modo de ejemplo, en 1990 Volodia Teitelboim, secretario general del PCCh, declaró que el partido no estaba de acuerdo con ninguna acción de tipo militar y fue solo en el año 2002 cuando Guillermo Tellier, miembro del Comité Central, reconoció que el Frente fue creación del PCCh (Bravo, 2010, pp. 33-36).

Paralelamente, la dictadura instaló un imaginario social sobre los y las militantes del FPMR calificándolos como terroristas, extremistas y sádicos de la violencia. Un peligro para todos los chilenos. Este imaginario trascendió, y aun en tiempos de democracia los sujetos que ejercieron la violencia política siguen siendo considerados como terroristas y profundamente criminalizados por gran parte de la opinión pública.

Ahora bien, en los últimos años han emergido nuevas problemáticas sobre la historia reciente, lo cual ha provocado una apertura en las condiciones sociales de audibilidad/decibilidad y posibilitado que nuevos tópicos se visibilicen en el espacio público. No obstante, luego de cuatro décadas desde el golpe de Estado de 1973 y 30 años de la puesta en marcha de la PRPM, la memoria de la militancia comunista —y en especial, de la militancia armada— es un tema controversial que sigue provocando tensiones tanto en el escenario político actual, como también en el espacio privado. Constituye un debate inacabado dentro del Partido y la bandera que toma la derecha para deslegitimar la labor de los y las comunistas en democracia.

Con fuerza a partir de la conmemoración por los 40 años del golpe militar, las condiciones sociales de habla y escucha se han ido modificando. Documentales, ficciones y programas de entrevistas coparon la televisión abierta con tópicos que antes resultaban impropios para la producción televisiva.² Asimismo, desde las agrupaciones de derechos humanos se hicieron innumerables actos con el fin de conmemorar a las víctimas de la dictadura; también las organizaciones feministas realizaron actos conmemorativos sobre las mujeres que fueron víctimas de la política represiva de la dictadura (Hiner, 2013).

Desde la academia se organizó el seminario “A 40 años del Golpe de Estado en Chile: usos y abusos en la Historia” en el Centro Cultural Gabriela

² Algunas de las producciones audiovisuales son las siguientes: *Los archivos del cardenal* (TVN,

Mistral en Santiago, que convocó a decenas de investigadores/as, jóvenes y de mayor trayectoria, tanto chilenos/as como extranjeros/as, que se reunieron los días 3, 4 y 5 de septiembre del 2013 para debatir sobre el pasado reciente a partir de diversos temas. Cabe mencionar que hubo dos mesas temáticas sobre género, una relacionada con el testimonio y otra con las derechas.

En el actual contexto chileno, es posible preguntarnos sobre el papel de las memorias e historias de las mujeres que participaron en el FPMR. A diferencia de las exmilitantes del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), son escasos los trabajos sobre las frentistas y su visibilización en la escena pública. La ausencia de mujeres en la historiografía sobre la vía armada del PCCh es una constante aún vigente, salvo en excepciones como la militancia de la comandante Tamara o de Fabiola.³ Su participación no es considerada relevante; tampoco ellas han hecho públicas sus memorias respecto a su experiencia durante el periodo. En consecuencia, se analizarán a continuación algunas de las entrevistas a exmilitantes del FPMR, con el objetivo de dar cuenta de la construcción de sentido sobre su propia experiencia, sus trayectorias políticas y algunas de las consecuencias que el ejercicio de la violencia tuvo para ellas.

Trayectorias políticas: la división sexual del trabajo militante

La potencialidad de la historia oral abre la posibilidad de rastrear las huellas que dejaron los hechos del pasado en las memorias de los sujetos; de cómo recuerdan, olvidan y construyen sus narrativas sobre lo vivido. En consecuencia, las fuentes orales constituyen la base para la investigación en esta

2012 – 2013); *Ecos del Desierto* (CHV, 2013); *Especial 40 años del Golpe de Estado* programa *Mentiras Verdaderas* (RED; 2013); entrevista Beatriz Bataswer (sobreviviente de la Venda Sexy) en programa *Mentiras Verdaderas* (RED; 24/05/2013); entrevista a Alejandra Holzpel (*The Clinic*; 11/09/2013); miniserie documental: *Chile: las imágenes prohibidas* (CHV; 2013); reportaje *Los horrores de la Venda Sexy* (MEGA, 2014); programa *Informe Especial: Los niños invisibles de la dictadura* (TVN, 2014); programa *Informe Especial: Los montajes de la dictadura* (TVN, 2015); serie documental: *Guerrilleros: la lucha tras el fusil* (CHV; 2015).

³ Nombres de guerra de mujeres rodriguistas, ambas vinculadas directamente con el atentado a Pinochet. Fabiola fue la única mujer fusilera de esa acción. Tamara es la “chapa” de Cecilia Magni, quien fue militante de las Juventudes Comunistas y luego del FPMR. Llegó a ser parte de la dirección nacional del Frente, y cayó en acción el 28 de octubre de 1988 junto a Raúl Pellegrin, su pareja y número uno del FPMR. Luego de la separación del Frente Autónomo del PCCh, a finales de 1987, ambos fueron parte de su comandancia.

perspectiva. Es la instancia de entrevista entre historiador/a y entrevistado/a donde se construye un tiempo y espacio donde los sujetos ponen en sentido el tiempo vivido (Portelli, 1981, p. 5); ordenan, clasifican y silencian mediante la participación del entrevistador/a a través de sus preguntas y acotaciones. De ahí que su entrecruzamiento con la perspectiva de género y feminista permita fijar la mirada en aquellas huellas que dejó el desenvolvimiento histórico y no solo advertir las marcas de la historia (Collin, 1996, p. 124).

La ausencia de mujeres en la historiografía es recurrente, sobre todo al estudiar los acontecimientos políticos. La documentación en los archivos sobre su participación no es tan vasta en comparación con la presencia masculina. Asimismo, cuando son representadas en la historiografía, lo son muchas veces desde lugares anecdóticos, sin reflexionar sobre cómo eran representadas por su cultura y cómo ellas se definían a partir de ese contexto (Scott, 2008, p. 120). En este sentido, la oralidad adquiere una importancia significativa, principalmente cuando el interés de la investigación no es la “verdad de los hechos”, sino más bien los aspectos subjetivos de la historia vivida y los sentidos construidos sobre ese pasado. Como bien plantea Alessandro Portelli:

El primer aspecto que hace diferente a las fuentes orales es su capacidad de informarnos, más que de los acontecimientos, de sus significados [...]. El dato insustituible es que las fuentes orales imponen a la historia, con una intensidad más acentuada que las otras, la subjetividad del narrador (2016a, p. 23).

Preguntar por la cotidianidad en tiempos de militancia armada, escuchar la experiencia de las mujeres comunistas en momentos tan convulsionados como el de la dictadura militar, nos permite poner en primer orden las subjetividades de género que constituyen su experiencia militante. De esta forma se repositona el lugar desde donde se mira el pasado: tomar conciencia de los rastros, continuidades y espacios invisibilizados por las transformaciones excepcionales del tiempo.

Las trayectorias políticas de las militantes dentro del partido permiten visualizar aquellos grises y entregan nuevos elementos para el análisis de la militancia comunista. Con el fin de reflexionar sobre la división de tareas dentro del FPMR, tomo el concepto de “división sexual del trabajo revolucionaria-

rio” que teoriza Jules Falquet (2007) a propósito de la guerrilla salvadoreña. Fundamentalmente, tomo del concepto sus principios organizadores: el principio de separación y el de jerarquización de las labores. Ambos principios operaron tácitamente en la orgánica del FPMR, y moldearon la experiencia militante según las exigencias estipuladas para hombres y mujeres. En este caso, se resignificaron las relaciones sociales de género de la sociedad al quehacer revolucionario, construyendo un ideal que operaba en el nivel discursivo donde hombres y mujeres son iguales, pero que en la práctica política reproducía la construcción de masculinidad y femineidad dominante.

La tirantez en torno al discurso de la igualdad es puesta en tensión por la propia experiencia de las militantes, no solo desde el presente en las entrevistas de historia oral, sino también es evidente en las fuentes del periodo. El caso de la comandante Tamara —Cecilia Magni— es ejemplar en este sentido, tanto por haber sido la única mujer en alcanzar ese cargo de poder en la orgánica del FPMR, como también por ser un ícono de la identidad rodriguista.

En noviembre de 1988 la *Revista Hoy* publicó de forma póstuma una entrevista que se le hizo en 1987. El periodista abordó fundamentalmente el hecho de “su condición de mujer” dentro de una organización armada: qué implicaba ser mujer en el Frente, si se maquillaba o no, cómo era dirigir un grupo de hombres, si le dificultó ser mujer, si le facilitó ser mujer, entre otros temas. De manera que resulta interesante analizar cómo la militante respondió a tales preguntas, pues entrega algunos antecedentes para pensar la forma en que la organización pensó al sujeto de la revolución.

E: ¿Y tú no te viste nunca con desventajas?

Tamara: Por ser mujer sí. Cuando yo empecé estaba en grupo con Salomón (Fernando Larenas). No le gustaba mucho la participación de las mujeres. Ya no. (Se ríe)

E: Parece que tú has estado sólo con hombres, pero ¿has estado con otras mujeres?

Tamara: Soy una mujer muy feminista. Siempre prefiero trabajar con mujeres. Lo que pasa es que las mujeres somos muy pocas. Y cuando adquiere su compromiso, lo toma igual que un hombre. El proceso para lograr el compromiso puede ser diferente. Se demoran más, porque cuesta entender que hay que despegarse, dejar algunas cosas. Cuando ingresa una

mujer la tiran al trabajo de aseguramiento, y el proceso se desarrolla más lento. Pero eso no obedecería a las mujeres en sí, sino a que está establecido que así sea. Hay compañeros que me hablan de igual a igual, que cuando pasan mujeres las miras y me comentan sobre ellas, igual como si estuvieran con un hombre. [...] El hecho de ser mujer me ha entorpecido enormemente. José Miguel no es una persona machista y eso favoreció mi carrera en un primer momento. Pero no es la regla general. Ser mujer crea una desconfianza en la jefatura para la dirección correcta de cualquier tarea (Una mujer llamada Tamara, Revista Hoy, 7 al 13 de noviembre de 1988).

Cada una de las preguntas realizadas a Tamara se relacionó con las dificultades que conllevó ser mujer en la organización, a pesar de haber sido una de las comandantes del FPMR. Aun cuando las militantes participaron activamente, su presencia fue excepcional y se buscaba explicarla. Pareciera que la diferencia de “ser mujer” surge en la entrevista como el medio para reafirmar la posición de poder de los hombres en la estructura armada. En otras palabras, la particularidad de las mujeres aparece para ratificar la universalidad de la representación masculina (Scott, 2008).

En el relato de Tamara fue puesto en tensión el discurso de igualdad de la gesta revolucionaria. Por un lado, caracteriza el espacio del combate como uno neutro, donde no importa si eres hombre o mujer, todos son iguales al combatir. Por otro, expone las dificultades en su desarrollo político en el interior de la organización, precisamente por ser mujer. En otras palabras, la proclamada neutralidad de las armas es tensionada por las relaciones de género establecidas dentro del FPMR. Ser mujer era motivo de desconfianza, de rechazo, de subvaloración de sus capacidades y de división sexual de las tareas revolucionarias: las de menor valor eran terreno de lo femenino y las de mayor valor, masculino.

En el caso de Alina —quien luego de haber participado activamente en las unidades de combate de las JJCC en Valparaíso, fue vinculada a las filas del FPMR como militante operativa a partir de 1983 a la edad de 18 años—, al preguntarle sobre su incorporación al FPMR, cómo fue para ella integrar un aparato político militar o si recuerda algún trato diferencial entre sus compañeros, responde:

Al principio yo encontraba como una estupidez, porque ponte tú de repente nos tomaban y nos tomaban como para ser acompañante de los compañeros. Ponte tú... que soy la pareja, que soy la *polola* [novia], ya si tenías que hacer una situación operativa, volar las torres, tenías que ir acompañar al compañero a estudiar la situación operativa, te quedabai' [sic] toda la noche ahí y por a, b, c te pillaban ahí tú estabai' [sic] con tu pareja, tu *pololo*, estabai' [sic] teniendo sexo, cualquiera cosa. Y al principio te usaban mucho de eso, pero después veían que las mujeres teníamos mucho más capacidad y yo me daba cuenta de una cosa, que nosotras somos muchas más... como que, nosotras tenemos que llegar como sea y llegamos al objetivo. Y somos persuasivas y somos más aguerridas. [...] Al principio nos usaban para ese tipo de cosas, pero después vieron que las compañeras teníamos ciertas habilidades y nos empezaron a usar que podíamos tomar un arma, que podíamos disparar, que no nos íbamos a quebrar (Entrevista a Alina, 23 de agosto de 2013, Santiago de Chile).

En su respuesta Alina indicaba: “nos empezaron a usar que podíamos tomar un arma, que podíamos disparar, que no nos íbamos a quebrar”. Quien se quiebra es el sujeto que habla en la tortura o, en este caso, el que no estaba capacitado emocionalmente para enfrentar responsabilidades mayores. Según Diamela Eltit (1996), el quebrarse significaría lo vaciado de sí, pues el sujeto que habla pierde su identidad en el acto de delatar, se quiebra, se fragmenta su propia identidad:

Así pues lo quebrado, lo fragmentado, es ni más ni menos la ruptura de aquello que lo señala como perteneciente a su propia vertebralidad política, dejándolo expuesto al vacío, a su propia nada y a los costos ideológicos de la despropiedad de sí mismo (p. 8).

Pensar que las mujeres se encuentran naturalmente predispuestas a “quebrarse” es implícitamente no considerarlas parte de la vertebralidad política de la organización.

La historia de Natacha,⁴ militante comunista desde los 14 años y pobladora de la Villa Francia, da cuenta de cómo la radicalización de la subjetividad

⁴ “Natacha” es el nombre de fantasía que la exmilitante tomó para acceder a publicar su entrevista.

militante se vio potenciada en la década de 1980 y, al igual que lo vivido por Alina, del tránsito entre los cuadros de las Juventudes Comunistas al FPMR. Al preguntar cómo se relacionaban entre compañeros y compañeras, Natacha narra:

Yo creo que no había una intención de mala onda o de si esa sobre protección que de pronto nosotras la mirábamos muy mal, nosotras, las mujeres. No sé, por ejemplo, un arma: “ya pero esa es más chica, esa es para ti. Porque ésta pesa mucho, pesa 3kg. Mejor esa, que ésta es muy pesada, para las chiquillas, para las compañeras, para las hermanas, ésta”. Esas cosillas. Que nosotras reclamábamos mucho. Que lo hacían los compañeros, no lo hacía la Dirección, no lo hacía ni nuestra comandante ni nuestro comandante. Lo hacían nuestros compañeros, tú militante y yo militante, y tú soy un hombre y me decí [sic]: “mejor tú llévate esta chiquitita, yo, porque yo”. Pero dentro de la Dirección no, esto es para ti, esto es lo que te toca y asumes con esto. Pero sí teníamos compañeros (Entrevista a Natacha, 25 de noviembre 2016, Santiago de Chile).

Entre los elementos a destacar en la narración de Natacha se encuentran la distribución de armas, las relaciones entre compañeros de militancia, el trabajo de legitimación de sus capacidades frente a sus pares, el respeto a sus superiores. Como una constante, las militantes disputaron el reconocimiento de su capacidad entre sus compañeros, pues lo que implícitamente se ponía en duda —al igual que en el relato de Alina— era la capacidad genuina de las mujeres para la militancia, en este caso armada. De ahí que la subestimación y sobreprotección por parte de sus compañeros no solo operó como reguladora de los roles de género, sino que también repercutía en el desempeño y en la seguridad de las compañeras al encontrarse menos protegidas ante el enemigo.

La participación internacionalista de los comunistas chilenos también fue parte de la Tarea Militar (TM)⁵ del partido. Jóvenes que se formaron en

⁵ Se denominó “Tarea Militar” al proyecto de formación de cuadros militares en Cuba con el objetivo de una posible sublevación armada en Chile, donde su rol sería fundamental. A su vez permitió la colaboración militar internacional del PCCh con las guerrillas latinoamericanas (Rojas, 2011, p. 91).

las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) cubanas, pelearon en Nicaragua y luego pasaron a formar la comandancia del FPMR. Para el caso que nos atañe, cabe mencionar que entre el grupo de internacionalistas también hubo mujeres; sin embargo, ninguna de ellas fue parte de la comandancia.

En abril de 1975, mucho antes de ponerse en marcha la PRPM, se les solicitó a los militantes dejar sus estudios voluntariamente para que se formaran en la Academia de Guerra con el objetivo de prepararlos para la Tarea Militar. Este hecho marcó un hito no solo por ser la primera vez que la Escuela Militar “Camilo Cienfuegos” se abrió a la formación oficial y regular de extranjeros, sino también porque entregó antecedentes de los cambios en la línea política que ocurrían en el interior del PCCh (Álvarez y Bravo, 2006; Pérez, 2013; Olivares, 2017). No obstante, en este caso mucho más explícito que el vivido por las militantes comunistas en el interior del país, las mujeres no fueron contempladas para la TM, y quedaron marginadas: no se les avisó sobre los cambios ni se les comunicó que sus compañeros ya no asistirían a clase.

Una de las militantes entrevistadas recuerda cuando sus compañeros dejaron sus estudios. Al consultarle sobre por qué ellos sí pasaron a las FAR y ellas no, Avelina responde:

Y ahí nos enteramos de que iban a pasar a formar parte digamos de una escuela, la Escuela Militar donde se iban a formar como oficiales en distintas especialidades. Entonces nosotros preguntamos “y bueno, nosotras qué, ¿por qué nosotras no?” Y ahí nos proponen que hagamos medicina militar, que estudiemos medicina militar, que los médicos siempre iban hacer falta en la guerra. Era parte de lo, que era una de las especialidades que eran absolutamente necesarias, que continuáramos estudiando medicina. Así que... bueno, eso. Entonces nosotros pasamos a hospitales militares (Entrevista a Avelina, 19 de marzo de 2014, Santiago de Chile).

En la misma entrevista, Avelina da cuenta de que los compañeros que no aceptaron incorporarse a las FAR y continuaron sus estudios fueron mal mirados por sus pares. Tampoco hubo casos en los cuales los hombres pasaran a formarse como médicos de guerra: la división era clara entre los y las compañeras. En otras palabras, no solo era una cuestión de división de tareas, sino de valoración y jerarquización de las mismas (Falquet, 2007).

Elba, quien también pertenece a esa generación, recuerda de la siguiente forma el momento en que el partido les comunicó sobre la necesidad de formarlos en la TM y la marginación de ellas:

Nosotros para el golpe estábamos en primero. Cuando estábamos en segundo, hubo una reunión del Partido con la gente y ahí se habló con los varones, no con las hembras y a ellos se planteó la Tarea Militar como tal. Sólo a ellos. Y nosotras las mujeres seguimos estudiante y a nosotras nos definen después, cuando estamos saliendo nos definen con la Tarea Militar (Entrevista a Elba, 20 de julio de 2016, Santiago de Chile).

Para 1979 los jóvenes en las FAR ya habían finalizado su formación militar, pero por parte del partido aún no existía claridad acerca de cómo serían incorporados, y se seguía debatiendo desde distintos sectores qué estrategia se articularía para hacer frente a la dictadura. En ese contexto, el 9 de junio de 1979 el Estado Mayor del Ejército Occidental llamó a todos los oficiales y estudiantes chilenos a presentarse en su sede en la Academia General “Máximo Gómez”, donde anuncia que serán incorporados a la lucha irregular en Nicaragua. De esta manera pasan a formar el Frente Sur, compuesto por chilenos, uruguayos, guatemaltecos, salvadoreños, nicaragüenses y hondureños (Rojas, 2011).

Sin embargo, nuevamente fueron diez mujeres las que volvieron a presionar y exigir alguna respuesta a sus encargados por no ser consideradas en la nueva misión. En la reunión del Estado Mayor se les negó su participación, y fue por su insistencia —escribe Luis Rojas (2011) con base en el testimonio de la doctora Beatriz— que las incorporaron. El autor omite que no todas las doctoras fueron asignadas a la misión; tampoco problematiza el porqué de la decisión por parte de las autoridades de la isla de marginar a las mujeres de la TM y la misión internacionalista.

No todas viajaron, entre ellas Elba, quien continuó sus estudios en La Habana. Avelina tuvo la oportunidad de viajar y ser parte del cuerpo médico sandinista en el Frente Sur. La doctora recuerda ese momento como trascendental para su trayectoria:

El momento más decidor es ese, en que llaman primero a los hombres y a nosotras nos dejan. Porque siempre es así, aparte te estoy hablando hace

cuarenta años atrás. Distinto es hoy día, si eso mismo pasara eso hoy, a lo mejor la situación sería diferente. Igual cuando vamos a Nicaragua, a quién llaman primero es a los hombres y a nosotras nos dejan. Y también es exactamente igual, no es que hayamos hecho una reunión para decir “oye, llévenos”, sino que dentro del grupo de hombres llamaron a dos compañeras y entonces ellas dicen “bueno, ¿y las demás dónde están? ¿Por qué las demás no están aquí?” Y ahí nos fueron a buscar con dos días de atraso al resto (Entrevista a Avelina, 19 de marzo de 2014, Santiago de Chile).

En ambas ocasiones era posible prescindir de ellas, y en los dos momentos del relato se describe el desigual ingreso a las labores militares. A pesar de eso, continuar sus estudios en la especialidad de medicina de guerra fue una conquista de las militantes. Fue su agencia política la que las llevó a exigir al partido ser incorporadas a la TM, espacio conquistado por ellas y en el que se desempeñaron con entrega y valentía, ayudando con sus conocimientos a que decenas de compañeros y compañeras sobrevivieran tanto en el Frente Sur de Nicaragua, como después en Chile en el combate contra la dictadura.

Afectividad y labores de cuidado en tiempos de la Política de Rebelión Popular de Masas

A pesar de la excepcionalidad histórica y política que significó la militancia clandestina y la entrega a la lucha de las militantes, predominó el ordenamiento de las relaciones sociales y afectivas de género. Como en el caso de la distribución de armas, los compañeros apelaban a la protección y seguridad de las mujeres, considerándolas, de forma implícita, natural y biológicamente más débiles. Queda, por tanto, en suspenso la igualdad en la militancia, lo que tensiona el discurso oficial sobre la neutralidad del FPMR en cuanto a cuestiones de género.

En el caso de Mery,⁶ quien ingresa al trabajo político-militar desde un inicio al formar parte de las unidades de seguridad de las JJCC durante la UP, trabajó en la reconstrucción orgánica del partido en los primeros años de la dictadura, para luego pasar a conformar el Frente Cero, estructura antecesora del FPMR. En este contexto, Mery da cuenta no solo de una *narrativa de los*

⁶ “Mery” es el nombre de fantasía que la exmilitante tomó para acceder a publicar su entrevista.

hechos (Jelin, 2014), del acontecimiento fáctico de lo vivido, sino que también narra cómo funcionaba esa relación entre lo público y lo privado, lo político y lo personal.

A modo de ejemplo: decide no tener pareja, porque no estar en una relación le facilitaría su desempeño en la militancia, a diferencia de sus compañeras que sí lo estaban. Elecciones tales como tener o no pareja, ser o no madre, pareciera que recaían únicamente en las mujeres, pues en última instancia esas elecciones eran entre continuar siendo militantes o quedar relegadas de la actividad política, consecuencia que no tocaba a los hombres.

Yo como era sola no tenía que darle explicaciones a nadie, nadie sabía lo que yo hacía tampoco. En esa parte yo era feliz, por la forma de vivir en que yo no tengo que darle explicaciones a nadie, por eso mismo fue mi opción de no estar en pareja. Las demás compañeras, por ejemplo, una compañera que fue con nosotros a botar una torre a San Fernando y todo resultó bien, pero resulta que los *pacos* [Carabineros] nos estaban esperando a nosotros después del apagón, parece que algo sabían. Entonces nosotros no queríamos caer nadie, entonces nos tiramos al río y yo salí como a los dos kilómetros, otros compañeros salieron más adelante, otros más atrás y me acuerdo, que la compañera que era casada, también se tiró al río y todos nos juntamos después mojados, en la noche, en invierno, hacía un frío fenomenal y así estuvimos escondidos entre los matorrales. Al final los pacos se aburrieron, esperamos el amanecer y volvimos acá. Y a la compañera cuando llegó, supe después al otro día, le había pegado el marido y el marido también era del Frente, eran los dos del Frente. Y la compañera después llegó con el ojo hinchado y lo fue acusar. Yo no lo sé qué le habrán hecho porque al cabro no lo vi más. Yo creo que le sacaron cresta y media, no lo vi más y a la compañera tampoco. Yo pienso que estos compañeros se asilaron, porque pienso que a él no le pegaron, lo mandaron pa' [sic] afuera. Porque no era muy bien visto, porque entre compañeros del Frente no había traición (Entrevista a Mery, 17 de marzo de 2012, Santiago de Chile).

Mery reafirma constantemente su lugar de enunciación: habla desde el yo y fundamenta sus decisiones personales en lo vivido en la militancia. El

paso entre los distintos pronombres gramaticales posibilita visibilizar cómo Mery ordena sus recuerdos: inicia su relato desde el *yo* al describir las decisiones tomadas en el nivel personal, para luego fundamentar su elección a través del *nosotros* al referirse a la experiencia colectiva de la militancia. En este punto apela a la historia compartida con su compañera, y habla por ella para evidenciar una realidad posible: la violencia de género entre las parejas compuestas por compañeros. Finaliza indicando *entre los compañeros del Frente no había traición*, a la vez que narra este episodio para dar cuenta de que la violencia de género era una posibilidad real en las relaciones de pareja entre compañeros de militancia.

La construcción narrativa de Mery no es solo el conjunto de historias sobre su vida; sus memorias se inscriben en el desarrollo histórico —en este caso de una organización política— como plantea Portelli (2016b) al diferenciar el *story telling* del *history telling* de carácter colectivo y dialógico.

De forma similar, Natacha recordó cómo en algunas ocasiones las militantes fueron influidas por sus compañeros para dejar su militancia, apelando a su cuidado y protección:

O cuando se empezaron a relacionar amorosamente también, hubo hartos o bastantes problemillas por ahí. O sea, compañeros que ya no querían que sus compañeras fueran del Frente, quédate en la casa, o sea ya. Que tengo miedo que te puedan matar (Entrevista a Natacha, 25 de noviembre de 2016, Santiago de Chile).

La maternidad fue otro de los aspectos que puso en jaque el discurso de la igualdad, pues no se contempló la crianza en la política, no se problematizó, y su tarea quedó relegada a las madres. No son pocos los casos en los cuales los padres abandonaron, en nombre de las labores militantes, a sus hijos e hijas. Muchos niños y niñas fueron criados únicamente por sus madres, quienes en desmedro de su desarrollo político, o ingeniándose a través de redes de apoyo, continuaron cumpliendo sus deberes de militantes.

En el caso de las militantes internacionalistas, sus superiores cubanos no permitían el embarazo si se encontraban en la TM: estaba prohibido. En el caso de Avelina, ella queda embarazada antes de integrarse al Frente Sur en Nicaragua, y deja a su hija a cargo del padre, quien por ser desertor se queda en Cuba.

Yo fui mamá antes de Nicaragua. Fue complejo, la tuve que dejar con el papá. [...] Pero fue una decisión no hacerme un aborto, tú sabes que en Cuba el aborto es legal. Pero yo quise seguir con ese embarazo. [...] [año] 76', en plena tarea militar. De hecho me mandó a llamar el oficial y me dijo que me hiciera un aborto. Y por qué sería, le dije yo, ¿me va a mandar al interior ahora? ¿O dentro de los meses que siguen? No, me dijo, no te puedo garantizar eso. Entonces. Cuando haga falta yo voy hacer lo haya que hacer. [...] Más pena me dio dejarlo a él. Fue duro, fue difícil. Imagínate, él se queda y la mujer se va a la guerra.

El pasaje narrado es esclarecedor respecto de cómo los mandatos sexogenéricos y la moral revolucionaria se entrecruzan y se influyen mutuamente. Antes que todo, Avelina rompe con los mandatos dominantes de la crianza: primero defiende su derecho a decidir sobre su cuerpo y segundo, cumple con el deber de la TM y viaja a Nicaragua. No obstante, no deja de llamar la atención cómo, en la figura del padre, la masculinidad queda puesta en jaque en un doble sentido: en la sanción moral de desertar y en asumir la crianza. El hecho de que sus superiores recomendaran el aborto y prohibieran la maternidad da cuenta de cómo las mujeres fueron puestas en la disyuntiva de elegir entre la militancia o la maternidad. En ningún caso se presentó ese dilema para el caso de los padres. En el presente testimonio, se asumió la paternidad con los costos que ello significó en términos políticos y de género.

En consideración a lo expuesto, las experiencias políticas analizadas expresan la potencialidad que tienen la oralidad y la perspectiva de género. Posibilitan complejizar la historia de la militancia comunista en tiempos de la rebelión popular y desacralizar la figura del militante: las condiciones desiguales de ingreso a la lucha armada, la escasa valoración en los discursos oficiales del rol de las mujeres en la guerrilla y en FPMR, y cómo tanto el PCCh como el FPMR tuvieron un marco regulador de la vida cotidiana y un *deber ser* que en muchas ocasiones no beneficiaba el desarrollo político de las mujeres dentro de la militancia.

Violencia política: memorias no autorizadas

En noviembre de 1984 fue difundido el Primer Manifiesto Rodriguista, donde se exponían los motivos que llevaron a mujeres y hombres a tomar las

armas contra la dictadura. La paz, la protección y el apoyo al pueblo, la lucha armada como una necesidad luego de una década de dictadura fueron algunas de las razones presentadas en el manifiesto:

Amamos la paz y queremos terminar con la violencia terrorista del régimen. Después de una década de ver y sufrir en carne propia los atropellos y violencias del régimen, hace un año decidimos organizarnos y comenzar a actuar convencidos de que es la única forma de terminar con el origen de la violencia misma, la dictadura. Nunca antes habíamos empuñado las armas, hoy lo hacemos obligados, pero decididos y confiados de que ningún sacrificio será en vano. [...] por tanto, nadie puede negar validez a la opción de vida de quienes hemos decidido luchar con las armas en la mano, convencidos de que es la forma de lucha que, combinada con otras, derrotará a la dictadura y terminará con el terror (FPMR, 1994, pp. 111-112).

El Frente se consideró asimismo como parte del pueblo. Su objetivo: crear las condiciones necesarias para que el pueblo se levante en una sublevación generalizada que desmantele a la dictadura. Según los documentos del FPMR, y tomando en consideración el largo proceso de debate interno en el PCCh que llevó a considerar “todas las formas de lucha como válidas” (Álvarez, 2007), el móvil del brazo armado no estaba en un enfrentamiento directo con las FFAA, sino más bien en la defensa legítima del pueblo y en una estrategia de lucha anclada en la radicalización de las acciones de propaganda armada y sabotaje.

Ahora bien, en un enfrentamiento armado no solo se debe estar dispuesto a morir por la causa, sino también a matar al enemigo en el caso que fuera necesario. En este sentido, si bien el fuerte del accionar del FPMR lo constituyó la propaganda armada, hubo acciones ofensivas que provocaron más de una baja de agentes o de carabineros. Este aspecto de la lucha contra la dictadura en general es silenciado, difícilmente enunciado más allá de los relatos épicos sobre alguna acción realizada. Para quienes la violencia política era un camino para la paz, el matar a otro y recordarlo genera una serie de conflictos y tensiones en el presente: “Son memorias no autorizadas sobre el nivel del discurso público, memorias involuntarias sobre el nivel del recuerdo personal y memorias perturbadoras sobre ambos niveles” (Portelli, 2013, p. 9).

Reconocer lo que sintieron al momento de matar genera contradicciones con sus valores, con las memorias que se institucionalizaron en el tiempo y las condiciones de decibilidad actuales.

Las formas en que la memoria se enfrenta a estos recuerdos dolorosos varían según las trayectorias y el lugar de enunciación de las entrevistadas al momento de conversar. El relato heroico, la omisión deliberada de las muertes provocadas, el conflicto personal que perturba en el presente, son algunos de los modos en que las mujeres afrontan sus recuerdos.

El nivel colectivo de las memorias deja de ser un lugar de contención y acompañamiento para aquellas memorias perturbadoras de quienes vivieron la militancia armada. Luego del quiebre del PCCh a finales de 1987, que termina con la fractura del frente en dos: Frente Partido y Frente Autónomo, sumado al contexto político adverso del proceso de negociación de la salida pactada a la dictadura, la militancia que participó en el FPMR quedó profundamente marginada por el partido. ¿Cómo otorgar sentido a la violencia vivida/ejercida cuando no existe un universo de sentido que lo habilite?

Para Mery, la memoria de la violencia política está lejos de ser una memoria tranquilizadora en sintonía con las memorias institucionales. Su experiencia es recordada desde el presente con dolor, cuestionándose el porqué de su decisión de participar, y resultan perturbadores los recuerdos de las acciones que implicaron la muerte de carabineros. Cuando pregunto sobre acciones que marcaron su experiencia, Mery comienza con lo siguiente:

No sé si contarte o no, pero es terrible. Resulta que aquí en Club Hípico, ahí se paró un furgón de pacos y esos iban para la Santa Adriana, ahí se mataron cinco pacos y los matamos nosotros. Ese es el que más me ha marcado a mí, era tanto el odio que le teníamos a los *pacos* [Carabineros] que nosotros no sentíamos nada, pero ahora yo siento y me culpo de eso, por qué hicimos eso si ellos no hicieron... a lo mejor ellos hicieron algo, pero yo no lo sé. Pero ellos eran malos, nosotros éramos malos. Así que yo realmente me marcó eso, harto me marcó. La otra cuestión que también que fuimos hacer un asalto ahí en la cuestión de la Santa Adriana, ahí iba el "Chico Melo" de francotirador, él era el fusilero y ahí disparó y mató a dos *pacos* [Carabineros] (Entrevista a Mery, 17 de marzo de 2012, Santiago de Chile).

Advierte sobre lo terrible de la situación, aun cuando en un principio pone en duda contarla. La persona gramatical transita desde el impersonal, pasando por la segunda y la tercera persona, hasta el *yo*: “se mataron”, pero a quien marca esa experiencia es a ella, aunque la responsabilidad es colectiva. La culpa y el remordimiento por lo sucedido repercuten en el presente de paz como una memoria problemática y no autorizada. Análogamente, no existe un partido que contenga estas memorias, que otorgue sentido a lo realizado.⁷

Tomando en cuenta que para los y las militantes del FPMR la lucha se fundamentaba en la paz y en la protección del pueblo, matar al enemigo no siempre surge en el relato; es un tema silenciado que escasamente se recuerda de forma tranquila. En este sentido, el caso del FPMR se asemeja a lo escrito por Portelli (2013) para el caso italiano de quienes participaron en la Batalla de Poggio Bustone, los que también experimentaron el peso de “la conciencia de haber sido poseídos por sentimientos casi inexpresables de furor y de odio en el curso de la batalla” (p. 9). Para Mery la memoria del FPMR interpela no solo las decisiones tomadas en el pasado, sino que influye en los medios que ha creado para sobrellevar el peso de una memoria no autorizada:

M: Ahora me siento frustrada. Arrepentida, me duele lo que hice, siento como culpa... me considero mala.

E: ¿Por qué mala?

M: Sí..., sí, porque me considero mala desde el presente, a pesar que yo protejo harto a mi familia, los quiero. A mi mamá la cuide hasta el último, ayudo a mis hermanos, nos ayudamos. Pero igual yo creo que nunca voy a pagar mis culpas. Pienso que no las voy a pagar, porque lo que hice a lo mejor ellos lo hicieron peor que yo. Los golpistas, los militares, fueron más malos que yo y, a lo mejor, pienso que ellos tuvieron la culpa de todo

⁷ Tal como advierte Michael Pollak (2006): “Toda organización política –por ejemplo sindicato, partido, etc.- vehiculiza su propio pasado y la imagen que forjó para sí misma. No puede cambiar de dirección ni de imagen abruptamente a no ser bajo el riesgo de tensiones difíciles de dominar, de escisiones, e incluso de su propia desaparición si los adherentes ya no pudieran reconocerse en la nueva imagen, en las nuevas interpretaciones de su pasado individual y en el de su organización. Lo que está en juego en la memoria es también el sentido de la identidad individual y del grupo. Tenemos ejemplo de esto en los congresos de partidos políticos en los que se dan reorientaciones que producen escisiones” (p. 26). En el caso del PCCh, las escisiones son profundas y perturbadoras en el presente.

lo que pasé yo. Entonces esas cosas a mí, por todo lo que he hecho me siento culpable, me duele, siento rabia también con el Partido. Siento ahora que el Partido... yo soy comunista, me gusta ser comunista, pero no milito porque siento que ahora el Partido Comunista es un partido de intelectuales, no es un partido de los trabajadores.

En los modos en que Mery construye su narración es posible evidenciar tres aspectos. El primero tiene relación con el conflicto que produce la memoria de la violencia en su conciencia, el que perdura en la reflexión que hace de su vida en el presente. A pesar de “redimir” la culpa mediante el cuidado de los otros, el conflicto perdura. Cabe mencionar que son las labores de cuidado las que posibilitan a Mery sobrellevar la disociación de su conciencia. Es posible que la búsqueda de perdón a través del cuidado sea también un medio de compensar el tiempo que destinó a la organización incumpliendo su rol tradicional; así se redimiría en ambos de sentidos: uno ético-moral y otro de género.

El problema de la responsabilidad, las contradicciones y tensiones en su conciencia, se encuentra relacionado con un conflicto fundamental: la identidad partidaria. La fractura en el PCCh, la división del frente y las enemistades producidas en ese contexto dentro del partido fueron vividas de forma muy dolorosa por quienes provenían de familia y tradición comunistas. Diferente fue el caso de quienes integraron el FPMR sin provenir de esa tradición y cultura política. No es el mismo dolor vivido para quienes el comunismo representaba su familia, su espacio de sociabilidad, el presente y el futuro prometido.

La fractura entre el Frente Autónomo y el Frente Partido también se presenta en el caso de Natacha como un conflicto latente y no resuelto. *Militante comunista en el Frente*, como se autodefine, el peso de la fractura del partido y la salida de la dictadura la afectaron profundamente en su identidad individual. En su narración, la primera que dio hasta el momento de la entrevista, da cuenta constantemente de lo dolorosa que resultó para su generación la posición que tomó el partido y la ausencia de respuestas por parte de este a todo el sacrificio que hicieron por la causa:

[En relación con la división Frente Autónomo-Frente Partido] Si eran mis compañeros, imagínate, mis hermanos, mis hermanas con las que había-

mos estado en acciones, con las que habíamos pasado de todo y dentro de eso, mi mejor amiga dentro del cuento toma posición para el otro lado. No, yo ahí me retiré de todo, ahí me salí.

Yo creo que el Partido tiene una responsabilidad grande en esto. Tiene una responsabilidad grande con nosotros y nos debe una respuesta, a nosotros, a mí generación. Yo creo que el Partido tiene cosas que decirnos a nosotros y no lo ha hecho, yo creo que va a llegar un minuto en que va a tener que hacerlo, porque también nos debe una explicación. A nosotros, a las mujeres y hombres combatientes de mi generación, nos debe una respuesta, nos debe de explicar muchas cosas que hasta el día de hoy no lo ha hecho. Pero como te digo, arrepentida jamás (Entrevista a Natacha, 25 de noviembre de 2016, Santiago de Chile).

Al igual que en el caso de Mery, el nivel colectivo de las memorias ya no es una instancia que otorga sentido a lo vivido. Para el caso de la participación internacionalista de chilenos/as en las guerrillas latinoamericanas, Javiera Olivares (2017) expone las consecuencias que tiene en el presente lo inconcluso del debate sobre la violencia política en el interior del partido. La imposibilidad que ha tenido el PCCh para integrar aquellas memorias/historias en el relato de su pasado reciente, tiene finalmente graves consecuencias en las identidades individuales de los sujetos que formaron parte de su aparato militar.

Reflexiones finales

Pese a los esfuerzos por rastrear a mujeres que pertenecieron de alguna u otra forma al FPMR, ha sido de gran dificultad contactar a quienes están dispuestas a sentarse y comenzar a narrar sus vivencias frente a un sujeto que está ahí solo para escucharlas. No siempre desean hablar en una situación como la de entrevista; las condiciones de decibilidad no operan de la misma manera, entran en juego aspectos propios de la subjetividad de quien narra y de quien escucha. En el presente caso, cinco mujeres no accedieron a conversar apelando al dolor que les provocaría rememorar y traer al presente lo vivido. En el acto de narrar se re-vive, se trae al presente lo vivenciado, que se expresa en los cuerpos y provoca conflictos desde el presente sobre las acciones realizadas.

La ausencia de voces de mujeres en la reconstrucción histórica fue otra dificultad a la hora de ahondar sobre las trayectorias políticas y la presencia femenina en el FPMR. La historia de la lucha en la clandestinidad pareciera ser narrada con voz masculina: la mayor parte de la bibliografía sobre el tema se ha realizado a partir de documentos partidarios y entrevistas a dirigentes hombres. Por tanto, se refuerza el hecho de que gran parte de la invisibilidad de las mujeres en la historia es producto de la propia valoración que hacen los historiadores, que en muchas ocasiones no las consideran un sujeto histórico relevante (Scott, 1992). Esta situación se presenta como dificultad cuando el objetivo es conocer a otras mujeres, encontrarse con ellas en la historia y buscar comprender su lugar en otro tiempo y espacio.

Lo que aparece como una dificultad para la investigación se debe considerar como una fortaleza de análisis para trabajos posteriores: identificar los silencios cargados de memoria, leerlos e interpretarlos para poder así reconocer las nuevas formas de subjetividades nacidas de la necesidad de expresar lo vivido. Como reflexiona Luisa Passerini (2006), es preciso aprender a comprender aquellos “silencios conectados con los recuerdos, no con el olvido. (...) el silencio es esencial para recordar que la memoria no solamente es palabra, también es memoria encarnada que toma forma en las relaciones intersubjetivas” (p. 37).

En relación con las mujeres que decidieron conversar durante largas horas, es necesario considerar las distancias temporales de cada una de sus narraciones y la coyuntura en que se encuentran al momento de entrevistarlas. Ponerlas en diálogo posibilitó reflexionar sobre las continuidades y el carácter estructural de las diferencias de género en el interior de la militancia. La construcción de una subjetividad militante y de género aparece en cada una de sus narraciones, y politiza aquellas vivencias invisibilizadas y no consideradas en las memorias/historias encuadradas. Es posible que tales diferencias fueran consideradas como ‘propias de su tiempo’, o que el partido no haya sido ajeno a las construcciones sociales más amplias. Sin embargo, es imperioso visibilizarlas, ponerlas en sentido y desnaturalizar las relaciones de género existentes en ese tiempo y espacio.

La intervención crítica que hacen las narraciones de Alina, Avelina, Elba, Natacha y Mery sobre los discursos establecidos de la militancia comunista en tiempos de la rebelión popular visibilizan los grises de la historia, muchas veces opacados por las luces de las grandes hazañas o por la universalización

de los relatos heroicos, y abren nuevas directrices de análisis sobre la relación militancia-género-memoria. Por un lado, los testimonios dan cuenta de cómo la organización construye “tecnologías de género” con el fin de definir lo masculino/femenino. Por otra parte, sus narraciones inscriben lo general en lo singular, reconociendo actividad en la pasividad y politizando lo considerado no-político, lo privado.

La historia de las mujeres y su militancia en el comunismo aún se mantiene en las periferias del recuerdo, eclipsada por los silencios perpetuados en la historia política y en la escasa construcción de espacios que posibiliten el habla de quienes participaron. El peso que recae en las mujeres por participar en política, ser comunistas e ingresar a la estructura militar del PCCh se transforma en una problemática cada vez que las memorias no autorizadas irrumpen en el presente. Es en la relación entre pasado y presente, en el modo como el pasado empapa el presente, a través de sus huellas en las memorias de los sujetos, donde debemos fijar la mirada. Empeñarnos en leer las tramas del pasado en el presente, de manera que desde la vida-viva repensemos el lugar de las mujeres en el tejido de la historia.

Referencias bibliográficas

- Álvarez R. y Bravo, V. (2006). La memoria de las armas: para una historia de los combatientes internacionalistas chilenos en Nicaragua. *Lucha Armada en Argentina*, 5.
- Álvarez, R. (2007). *La tarea de las tareas: luchar, unir, vencer. Tradición y renovación en el Partido Comunista de Chile (1965 – 1990)*. Tesis para optar al grado de Doctor en Historia mención Historia de Chile. Santiago.
- Bravo, V. (2010). ¡Con la Razón y la Fuerza, Venceremos! La Rebelión Popular y la Subjetividad Comunista en los '80. Santiago: Ariadna Ediciones.
- Collin, F. (1995). Historia y memoria, o la marca y la huella. En F. Birulés y F. Collin (Comps.), *El género de la memoria*. Barcelona: Pamiela.
- Corvalán, L. (1982). Tres periodos de nuestra línea revolucionaria. RDA, s/e.
- Eltit, D. (1996). Cuerpos nómadas. *Debate Feminista*, VII (14), 101-117.
- Falquet, J. (2007). División sexual del trabajo militante: reflexiones en base a la participación de las mujeres en el proceso revolucionario en El Salvador (1981-1992). *Perfiles del Feminismo Iberoamericano/III* (pp. 93-122). Buenos Aires: Catálogos.

- FPMR (1994 [1986]). *Manuel Cabalga de Nuevo*. Santiago: Frente Patriótico Manuel Rodríguez.
- Hiner, H. (2013). Autoritarismo, violencia y género: nuevos giros a partir de los cuarenta años del golpe cívico-militar en Chile. *Al Sur de Todo*, 7. Recuperado de www.alsurdetodo.com/?p=925
- Jelin, E. (2014). Las múltiples temporalidades del testimonio: el pasado vivido y sus legados presentes. *Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria*, 1(1), 140-163.
- Lechner, N. (2015). La democracia después del comunismo. En *Obras IV. Política y Subjetividad, 1995-2003* (pp. 43 – 47). México: Fondo de Cultura Económica.
- Olivares, J. (2017). *Guerrilla. Combatientes chilenos en Colombia, El Salvador y Nicaragua*. Santiago: CEIBO ediciones.
- Passerini, L. (2006). *Memoria y utopía: la primacía de la intersubjetividad*. Valencia: Universitat de Valencia.
- Pérez, C. (2013). Compañeros, a las armas: combatientes chilenos en Centroamérica (1979-1989). *Centro de Estudios Públicos*, 129, pp. 141-164.
- Pollak, M. (2006). Memoria, olvido, silencio. En *Memoria, Olvido, Silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite* (pp. 17-32). La Plata: Ediciones Al margen.
- Portelli, A. (1981). El tiempo de mi vida: Las funciones del tiempo en la historia oral. *Internacional Journal of Oral History*, 2(3), 162-180. (Versión PDF pp. 1-23).
- Portelli, A. (2013). Sobre los usos de la memoria: memoria-monumento, memoria involuntaria, memoria perturbadora. *Sociohistórica*, (32).
- Portelli, A. (2016a). Sobre la diferencia de la historia oral. En *Historias orales. Narración, imaginación y diálogo* (pp. 17 – 35). La Plata: FaHCE-UNLP/Rosario: Prohistoria ediciones.
- Portelli, A. (2016b). La entrevista de historia oral y sus representaciones. En *Historias orales. Narración, imaginación y diálogo* (pp. 83 – 101). La Plata: FaHCE-UNLP/Rosario: Prohistoria ediciones.
- Revista Hoy*, N° 590, del 7 al 13 de noviembre de 1988. Archivo Vicaría de la Solidaridad, Santiago.
- Rojas, L. (2011). *De la rebelión popular a la sublevación imaginada. Antecedentes de la Historia Política y Militar del Partido Comunista de Chile y del FPMR 1973 – 1990*. Santiago: LOM.

- Scott, J. (1992). El problema de la invisibilidad. *Género e Historia* (pp. 38-65). México: Instituto Mora – UAM.
- Scott, J. (2008). Las mujeres en La formación de la clase obrera en Inglaterra. *Género e Historia* (pp. 95 – 121). México: Fondo de Cultura Económica.

Historias Representativas

El dolor no desaparece jamás y el exilio es un dolor. Horacio Abdala, una reflexión en torno a la experiencia exiliar de un trabajador bancario

Patricia Flier

El acontecimiento

El 13 de mayo de 2015 Horacio Abdala ingresó a la Secretaría de Derechos Humanos, Género e Igualdad (SDHGI) de la Asociación Bancaria. Habían pasado 38 años desde que el destierro por razones políticas lo obligara a abandonar su trabajo en el Banco Ganadero Argentino y nuestro país. Regresó a la Asociación Bancaria atravesado por viejas y nuevas búsquedas, las que, sin duda, están teñidas de ansiedad, de miedos, de silencios y —por qué no—, también de esperanzas. Este regreso no le resultó sencillo: por un lado, habían pasado muchos años, durante los cuales había vivido muchos trayectos y proyectos que lo habían alejado de su identidad construida en la juventud; y por otro, la pulsión por la verdad, por recuperar los hilos de su vieja y nueva identidad. Para reencontrar su historia tuvo que atravesar puertas e intentar fisurar el largo silencio y el miedo que permanecían en él. Pudo susurrar, nerviosamente, que traspasó las puertas de la institución porque le habían dicho que esta Secretaría, que se ocupaba de la defensa de las víctimas de las violaciones a los derechos humanos, tal vez lo podía ayudar a constatar fehacientemente si los servicios de inteligencia lo habían espiado, fichado y perseguido por haber sido un dirigente gremial bancario, entre otras tantas preocupaciones. Confiaba, también, en el tiempo político que vivía Argentina, en el cual se respiraban los alcances de una activa po-

lítica pública de memoria y de defensa de los derechos humanos, que abría espacios de participación e inclusión ciudadana.

Los trabajos de la memoria de la Asociación Bancaria

La SDHGI¹ fue creada en el año 2013 y en el 2015 se establecieron sus sedes homónimas en cada una de las 53 seccionales del país. Se las concibe como un paso innovador en una asociación gremial argentina, pues si bien existen experiencias y emprendimientos de larga data en otras organizaciones, esta entidad sindical le ha dado un lugar protagónico a una política activa en la defensa de los derechos humanos y al ejercicio de rescate de las memorias y de reparación simbólica a los trabajadores bancarios víctimas del terrorismo de Estado en Argentina.

La SDHGI recobró la larga militancia de los dirigentes y trabajadores bancarios, quienes trabajaron para contribuir a la búsqueda de verdad, justicia y memoria desde los albores de la recuperación de la democracia. Se propuso, en este nuevo ciclo, focalizar los esfuerzos y desarrollar un programa político y ético de acción basado en el *deber de memoria* para con los compañeros detenidos-desaparecidos y todas las víctimas del terrorismo de Estado, como también sus familiares y sus afectos más directos.

Con la intención de honrar la relevancia de las historias de vida y de recobrar las voces, en el año 2015 se lanzó el *Archivo de Voz de los Trabajadores Bancarios*, que se inspira en que “Las fuentes orales nos dicen no sólo qué hizo la gente, sino también qué quiso hacer, qué creyó estar haciendo y qué cree haber hecho”, como tan bien escribió Alessandro Portelli (2016), uno de los principales estudiosos de la subjetividad y de los aportes de la historia oral para comprender las múltiples fracturas sociales en el mundo contemporáneo. Este archivo se propone conformar una recopilación de testimonios que deje plasmadas las historias de vida de los actores sociales, donde la grabación audiovisual contribuya a perpetuar y a guardar las voces, que por su propia inmaterialidad están destinadas al olvido.

¹ Fue designada como secretaria nacional Claudia Ormachea, una destacada dirigente gremial proveniente del Banco de la Provincia de Buenos Aires, quien tuvo la amabilidad de convocarme para desempeñar el rol de asesora académica, encargada de diseñar y poner en marcha los distintos programas de la SDHGI. Desde el año 2014 me ocupé de realizar las entrevistas del Archivo de la Voz de los Trabajadores Bancarios, de modo que agradezco la autorización recibida para reflexionar sobre la experiencia que presento en este artículo.

Se considera a la voz como un patrimonio intangible que se quiere atesorar para pensarnos en el presente, para visitar el pasado a través de los recuerdos y para legar a los jóvenes una historia que no debería ser olvidada. Este archivo está destinado también a la construcción de fuentes para el conocimiento crítico de la identidad de los trabajadores. Como sabemos, la cultura no viene de lo alto; la cultura que todos hacemos, la de todos los días. La importancia de estas fuentes orales es que son capaces de informarnos sobre acontecimientos vividos, pero especialmente sobre el significado que tuvieron los mismos para el entrevistado; es decir, transmiten la subjetividad del narrador. Dicho de otro modo: estas entrevistas narrativas informan no solo los hechos, sino además lo que estos significaron para quien los vivió y los relata; no tratan únicamente sobre lo que las personas han hecho sino sobre lo que querían hacer, sobre lo que creían hacer, o sobre lo que creían haber hecho; también sobre las motivaciones, sus reflexiones, sus juicios y racionalizaciones (Portelli, 2016).

Entre varios testimonios resguardados escogí uno. La porfiada búsqueda por reencontrar los sentidos del pasado y su relación con el futuro, sus preguntas dolientes sobre las fracturas que el exilio impuso a su vida y su ansiedad por recobrar la voz silenciada por el miedo, entre otras cuestiones y razones, hicieron que esta serie de entrevistas mantenidas con un exbancario, Horacio Abdala, reunieran todos los requisitos necesarios para impulsar esta reflexión académica sobre la experiencia del destierro vivida por un integrante del mundo del trabajo argentino.²

Abdala fue un dirigente gremial de un banco privado, cuyos dueños —los Ocampo—estuvieron entre algunos de los actores centrales que impulsaron el desarrollo de la estrategia aperturista, ese nuevo modelo de acumulación fundado en la desindustrialización y en la primacía del sector financiero en alianza estratégica con las Fuerzas Armadas. Este trabajador bancario fue impulsado a dejar el país, y marchó al exilio hacia España en 1977. Pocos años después comenzó a transitar por primera vez los derroteros del retorno a Argentina, en las postrimerías de la última dictadura (1976-1983). Eran tiempos

² Entrevista realizada con Horacio Abdala en la Secretaría de DDHH, Género e Igualdad de la Asociación Bancaria el 27 de mayo de 2015. Para reconstruir la historia de vida fue necesaria una serie de contactos posteriores que se realizaron a través de cuestionarios semiestructurados y diálogos por correo electrónico y vía Skype.

en los que no podía reclamar su puesto de trabajo —a finales de 1980—, de modo que se dedicó, en su primer retorno, a la producción textil encarada como un emprendimiento familiar, el cual se frustró cuando la crisis de mediados de los años 90 pulverizó a los pequeños y medianos emprendimientos industriales. La bancarrota lo llevó a regresar a España, donde las redes sociales construidas en su exilio le abrieron nuevas oportunidades laborales. La crisis económica iniciada en 2008 puso en tensión su trayectoria laboral y abrió una “caja” que estuvo clausurada: emergieron las búsquedas de caminos y de sentidos identitarios, se reabrieron viejas heridas condenadas al silencio, que reclamaban recuperar la voz y dar sentido a la experiencia exiliar de aquel joven trabajador bancario que aún busca caminos y —por qué no— encontrar el rumbo definitivo del retorno al país. O, como él señala, para *regresar a su hogar*.

Cuestiones teóricas y metodológicas

La historia de vida, la dictadura, la experiencia exiliar, la escritura del exilio y —muy especialmente— el o los retornos, son algunas de las categorías analíticas con las que pretendo lidiar en este escrito. Por supuesto, en esta trayectoria exiliar que analizo, la memoria, con sus caras de olvidos y silencios, así como los distintos soportes de las representaciones del pasado, tienen un lugar destacado.

Vayamos por partes. Es habitual en las observaciones críticas sobre los debates de la historia oral, de la historia de vida y del método biográfico, la pregunta sobre si es posible generalizar a partir de experiencias individuales. Dicho de otro modo, sobre cómo se puede ligar lo personal, lo biográfico y lo subjetivo, con lo social, lo histórico y lo colectivo.

Cuando se recurre a la expresión o la categoría “historias de vida”, muchos investigadores e investigadoras hacen hincapié en la materialidad de la experiencia, en la vida verificable a través de los hechos, de los datos concretos. Ahora bien, quizá sea más significativo asentarnos en la historia, ya que los hechos pueden ser concretos y verificables, pero lo que tenemos a nuestro alcance no es la experiencia, lo vivido, la realidad, sino su relato: una construcción verbal en la que el narrador, gracias a la oportunidad y al desafío del investigador, da forma narrativa a su propia vida. Como señala Portelli (2016), la autenticidad y la inmediatez de la experiencia siempre se nos escapan; en

compensación tenemos un objeto que posee al menos una relación formal con la experiencia misma: “Después de todo, también el relato de vida hace parte de la vida” (p. 248).

Intentaré entonces, a partir de una historia de vida específica, interrogarme sobre cómo se relacionan los marcos culturales y sociales de la experiencia exiliar, y, si es posible, describir cómo los rasgos compartidos se relacionan con aquello que los hace únicos.

Mi observación no parte de un colectivo, como podrían ser los exilios políticos en España, para, desde allí, indagar sobre las características generales del fenómeno y del proceso de emigración política de argentinos hacia España, o de realizar un intento más global de describir una experiencia heterogénea, como advierten algunos estudios (Franco, 2006; Jensen, 2007). Mi intención es acotada, mas no por ello menos imprescindible, pues parto de una experiencia individual y concreta de un actor que no formó parte de un grupo que tuviera actividad política durante el exilio, ni integró ese colectivo emigrado que estuvo signado por “la lógica de la confrontación antidictatorial de la Argentina interior, monopolizada por la demanda de respeto de los Derechos Humanos” (Jensen, 1998, p. 17). Por el contrario, es la voz de un actor que trató de tener la menor cantidad posible de contactos con los compatriotas exiliados, por razones imaginarias o reales que recorreremos y que tuvieron un fuerte peso e impacto en su vida.

Este escrito se propone contribuir a la visibilización de la historia de los exilios de los trabajadores, a los que se vieron forzados millares de argentinos. Colectivo social del cual conocemos muy poco, como lo advierte y reclama Victoria Basualdo (2007) en uno de los escritos pioneros y, por qué no señalarlo, el único artículo académico sobre el exilio obrero y sindical, centrado en la experiencia de los dirigentes sindicales. Esta es la historia exiliar de un trabajador bancario que integró el conjunto de lo que denominamos *el exilio de los miedos*.

La dictadura y el exilio

La violencia política fue la nota distintiva de los años setenta en Argentina. Los debates, las disputas y los enfrentamientos ingresaron en una espiral sin límites que abrió las puertas a la más sangrienta de las dictaduras que asoló nuestro país. El terrorismo de Estado, que detentó y esgrimió una violencia

inusitada para cumplir con un plan sistemático de exterminio, marcó a la sociedad y dejó profundas heridas. En particular durante la dictadura, las prácticas represivas implementadas por el régimen militar llevaron a una gran cantidad de argentinos a dejar el país, ya fuera obligadamente, expulsados por las disposiciones extralegales del poder militar; ya fuera por decisión personal, ante situaciones que se juzgaron de alto riesgo para la sobrevivencia propia o de los seres cercanos, o porque las condiciones represivas prohibían el ejercicio de una profesión o actividad política, cultural, laboral (Franco, 2006; Jensen, 2007).

Esta violación de los derechos humanos de hombres y mujeres que fueron condenados al exilio no ha podido ser cuantificada ni ha recibido ningún tipo de reparación.³ Se puede observar, además, que los síntomas más significativo de esta relación inseparable que existe entre exilio y pasado traumático han sido el silencio y el “olvido”, los cuales durante mucho tiempo rodearon la experiencia del destierro, acompañados también por los silencios de los propios emigrados sobre muchos aspectos de la experiencia vivida.

Silvina Jensen, como otros destacados colegas, han iluminado en distintas oportunidades y en múltiples textos, los problemas que este binomio ha concitado y sigue concitando. Se ha demostrado cómo su abordaje ha sido relegado tanto por los propios actores como también por los distintos actores políticos, académicos e institucionales. Si bien en la actualidad se observan algunos importantes avances en el plano académico, en la profusa producción intelectual y política sobre los años 70, sobre la militancia revolucionaria, la represión paraestatal y estatal y la lucha antidictatorial —temas que integran la agenda del campo de los estudios de la historia reciente—, los análisis sobre el exilio político de la última dictadura siguen recogiendo expresiones que van desde el “tabú”, el “silencio”, la “ausencia en el Nunca Más”, la “impunidad”, “el olvido” y el “velo”; hasta la demanda de “esclarecer”,

³ “Duermen en los distintos despachos del poder legislativo nacional los proyectos de reparación económica para exiliados. Retomado el debate por impulso de la agenda del presidente Kirchner, un nuevo proyecto obtuvo sanción de Senadores en marzo de 2005, luego de transitar por varias comisiones ha quedado definitivamente estancado” (Jensen, 2007, p.12). La misma suerte corrieron los proyectos presentados en 2007 y 2009 por el entonces diputado por la provincia de Corrientes Hugo Perié, y el presentado por el diputado por la provincia de Buenos Aires, Remo Carlotto (Gianoglio Pantano, 2012, p. 3).

“sanear”, “reconocer”, “despertar” y “profundizar” la memoria pública del exilio (Jensen, 2014). Es curioso, nos explica la autora, que en una coyuntura donde la exhibición pública del recuerdo de los setenta resulta abrumadora, parece que sigue “siendo políticamente incorrecto hablar de exilio” (Jensen, 2007), en tanto su inscripción en las memorias sobre el pasado reciente de los argentinos continúa enfrentando numerosos obstáculos, o al menos así lo plantean los que pasaron por el exilio en aquellos años.

Se ha demostrado cómo el discurso construido y divulgado por la dictadura en clave de la narrativa del “exilio dorado” ha sido tan poderoso que ha contribuido (y contribuye) al olvido del sentido político de aquel movimiento de población que, transitando el miedo, debió salir del país para conservar la libertad y preservar la vida.

De modo que la continuidad del olvido es la nota destacada. Independientemente de sus reelaboraciones a lo largo de los diferentes gobiernos democráticos y de sus renovados y hasta conflictivos usos y usuarios; de la previsible ampliación de la información disponible con el paso del tiempo y de la creciente acumulación de registros que dan cuenta de la experiencia —comenzando por la profusión de filmes, literatura de ficción, eventos culturales, producción científica y aún en el extremo de una investigación que avanza cada vez más y hasta los más mínimos detalles del evento exiliar— los relatos públicos acerca del exilio siguen, en buena medida, anclados en la demonización, la culpabilidad, la traición, la cobardía, la jerarquía de sufrimientos y los escalafones de lucha, que son subsidiarios de la matriz del “exilio privilegio”.

Dejo momentáneamente de lado las narrativas que intentan responder a esa carga de “refugio dorado”, para detenerme en esa zona gris de exiliados, *los exiliados del miedo*, habitada por cesanteados, amenazados, agobiados, aterrorizados, perseguidos; esto es, por todos aquellos que salieron del país sin ser “opcionados” ni contar con el estatus de asilado o refugiado, cuyo análisis ha sido menos transitado. De hecho, considero que este es un aporte original de este artículo: recuperar la experiencia exiliar de Horacio Abdala, quien se fue de Argentina el 27 de junio de 1977 acompañado por su esposa, en los tiempos de la violencia del terrorismo de Estado, con el despliegue de intimidación impuesto a través de la muerte y “desaparición” de compañeros y las noticias de que otros estaban presos y con un historial de allanamientos a su domicilio. Estas fueron algunas de las razones que le impusieron la marca

del miedo, con las que Abdala va a transitar la experiencia exiliar: un hecho que se originó en la violencia, como una forma de eludir la muerte o de conservar la libertad, y que marcará indeleblemente su vida.⁴

La experiencia exiliar

“estábamos muy cerrados y casi no sabíamos nada de nadie con lo que no me reencontré con ningún bancario... excepto conmigo...”

Como ya lo advertía Jensen (2011), el exilio es un objeto poliédrico y móvil que impone fuertes desafíos. Hacer historia de los exilios requiere combinar múltiples niveles y escalas de análisis (local, nacional, regional, internacional, transnacional). Constituye un reto porque hace indispensable abordar a la vez el territorio que expulsa y que produce “víctimas” de un viaje no deseado originado en la violencia así como la sociedad de destino, o sea el territorio habitado por los sujetos exiliados devenidos en “extranjeros”, y por aquellos que son construidos como “nativos” por los recién llegados. La vida de los exiliados transcurre en la encrucijada entre un aquí y un allá, una dualidad que no remite solo a dos geografías, sino a dos tiempos políticos, existenciales y simbólicos. Esta dualidad fundante del exilio suele acompañar el retorno al país de origen. En no pocos casos el regreso, lejos de anular el descentramiento vital que condiciona la relación de los desplazados con el mundo y los lleva a definir “adentro” y “afueras”, lo reedita y/o profundiza. Con estos trazos esenciales y con estos desafíos a cuestas intento esta empresa.

El punto de partida lo encuentra a Abdala solo, sin encuadres políticos o institucionales que amparasen su salida. Todo lo contrario, la soledad, el miedo y el terror lo impulsaban a salir del país, pero como bien dice nuestro entrevistado:

Bueno la realidad es que la elección del exilio no existe, el exilio te atrapa, uno no decide exiliarse porque, de hecho, muchos que intentaron el exilio

⁴ En términos conceptuales la categoría de exilio hace referencia a la movilidad forzada de aquellas personas que sufrieron una represión directa o violencia explícita. En el caso de Horacio Abdala se habla de otro tipo de experiencia mediada por la violencia simbólica o, lo que Enrique Coraza (2017) denomina, “violencia potencial”, la cual se manifiesta por la potencialidad de que el hecho violento sucediese en algún momento y la emigración se expresa como una medida para salvar la vida.

no lo consiguieron, o sea que no lo decidís, casi es... te lleva el camino al exilio, y hay veces es exitoso y hay veces no, hay gente que no tenía forma real de exiliarse, hay gente que se fue al interior porque no tenía alternativa ni de siquiera contar con el pasaporte en forma... El exilio es una de las vías que tiene uno para esconderse, es la realidad, eh... nosotros, de hecho, estos episodios que te conté... no sabíamos dónde esconderlos ¿verdad? De lo que te conté antes. Eh... de algo a lo que nos enfrentábamos casi, por eso uno llega a que no sabe cómo llega porque ¿de qué nos teníamos que esconder si no habíamos hecho nada? Nada que tuviera que ser escondible. Representar a mis compañeros en un banco era suficiente para que me secuestraran y desaparecieran, como iban cayendo gotitas alrededor mío, entonces la falta de entendimiento hace más dura la decisión o el tránsito, más que la decisión, entonces el caso mío, en particular, fue que tuve acceso a llegar a un avión, sin garantías de qué iba pasar cuando me sellaran el pasaporte.

El primer contacto, que operará como anclaje inicial, fue la recepción de un amigo que se había marchado a España dos años antes por razones personales. La primera etapa de la experiencia exiliar en España, que duró cuatro años, fue narrada así:

Desde que llegué en 1977 pasé primero por Palamós, costa catalana, donde tenía mi único contacto afectivo, mi amigo Ramón. Decidimos que no y fuimos al País Vasco, donde una pareja de argentinos nos recibió en el pueblo de Algorta, hasta que encontré un trabajo en San Sebastián, en un periódico local. Alquilé un bonito departamento y compré un perro. Un absurdo razonamiento nos hizo dejarlo y pasar a compartir piso con unos chicos en un barrio obrero, hasta que, para poder recibir a otros que llegaban como nosotros, nos mudamos a un barrio del centro de la ciudad: Amara, pero apareció un ratoncito y mi esposa no podía, y nos fuimos a Zarauz, precioso, pero lejos para nuestro trabajo. Volvimos a San Sebastián a un departamento de la madre de un amigo, donde duramos hasta que la compra de un precioso departamentito que reformé, nos llevó al barrio de El Antiguo. Y allí, cuando parecía que ya estaba, aparecieron las patadas de Mariano en la panza de su madre, que necesitó volver. Y

volvimos. No te molestes en recontar, escuchaste bien, en cuatro años empezamos cuatro casas y las cerramos todas.

Queda más que claro que el número de viviendas no coincide, y al poco al tiempo rectifica las cifras. Preocupado por los lapsus de la mente o por los curiosos juegos del inconsciente, se corrige: “empezamos ocho casas y las cerramos todas”.

¿Cómo son las vinculaciones con la sociedad receptora? ¿Cuáles son las relaciones con los locales y con los otros exiliados latinoamericanos o con los “nuestros” en el exilio? Me interesa indagar sobre las condiciones y la materialidad de esta experiencia. Nuestro narrador, quien no huye de los relatos, descubre los intentos realizados para invisibilizarse en la nueva tierra, para olvidar, para silenciar.

Nos recibieron, nos ayudaron y no hablamos. Era suficiente estar ellos y nosotros allí. No era época de hacerse amigo de los mismos, se necesitaba aire fresco, gente sin nuestra pesada carga, aunque tuvieran cargas pesadas con las que viajar.

¿Y el contacto con otros argentinos? Sabía perfectamente que había otros cuatro connacionales en el pueblo donde vivía, pero entendía que era más seguro cortar todos los lazos con el pasado.

¿Otros? Ni hablar. No sería raro que alguno fuera un pobre delator de ex ¿qué? ¿ex amigos? ¿ex? Ni soñar. Lejos, cuanto más, mejor...

La necesidad de encontrar un empleo se conjuga con una oportunidad. En ese tiempo, en el País Vasco se vivían los primeros años de la transición a la democracia y se estaban acomodando las viejas demandas que el franquismo había prohibido. El recientemente creado diario vasco *Egin*, perteneciente a *Euskadi Ta Askatasuna* (Euskadi y Libertad - ETA), cuya sede central estaba en San Sebastián, le dio un lugar de trabajo y también un espacio de acogida:

(...) justo fue que caí en el periódico eh... que se llaman *Egin*, que quiere decir Hacer en vasco eh y después el nombre extendido era hacer nuestra prensa, *Egin Egunkaria* y hacer nuestra palabra, algo así...y... que respondía a la rama política de la ETA más suave. Allá había dos ETAS: había un

ETA militar y una ETA político militar, y... de casualidad no hubo ninguna coincidencia, yo no tenía ninguna coincidencia ni política ni ideológica ni quería... yo iba buscando paz y me entero que termino... pero bueno yo tenía que comer, y esta gente entiende muy bien, y nos acogen, y nos defiende, es decir, claramente nos dan un tratamiento de gente de necesidad por el exilio, y me lo dicen eh... nosotros tenemos un compromiso con cualquier luchador que no esté en su país, eso fue bueno. Y vino también un baño de juventud, porque eran todos jóvenes, un periódico nuevo, un periódico muy grande, todos ávidos de saber de nuestra experiencia.

Con un ambiente receptivo y un trabajo motivador, relata que lo primero que hace es mirar a su alrededor para convencerse de que había hecho una buena elección.

Entonces, lo primero que hace uno o lo que, yo puedo hablar por mí, lo que haces es buscar serenidad en creer que tomaste una buena decisión. Lo necesitás para sobrevivir, lo necesitás para intentar integrarte, aunque te integres y necesitaras todo lo contrario para poder hacerlo, te alejás de tu país y te alejás de tu realidad, de tus convicciones, de tus amores, de tus desamores, de todo. No podés sobrevivir si no, es como cuando a Maradona lo hacen esperar en el banco y no jugar. Se desespera, no lo pueden tener en el banco. Maradona no puede mirar desde el banco. Bueno, uno decía: no pude mirar desde el banco el partido, desde el banco mirá que casualidad ¿no? O qué juego de... entonces lo que hacés es eso: mirar todo lo bueno que conseguís, engañarte, es muy burdo decir engañarte. Yo no me engañé, es cierto los beneficios que te da el vivir en Europa, en mi caso en particular, viviendo en una ciudad espectacular como San Sebastián todo te parece más fácil porque parece que estás medio de vacaciones y tenés que, inmediatamente clausurar lo otro, porque por donde entran los recuerdos también entra el peligro. Decís estar cerca es estar cerca, es un mecanismo un poco, extremadamente, por ahí psicoanalítico, por ahí...yo soy medio andaluz, soy un poco exagerado pero es tanta la necesidad de que a través del recuerdo no te llegue todo lo que viviste que lo tenés que clausurar... Y esa es la primera etapa. Después las cosas se empiezan a asentar y pasás a ser menos conformista con lo que tenés y menos lejano a lo que dejaste. Ese fue mi tránsito ¿Se entiende?

Luego comienza la extrañeza también del país natal. Entre el país real y el imaginario. Entre el país vivido y el actual. Extrañeza y tristeza por una patria que ya no era la misma. Una Argentina cooptada por los que ahora detentaban el poder y que hacían alarde de su autoridad.

Tan solo estás, que compartís la final de la copa más deseada, con dos vascos, un catalán y un zaragozano en la soledad de la sala de televisión del trabajo vacío porque es domingo. Y llega el vacío de verdad. Con timidez te alegrás de ganar, pero no tanto. Te emocionás pero casi no es tuyo. La más mínima lágrima saldrá a festejar esto. Y aparece. Con sus bigotes oscuros y prolijos, usurpando el lugar de quien tendría que estar en el lugar de la alegría. Y mi instinto, solo el mío, me llevó a verlo. Girar con violencia la vista, hacia alguien que haría que no se viera lo que ellos no querían que se vea. Y entregó la copa. Nos fuimos del periódico cabizbajos sin ganas del brindis de rigor que nadie fue capaz de invitar. Porque se olía el dolor de lo que acabamos de ver. Todos, hasta los catalanes dejaron las bromas de lado. El abrazo de mi amigo, de aquel que me recibió el primer día. ¿Estás bien? Sí. Mentira. Sí, estoy bien.

Dicen que las bocinas y ver la gente festejando fue majestuoso.

También sé, que como paso aquel día en la soledad del estudio de no sé qué, es probable que si dejo de lado mi dolor y mi rencor y mi espanto y mi sin razón, razonablemente entendible, si lo logro, entienda que lo necesitaban.

Yo no lo compartí con nadie, porque tenía miedo de que nadie fuera un traidor.

De lejos, escuché las bocinas y los gritos, de esos cuatro que vivían en mi ciudad y di vuelta la cabeza para no mirarlos.

El miedo calaba los huesos y seguía intacto. Una constatación semanal eran las cartas que llegaban de Argentina:

Allí, detrás de cada silencio al abrir las cartas, sabiendo que ya habían sido abiertas, espiadas, controladas, vejadas, detrás de cada silencio, encontrábamos esa verdad aplastante. Ganaban por goleada, nos habían metido el miedo hasta el fondo del bolsillo, donde no se encuentran ni las monedas de un centavo de lo abajo que están.

Era un guerrero, peleador, con más huevos que cabeza. Pero con la suficiente cabeza para distinguir razón de imposición. Sabía perfectamente que no podía reaccionar porque me tenían aterrorizado. Y cada carta, sin pudor abierta antes de recibirla, era un aviso: lo hacemos porque podemos.

Conseguido el empleo, trabaja incansablemente —“como un animal”— para demostrar que no todos los sudamericanos eran gente deshonesto. Las actitudes deshonestas o, lo que llaman en Argentina “la viveza criolla”, lo avergonzaba, ya que era habitual escuchar la descripción de acciones reñidas con la ética llevadas a cabo por los latinoamericanos en el exilio.

Y pasaron a ser de la secta del no quiero saber nada, no vale la pena. Hablan fatal de la mayoría, que roban, que estafan, que subalquilan lo insubalquilable, los sudacas. La puta madre, los sudacas. Esos que recibimos en una tierra fértil como ninguna a todos, los sudacas. Trabajé como un buey, porque necesitaba triunfar y decir que era honesto. Hasta la última cuota de la última compra en cuotas pagué cuando me fui. O cuando volví.

Entre tanto, volvemos a poner el acento en la experiencia del exilio: una casa, una pareja, los días de playa, un trabajo que cada día le brindaba oportunidades, ser fotógrafo en un nuevo periódico deportivo, donde podía anudar su pasión por captar los sentimientos de las personas con una máquina que técnicamente se lo permitía. Podía dar rienda suelta a su pasión por la fotografía testimonial,⁵ viviendo los tiempos interesantes de la transición democrática española. Sin embargo,

⁵ “La fotografía deportiva me gustaba, pero testimonial, es decir, yo no quería la foto de un gol, yo quería verle la cara de dolor de un jugador que acaba de perder o cosas así. Entonces, era bien aceptada porque era una visión que allá todavía, no todavía, sí no que no era muy común. Yo era... iba a rascar adonde el primer partido entre los dos grandes equipos vascos que se jugó en San Sebastián después de que murió el dictador, mi amigo Franco, entraron los dos equipos con la bandera vasca, que estaba prohibida, y yo tuve la suerte de estar en el campo de San Sebastián, entonces estaban todos los fotógrafos chhhhhhh [hace un ruido] los dos equipos formados, con la bandera en el medio y yo ¿qué hice? Me fui por atrás y tenía la foto de todas las camisetas con los números mezclados de los jugadores desde atrás, no desde adelante, porque buscaba esa parte que los otros no buscaban”.

Caés en un... en un hueco del, no sé, del vivir, del pensar que no te termina de dejar de afianzarte sin más y es muy difícil... recuperarte. El exilio, aunque lo dibujes como lo quieras dibujar...yo digo, yo tengo fotos...de a los tres días de llegar estar en una playa así, no importa... el mar...no importa...todo vos fuiste un exiliado, hacé lo que quieras, que eso no te lo quita nadie es como con la muerte de un hijo quien te quita el dolor de tu hijo cada vez que lo conmemorás o lo rememorás, no te lo quita nadie, lo arrinconás, lo suavisás, lo compensás. El dolor no desaparece jamás y el exilio es un dolor.

Los retornos: el primero

*Llega un momento que no sabés donde es allá y donde es acá.
Y te trastabillás con los lugares, con los acentos, con las dudas y los afectos.
hoy, si me apurás, sigo con miedo de mi pasado.*

En los retornos se ponen en juego no solo las dimensiones subjetivas e identitarias, sino también los lazos y relaciones tejidas con la sociedad a la que se regresa. Asimismo, debemos considerar que los retornos no son necesariamente el último eslabón del proceso emigratorio, pues son frecuentes los regresos al destino de emigración del que se había decidido volver. Este movimiento conlleva fuertes sismos subjetivos en la persona y en su núcleo familiar, y tensan además los imaginarios, las expectativas y las relaciones del pasado y del futuro con el presente, según explican los especialistas en esta problemática (Lastra, 2012). De modo que me gustaría poder contribuir a este entretejido personal y colectivo que adopta insistentemente el lado más oculto de la experiencia exiliar: transcurridos los años, cuando los marcos políticos habilitan los procesos de retorno, y ese “parece que todo ha vuelto a la normalidad” está latente en muchos de los actores que vivieron y siguen viviendo el destierro. Una frase pronunciada por mi entrevistado condensa lo que señalo: “hoy, si me apurás, sigo con miedo de mi pasado”.

El embarazo y la imperiosa necesidad —especialmente de la madre— de que el niño naciera en Argentina, hicieron que se planificara el primer retorno. Sin pensar en las consecuencias y con la esquiva esperanza de que aquí no les pasase nada, regresaron a fines de 1980. La ayuda económica del suegro

para la adquisición de una vivienda les creaba una oportunidad. La llegada al país fue descripta de esta manera:

La decadencia de mis viejos era palpable desde el aeropuerto, al que fue medio mundo a buscarnos. Y nosotros, ingenuos confiados de que era buen momento. Nada había pasado, nada pasaría. Y sin embargo, mi intuición.

-Vamos. Después nos saludamos más. Vayámonos de acá por favor.

Cuando conseguí que no hicieran más circo en Ezeiza y nos repartimos para ir a la primer parada, la casa de mis viejos, empecé a respirar.

Una nueva trayectoria laboral

Horacio señala naturalmente que no podría regresar a su antiguo trabajo de bancario.

Yo estaba fuera de mercado, mi trabajo bancario de antes de partir era irrecuperable, y no imaginaba qué otra cosa hacer que no fuera meterme con mi viejo y mi cuñado en un proyecto de hacer crecer ese resabio de empresa rechiquitita que quedaba del pasado.

Con algunos dineros traídos y con el proyecto aportado por su cuñado, crearon una pequeña fábrica de buzos de algodón —que debía producir más de 6.000 por temporada para sostener a las tres familias— a la que denominaron Textil 24, sita en San Martín, provincia de Buenos Aires.

Seguimos empujando, llegó el local propio en el Once donde ya no dependíamos de los mayoristas buitres y los clientes nos traían los cheques y el efectivo.

Tres en el Once eran los locales. Uno en el núcleo duro de la venta. Salieron departamentos, coches y demasiado personal. Y demasiadas compras para compensar -si uno compra, como no van a comprar los demás- y vino el puto '85, donde las cosas se torcieron, donde cada cheque perdía todos los días parte de su valor hasta pulverizarse antes de cobrarlo.

La década del 80 se caracterizó por cambios apreciables en las condiciones de funcionamiento de la economía argentina, en el comportamiento de los agentes económicos y en la propia estructuración de los sectores

productivos que se adaptaban al nuevo modelo. La espiral inflacionaria sin techo provocó que Argentina ostentara el triste récord mundial de ser la única economía moderna sometida a una inflación tan alta durante tanto tiempo. Así, como bien explica Jorge Schvarzer (1998), “pocas economías, pocas sociedades, podrían resistir este flagelo sin desmoronarse. La Argentina no lo atravesó airoso, por cierto, dada la notable intensidad y persistencia del proceso” (p. 73). Las políticas de *shock*, la liberalización de precios, la política de fijación artificial del tipo de cambio, crisis productiva y endeudamiento externo; las devaluaciones, las constantes sucesiones de *shocks* y *minishocks*, los planes de estabilización, el ajuste y el cansancio del ajuste hicieron la tarea. Los pequeños establecimientos comenzaron a cerrar sus puertas, ya que la reforma económica hizo trizas a los sectores que no pudieron competir en la libertad de mercado; entre ellos, Textil 24 y los locales de venta al público. La búsqueda de nuevas oportunidades laborales llevó a nuestro entrevistado a probar suerte en Brasil, lo que tampoco ofreció resultados positivos. Un regreso transitorio a Buenos Aires para emprender un nuevo camino: regresar a San Sebastián.

Retorna a España con una nueva pareja y una familia ampliada. Hoy mira hacia ese pasado y se interroga de esta manera: “¿Fue el exilio el que me enseñó y empujó una y otra vez a buscar el camino de irme a otro lado como primera opción?”.

En el relato sobre este retorno aparece una relación entre la culpa y los distintos niveles de responsabilidad ante lo que considera un fracaso económico, pero también la constatación del aislamiento y el silencio que envolvió su estancia en Argentina entre los años 1980 y 1997.

Horacio Abdala (HA): No pude consolidar un proyecto... Económico de trabajo...yo me achaco bastante culpa mía, no...

Y... finales de los 80 habíamos logrado hacer una buena fabriquita textil, trabajábamos en el Once, teníamos nuestro local en el Once, podíamos haberlo salvado...yo estaba de...la sensación que tengo...

Patricia Flier (PF): No sos el único que estaba de...

HA: No, ya sé, yo creo...y me estás agarrando cosas que yo creo que no las pensé nunca... Yo creo que internalicé: si no podés, andate... si te vas a caer, andate, como primera opción, que fue la opción.

PF: ¿Fue la opción?...

HA: La primera opción fue esa...

Un dato no menor, es que en su estancia en Argentina no pudo contactarse con sus amigos de militancia. Explica con angustia que no los pudo ver.

HA: (...) 15, 15 o 16. Me fui y vine en el 96 a ver si había posibilidades, cuando ya veía que me iba para atrás, en esos 16 años a amigos de estos, de toda la vida no los ví, no los pude ver. A María, mi amiga María...

PF: O sea, todo eso, aquellos amigos que tenían que ver con esa vida antes del exilio.

HA: No los pude ver. Sólo a uno, porque era como un hermano, y así y todo vuelto a España no sabía cómo localizarlo, absurdo si tenía 16 personas cercanas que hoy te podría dar siete caminos distintos que me hubieran llevado a él y él no, tampoco. El tampoco me buscó, teniendo lazos comunes es como es como lo ves, así pasó.

PF: ¿Una clausura de un período de la vida?

HA: Sí. Y esa clausura, yo no sé porque nunca me relacioné con exiliados ni siquiera me llegué a acercar, hasta estos días, a gente que sufrió cosas peores, como el encarcelamiento.

La democracia recuperada en 1983, y en particular el presidente Raúl Alfonsín, se hicieron eco de las demandas de justicia de los organismos de derechos humanos y modificaron muchas de las definiciones que anteriormente habían sustentado al poder militar; es decir, los desaparecidos ya no eran aquellos “subversivos” que pretendían tomar violentamente el poder para modificar el estilo de vida nacional, sino que aparecían, en su mayoría, como víctimas inocentes, ya no de una guerra interior, sino de los crímenes perpetrados por un Estado terrorista (Lvovich y Bisquert, 2008, p. 34).

La Conadep y el *Nunca Más* imprimieron el sentido social sobre la Dictadura. La memoria social y la narrativa en clave humanitaria se sostuvieron en un imperativo moral basado en la adscripción a derechos considerados inherentes a la persona humana, y no establecieron, en general, relaciones entre el crimen y el orden social, no historizaron la violencia política y tampoco pusieron en evidencia los compromisos políticos de los desaparecidos (Crenzel, 2008, p. 183).

Las representaciones del pasado cercano se popularizaron en la teoría de los dos demonios, que creó los marcos para el silencio sobre las militancias. Al demonio de la violencia revolucionaria se opuso una aun más condenable violencia estatal, y frente a ello se ubicó a una sociedad ajena a ese enfrentamiento, víctima inocente de sus consecuencias. Un nosotros homogéneo que, aun reconociendo que la sociedad argentina tenía un conocimiento parcial de las políticas represivas de la dictadura, justificaba su pasividad como consecuencia del miedo y de la parálisis del terror. En esta apreciación se desconocieron las complicidades y los modos de consenso que diversos sectores prestaron a la “guerra antisubversiva”. Así, cualquiera de los miembros de esta sociedad podía convertirse en un blanco de la represión. De esta manera, se despolitizó a las víctimas quitándoles toda referencia ideológica o partidaria (Lvovich y Bisquert, 2008, p. 38). Prevalció así la necesidad de mantener la armonía social y de dotar a la democracia refundada del marco de legitimidad en torno a la defensa de los derechos fundamentales y a la condena del terrorismo de Estado.

Las disputas de las memorias que prosiguieron en el espacio público — pero, sobre todo, las que consideraban necesario dar vuelta la página de la historia y seguir adelante— irrumpieron en la forma de políticas de olvido y silenciamiento. Las leyes de punto final y de obediencia debida, y luego las leyes de amnistía del presidente Menem, apuntaron al olvido. Se usó la prerrogativa presidencial del indulto para liberar a los militares presos, así como a algunos líderes de la guerrilla que estaban procesados. La sentencia de impunidad fue dictada dentro del orden democrático. El pacto de impunidad, no cabe duda, fue conquistado por la presión de la espada: la democracia había perdido su batalla librada desde el campo de la justicia (Flier, 2007).

En la implantación del modelo neoliberal y con una política de “pacificación nacional” se apeló a la reconciliación en pos de la unidad nacional; apareció así con toda su potencialidad la teoría de la “reconciliación nacional”. Importantes sectores de la sociedad creyeron en el futuro sin preocuparse por conseguir verdad ni justicia, apostando al olvido. Solo la perseverante lucha de los organismos de derechos humanos, que intensificaron su tarea ante las instancias internacionales debido a la negación de justicia en el plano nacional, activó mecanismos creativos y novedosos para la acción de la justicia. Entre ellos, el concepto de derecho a la verdad y al duelo, una de las moti-

vaciones centrales de lo que hoy se conoce como *causas por el derecho a la verdad*, hitos que sostuvieron una política de memoria tratando de encontrar algunas grietas en el olvido.

Esas grietas aparecieron entre 1995 y 1996, en los tiempos del “boom de la memoria”, de las confesiones de Adolfo Scilingo, de la autocrítica del entonces jefe del ejército, general Martín Balsa; de la aparición de la agrupación H.I.J.O.S. reivindicando el pasado militante de sus padres, de las nuevas prácticas y renovadas coberturas periodísticas. Cuando la memoria de la represión recuperó el espacio público fue, justamente, cuando nuestro entrevistado regresó a España.

Los últimos 18 años en España

Su reemigración a San Sebastian está narrada con un tono más aplacado. La sensación del fracaso económico le marcaba a Abdala el escenario, y no tenía dudas de que debía volver a marcharse de Argentina. Un viaje que realizó unos meses antes fue el preparatorio para la nueva etapa, que se inició en enero de 1997 y se prologó por muchos años, los que transcurrieron sin regresar al país de origen. Una etapa que —narrada desde el presente— pone en escena, nuevamente, su empuje para ganarle a los desafíos y su dedicación al trabajo. Nueva familia, nuevos emprendimientos comerciales; todos ellos, promovidos con mucho entusiasmo, pero que reiteradamente fracasaron.

La España pulcra y ordenada me dio la espalda, las leyes no ayudaban a proteger a un emprendedor con 20 trabajadores a su cargo. Las limpias instituciones europeas, robaron por todos lados, y la solución fue sencilla: que paguen los de abajo.

Me sentí estafado. Aquí se hablaba y se habla de que vergüenza Argentina, Bolivia, Brasil... etc... Y la verdad que como robaron los del gobierno de acá... nadie.

Los fracasos comerciales y las pérdidas económicas, sumados al largo desarraigo, le pesaron más de lo esperado. En particular, gravitaba en él su ausencia física en dos acontecimientos que achicaron su familia: la muerte de su padre y la del hijo que había vivido en un hogar para niños especiales por una discapacidad acarreada desde el nacimiento. La vida continuó con

altibajos: empresas movilizadoras pero fugaces, visitas de familiares “y siempre hablando como argentino”, lo que les resultaba llamativo a los amigos y vecinos españoles. También lo acompañaba un deseo no compartido: “una fantasía fue si me va muy bien económicamente no creo que pase mi vejez en San Sebastián”.

Algunos cambios en el entorno familiar también provocaron reacomodamientos: “en mi proyecto llegué con mi hijo y él después decidió no seguir. Eso cambia mucho...” También se marcharon los otros hijos, lo cual provocó ausencias y acomodados que fueron minando otros sentimientos. Hasta que un acontecimiento familiar los trajo a Buenos Aires en 2014, visita que se convirtió en un parteaguas en su vida.

¿Por qué llegué a Buenos Aires en marzo de 2014? Estaba desplomado, necesitaba aire fresco, de ese que se huele en mi barrio.

Y cuando vine el año pasado, que estaba necesitando aire dije: el único lugar que me puede dar aire es mi casa, es mi país, y vine. Vine, yo había hecho un corte tremendo. No podía volver, estaba... era como que me hacía temblar. La vine a ver a mi vieja después de tantos años, sabiendo que venía a lo que venía. A escarbar. No pude escarbar mucho porque me daba miedo y empecé escarbando en el barrio, me recorrí mi barrio, re-encontré lugares, escuelas, árboles detrás de los cuales di besos, amigos, los primeros compañeros que recuperé, a María, a Roberto, que son dos grandes compañeros míos y mucho no... más no tenía ni tiempo siquiera porque tenía que volver y recuperé aire y dije: menos mal que tengo claro por dónde viene la corriente de aire y me fui sabiendo que una de las cosas que quería era dar testimonio. Y quién mejor que yo mismo para dar testimonio y escribí un libro.

La estadía en Buenos Aires fue breve. Pero lo suficientemente extensa para volver a tensionar viejas cuestiones: volver “le sacó la anilla a la granada...”, explica Abdala.

Volví tristón, sabiendo que volvía al lugar en el que no me sentía que fuera el mío. Y volví a ir, con más fuerzas, como para derribar los muros que me separaban y no me dejaban ver. Y mi libro y... tantas cosas...

La escritura como antesala del regreso

Quizás una cronología sea necesaria. Su segunda migración a España se prolongó desde el año 1997 hasta 2015. En marzo de 2014 vino a Buenos Aires en un viaje breve. En mayo de 2015 regresó a Buenos Aires y nuevamente se volvió a San Sebastián.

Nuestro entrevistado recurre a metáforas para describir el impacto de estos viajes: quitar la anilla a la granada, mover los armarios —“esos armarios que nunca se mueven, porque si los movés ya no vuelven a entrar en el mismo lugar que estaban”— como antesalas que preanuncian sus proyectos.

Volví envuelto en un huracán de sentimientos. Y escribí. Y mi escritura creció junto con mi convencimiento. Quería volver. Mi María recuperada después de tanto, me ayudó. Mis queridos bueyes al recibir el primer resultado con tachaduras, sin comas y con el amor reventando por cada uno de mis rincones me afianzaron. Y apareció la excusa: una boda a la que nadie puede faltar. Y no falté. No por la boda. Tenía que terminar el libro con María, tenía que ver cómo sería lo que yo quería: volver.

La escritura siempre ha sido una fiel compañera de Abdala. Desde muy niño ha escrito. Escribe como respira. Naturalmente, sin academias ni lecturas formativas. Todos sus textos y relatos poseen el tan preciado don de la transmisión simple y efectiva. También afectiva.

Una vieja anécdota sigue teniendo validez explicativa.

HA: Bueno el problema es que yo soy un contador, soy un contador, es... lo empecé a ser de chiquito y casi me echan del colegio la primera vez que escribí porque faltó una maestra, una maestra no, una profesora de segundo año de castellano y vino un preceptor que era lo que se usaba en aquella época, cerró la puerta y dijo “No hay clase porque la profesora no vino... que está en castellano una composición, El árbol caído”. No me voy a olvidar jamás. Vale... Y todos empezaron a boludear, era y no me salía nada y cuando miraba el reloj decía me van a retar algo tengo que poner. Empecé a escribir y me salió una poesía pero yo nunca en mi vida había escrito nada, inclusive era eh... gramaticalmente correcta, estaba compuesta por sonetos, ya no me acuerdo, yo no lo sabía, no podría ni describirlo y cuando llegó la hora de escribir yo escribí esto con un poco

de miedo y se llevó todas las cosas y a las dos horas viene un preceptor, interrumpe la clase: “usted a dirección” y yo dije ¿Qué hice? si no había hecho nada, que me iban a expulsar por plagiar, por haber copiado una, una poesía. Horas estuvimos discutiendo. El Director del colegio era el caballero Demichelis que había sido el director del Colegio Militar, es decir, nos controlaban el pelo, las uñas, afeitados, nada de pelos, nada de algún rasgo homosexual, nada ... ex director del Colegio Militar, imagínate. Nos dejaban a los de deporte tenían unas dádivas porque el deporte... y al final, tuvieron que reconocer y el director este me mandó una felicitación. Ahí empecé a escribir, a narrar cosas.

PF: ¿Y seguís escribiendo?

HA: Y sigo escribiendo. He escrito impactos de mi vida, en muchas versiones, arriba de aviones en servilletas, tuve una segunda fase de, de mala suerte que también se perdieron todos mis originales. Cuando yo me fui perdí todos mis libros, todos mis discos y todo lo que había escrito lo dejé a una persona y desapareció. No tengo nada de mis cuentos. Cuando vine... seguí escribiendo porque me gusta porque, igual que la fotografía, es una forma de transmitir, yo lo vivo como una forma de querer explicar cosas, no de... de vanagloriarme ¿no?

Sin embargo la escritura del exilio⁶ le llega como una ráfaga que acelera el aire del retorno. Pudo volcar en un texto de autoficción su larga vida de errante. El título del mismo esconde el sentido más profundo de la escritura: *Los bueyes perdidos de la señora presidenta*. Si bien el autor anida la profunda esperanza de que el texto llegue a las manos de la expresidenta de Argentina Cristina Fernández de Kirchner, para quien lo escribió, también aspira a contar esta historia para que los más jóvenes escuchen su voz. Es una historia que recupera las voces de las ausencias así como los ideales y proyectos de una generación que fue derrotada, y que tuvo un punto de inflexión el día en que:

Hace cuarenta años en esta Asociación, vinimos los cuatro... cabezas de una Comisión Interna de mil trabajadores, llamados por el señor in-

⁶ Las denominamos *escrituras del exilio* puesto que se considera que hay algo en el trabajo de la escritura, en el deslizamiento escriturario, que se relaciona intrínsecamente con la situación de exilio (Bocchino, 2005; Flier, 2014).

terventor, así se hacía llamar, un teniente, interventor de nuestra Asociación, y nos sentó en la mesa y nos dijo “basta de hacer quilombo ¿o quieren tener problemas?”. Y nos levantamos y nos fuimos... en silencio, en ese ascensor, cruzamos la plaza con la cabeza gacha ¡y ninguna vergüenza eh! Estábamos conmocionados... sabíamos que nos habían puesto fecha de caducidad y empezó el silencio de nuestra voz, pero no el que querían ellos porque ellos querían matar nuestra voz y yo mi voz la tengo vivita y coleando.

Horacio Abdala vivió su vida con la marca indeleble del exilio, con miedo, con silencios, para finalmente escribir en la página inicial del libro —próximo a editarse— una frase que reúne sentidos trascendentes de su propia experiencia: “Si tan solo recordara que no hay paz en el olvido, si tan solo...”

No la pudo leer. Me pidió que fuera yo quien la leyera.

Conseguí algo que no lo puedo leer, porque no lo hice para leerlo yo... justamente lo hice para que alguien lo pueda leer, y esto será lo que abra mi libro, cuando lo publique... yo no lo puedo leer. Ahora ya te dejo que me preguntes lo que quieras... necesitaba sacarme esto de adentro.

Encuentros, caminos, preguntas

*Hay momentos que creo que no sé cosas más hasta que vos
me preguntás por ellas.*

Con mi lectura de la frase “Si tan solo recordara que no hay paz en el olvido, si tan solo...” emprendimos las entrevistas que realizamos en la Secretaría de Derechos Humanos, Género e Igualdad de la Asociación Bancaria, con las que pudimos visitar algunos pedazos de la vida de Horacio; una construcción verbal en la que el narrador —gracias a la oportunidad y a mis preguntas— dio forma narrativa a su propia vida.

Ya ha explicado Alessandro Portelli (2016) que la “historia de vida” es una forma narrativa que no existe en estado natural. Este tipo de relatos es, de hecho, el producto de la intervención de un oyente e interrogador especializado, un historiador oral con un proyecto, que da inicio al encuentro y crea el espacio narrativo para un narrador que tiene una historia

que contar, pero que no la contaría de aquella manera en otro contexto o a otro destinatario.

Cada entrevista documentada, escribe Vann Woodward (1985), “tiene dos autores: la persona que hace las preguntas y la persona que las responde”; a lo que yo solo agregaría que, una vez encaminado el diálogo, la distinción entre estas dos funciones no es nunca rígida ni absoluta.

Entrevista significa *mirar entre*; es un intercambio de miradas que requiere empatía y confianza entre el entrevistado y el entrevistador, pero lo que hace significativa a la historia oral es el esfuerzo por conducir el diálogo entre y más allá de las diferencias, reconociendo siempre que la entrevista es una experiencia de aprendizaje (Portelli, 2016). Era nuestro narrador quien poseía el conocimiento de lo que estaba buscando, y yo tan solo tenía que disponerme a escuchar. Tenía que disponerme a aprender, y aprendí.

Sabemos también que la entrevista es un proceso de transformación. Yo tenía fundados deseos de conocer la experiencia exiliar y a Horacio Abdala le interesaba relatar su propia historia, sobre todo a sí mismo, para reconstruir el sentido de su pasado. Este diálogo me condujo a repensar las categorías y herramientas con las que encaro mi trabajo de historia oral, así como las transcripciones en la escritura de textos de historia, en tanto el entrevistado relataba su historia y en más de una ocasión señaló que “hay momentos que creo que no sé cosas más hasta que vos me preguntás por ellas”.

Tuve el privilegio de entrevistar a un contador empedernido, que atravesó distintos estados de ánimo: se emocionó, se conmocionó, se sorprendió, y siempre tuvo la amabilidad de entregarme, con infinita disposición, representaciones significativas de su vida. En más de una ocasión pidió detener el relato, a fin de poder tomar aire para transmitir recuerdos que horadaban su corazón. Atravesó el miedo, la incertidumbre, y puso palabras a una historia que estaba envuelta en la pervivencia de silencios y soledades. Ante mi preocupación por esquivar temas, evitar la posibilidad de volver a abrir heridas o de lastimar nuevamente a una víctima del terrorismo de Estado, fue su voz la que condujo el diálogo: “No, qué va, necesito decírtelo, porque a nadie más”.

Como historiadora tuve la posibilidad de emocionarme frente a la narración y a la entrega de un entrevistado que, al finalizar el diálogo, tuvo la franca amabilidad de señalarme que me brindó su historia y que, con ella: “van mis dolores, mis lágrimas, y mi alivio de entregarlas”.

Ahora bien, en estos encuentros también nacieron mis nuevas preguntas, las que cuestionan mi quehacer profesional y que me retrotrajeron a la vieja y clásica pregunta sobre el para qué de la historia.

Sin duda, la advertencia de Walter Benjamin (1995) de pasar el cepillo a contrapelo de la historia o de las narraciones consagradas y apelar al “principio constructivo”, que es el único que permite “articular históricamente el pasado” dando sentido y coherencia a nuestros esfuerzos de rescate crítico y comprensivo de ese mismo pasado, recobraron una centralidad nunca desmentida en mi reflexión académica y en mi trayectoria profesional. Esta orientación nos propone la recuperación selectiva de ciertos hechos, sucesos y procesos, definidos *desde* el establecimiento de ese “principio selectivo” que es el único que permite descifrar y dar sentido al complejo rompecabezas del proceso histórico que estudiamos.

Horacio Abdala regresó a la Asociación Bancaria en 2015 y nos legó una historia que debe ser resguardada para los trabajadores bancarios, para sus dirigentes y para la sociedad. Abrigo el deseo de que la reparación simbólica ante tanto dolor y silencio no sea solo la recepción de una historia y la posibilidad de la transmisión de las memorias sociales silenciadas de los exilios del miedo, sino que podamos contribuir a elaborar las heridas y, de ser posible, colaborar para que encuentre nuevos caminos. En particular, el camino que lo regrese al hogar que fue obligado a dejar. Para cerrar una historia dolorosa, en la que la partida fue una “imposición” y el regreso final pueda ser una elección.

La expresión *regreso final* nos conduce a la reflexión sobre los retornos y sus múltiples implicancias. Sus intrincados efectos en la subjetividad de los actores centrales y del grupo familiar, sobre los descentramientos y los posibles reencuentros; estos, ¿seguirán permeados por la experiencia exiliar? ¿El retorno es el regreso esperado? ¿La recepción será la anhelada? ¿Existe el espacio de acogida? En el plano social, hoy, son los mismos interrogantes.

Esta memoria individual que también es constitutiva de la colectiva, nos lega la advertencia social de que transitamos una *historia que no pasa*, que nos interpela y nos desacomoda. Se sostiene enfáticamente que vivíamos en Argentina, desde el año 2003, los tiempos de políticas públicas de memoria, enmarcadas en espacios institucionales, legislativos y judiciales de reconocimiento y de reparación a las violencias del terrorismo de Estado. Sin embargo, los silencios y las dilaciones fueron la nota distintiva ante los exiliados. La

inexistencia de la sanción de una ley de reparación frente a este tipo de violación a los derechos humanos es la prueba más categórica de que la sociedad argentina no está dispuesta a reparar, todavía, este agravio social. Y volvemos sistemáticamente a violentar a las víctimas, que cargan con los dolores no aminorados y con el pudor por tener que hacer un reclamo de un derecho que no solo es justo, sino que es un derecho conculcado.

El escenario actual no brinda esperanzas de cambio. Todo lo contrario. En nuestro país se ha elegido un nuevo elenco gubernamental que se ha hecho cargo del gobierno en diciembre de 2015 y desde entonces ha desplegado una nueva política pública de memoria, que ha adquirido todos los elementos y las dimensiones de una política pública de olvido (Flier, 2014; Flier y Lvovich, 2014). Los intentos por clausurar los dolores del pasado dando vuelta a la página, retrasarán —nueva y dolorosamente— el derecho a tener derechos de los exiliados argentinos.

Referencias bibliográficas

- Basualdo, V. (2007). Una aproximación al exilio obrero y sindical. En P. Yanquelevich y S. Jensen (Comps.), *Exilios. Destinos y experiencias bajo la dictadura militar*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.
- Benjamin, W. (1995). *La dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre la historia*. Santiago de Chile: ARCIS LOM.
- Bocchino, A. A. (2006). Exilio y desafío teórico: cuando la escritura hace lugar al autor. *Orbis Tertius*, 11(12). Recuperado de http://www.orbistertius.unlp.edu.ar/article/view/OTv11n12a17/pdf_88
- Coraza de los Santos, E. (2017). Como estudiar y representar las movilizaciones forzadas en América Latina. En E. Sarmiento da Silva, A. Gil Lázaro y M. J. Fernández Vicente (Eds.), *Migraciones atlánticas en el mundo contemporáneo (Siglos XIX-XXI) nuevos abordajes y avances teóricos*. Curitiba: Editora Prismas.
- Crenzel, E. (2008). *La Historia Política del Nunca Más. La memoria de las desapariciones en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno editores.
- Flier, P. (2007). La idea de nación en la dictadura. Entre la espada, la cruz y el mercado. Los caminos hacia la expoliación social en Argentina. *Imago Americae. Revista de Estudios sobre Imaginarios*, 2(3).
- Flier, P. (2014). La literatura del exilio y los trabajos de las memorias: la vuelta

- a “el fuera de lugar”. En P. Flier (Comp.), *Dilemas, apuestas y reflexiones teórico-metodológicas para los abordajes en Historia Reciente*. La Plata: Ediciones FaHCE- EDULP.
- Flier, P. y Lvovich, D. (2014). *Los usos del olvido. Recorridos, dimensiones y nuevas preguntas*. Rosario: Prohistoria ediciones.
- Franco, M. (2006). *Los emigrados políticos argentinos en Francia (1973-1983). Algunas experiencias y trayectorias*. (Tesis doctoral). París: Universidad de París 7.
- Gianoglio Pantano, L. M. (2012). Los exiliados en la Justicia Transicional argentina. Una aproximación a perspectivas y debates respecto al exilio. *Actas de las Jornadas de Trabajo sobre Exilios Políticos del Cono Sur en el siglo XX*. Recuperado de <http://jornadasesxilios.fahce.unlp.edu.ar>
- Jensen, S. (1998). *La huida del horror no fue olvido. El exilio político argentino en Cataluña (1976-1983)*. Barcelona: Bosch-COSOFAM.
- Jensen, S. (2007). *La provincia flotante. Historia de los exiliados argentinos de la última dictadura militar en Cataluña (1976-2006)*. Barcelona: Casa América Catalunya.
- Jensen, S. (2011). Exilio e Historia Reciente. Avances y perspectivas de un campo en construcción. *Aletheia*, 1(2). Recuperado de <http://www.aletheia.fahce.unlp.edu.ar/numeros/numero-2/no2-en-pdf/jensen-%20OK.pdf>
- Jensen, S. (2014). Memorias lights, memorias anestesiadas. Reflexiones acerca de los olvidos del exilio en el relato público y social de los setenta en la Argentina. En P. Flier y D. Lvovich (Comps.), *Los usos del olvido. Recorridos, dimensiones y nuevas preguntas*. Rosario: Prohistoria Ediciones.
- Lastra, M. S. (2012). Migración política de retorno en la redemocratización: Primeros contrapuntos entre los casos de Argentina y Uruguay. *I Jornadas de Trabajo sobre Exilios Políticos del Cono Sur en el siglo XX*, 26, 27 y 28 de septiembre, La Plata. Disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.2547/ev.2547.pdf
- Lvovich, D. y Bisquert, J. (2008). *La cambiante memoria de la dictadura. Discursos públicos, movimientos sociales y legitimidad democrática*. Los Polvorines: UNGS/Biblioteca Nacional.
- Portelli, A. (2016). Sobre la diferencia de la historia oral. En A. Portelli, *Historias orales. Narración, imaginación y diálogo*. La Plata: FaHCE-UNLP/Rosario: Prohistoria.

- Schvarzer, J. (1998). *La implantación de un modelo económico. La experiencia argentina entre 1975 y el 2000*. Buenos Aires: A-Z editora S. A.
- Vann Woodward, C. (1985). History from Slave Sources. En Ch. T. Davis & H. L. Gates Jr. (Eds.). *The Slave's Narrative*. Oxford and New York: Oxford University Press.

“Por la paz haremos hasta lo imposible, incluso la guerra”. Entre holocaustos y militancias: memorias del M-19 a través del relato de Vera Grabe Loewenherz

Lorena Cardona González

A treinta años del holocausto

El 6 de noviembre de 2015 se cumplieron 30 años de la toma del Palacio de Justicia a manos del movimiento guerrillero 19 de Abril (M-19)¹ en el centro de Bogotá. Lo que pretendía ser un hecho de justicia y cuestionamiento al entonces presidente Belisario Betancur, por el incumplimiento de los acuerdos de paz de Corinto (24 de agosto de 1984), terminó convirtiéndose en una

¹ Según la propia reconstrucción histórica que hace Vera Grabe (2011): “La fecha tiene su origen en la Alianza Nacional Popular (Anapo), que surgió en 1962. Para las elecciones de 1970 era la tercera fuerza política del país. El general Gustavo Rojas Pinilla, fundador y jefe del movimiento, hablaba de la lucha del pueblo contra la oligarquía, y presentó un programa con puntos como la educación y la salud gratuitas, la nacionalización del comercio exterior, la elección popular de gobernadores, la distribución de tierras no cultivadas, el rechazo al control de la natalidad. El 19 de abril de 1970, por primera vez, la gente votaba por un candidato diferente al liberal o al conservador. Ese día los medios de comunicación transmitieron los resultados parciales de las votaciones, según los cuales Anapo ganaba hasta las seis de la tarde, cuando el gobierno suspendió el conteo público. Al día siguiente salió la noticia de la victoria del candidato conservador Misael Pastrana. Aun así, aseguró la tercera parte de las curules en las corporaciones legislativas. Al pueblo anapista no le cabía la menor duda del fraude y salió a la calle dispuesto a hacer respetar su triunfo. Por varios días esperó instrucciones de sus jefes, que nunca llegaron. Rojas no reaccionó, dudó y más tarde aceptó en privado su derrota. Este hecho dio el nombre al M-19, cuyos fundadores consideraron que la clase dirigente colombiana no iba a ceder su poder voluntariamente ante la sola decisión mayoritaria expresada democráticamente, que había que hacerla respetar con las armas si era necesario. De ahí el lema del movimiento: “Con el pueblo, con las armas, ¡al poder!” (p. 70).

de las acciones de mayor violencia y excesos de la fuerza pública en la historia reciente de Colombia.

La toma del Palacio de Justicia tuvo una duración de 27 horas en las que el grupo guerrillero tomó como rehenes a 350 funcionarios de la justicia, entre ellos magistrados, consejeros de Estado, empleados y visitantes. El 7 de noviembre, en medio de la incertidumbre y como producto de la negativa de diálogo por parte del gobierno, las fuerzas armadas colombianas entraron de manera intempestiva y provocaron un enfrentamiento de fuego cruzado en el que guerrilleros, militares y rehenes perdieron la vida. El saldo total de este operativo fue de 100 víctimas mortales, 12 de ellas magistrados de las altas cortes y ocho personas más que aún se encuentran desaparecidas y que fueron vistas salir con vida de la edificación.²

Esas jornadas del 6 y 7 de noviembre marcaron hondamente la memoria nacional. Aquellos días confirmaron a sangre y fuego las deficiencias de la democracia y la ausencia prolongada de otros interlocutores en el escenario político. Fue el paroxismo de décadas de violencia y enfrentamientos, de traiciones en conversaciones pactadas; la exhibición urbana de las hostilidades pretéritas, comunes y crecientes en los campos colombianos y la audacia desmedida de uno de los movimientos guerrilleros con mayor credibilidad y aceptación nacional de aquellos tiempos. Pero ante todo, fue un error de cálculo, una impericia operativa y estratégica, una búsqueda de respuestas basada en presupuestos y presunciones que dieron como resultado una de las mayores pérdidas en materia política e institucional que enfrentó Colombia en años recientes. En aquellos días fue duramente cuestionado el papel del Estado, el de las instituciones, el de los cuerpos militares, el de las organizaciones al margen de la ley y el de la sociedad civil misma; asimismo,

² El 23 de febrero de 2017, los restos de Emiro Sandoval, magistrado auxiliar de la Corte Suprema de Justicia, fueron hallados después de unas pesquisas adelantadas por la Fiscalía desde el año 2015. Las investigaciones con relación a los acontecimientos del Palacio fueron reactivadas ese año por orden de la Corte Interamericana de Derechos Humanos, la cual le exigió a Colombia continuar con la búsqueda de los desaparecidos y esclarecer lo sucedido los días 6 y 7 de noviembre de 1985 (Redacción Judicial, 2017). Hasta octubre del año 2015 el número total de desaparecidos era de 11 personas. En dicho mes, la Fiscalía declaró que se habían reconocido oficialmente los restos de tres mujeres, empleadas de la cafetería del Palacio y que habían sido vistas vivas después de la recuperación del edificio, y las personas identificadas fueron Cristina Guarín, Luz Mary Portela y Lucy Amparo Oviedo (Palomino, 2015).

fue la muestra más palmaria de que Colombia había llegado a uno de sus tiempos más oscuros.

Pocos días después de la toma, el 11 de noviembre de 1985, el grupo guerrillero emitió un comunicado titulado: *Declaración del M-19 ante el Holocausto en el Palacio de Justicia*. Esta fue la primera vez que este hecho fue denominado como “holocausto” y en la que las acciones del ejército fueron descritas como represivas y sangrientas. En uno de sus párrafos, el grupo insurgente calificó al dispositivo militar como una “operación de aniquilamiento masivo, de holocausto total y generalizado” (Movimiento 19 de Abril, 1985). El exabrupto, el asesinato, el incendio de la edificación y la muerte de buena parte de sus ocupantes consolidó la idea de que lo que había sucedido allí no fue la reivindicación “por los derechos del Hombre” —como originalmente se llamó al operativo—, sino por el contrario, fue el irrespeto y la violación de todos los derechos posibles en un mismo espacio.

‘Nuestra patria no merece ni resiste seguir así’ afirmaba el comunicado del M-19. ‘Por eso, y a pesar de la violencia cotidiana que azota a las grandes mayorías, *no salimos del asombro y del dolor por el sacrificio de más de cien colombianos en el Palacio de Justicia*. Por eso, en las luchas y en las demostraciones armadas de la rebeldía se abrazan los combatientes de la libertad con hombres y mujeres que, sin armas en la mano, levantan su voz de cordura, su reclamo de reformas sociales y su demanda de replantear a fondo el proceso de paz que aún no comienza’ (Movimiento 19 de Abril, 1985; las cursivas me pertenecen).

Este “holocausto”, distante en toda comparación, magnitud, geografía, especificidad, objetivos y víctimas del producido en Europa, es la forma como se recuerda ese quiebre institucional mediado por la violencia en uno de los tantos episodios del conflicto armado colombiano. Su cercanía con los crímenes del nazismo solo puede pensarse en relación con sus excesos, en su comparación con la violación de los derechos humanos, en la medida de los abusos a la institucionalidad; pero, sobre todo, en el carácter sacrificial de víctimas inocentes e inermes dentro del Palacio. Las súplicas desoídas del magistrado Alfonso Reyes Echandía invocando el cese al fuego y el “aniquilamiento del poder jurisdiccional de la República” (Movimiento 19 de Abril,

1985) fue lo que quizás habilitó la nominación y comparación de estos hechos bajo las semánticas del Holocausto. Su carácter político original pasó a un segundo plano y este fue conservado en la memoria nacional como herida y tragedia.³

Como punto de inflexión, este acontecimiento —con sus lecturas y consecuencias— ha puesto sobre la mesa de debate los alcances reales de las organizaciones guerrilleras y, de alguna manera, ha servido como espacio de reflexión para la construcción dialógica de la paz en Colombia. Cuestión que hace algún tiempo se acordó con la guerrilla de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) en La Habana y que en la actualidad trata de encontrar en sus antecedentes las maneras más apropiadas y consecuentes de llevar a cabo el posconflicto.

Con esta mira en el pasado, y a más de 25 años de la firma exitosa de la paz con el M-19, el gobierno ha vuelto a rescatar los logros en materia jurídica, legal y legislativa de dicho acuerdo. Sin embargo, este también ha sido el argumento de otros actores para poner en entredicho algunas de las salvedades y garantías otorgadas a sus exintegrantes en cuanto a su reincorporación a la sociedad civil, a su inclusión en el sistema político y electoral colombiano y, especialmente, a lo relacionado con la cesación de sus crímenes y prontuarios penales resueltos con la ley 77 de 1989, que estableció el indulto por los hechos cometidos antes de la fecha de abandono de las armas en 1990 (Grabe, 2011).

Precisamente en noviembre del año 2015, en el marco de la conmemoración por los treinta años del “holocausto” del Palacio de Justicia, el fiscal general de la Nación, Luis Eduardo Montealegre, ordenó la revisión de los indultos y amnistías a la cúpula del M-19 por los hechos del 6 y 7 de noviembre de 1985, argumentando que lo que se buscaba determinar era si tales prerrogativas “abarcaban delitos de lesa humanidad y crímenes de guerra que se hubieran podido cometer en el asalto al Palacio” (Redacción Judicial, 2015). Una de las personas citadas por la fiscalía fue Vera Grabe Loewenherz, integrante

³ No obstante, este acontecimiento sirvió para producir otros cambios positivos. Uno de ellos fue la redacción y posterior ratificación de los acuerdos de paz con el M-19 y con otros grupos guerrilleros —Ejército Popular de Liberación (EPL), Quintín Lame y el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT, Colombia)— en 1989; la entrega de las armas y la creación de la Asamblea Nacional Constituyente, la cual se constituyó como la primera carta legislativa hija de la paz y de la democracia en 1991. Alguna información de esta cita puede consultarse en Centro de Memoria y Paz (s. f).

y comandante de este grupo guerrillero, firmante de la paz y beneficiaria del citado indulto. En una entrevista otorgada el 11 de noviembre de 2015 a la W Radio, Vera Grabe manifestaba su sorpresa ante estas medidas:

Vera Grabe (VG): Pues primero es muy extraño... es como cuestionar una decisión, un fallo de la Corte Suprema de Justicia y dos es un proceso de paz acordado, es un proceso de paz de 25 años, hay cosa juzgada, y además es muy extraño que el fiscal, que está con la paz, empiece a revisar... eso de alguna manera plantea la pregunta: bueno, ¿uno firma la paz y en 25 años alguien revisa lo que se definió en un momento? En un contexto, en una época donde no había Corte Penal Internacional y... además los indultos fueron muy pocos, fueron cesación de procedimiento. Entonces, creo que es un poco extraño que eso se esté planteando de esta manera hoy.

Periodista: ¿usted siente que le están cambiando las reglas del juego de un acuerdo de paz que usted firmó hace unos años?

VG: Pues no sé si tanto cambiar las reglas del juego porque no creo que el fiscal llegue hasta ahí, pero sí creo que es extraño que se esté planteando esto... Además se plantea todos los años, esto no es nuevo. Ustedes que le hacen seguimiento, y que son los medios los que de alguna manera le dan como resonancia a este tema, saben que esto no es nuevo, esto se viene planteando hace rato. Todos los años, a comienzos de noviembre, vuelve el mismo tema (Grabe, 2015).

Varias eran las cuestiones que planteaba la intervención de Vera: una de ellas, que en medio de un proceso de paz con las FARC, el poder otorgar garantías y claridad a sus integrantes era un paso constitutivo de la confianza que se debía consolidar en un escenario de justicia transicional y de diálogo. La otra cuestión tiene que ver con las alertas que se deben tener en cuenta dentro de los procesos de paz, precisamente porque los “enemigos de los acuerdos” siempre buscarán minar la legitimidad de lo pactado así como impugnar por la ley o por la fuerza las concesiones producidas en un contexto de negociación, como sucede cada noviembre con los exintegrantes del M-19, a quienes se les cuestiona su papel dentro de los hechos del Palacio de Justicia, justamente cuando esta memoria se reactiva en Colombia.⁴

⁴ La totalidad de los guerrilleros que entraron aquel día al Palacio (35) murieron en la recu-

Vera Grabe es en la actualidad una de las mayores referentes de la paz en el país. Como fundadora del Observatorio para la paz en 1996 emprendió un camino de comprensión profunda sobre las formas de resolución de conflictos y, al mismo tiempo, elaboró una pedagogía de la paz —la *Pacicultura*— que establece algunas habilidades y lecciones para transformar cultural, política y socialmente a aquellas comunidades que han convivido con la violencia.⁵ Estos emprendimientos, afirma Grabe (2011), fueron el resultado de años de lucha, de militancia, de construcciones paulatinas y meditadas sobre las formas de entender un país como Colombia; y, sobre todo, de la distancia que ella misma asumió después de dejar las armas y convertirse en una gestora de paz y promotora de convivencia ciudadana. La mayoría de las intervenciones de Vera Grabe en el ámbito público están relacionadas con sus apreciaciones y lecciones para la paz; sin embargo, la misma contradicción de haber construido esa paz a partir del recurso a la violencia y la guerra es lo que hace que su testimonio cobre singular importancia. Justamente, porque cada noviembre se reactualizan en el país las heridas del Palacio y queda el sabor amargo de la pérdida de vidas y la debatible justificación de la violencia para conseguir justicia y democracia en Colombia.

No obstante, esta vocación de paz, esta reflexión en torno a la igualdad y a la defensa de los derechos humanos no surgió en Vera Grabe a partir de su militancia en el M-19, a raíz de los hechos del “holocausto” del Palacio de Justicia o de la firma de los acuerdos en 1989. Esta forma de entender el país también está atravesada por otros factores: su educación, el contexto nacional en el que creció y por el que creyó que valía la pena combatir; y, sobre todo, por un antecedente migratorio que fue hijo de otro holocausto en Europa, el que vivieron sus abuelos y sus padres en Alemania en la Segunda Guerra Mundial; el mismo que los obligó a emigrar a Colombia en 1950 para empezar desde otra orilla, lejos de la guerra y la discriminación. Lo que encontraron

peración del mismo por parte del ejército; solo una integrante del M-19, Irma Franco, salió viva del edificio, pero hasta la actualidad permanece desaparecida. Para una ampliación de esta cita véase *El Tiempo* (2015).

⁵ Bajo la denominación de *Pacicultura*, el Observatorio para la Paz (s. f.) establece un tipo de “innovación pedagógica que gira en torno a la identificación y desarticulación de violencias culturales en contextos cotidianos que atraviesan situaciones de emergencia, a la par de reactivar, fortalecer y potenciar las capacidades transformadoras a favor de la vida que tenemos los seres humanos”.

sus padres en el país fue otro escenario cargado de violencias partidarias y de hostilidades en los campos, de injusticias sociales y de una extendida pobreza en las ciudades. Aquello que para otros migrantes fue el sino del miedo y la indiferencia o la razón de un nuevo exilio, para Vera Grabe fue la razón de su lucha y su entrega por construir y construirse en otro país.

Estos y otros elementos figuran en su relato autobiográfico *Del silencio de mi cello. Razones de vida* (2011). Un testimonio a dos voces construido y pensado para ser legado y leído por su hija Juanita. Asimismo, es una escritora que busca establecer una relación con la verdad, un diálogo con el lector a quien interpela en una historia nacional, que al mismo tiempo es su historia personal, y que la sitúa como protagonista de los hechos que signaron a la Colombia de los años 70 y que la definen en la actualidad como mujer, madre y excombatiente. Los cruces con la guerra, la forma en la que elaboró su militancia desde una clave migratoria y su paso por la consolidación de un pensamiento de paz son los componentes que se desprenden de este texto.

El primer holocausto

Vera Grabe Loewenherz nació en Bogotá en 1951. Su padre Werner y su madre Thea salieron de Hamburgo hacia finales del 50 con el propósito de establecerse en América y allí tener a sus hijos. “De algún modo esto nos trazó un destino marcado por un permanente pulso entre ser ciudadanos del mundo y la necesidad de echar raíces en algún lado” (Grabe, 2011, p. 24).

El contacto que tenían en Colombia era un tío músico que había logrado emigrar antes de la “Noche de los Cristales Rotos” y que incluso fue el único de sus tíos maternos que logró sobrevivir a la guerra y al nazismo. Tanto su madre como su padre tuvieron que soportar las duras condiciones y persecuciones en Alemania, y una vez terminada la

pesadilla de la Segunda Guerra Mundial, él y mamá comenzaron a buscar nuevos horizontes. Había dos opciones: Canadá o Colombia. Papá consiguió un contrato de trabajo con Camacho Roldán, una de las pocas fábricas de muebles que tenía Colombia entonces. Se embarcó en el puerto de Marsella en un carguero lituano rumbo a Buenaventura. Unos meses después, llegó mamá. Buscó apartamento, y apenas pudo, papá se independizó y montó su propio taller. Para ellos era empezar de nuevo. Con

ilusión renovada. Sin lastres. Sin sombras ni miedos. Construyeron un hogar nuevo en una tierra nueva, a punta de trabajo y esfuerzo. Un nido para que llegaran, ahora sí, los hijos, a enseñarles a volar en paz y armonía (Grabe, 2011, p. 25).

No obstante, esta fue una paz aplazada. Colombia no estaba exenta de conflictos, y mucho menos en los años 50, cuando la violencia partidaria se expresaba de forma radical y sangrienta en los campos y en las ciudades. La infancia de Vera Grabe fue vivida bajo la tensión de los conflictos internos y la comprensión que su familia alemana hacía de ellos.⁶ “Al esculcar una caja repleta de recuerdos de mi mamá, encontré una cartica de mi hermana a la abuela que vivía en Hamburgo, fechada en 1961” (Grabe, 2011, p. 26). Helga tenía seis años:

(...) Querida Omi: ¿Cómo estás? ¿Cómo están los primos? Acá casi todas las noches ponen bombas. Antier pusieron cuatro. Mamá y yo oímos dos. Ayer echaron bala. Hoy estuvo Tomas, un amigo nuestro, donde nosotros y cuando mamá lo quiso llevar a casa, escuchó otra, entonces se volvió de una a la casa. Muchas saludes y muchos besos de Helga (...) (Grabe, 2011, p. 26).

Si bien Colombia era el país que los había recibido, la formación de Vera estuvo signada por la moderación y la prudencia. Esto quería decir que los asuntos nacionales no eran de su incumbencia, o bien debían ser asumidos con una distancia en la que no se vieran involucrados sus criterios o sus opiniones:

Claro que no era igual a lo que habíamos vivido en Alemania -seguía mamá-, y aunque nos mantuviéramos al margen de la política, percibíamos que había poca libertad, que teníamos que cuidarnos de cuanto hablábamos y con quién, de criticar lo que no nos gustaba, porque éramos extranjeros. No nos podíamos meter en los problemas del país, tampoco nos correspondía. Éramos huéspedes. Habíamos sido acogidos por un país que nos recibió con generosidad, donde se nos trataba bien, donde se

⁶ Los cruces de la violencia en Colombia con la vida de los sobrevivientes del Holocausto es un tema recurrente en sus relatos testimoniales y novelados. La violencia ha funcionado, en algunos casos, como un elemento dinamizador de sus narrativas, y ha posibilitado hacer una construcción de lo local a partir de la mirada extranjera de los sobrevivientes. Una ampliación de este tema aparece en mi tesis de maestría, Cardona, 2015.

nos respetaba. Estábamos agradecidos y contentos de poder vivir y soñar en Colombia (Grabe, 2011, p. 26).

Sin embargo, omitir esta realidad o eludir lo que pasaba en Colombia no era sencillo, más aún cuando la violencia era cotidiana y las injusticias, palpables. Estos cambios se sumaron a las profundas transformaciones que se dieron a finales de los años 60 en América Latina y a las pulsiones por asumir un compromiso activo con la compleja realidad colombiana. Irónicamente, siendo estudiante del Colegio Andino de Bogotá, su profesor de Historia y Literatura fue quien le brindó el primer escenario de pensamiento crítico sobre la realidad nacional.

Era curioso que un profesor de Literatura e Historia, socialdemócrata alemán, fuese quien le abriera los ojos a un grupo de jóvenes colombianos. Los jóvenes latinoamericanos éramos una esperanza para él, y su inmenso amor por Colombia y por América Latina también se debía al futuro que veía en este continente atormentado y tormentoso. Creamos la posibilidad de un núcleo de discusión sobre la realidad latinoamericana y colombiana. Todos los que estuvimos allí, salimos a diversos quehaceres, pero con compromiso. Coincidió con la alfabetización que nos correspondía dar en los últimos años del bachillerato, en el barrio Juan XXIII, arriba en la loma de la calle 63 de Bogotá. La experiencia nos abrió los ojos de cara a una realidad injusta y contradictoria: un barrio de invasión arañando un peladero a cincuenta metros de los barrios de clase media alta de Chapinero (Grabe, 2011, p. 54).

A partir de 1970 las elecciones y decisiones de Vera Grabe la harán vincularse cada vez más con Colombia. En primera instancia, su inscripción a la carrera de Antropología le brindará otro acercamiento en campo al universo de exclusiones y marginalidades, no solo en el reconocimiento de la situación de las comunidades indígenas, sino también del grado de abandono de muchas poblaciones en las que incluso, por ausencia del Estado, otros grupos y organizaciones suplieron necesidades básicas como la nutrición, el suministro de servicios, la construcción de infraestructura o la misma educación.

Ahí estaba la síntesis del abandono: las barrigas hinchadas, las enfermedades producto de la desnutrición, el trabajo precario, el endeudamiento

para adquirir los bienes de los blancos, la pérdida de la propia cultura, y además todos los niveles de racismo entre la misma gente, entre indígenas, mestizos y negros... La conclusión obvia era que solo si cambiaban las estructuras sociales y políticas que sostenían y fomentaban estas situaciones, podía mejorar la vida de la gente. Eso significaba derrocar el sistema, y para ello no había otro camino que las armas. Después de recorrer la región, no me quedó la mínima duda (Grabe, 2011, p. 49).

El segundo escenario de compromiso se hizo desde otra geografía; esta vez Alemania fue el lugar en el que Vera se pensó a sí misma en relación con Colombia. Europa aún vivía los efectos de mayo del 68 y sus ámbitos universitarios eran espacios fértiles de debate sobre los desmanes del colonialismo, las nuevas formas de lucha en América Latina o los avances militares en Vietnam. Este viaje confrontó a Vera en dos sentidos; inicialmente, con las reales necesidades de su país y con la búsqueda concreta de soluciones:

Lo central era el debate político sobre la reforma y la política educativas, sobre el poder y la ideología: fundamental para quienes habían crecido allí y vivido el movimiento, pero ajeno para mí. Las lecturas fueron claves, pero todo me sonaba a una revolución que se iba en echar discursos. Fue el argumento para no hacer el mínimo esfuerzo por integrarme a la nueva realidad. Y como suele pasarnos a quienes venimos de otras tierras, me sentía totalmente invisible frente a los jóvenes alemanes que hablaban y pisaban duro. Todos parecían tan seguros de sí mismos. Nuestra formación era muy distinta, nos acercábamos de otra manera a los demás, más cautos, más tímidos, más modestos, más suaves. Y en ese país todo estaba tan hecho, tan organizado, que yo ni le quitaba ni le ponía. Alcancé a acariciar la idea de dar clases de alemán a emigrantes de habla hispana, pero por encima de todo soñaba con la Revolución, la nuestra, esa sí de verdad, que estaba más allá de los mares, donde hay que luchar de verdad, porque esto acá es pura revolución de lujo (Grabe, 2011, p. 52).

Pero también, con el legado de sus padres y su historia en Europa, que fue reconstruyendo en el camino de su militancia, en los encuentros temporales y accidentales de su accionar ideológico con los traumas de su familia, o en el

cruce de situaciones compartidas que le fueron configurando el sentido de sus orígenes y la dirección de sus convicciones.

La ida a Alemania no me sirvió para un título universitario ni para casarme con un europeo, que era el sueño secreto de un papá tolerante, pero con paradojas como todos. Me sirvió para saber que, a pesar del origen y la educación, Alemania no era lo mío, y descubrir por fin mis orígenes. Nunca dejaré de agradecer a la tía Selma, hermana de mi mamá, que me ayudara a conocer la historia y a hacer conciencia de la guerra padecida por mis padres, la Segunda Guerra Mundial y el horror del nazismo. Este pasaje oscuro de la humanidad lo hemos visto hasta la saciedad en cine, pero es distinto saber que es parte de la película de la propia vida. Remueve y desata algo muy, muy adentro (Grabe, 2011, p. 52).

El silencio de mi cello. Razones de vida no es un documento que pueda leerse o interpretarse bajo la premisa de la cronología o la coherencia; es más, ninguna historia de vida pretende llegar a ello. Obviamente, los mecanismos que contienen y configuran el recuerdo y la manera como ellos mismos se elaboran en la escritura, no obedecen a las formas convencionales del lenguaje o a los esquemas habituales de la ciencia social en la que todo se “compagina” de manera armónica (Portelli, 2016). Por el contrario, una historia oral o una escritura sobre vivencias personales es una pretensión comprensiva sobre las formas en las que los sujetos se instalan en la historia y le dan sentido a la misma. En este sentido, la construcción que hace Vera Grabe de su vida, de su participación en el M-19 y de su actual visión del país está constantemente permeada por los elementos identitarios que la constituyeron, por los cruces biográficos y familiares que definieron su accionar, por las consecuencias y dilemas a los que se vio enfrentada como madre y militante, y por las omisiones y aplazamientos que asumió al haberse comprometido con el país. *Razones de vida*, como ella misma lo expresa, es una

historia llena de las paradojas que trae la vida y una búsqueda de consecuencia en actos, pensamientos y sentimientos, con las implicaciones, los encuentros, alegrías y hallazgos, pero también las ausencias, dolores y soledades que esto tiene para una mujer de nuestro tiempo (Grabe, 2011, p. 21).

Esta no es de ninguna forma una narrativa convencional sobre la historia de la “subversión”, los procesos de paz o sobre la migración en Colombia. Por el contrario, es una memoria que, como afirma Portelli (2016), “busca poner en duda las certezas y las creencias que nos tranquilizan” (p. 477); es un documento que trasciende las formas de pensamiento sobre lo nacional y se inscribe en otros acontecimientos y en otras experiencias. Es interesante destacar que dentro de las entrevistas y debates a los que usualmente se ve convocada Vera Grabe, a nadie parece interesarle los efectos que tuvo sobre ella el origen migratorio de sus padres o las marcas que dejó en ellos el nazismo. Estos son componentes que aparecen de forma directa e indirecta en el relato, y probablemente no se hubiera podido acceder a esa memoria familiar si ella no lo hubiera puesto en palabras en su relato o si sus padres no se lo hubieran transmitido de las formas menos comunes, es decir, dentro de su involucramiento con la militancia y con el país.

En esta parte no me aguantó las ganas de comentar dos escenas que vivo con cierta frecuencia. En una alguien me pregunta si soy de origen alemán y yo digo que sí. Acto seguido alguien me dice, medio en broma, medio en serio: Ah, aria pura, viva Hitler, lo cual obviamente me irrita. En la otra escena, más frecuente, alguien me pregunta por qué mis padres fueron a dar precisamente a Colombia, y yo respondo que cansados de alemanes, de guerra y de nazis. Ante lo cual siempre surge inevitable ah, ¿son judíos? Y yo nunca sé qué decir.

Vine a conocer costumbres, cantos y candelabros de siete brazos en libros, películas y casas de amigos, cuando ya era grande. De manera que siento que no es lo mío; pero tampoco lo niego. Mi madre fue criada en los valores cristianos, y frente a esto de nuevo alguien seguramente diría que su familia era de conversos... Lo que me pregunto una y otra vez es por qué la necesidad de calificar a la gente por los mismos parámetros que usaron mentes enfermas de resentimiento y odio para eliminar a millones de personas, judíos y también no judíos, es decir, todo el que fuera distinto. Mentes que negaron el amor y destruyeron los sentimientos. ¿Tiene sentido definir a los seres humanos en términos de quebrados, decir que alguien es 3/4 no ario = judío, o viceversa? ¿Y que cualquier variación de ese porcentaje en cualquier dirección (ario, mestizo, judío

por nombre u obligado a ponerse nombre judío, creyente o no, bautizado) le determine a un ser humano sus posibilidades de vivir, o siquiera de sobrevivir? ¿Acaso la identidad no es en el fondo una búsqueda, una apuesta por la diferencia? Y, ¿esas definiciones no tienen que ver más bien con una cultura y una religión que las personas asumen? Lo único que siempre reafirmé en este inevitable debate es cuánto detesto todo tipo de discriminación, y no dejan de asombrarme quienes ayer fueron perseguidos y luego hayan adoptado las conductas de sus perseguidores. Tal vez por ser una mezcla de tantas cosas y -como dice una amiga- por sentir que tengo abuelos en todo el planeta, me parece que uno de los peores inventos humanos es querer definir y clasificar a la gente, meterla en cajones (Grabe, 2011, p. 53).

Sin embargo, el acceso a este tipo de memorias no se dio de manera única o consecuente; para que una memoria traumática aparezca han tenido pasar, en torno a ella, años de silencio y omisiones, tiempos de habla y tiempos de escucha. La memoria y el olvido dialogan constantemente dentro del texto, incluso su forma de expresión es fruto de la distancia, la espera y los momentos de introspección. En 1994, cuando Vera Grabe fue nombrada consejera para los derechos humanos en la embajada de Colombia en España, comenzó a construir este relato: “Quise aprovechar la oportunidad de colocar un océano entre lo hecho y lo que está por hacer, entre afectos ciertos y mundos inciertos por conocer, entre el duelo y el renacimiento, entre una tribu de años y la soledad” (Grabe, 2011, p. 21).

En esos años se restableció el contacto con su familia de Hamburgo, se anudaron los reencuentros, pero al mismo tiempo, los enfrentamientos con el pasado:

En 1994, de visita en Alemania, fui con mamá al sitio donde había estado preso el abuelo en Hamburgo. Ahora es un museo que rinde homenaje a las víctimas del nazismo. Mamá iba con el corazón apretado. No era un edificio grande, y empezamos a recorrerlo buscando el nombre del abuelo entre la gente que decían había pasado por este lugar. Frente a las listas de nombres y nombres sin fin, sentí el desasosiego de mamá porque el nombre de su papá no aparecía. Sin embargo, allí tenía que estar. Final-

mente, después de una hora de búsqueda, por fin lo encontró, y suspiró. No era una reconciliación con la historia, pero su cara reflejaba algo parecido al alivio. Por lo menos su nombre formaba parte de este sobrio y escueto homenaje (Grabe, 2011, p. 54).

Conrad Loewenherz era miembro de una familia de artistas, narra Vera en sus memorias; había sido soldado en la Primera Guerra Mundial y condecorado por su valor en combate. En el año 1943

llegaron unos hombres, allanaron su casa, se lo llevaron y lo encerraron en la cárcel policial de Fuhlsbüttel, en la ciudad de Hamburgo. Apenas en mayo la familia recibió cartas suyas, en las que pedía algo de ropa, los animaba a ser fuertes mientras estuvieran separados, y les pedía que movieran cielo y tierra para que, por Dios, no le quitaran el permiso de trabajo, y pudiera demostrar que era un buen ciudadano y padre de familia. El único delito del que podían acusarlo era amar a su familia y ser uno de los mejores músicos de Hamburgo. Les reiteraba su esperanza de que pronto se verían de nuevo. Agradecía los paquetes con comida, les contaba que el trabajo al aire libre le hacía bien y que comía con apetito, sólo lamentaba que ellos se privaran de comida por enviársela a él. Luego, cuando sintió que no había esperanza, escribió para pedirles que enfrentaran lo que viniera con entereza y valor, que siempre se mantuvieran unidos y vivieran con la certeza de su amor (Grabe, 2011, p. 53).

Conrad fue trasladado a Auschwitz y murió a finales de ese año:

Para la condena bastó el apellido Loewenherz, que traduce Corazón de León, nombre compuesto que automáticamente lo clasificaba de “norario”. En un papel consta que los miembros de esta familia eran 3/8 arios, clasificación tan humillante como criminal y absurda. Seres humanos medidos por fracciones. ¿Alguien la entiende y me la puede explicar? ¿Qué es eso: raza, cultura, calidad humana? En todo caso era una clasificación que equivalía a la condena a muerte. Sin más. Un día no lo volvieron a ver pasar. Al poco tiempo recibieron una notificación en la cual se hacía constar que “el trabajador C. L., residente de la ciudad de Auschwitz, había fallecido a causa de un paro cardiaco, en 1943”. De dos de

sus hermanos, Bertha y Bernardo, sólo supieron que los llevaron a otro campo de concentración, en Theresienstadt (Grabe, 2011, p. 55).

También figuran relatos de persecución y confinamiento de su familia paterna. Su abuela Johanna Grabe se refugió en un hospital judío y sobrevivió porque se hizo pasar por enferma; a su padre le fue retirado su permiso de trabajo y lo obligaron a barrer calles como trabajo forzoso (Grabe, 2011). Incluso su madre no pudo estudiar música porque aquellos que no pudieran demostrar su pureza racial no podían aspirar a ser artistas. Muchos de ellos sobrevivieron gracias a la ayuda de otros familiares y a la solidaridad de vecinos que los ocultaron y ayudaron a conseguir comida.

Vera plantea esta historia a modo de una metáfora, en la medida en que se fue reconstruyendo como un rompecabezas armado por partes y fragmentos. En ese proceso

se explicaban los silencios de papá y mamá, sus preguntas mal contestadas, su desconfianza y escasa vinculación con la colonia alemana. Frases de papá como: ojo con el fanatismo, no hay peor enfermedad que el nacionalismo ciego; o de mamá: no hay derecho a que quienes han vivido la persecución hagan lo mismo con otros pueblos (Grabe, 2011, p. 56).

“Tal vez, inconscientemente, quise dejar atrás la historia de mi familia”, afirma Vera. Sin embargo, lo que se compartió bajo la forma de valores —el respeto a la diferencia, el repudio a cualquier forma de discriminación o injusticia, la razón por encima de los apasionamientos, la exigencia y la conciencia social— fueron los elementos que modelaron no solo la visión que Vera Grabe elaboró de Colombia, sino también la manera en la que ella misma estableció los lineamientos de su lucha.

Si ellos fueron víctimas de un régimen y de una guerra, seguramente por esos profundos mandatos o resortes que nos impulsan, algo me llevaba, no sólo a querer tomar mi destino en las manos, a evitar que otros manipularan mi vida, sino a no aceptar la quietud ante situaciones injustas, cuando se percibe un tufo del irrespeto, el desconocimiento, la sumisión, el desprecio a la gente (Grabe, 2011, p. 56).

Confrontaciones y militancias

La emergencia y el proceso de creación de los movimientos insurgentes en América Latina estuvieron inspirados y determinados en general por los logros y conquistas de la revolución cubana. No obstante, como afirma Eduardo Pizarro (1989), el proceso de surgimiento de una guerrilla de inspiración comunista en Colombia fue fruto de otras confrontaciones y disputas. Los primeros núcleos guerrilleros respondieron a un proceso de autodefensa surgido en los campos colombianos como respuesta a las hostilidades partidarias y a la escalada de violencia que arreciaba en las ciudades a fines de la década del 40.⁷ Estos grupos insurgentes tuvieron un periodo “heroico” de desarrollo entre 1949 y 1966 que coincidió con las primeras formas de resistencia armada en el país, pero aún carentes de un “proyecto político orientado a la conquista del poder” (Pizarro, 1989, p. 4). A finales de los años 60 aparecieron en el espectro nacional una amplia gama de organizaciones guerrilleras con una configuración social distinta: algunas provenientes del sector urbano (el MOEC, el ELN, el PCML, las FALN, el M-19) y con una orientación foquista y voluntaristas, mayormente articuladas con proyectos y partidos políticos y con fuertes bases sociales. Sin embargo, a pesar de que Colombia se constituyó como uno de los pocos países de América Latina en donde sobrevivió el proyecto insurgente, fue también el país en el que ninguna de sus organizaciones (el ELN, el EPL y las FARC) “pudieron transformarse en un factor de poder alternativo como ocurriera en Cuba y en Nicaragua” (Pizarro, 1991, p. 5).⁸

⁷ Según la ampliación de Pizarro (1989) “Las zonas en donde emergerá la resistencia comunista contra la violencia oficial a fines de la década de los años cuarenta, poseían ya una larga tradición de lucha y organización. Durante los años veinte y treinta se presentaron tres tipos de conflictos agrarios, según Pierre Gilhodés: los relativos a las condiciones de trabajo en las haciendas, sin que se tocara, al menos inicialmente, la cuestión de la propiedad de la tierra: los conflictos relacionados con la propiedad de la tierra, mediante el cuestionamiento de los títulos de propiedad; y finalmente, las disputas relacionadas con la problemática de las comunidades indígenas (por ejemplo, la recuperación o la defensa de las tierras de los resguardos). Estas diversas reivindicaciones llevaron a numerosos núcleos campesinos e indígenas a defender sus intereses mediante la creación de ligas y sindicatos, en los cuales no faltaría la decisiva influencia del pensamiento socialista o del agrarismo revolucionario, gracias a la actividad desplegada inicialmente por el Partido Socialista Revolucionario, por el Partido Agrario Nacional de Erasmo Valencia, por la Unión Nacional de Izquierda Revolucionaria (UNIR.), de Gaitán, y posteriormente por el Partido Comunista” (p. 5).

⁸ MOEC: Movimiento Obrero Estudiantil Campesino; ELN: Ejército de Liberación Nacional; PCML: Partido Comunista de Colombia marxista-leninista; FALN: Fuerzas Armadas de

Las razones que esgrime Pizarro (1991) para explicar este fenómeno responden a varios elementos:

la enorme dispersión del movimiento guerrillero que se dividió y se subdividió en múltiples corrientes antagónicas a lo largo de casi tres décadas; a su poca capacidad de convocatoria con amplios sectores del país para conformar un movimiento de liberación nacional, a la prolongación del conflicto interno y a la criminalización de sus prácticas, y como último elemento, al vaciamiento político de sus consignas y a la creciente aplicación de modalidades delictivas para financiarse (secuestro, extorsión) que debilitaron sus márgenes de legitimidad al caer en el remolino de las múltiples violencias sin un perfil diferenciador claro y contundente (pp. 4-5).

Este proceso de desgaste y de ilegitimidad al que llegaron las organizaciones subversivas también coincidió con el surgimiento y recrudecimiento de otras violencias, como lo fue el nacimiento de los grupos paramilitares y de autodefensa, el accionar criminal del narcotráfico y la guerra de carteles a partir de los años 80, en las que estas también se vieron involucradas. En el año 2015, cuando se habían cumplido 25 años de la firma de los diálogos de paz con el M-19, Vera Grabe manifestaba, en una entrevista al diario *Las 2 Orillas*, el acierto de esa paz en un momento tan decisivo para el país.

Colombia es un país complejo, con muchas violencias, muchas guerras cruzadas y la paz no es la panacea ni la varita mágica. Pero hubo algo de sentido de oportunidad... la paz del M-19 fue oportuna. Menos mal nos salimos de la guerra. El M-19 mostró que la paz no es solo negociación, también es decisión de renuncia a la guerra. Además, nos salimos de ese enredo, de todas esas mezclas y mutaciones que tiene hoy la lucha armada. Creo que es esencial haber demostrado que no solamente es un cambio para la paz, sino la paz como una posibilidad de cambio (VC, 2015).

Sin embargo, tuvieron que pasar muchos años, muchas acciones y muchos desencuentros para que Vera Grabe viera en el presente las bondades de

Liberación Nacional; ELN: Ejército de Liberación Nacional; FARC: Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia.

una paz que ella sentía como imposible e inútil en momentos pretéritos en los cuales la democracia y la justicia se entendían y se practicaban bajo la lógica de las armas en Colombia.

‘La tuya es una generación de paz’, le escribe Vera su hija ‘La mía también lo fue, aunque de otra manera. La paz tiene tantas caras como épocas. También entonces la paz y la libertad estuvieron presentes. Movilizaron por igual a *hippies* y a guerrilleros. Unos dijeron no a la guerra. Los otros abrazaron las armas contra formas ancestrales de violencia. Todos lo hicieron como una gran entrega de amor. Ese amor unos lo ejercieron en cada acto cotidiano. Otros en la política y la lucha por una sociedad justa. Paz y libertad también se vivieron en la música, en el amor. Todos reivindicaban el derecho a la felicidad. Para unos era vivirla; para otros una utopía por alcanzar, así no fuera para sí mismos (Grabe, 2011, p. 39).

Esta utopía, esta búsqueda de la felicidad o del bienestar ofrecido fue en una primera instancia la forma como el M-19 se presentó ante la sociedad colombiana. Esta organización no solo revolucionó la forma en la que se llevaba a cabo la insurgencia armada en Colombia: también fue un grupo que se destacó por su audacia, espontaneidad y creatividad. Los actos del M-19 estaban siempre signados por el desafío, la burla y la muestra de resultados políticamente situados.

El verdadero sentido de nuestro trabajo lo descubrimos el 17 de enero de 1974, cuando un grupo de compañeros sacó la espada del Libertador del olvido.⁹ Llevaba ahí siglo y medio y era el símbolo de una lucha que había quedado pendiente, porque si bien había acabado la dependencia de España, a nuestra nación le queda aún mucha libertad por ganar. El abrebocas del operativo fue una creativa campaña de medios (según el

⁹ El 17 de enero de 1974, el grupo guerrillero M-19 extrajo de la casa-museo Quinta de Bolívar de la ciudad de Bogotá la espada del Libertador. Después de haber sido guardada y custodiada por múltiples personalidades, entre las que se destacan algunos poetas y escritores colombianos, la espada finalmente fue entregada al gobierno cubano en 1980. Una vez firmada la paz con el M-19, el excomandante guerrillero Antonio Navarro Wolff, la devolvió el 31 de enero de 1991 a la misma casa-museo. Para más información se puede consultar Molano Jimeno (2010).

propio gremio, revolucionó la publicidad en Colombia), en la que durante días se publicaron avisos de pie de página en los principales periódicos anunciando la llegada del M-19, un remedio contra la falta de memoria, de energía, la pereza, los parásitos, la vagabundería. Luego, el manifiesto que proclamaba: “Bolívar, tu espada vuelve a la lucha”, quedó en el lugar de la espada y fue distribuido por otros compañeros en la toma simultánea del Concejo de Bogotá. Así nació para el país el Movimiento 19 de Abril (Grabe, 2011, p. 69).

Eran acciones que criticaban duramente otras organizaciones de izquierda, pero que ellos mismos justificaban como una estrategia para hacer sentir su cercanía con la gente y con sus problemas diarios. En este sentido, se volvió común ver en los medios sus actos justicieros: las tomas de fábricas y colegios, las acciones para repartir juguetes, chocolates y leche en los barrios pobres de Bogotá. Algo que fue rápidamente calificado de populismo y asistencialismo de base.

La izquierda lo calificaba como puro populismo, no le veía sentido porque “esa no era manera de resolver el problema”. Pues claro que no, pero a la gente le gustaba, sentía que había un grupo que no sólo hacía discursos lejanos, sino que se ocupaba de sus problemas cotidianos. Hacíamos presencia, y la lucha armada dejaba de ser algo distante para mostrar un camino al alcance del pueblo (Grabe, 2011, p. 100).

Incluso un acto de debatibles consecuencias políticas como fue el ajusticiamiento del líder sindical José Raquel Mercado a principios del año 76 (a quien acusaban de haber traicionado la voluntad de las centrales obreras, trasgredido las luchas del movimiento y tener, inclusive, conexiones con la CIA) fue el que consagró al M-19 como una organización efectiva en sus demandas y concreta en sus acciones militares. Cuando Mercado fue sentenciado y asesinado “respondíamos a la necesidad histórica de justicia, así paradójicamente no fuera el final positivo que, incluso, a través de las armas queríamos darles a nuestras acciones” (Grabe, 2011, p. 91). Claramente, este nivel de contundencia política los sacaba del referente intrépido y aventurero de sus primeras acometidas y los insertaba estrechamente con otras modalidades de lucha —en este caso, las armadas:

Creo que para la mayoría de los militantes éste fue el primer encuentro con la muerte, la constatación de que la lucha armada tiene consecuencias, que combatir a un régimen violento no sería un paseo. Y si bien nuestras armas buscaban poner fin a esa violencia ancestral, su uso significaría más violencia: la de un pueblo cansado de injusticias, humillaciones y exclusiones. Una cosa era pensar en la lucha armada y otro vivir a fondo lo que ella implica, que es la posibilidad de matar y morir (Grabe, 2011, p. 91).

No obstante, estas demostraciones de violencia y estos desafíos al *statu quo* no quedaron únicamente en manos de las organizaciones insurgentes. A partir del año 78 el proceso de insurrección y la escalada armada iban en ascenso; para poder hacer frente a estos hechos, el presidente Julio César Turbay inauguró su mandato decretando algunas disposiciones que buscaban endurecer las sanciones contra “el orden público y la Justicia Penal Militar quedó encargada de conocer los delitos políticos a través de juicios orales” (*El Tiempo*, 2010). Este fue finalmente conocido como el Estatuto de Seguridad Nacional —decreto 1923 de 1978— y originó en Colombia una de las mayores oleadas de represión militar y política, no solo aplicable a organizaciones guerrilleras: dentro de estas disposiciones también cayeron artistas, escritores, organizaciones sociales, defensores de derechos humanos, y todo aquello que tuviera o se enmarcara dentro de la “oposición”. En aquellos años, el entonces ministro de Defensa, general Luis Carlos Camacho Leyva, pronunció unas palabras que tradujeron el clima de disputas y confrontaciones que se vivía en Colombia: “ármese quien pueda” (Grabe, 2011).

El Estatuto de Seguridad y el desafío del ministro Leyva condujeron al M-19 a asestar un duro golpe a las Fuerzas Armadas en sus propios predios. Después de haber cavado un túnel de más de ochenta metros que conducía a la sede de la XIII Brigada de las Fuerzas Armadas —mejor conocido como el cantón norte—, el grupo guerrillero logró extraer un numeroso arsenal militar de sus instalaciones.

En la madrugada del primero de enero de 1979, nuestros infatigables topes dejaron de decir “tierra” para gritar “aire”. El túnel desembocaba en un enorme galpón lleno de cajas con armas y munición de las Fuerzas

Armadas. En una carrera contra el tiempo, aprovechando el fin de año, los compañeros estuvieron saque y saque armas, hasta 5.700, entre ellas el fusil del cura Camilo Torres. Armas para dar y convidar, para armar a toda la guerrilla colombiana y latinoamericana. Para ayudar a los sandinistas, que estaban en la última etapa de su ofensiva revolucionaria (Grabe, 2011, p. 109).

Si la forma de interpretar y contestar a las nuevas medidas del Estado era con armas, el M-19 respondió: “Señor Ministro: usted dijo ármense. ¡Y lo hicimos!”. Sin embargo, la afrenta no quedó allí: la respuesta del ejército “fue inmediata y contundente” (Grabe, 2011, p. 110). Desde el mes de enero se extendieron intensos operativos de captura a los integrantes del M-19. En las ciudades se desplegaron bloques de búsqueda hasta que fueron capturando uno a uno a sus dirigentes: Iván Marino Ospina, Álvaro Fayad, Carlos Pizarro, Andrés Almarales, Israel Santamaría, Gerardo Ardila, entre otros. Todos fueron sometidos a feroces torturas antes de ser conducidos a las cárceles.

Prisión y tortura

Habíamos leído los relatos de Julius Fucik, un patriota checo de la resistencia contra los nazis. Advertía que el enemigo aplicaría enfrentar al detenido con un interrogador duro y otro blando, que combinaría tortura física y psicológica, tan terrible la una como la otra ... Pero ahora, con todo y advertencias, a la hora de la verdad, una cosa es la teoría, y otra bien distinta, inimaginable, es vivirla en carne propia (Grabe, 2011, p. 111).

El 26 de octubre del 79, frente del Concejo de Bogotá, fue capturada Vera Grabe:

“Esa es, la mona. ¡Cojan a esa hijueputa!”. Eran cuatro civiles, me agarraron, me metieron en una camioneta blanca con el símbolo de la Cruz Roja, me esposaron, y arrancaron a toda velocidad, hacia un sitio que pensé eran los sótanos del DAS.¹⁰ Me pasó por la cabeza una película del pasado, presente y futuro incierto, a toda velocidad. Dos cosas sentía con

¹⁰ Departamento Administrativo de Seguridad.

nitidez: que no tenía escapatoria, pero que no era el final, que en ésta no me quedaba (Grabe, 2011, p.114).

Antes de la reforma constitucional de 1991, el periodo de tiempo en el que se podía disponer de un preso era de diez días. Este tiempo habilitaba a que la policía cometiera sobre los reos conocidos e imputados, vejámenes y arbitrariedades procedimentales.¹¹ Todas las personas capturadas dentro de las disposiciones del Estatuto de Seguridad fueron sometidas a tortura y a extenuantes jornadas de interrogación, y sobre todo, esta fue aplicada en aquellas personas que estaban presuntamente acusadas de “sedición y rebeldía”:

Todo es como una película en la que un montón de escenas se superponen, se juntan, se invierten, sin saber qué es primero y qué después. Todo está diseñado para debilitar el cuerpo, mediante el dolor, el hambre, la sed, el cansancio, y la mente con preguntas, humillaciones, amenazas, chantajes... Lo único claro para mí es que la oscuridad, la debilidad, los golpes y vejaciones van en aumento, mientras el cuerpo lo siento cada vez menos, sin noción de espacio o tiempo. También tengo claras las sensaciones de frío de las celdas en las caballerizas, de la desnudez, del contacto de mis pies desnudos cuando me sacan de noche a caminar al aire libre, sobre pasto, barro, piso de cemento. Es como si siempre hubiera otro frío más grande, en una escala hacia el infinito. Y diez mil veces las mismas preguntas, gritos e insultos, en un vértigo de nunca acabar (Grabe, 2011, p. 116).

En esta parte del relato aparecen dos elementos importantes: la exhibición pública de su identidad como guerrillera y la revelación de su militancia a sus padres. No obstante, esto ocurriría de una forma dolorosa y sumamente compleja para Vera Grabe.

¹¹ Artículo 28 de la Constitución de 1886: “Aún en tiempo de guerra, nadie podrá ser penado *ex post facto*, sino con arreglo a la ley, orden o decreto en que previamente se haya prohibido el hecho y determinándose en pena correspondiente. Esta disposición no impide que aún en tiempo de paz, pero habiendo graves motivos para temer perturbación del orden público, sean aprehendidas y retenidas, de orden del Gobierno y previo dictamen de los Ministros, las personas contra quienes haya graves indicios que atentan contra la paz pública” (p. 225).

Me dicen que tienen a mi papá, que lo están maltratando. Me sacan a la ventana, y de lejos veo a mi papá, un hombre canoso, entonces de 66 años, con unas gafas oscuras, parado entre dos militares. ¿Ve lo que pasa por no querer usted hablar? Si no habla, le va a pasar lo mismo a él. Jamás he sentido rabia igual, y mayor es mi silencio. Papá nunca me va a contar qué le pasó allí, tal vez para evitarme más dolor (Grabe, 2011, p. 118).

Días después, retenida en el cuartel militar Rincón Quiñones, Vera logra escribirle a su padre:

Noviembre 11 de 1979

Papi: Estoy bien. Por fin me dan un pedazo de papel para escribir. Por favor, te pido perdón por causarte tantas preocupaciones. Pero creo que ahora por lo menos se acaba tanta mentira y tanto misterio. Podemos hablar de todo abiertamente y estoy segura que todo lo vas a entender. Todo lo he hecho por ideales, y por eso no tiene que darte pena de tu hija. Y como ya te he generado líos, por favor no te metas en gastos de abogado. Tengo que responder por lo que hago y ya aparecerá un abogado amigo. Mil gracias por lo que me enviaste. Y por tu ayuda. Me alegra poderte ver aunque me da un poco de miedo. Te abrazo con fuerza. Vera (Grabe, 2011, p. 119).

En respuesta recibió, finalmente, su visita:

Se descorría un velo, lo que no lo hacía feliz, pero le daba nuevas certezas. Me estrechó la mano, me felicitó y me dijo: Únicamente quiero saber si es verdad lo que dicen, que eres oficial mayor del M-19. Sí, papá, es verdad -le dije. Pues me siento orgulloso de ti, hija: has vivido y hecho en tus pocos años tres o muchas veces más de lo que yo he podido hacer en toda mi vida. Y cuando me miró más en detalle, agregó: Y yo que no te creía que eso también pasa aquí. Es igual que bajo los nazis, como si lo hubieran aprendido de ellos... (Grabe, 2011, p. 120).

Como se ha mencionado, la reconstrucción de un relato —en este caso familiar—, no siempre se hace de modo continuo y directo (Portelli, 2016). Basta un recuerdo, una asociación o, en extremo, una experiencia perversa para que emerjan las más imprevisibles reminiscencias. Una cosa es convivir con un

relato de horror, y otra distinta es compartir en vivencia y cuerpo una historia de horror. Es interesante entonces observar, una vez que la vida de Vera Grabe se cruzó con la hostilidad y la represión policial, cómo fueron surgiendo los cruces narrativos con su padre y cómo se fueron compartiendo otras historias de familia en la semejanza de sus prácticas y horrores. Terminada la fase de tortura, Vera es llevada a la cárcel de mujeres El Buen Pastor de Bogotá, y en su reclusión surgirán otras experiencias y revelaciones: “el reencuentro con los míos, ser motivo de su orgullo, su alegría y certeza, pero también de su dolor” (Grabe, 2011, p. 121).

Y ahí estaba papá. Siempre. No fallaba, salvo que estuviera enfermo o muy cansado. Con comida para todas. En la mayoría de las casas, era la mamá, la abuela o la hermana quien se encargaba de preparar la comida dominguera para la visita. En la mía, los sábados por la noche papá se ponía el delantal y a cocinar lo que más le gustaba a la hija. Lo calentaba el domingo temprano, lo echaba en un gran termo, y madrugaba a hacer cola. Entraba risueño contando cómo la gente ya lo conocía: Las guardianas me saludan muy amistosamente: señor G., cómo me le va, ya ni me requisan los canastos... Herr Grabe -así le decían las compañeras- saludaba a todo el mundo, y como cada cual recibía su visita, buscábamos una parcela de prado para sentarnos a conversar (Grabe, 2011, p. 126).

Su patio de reclusión estaba asignado para las “políticas”, muchas de ellas militantes de otras “organizaciones subversivas” como el ELN y el EPL. Según lo describe Vera, este era un patio en el que las condiciones no eran tan difíciles y las coincidencias ideológicas hacían que la estadía fuera más leve, o al menos más digna. Allí se rescataban aspectos como la solidaridad, la concordia y la búsqueda de un trato más humano entre presas y vigilantes, situaciones que también eran compartidas en los mismos escenarios de visita:

No sé si otros lo hayan vivido igual, pero el reencuentro de cada uno con su gente fue una liberación. Con la familia, los amigos, los vecinos. Para papá fue la recuperación de su hija, para mí la de mi papá. Por fin me pude quitar la capucha frente a él, ya no había secretos (...). Con esa inmensa capacidad que tenía para ver la esencia de las cosas, papá un día me dijo: Cómo es la vida: para recuperar a mi hija, ahora tiene que estar

encerrada... Y añadió, con ese humor malicioso que era tan suyo: Así por lo menos no se me vuela... Ahora cotorreábamos todo el tiempo.

(...) Me contó de su juventud siendo socialista, de sus ilusiones de pelear por causas justas, de las frustraciones de toda una generación que también quiso cambiar el mundo. Todos los fines de semana llegaba con cuentos nuevos. Cada vez más orgulloso y asombrado de la simpatía que se palpaba por el movimiento. Me contaba cómo la gente lo felicitaba y le decía querer hacer contacto con el Eme. Y yo ¿qué hago, cómo los organizo, qué les propongo? También hablaba de algunos alemanes y cierta gente que intentan tratarlo de pobrecito o que torcían la cara para otro lado, como diciendo “ese señor tan decente, y ahora padre de una subversiva”. Voy y los frenteo, les doy la mano, a ver qué dicen. Por lo general no saben qué hacer, porque esperan ver a un padre avergonzado o vergonzante, y los desconcierta verme seguro, comprensivo y apoyando a mi hija. Y cuando hacen la pregunta típica -¿pero por qué?- yo les digo: ella sabe lo que hace (Grabe, 2011, p. 131).

A partir de su reclusión, su madre desde Hamburgo y su padre en Colombia comenzaron a hacer todo tipo de gestiones para sacarla de la cárcel. Apelando a su condición de ciudadana de origen alemán establecieron contactos con la embajada, con parlamentarios socialdemócratas, con el Instituto de Estudios Latinoamericanos, incluso con el Ministerio de Asuntos Exteriores en Bonn (Grabe, 2011). En la búsqueda de su libertad se puede ver, a partir de sus intercambios epistolares, el grado de zozobra y desasosiego de sus padres.

Queridas Thea y Helga:

A propósito de la embajada alemana. Acabo de venir de allá, me acompañó Bettina, que se compromete tanto, me asombra que siga habiendo tanta gente con ideales. Quien nos saludó fue un primer secretario, ahora muy amable después de que al comienzo cuando la torturaron casi me echa con palabras como que el embajador tenía cosas más importantes que atender. Hoy hablamos con el encargado de negocios, muy abierta su actitud, agradable sorpresa. El embajador también es muy cordial, dice que hacen lo que pueden. Se mueve en la medida en que llegue algo de allá. Al parecer sí ha habido presión, porque hacen esfuerzos. La semana

pasada fueron a verla, prometieron volver a ir. Dicen que ojalá no la vinculen al consejo de guerra, eso complicaría la gestión. Por favor, escribe a todas las instancias que puedas, y si toca al mismo canciller, para que acá no se cansen. Por lo visto tus cartas ya han movido cosas. Veré si puedo arreglar lo del pasaje, me gustaría ir contigo a Bonn a hablar con esa gente. Cuando escribo así con palabras bruscas, es la rabia que me da porque no veo que las cosas avancen. Pero no te preocupes, soy amable.

Te envié el informe de Vera, para que lo puedas usar. No tienen que sentir ninguna vergüenza de Vera, se lo pueden contar a cualquiera.

Siempre van muchos amigos.

Ahora entiendo por qué todo este tiempo estuvo tan callada y reservada, qué fuerte tiene que ser esa muchacha para comportarse así frente a la gente que quiere. Yo admiro esa actitud, si ustedes sienten lo mismo, les ayudan mucho.

Les escribo esto, para que estén más tranquilas.

Es importante que allá sigas moviendo todo lo posible. La Cruz Roja también se ocupa de ellos, los franceses también, falta que los alemanes sigan metiendo la ficha.

Thea, seguimos peleando, muchas saludes, Werner.

Mi Helga, mil besos, te abraza tu Papi (Grabe, 2011, p. 127).

Esta lucha se extendió todo el año en el que Vera estuvo presa. No obstante, la organización no renunció a sus consignas, y mucho menos se resignó a tener toda su dirigencia recluida. En un acto de protesta por la violación a los derechos humanos y en procura de establecer una negociación con el gobierno para liberar a los presos políticos, el 27 de febrero de 1980 el M-19 tomó la embajada de República Dominicana. Aprovechando la fecha de su independencia y conociendo la presencia de otros embajadores dentro del recinto,¹² el “grupo subversivo” entró a las instalaciones exigiendo la libertad de 300 de sus compañeros y una suma de 50 millones de dólares. “Al domingo siguiente papá llegó tempranísimo. Traía una rosa roja de regalo: Es el símbolo de los

¹² Dentro del grupo de secuestrados había 16 diplomáticos de distintos países, entre ellos: Austria, Brasil, Costa Rica, República Dominicana, Egipto, El Salvador, Perú, Guatemala, Haití, Israel, México, Suiza, Estados Unidos, Uruguay, Venezuela y el Nuncio Apostólico. Una ampliación de este suceso puede consultarse en Baldrich (2015).

socialistas europeos, quiero felicitarlos. Todo el mundo soñaba con la pronta libertad” (Grabe, 2011, p. 138).

Sin embargo, la negativa del Estado de negociar y de liberar a los presos fue dilatando y achicando las demandas.

Se empezó a hablar de listas más reducidas: que salieran los principales militantes de todas las organizaciones guerrilleras. En realidad, este tira y afloje sólo ocurría en nuestras mentes, porque durante algún tiempo las negociaciones no iban para adelante ni para atrás (Grabe, 2011, p. 139).

Más allá del fin inmediato, que era la libertad de todos, el alto mando militar cambió su estrategia y propuso una instancia mucho más desafiante para el gobierno: desistir de la entrega de los presos a cambio de una tregua y una salida negociada al conflicto.

Jaime Bateman, el comandante del M-19, dijo: si el problema en Colombia son los derechos humanos, la falta de democracia y la necesidad de la paz, que rebasa la problemática de los presos políticos, lo que más nos interesa no son los presos políticos, sino encontrar una salida nacional. Propuso un diálogo que comenzara con una reunión en Panamá, con participación de representantes políticos, sindicales, populares, de organizaciones de derechos humanos, etc. Por primera vez en la historia moderna de Colombia, una organización guerrillera levantaba la bandera de la paz y de la negociación como salida al conflicto, y fue bien recibida. Además, había aparecido el informe de Amnistía Internacional que ponía en evidencia la violación sistemática de los derechos humanos y hacía una serie de recomendaciones al gobierno, para que restableciera las garantías ciudadanas. El gobierno se quejó, como siempre, y descalificó el informe. Pero el prestigio internacional del gobierno estaba afectado y ante la oferta de paz se vio obligado a deponer su intransigencia (Grabe, 2011, p. 135).

La liberación de los rehenes se dio dos meses después, el 25 de abril de 1980, en La Habana. Si bien el propósito inmediato de la toma —la liberación de sus integrantes— no fue efectivo, este acto político posibilitó tres cosas: la primera, la iniciativa de paz del M-19; la segunda, su exhibición en el ámbi-

to internacional —que la catapultó como una guerrilla abierta y consecuente con otros movimientos en América Latina—; y la tercera, la búsqueda de soluciones combativas, que dio como resultado la planificación de la toma del Palacio de Justicia, que no tuvo un fin tan prometedor.

El segundo holocausto

A fines de 1980 Vera Grabe estaba en libertad y lista para otra misión. El M-19 demandaba mayor presencia en otros escenarios, y qué mejor estrategia que promover y conectar sus ideales y propuestas con otros grupos insurgentes de América Latina y el mundo. En su salida del país se hizo consciente de otros procesos y reivindicó que la lucha excedía no solo las fronteras ideológicas, sino también las geográficas. En el trascurso de tres años Vera recorrió diversos países estableciendo relaciones políticas y militares con Cuba y Nicaragua; fue redactora de un periódico en México; se movilizó junto con otros militantes por Panamá y tuvo varios encuentros con el general Omar Torrijos. En este camino conoció y se solidarizó con otras organizaciones que estaban siendo fuertemente perseguidas, en especial las del Cono Sur, como el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) de Chile y Montoneros de Argentina. Conoció de cerca otros procesos combativos —en El Salvador a partir de sus conexiones con el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN)—, e incluso estuvo presente en varios encuentros que tuvo el M-19 con la Yamahiriya Libia Árabe Socialista que dirigía el entonces coronel Mu'ammarr al-Gadafi.

Debíamos convertirnos en embajadas alternas, difundir y ganar gente para nuestro proyecto político y la propuesta de paz, ayudar a la comprensión de la realidad de nuestro país y explicar por qué un régimen formalmente democrático pero excluyente y represivo no dejaba otro camino que abrirles paso a tiros a la democracia y a la paz (Grabe, 2011, p. 156).

Una vez concluido este periodo internacional, Vera regresó a Colombia y se enroló en su última fase con el M-19, la combativa y militar:

La consagración como dirigente guerrillera implicaba mínimo una temporada en el monte. Era bueno ponerme por un tiempo el uniforme, ob-

servar una disciplina, y ser parte de un cuerpo con vocación de poder. Estaba expectante de un feliz y arduo aprendizaje. Si hubiera que resumir esta etapa, diría que las palabras claves fueron: guerreros de ese tiempo, paisajes incomparables, afectos indestructibles, liderazgos forjados a pulso, sentido de cuerpo -cuerpo humano, cuerpo de combate, cuerpo de pueblo-, poderío y vocación de poder (Grabe, 2011, p. 216).

“Por la paz a luchar y a vencer. Por la paz haremos hasta lo imposible, hasta la guerra” (Grabe, 2011, p. 248). Este fue el lema que acompañó al M-19 durante los primeros años 80. El hermetismo político nacional que se ceñía a una democracia restringida y poco participativa fue el argumento nodal de esta organización para abrir espacios de diálogo dentro de las mismas lógicas de la guerra. Este choque de fuerzas, y sus consecuentes desmanes militares, provocó algo que en sociología del conflicto se denomina “empate negativo”, es decir, “que ni el Ejército pudo derrotar a la guerrilla, ni la guerrilla pudo derrotar al Ejército, a pesar de la superioridad de este último” (Pizarro, 1991, p. 4). Una vez llegada esta fase de desgaste —también conocida como de “insurgencia crónica”— ambos enemigos, en este caso el Estado y el M-19, pudieron llegar a una tregua, o lo que León Zamosc definió, para la guerrilla colombiana, como la búsqueda de una “negociación colectiva a través de la turbación del orden público” (citado por Pizarro, 1991, p. 4). Los acuerdos de paz entre el M-19 y el gobierno ocurrieron el 24 de agosto de 1984 en el municipio de Corinto, al sur del país. Dos eran las bases de esta negociación: el cese bilateral del fuego y la búsqueda conjunta de una salida política al conflicto.

Empero, “esta tregua siempre tuvo un dedo flojo en el gatillo”, como afirmaría Vera Grabe. Los enfrentamientos y persecuciones por parte del Estado se siguieron dando. El operativo que el ejército desplegó para asesinar a las fuerzas en tregua se llamó “operación Garfio”. Cada vez más, las negociaciones se dilataban y el interés del gobierno y de los partidos políticos era menor. “Aquella paz armada, como en aquel tiempo se le denominó al proceso, tenía muchos enemigos en el Estado” (Grabe, 2011, p. 268). El resultado de esta paz traicionada y burlada fue, sin lugar a dudas, la toma del Palacio de Justicia.

Hablar desde la más alta Corte de Justicia en Colombia, desde su propia casa, era un reconocimiento al Estado en la medida en que la aceptába-

mos como órgano independiente, al cual nos someteríamos. Si por algo se nos debió haber juzgado, fue por creer en la eficacia y el respeto real y simbólico de la Corte Suprema de Justicia, como bastión de justicia y seguridad, para que el país conociera el porqué del silenciamiento del diálogo. Por creer que la Corte Suprema de Justicia tenía igual consideración y respeto como reserva moral y democrática del poder público, en el conjunto del Estado (Grabe, 2011, p. 288).

En materia de presencia urbana, la guerrilla colombiana tuvo un nivel de articulación marginal en proporción al grado de acción y penetración que consiguió en los campos (Pizarro, 1991). Salvo en contadas ocasiones, como sucedió en la toma de la embajada de la República Dominicana, en la que las contingencias se resolvieron “pacíficamente”, el resto de incursiones subversivas en las ciudades estuvieron enmarcadas en la violencia y, en los últimos años, configuradas en las lógicas del terrorismo.

La toma del Palacio de Justicia se basó en el supuesto del M-19 de que si habían logrado avanzar en términos de paz con un presidente marcadamente inflexible como fue Julio César Turbay, no había razón para no tener éxito con un “humanista” como era Belisario Betancur.¹³ Una cuestión es una embajada, otra muy distinta es el “Palacio de Justicia, que es la antesala de otro palacio: la Casa de Nariño”. Este es el título del libro del ministro de Gobierno de aquellos años, Jaime Castro, quien afirma en su texto que lo que implicaba para el gobierno la toma del Palacio iba más allá de un juicio político al presidente; representaba de la manera más clara y extrema, la toma del poder: “ese [fue] el mayor reto y el mayor desafío que la subversión había formulado en toda su historia al Estado colombiano” (Castro, 2011, p. 3). Las cuestiones acerca de la culpabilidad y responsabilidad por los excesos sucedidos allí es algo que pesa en la mayoría de los exintegrantes del M-19, y que ha puesto en entredicho el papel del gobierno y sus fuerzas militares a

¹³ Además de ser reconocido como abogado y político conservador, Belisario Betancur se ha destacado como un asiduo promotor de la democracia y la cultura. Asimismo es autor de una rica bibliografía que versa sobre temas como la educación, la economía y la sociología. Es miembro de la Academia Europea de Ciencias y Artes, de la Academia Colombiana de la Lengua, la Academia Colombiana de Jurisprudencia y la Academia Colombiana de Historia. Algunos aspectos referentes a Belisario Betancur en Aunión (2007).

la hora de hablar de paz y derechos humanos en la actualidad. No obstante, los militantes del M-19 pensaban, en aquel tiempo, que esta era la única y posible salida al conflicto.

Eran las once y media de la mañana del seis de noviembre de 1985 y estábamos en los ejercicios preparatorios para la toma de Urrao [Antioquia] cuando se armó el alboroto... Un comando del M-19 se había tomado el Palacio de Justicia (...) Pero a las pocas horas el rumbo de las noticias cambió. A las dos de la tarde la noticia era: ‘Un tanque está subiendo las gradas del edificio, derribó la puerta y entró disparando al edificio’. Como la radio no da imágenes, nos llegaban noticias cortadas, gritos, entrevistas, comentarios confusos, y no entendíamos nada de lo que estaba pasando. ¿Y qué podíamos hacer?

Después aparecieron las listas. Se hablaba de más de cien personas muertas, entre magistrados, abogados, guerrilleros, funcionarios, empleados, visitantes. Un nombre. Otro. Unos muertos, otros desaparecidos. Ningún compañero se había salvado, porque seguro ninguno se quería salvar.

Después se hizo silencio. Sólo hubo silencio. Un silencio que cubrió a todo el país. Silencio de muerte multiplicada. Una campana de humo y silencio. Preguntas en el aire. Sólo preguntas. Ninguna respuesta. ¿Quién decidió qué? Manojos de culpas... ¿Qué pasó allí? ¿Dónde quedó la gente?... ¿Quiénes salieron? ¿Qué pasó con los desaparecidos que fueron sacados vivos? En el aire sólo quedó flotando el mandato desatendido por el gobierno: el grito de Reyes Echandía pidiendo: ‘¡Por favor, diálogo, que cese el fuego!’ (Grabe, 2011, p. 292).

Después de la toma, tuvieron que pasar cuatro años más para que la paz con el M-19 pudiera concretarse. Hubo cese de hostilidades, entrega de armas y reinserción en la vida civil. Políticamente se logró ampliar el espectro electoral y el M-19 pasó de ser una organización guerrillera a convertirse en un partido político —Alianza Democrática M-19—, con una amplia acogida en sus primeros años de ejercicio. Se convocó a elecciones y ganó la iniciativa popular de conformar una Asamblea Nacional Constituyente para modificar la Carta de 1886; incluso posibilitó la exitosa campaña presidencial de uno de sus excomandantes, Carlos Pizarro, quien fue asesinado en abril de 1990

a manos del paramilitarismo. Las traiciones de aquella paz no terminaron; sin embargo, las armas ya estaban entregadas y nadie quería volver al monte.

El Palacio sería el espejo profundo en el cual deberíamos mirarnos siempre de nuevo, todos. Demandando a mano armada el incumplimiento de los pactos de paz, defendiendo la democracia, maestro, muérase quien se muera; haciendo rehén a la justicia para hacer justicia, disparándole a la justicia para salvarla; asaltando las instituciones para enarbolar nuestros ideales y nuestras verdades, recuperando a sangre y fuego las instituciones, así ellas se destruyan; poniendo la razón de la lucha por encima de toda consideración, poniendo las razones de Estado por encima incluso del propio Estado... Y todos desoyendo la única voz cuerda y humana, la voz de la vida clamando en la persona del magistrado Echandía: “¡Por favor, que cese el fuego!”... Y sin embargo, el fuego no cesaba porque no había quien se atreviera a dar la orden. Como las llamas, el enfrentamiento iba devorando la razón misma de su origen; como el humo, el enfrentamiento, en su incontrolable desorden, llenaba todo y desalojaba cualquier finalidad que no fuera él mismo. Pizarro decía: “En Palacio perdimos todos, perdió la paz, perdió la justicia”. Luego diría que la operación desde el comienzo estaba condenada al fracaso porque no había con quién hablar, y que el problema de la paz es construir interlocutores (Grabe, 2011, p. 336).

Reflexiones finales

Son variados y extensos los componentes que integran la obra *Razones de vida* de Vera Grabe. Una vida entregada a la insurgencia y a la paz comporta múltiples aristas para ser abordada y analizada en sus aparentes contradicciones. No obstante, el enfoque que se adopta aquí busca reflexionar sobre dos cruces: uno construido como legado, que tiene que ver con los orígenes alemanes de Vera y la experiencia traumática de sus padres en Europa, víctimas del Holocausto; y un segundo cruce, construido como militancia, que la vinculó a ella dentro de las dinámicas del país en los años 70 y 80 como integrante del M-19, y que bajo el manto de aquellas acciones nos invita a meditar sobre otro “holocausto”, alejado en principio y contenido del nazismo, pero cercano políticamente a Colombia y a su historia con el conflicto armado.

Este es un documento que plantea una reflexión diversa sobre las formas de leer la guerra, en la voz y escritura de una mujer comprometida con un “ideal de país” que en la actualidad es pensado y definido bajo las gramáticas de la paz. Un texto fruto de la distancia, los espacios y las percepciones, pero ante todo un documento que nació, como ella lo define, en paz. Este también es un texto de confrontaciones, de relatos construidos en la distancia y en el sosiego. Como bien mencionamos, ninguna historia de vida pretende la exhaustividad o la coherencia, y la historia de Vera Grabe, en este caso, no es una excepción. Por su puesto, esta es una mirada personal sobre sí misma y sobre la insurgencia en Colombia, la cual asistió a múltiples cambios y redefiniciones, en unos años —los 70 y los 80— más signados por las consignas democráticas reivindicadas por medio de la guerra, y en otros —finales de los 80, principios de los 90— enarbolados bajo los principios de la paz y el diálogo: un camino que han recorrido otras organizaciones armadas en Colombia, y que también incluye a las FARC y su reciente firma de la paz.

Esta obra, a modo de autobiografía, también pone en tensión otros acontecimientos internacionales, como la Segunda Guerra Mundial y sus efectos en Colombia, por medio de la voz de sus víctimas, quienes han traído el relato del Holocausto y los crímenes del nazismo. Sus memorias traumáticas también han posibilitado desarrollar nuevas perspectivas a nuestro proceso de paz y comprender, en alguna medida, la razón de nuestras lacerantes violencias. Aquel primer Holocausto que, paradójicamente, se reescribe en la vida de Vera Grabe, es también la puerta de entrada a otro holocausto, más local y distante, pero que comparte con el europeo una memoria sangrante e incómoda en cada decurso nacional.

El fin del conflicto con el M-19 fue un antecedente crucial para la resolución de los presentes litigios con la guerrilla de las FARC y sus correlativos desafíos en materia de justicia, legalidad y reincorporación a la vida civil. No obstante, como bien afirma Grabe, los valores de la democracia, que extensamente se reivindican en Colombia, fueron también los que la impulsaron a ella a concebir una paz individual que, en sus palabras, “le retornó su rol de mujer, hija y madre” (Grabe, 2011, p. 316). En este camino surgieron revelaciones, complicidades y memorias como las de sus padres, una vez que regresó a Hamburgo; o como las del Palacio, cuando se enfrentó con la sociedad colombiana que aún respira por aquella herida y la interpela cada noviembre.

Este es un texto de enfrentamientos y disputas, tal vez por ello interesante. Una mirada que, a pesar de haber sido construida entre océanos y años, sigue siendo vigente en un país que en la actualidad busca una salida a más 60 años de violencia y conflicto.

En 1995, a cinco años de haber fundido nuestras armas y a diez de la tragedia, escribimos una carta. Y hubo diferentes reacciones. A algunos de los compañeros de armas de otras épocas no les gustó, y hubo indignación porque no teníamos por qué pedir perdón por algo que no hicimos, porque la responsabilidad verdadera no era la nuestra. Por parte de los familiares, algunos supieron recibir el gesto, otros aún se reservan el derecho al rencor, a la rabia, al pasado.

‘... pedimos perdón a las víctimas de esta tragedia, a sus familiares y amigos, por la parte de responsabilidad que nos correspondió. Entonces dijimos que: ‘la batalla del Palacio de Justicia tocó las fronteras del absurdo, lesionando a todo el país. En ese *holocausto* perdimos todos’ (Grabe, 2011, p. 294; las cursivas me pertenecen).

Referencias bibliográficas

- Cardona, L. (2015). Sobre ciertas cosas que no se pueden nombrar: La Representación del Holocausto en Colombia (1976-2015). Tesis de Maestría en Historia y Memoria. Universidad Nacional de La Plata. Recuperado de: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.1163/te.1163.pdf>
- Castro, J. (2011). *Del Palacio de Justicia a la Casa de Nariño*. Bogotá: Aguilar.
- Grabe, V. (2011). *El silencio de mi cello. Razones de Vida*. Bogotá: Observatorio para la paz.
- Observatorio para la paz. (s. f). *Pacicultura en emergencia*. Recuperado de <http://www.observpaz.org/#!pacicultura-en-emergencia/iz96k>
- Pizarro, E. (1989). Los orígenes del movimiento armado comunista en Colombia (1949-1966). *Análisis Político*, 7, 3-35. Recuperado de <http://biblioteca.clacso.edu.ar/ar/libros/colombia/assets/own/analisis07.pdf>
- Pizarro, E. (1991). Elementos para una sociología de la guerrilla en Colombia. *Análisis Político*, 12, 4-23. Recuperado de <http://biblioteca.clacso.edu.ar/ar/libros/colombia/assets/own/analisis12.pdf>

Portelli, A. (2016). *Historias orales: Narración, imaginación y diálogo*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación; Rosario: Prohistoria Ediciones.

Prensa

Aunión, J. A. (27 de julio de 2007). La Menéndez Pelayo premia el humanismo de Belisario Betancur. *El País*. Recuperado de http://elpais.com/diario/2007/07/27/sociedad/1185487208_850215.html

Baldrich, A. C. (6 de febrero de 2015). La toma de la Embajada 35 años después. *Revista Credencial*. Recuperado de <http://www.revistacredencial.com/credencial/noticia/actualidad/la-toma-de-la-embajada-35-anos-despues>

Centro de Memoria y Paz (s. f.). *Los procesos de paz con el M-19, el EPL, el Quintin Lame y el PRT desde 1989 a 1991*. Recuperado de <http://centromemoria.gov.co/los-proceso-de-paz-con-el-m-19-el-epl-el-quintin-lame-y-el-prt-desde-1989-a-1991/>

Molano Jimeno, A. (15 de agosto de 2010). El robo de la espada. *El Espectador*. Recuperado de <http://www.elespectador.com/noticias/nacional/el-robo-de-espada-articulo-219336>

Movimiento 19 de Abril (M-19) (11 de noviembre de 1985). *Declaración del M-19 ante el Holocausto del Palacio de Justicia*. Bogotá: CEDEMA. Recuperado de <http://www.cedema.org/ver.php?id=2651>

El Tiempo (24 de septiembre de 2010). Turbay dicta polémico Estatuto de Seguridad. Recuperado de <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-4169210>

El Tiempo (30 de octubre de 2015). Irma, la guerrillera que salió con vida. Recuperado de <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-16417819>

Palomino, S. (20 de octubre de 2015). Identificadas tres víctimas por la toma del Palacio de Justicia de Colombia. *El País*. Recuperado de http://internacional.elpais.com/internacional/2015/10/20/actualidad/1445373175_406700.html

Redacción Judicial (10 de noviembre de 2015). “Pues que revisen”: Navarro Wolff sobre estudios de indultos al M-19. *El Espectador*. Recuperado de <http://www.elespectador.com/noticias/temadeldia/pues-revisen-navarro-wolff-sobre-estudio-de-indultos-al-articulo-598304>

Redacción Judicial (23 de febrero de 2017). Aparecieron los restos de Emiro Sandoval, víctima del Palacio de Justicia. *El Espectador*. Recuperado de <https://www.elespectador.com/noticias/judicial/aparecieron-los-restos-de-emiro-sandoval-victima-del-palacio-de-justicia-articulo-681419>

VC, A. (9 de marzo de 2015). “Menos mal nos salimos de la guerra”. *Las 2 Orillas*. Recuperado de <http://www.las2orillas.co/menos-mal-nos-salimos-de-la-guerra-vera-grave/>

Entrevista

Grabe, V. (11 de noviembre de 2015). *Vera Grabe cuestiona decisión del fiscal Montealegre*. Entrevista con la W Radio. [Audio podcast]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=9NmVG7BHx0M>

Leyes y decretos

Constitución Política de la República de Colombia (1886). Bogotá: Imprenta de Vapor de Zalamea.

Decreto Legislativo 1923 de 1978. *Por el cual se dictan normas para la protección de la vida, honra y bienes de las personas y se garantiza la seguridad de los asociados*. Diario Oficial N.º 35.101 de 21 de septiembre de 1978. Recuperado de ftp://ftp.camara.gov.co/camara/basedoc/decreto/1978/decreto_1923_1978.html

Ley 77 de 1989. *Por la cual se faculta al Presidente de la República para conceder indultos y se regulan casos de cesación de procedimiento penal y de expedición de autos inhibitorios en desarrollo de la política de reconciliación*. Diario Oficial N.º 39.116 de 22 de diciembre de 1989. Recuperado de ftp://ftp.camara.gov.co/camara/basedoc/ley/1989/ley_0077_1989.html

La leyenda de la *X'tabay*: el imaginario colectivo y la performance cíclica oralidad – escritura

Yazmín Conejo

A pesar de que la Historia se escribe con mayúsculas,
la leyenda es la madre de la historia...
Los primeros relatos fabulosos nacieron
de entre la nebulosa de los pueblos
constituyendo la base de la Historia.
Otilia Meza, *Leyendas Prehispánicas mexicanas*

En el sureste de México se encuentra la Península de Yucatán,¹ lugar donde la mayoría de las personas han escuchado o al menos conocen la referencia de la leyenda de la *X'tabay*, cuya versión más común transmitida de forma oral es la siguiente: la mujer que se aparece cerca de la ceiba en busca de víctimas -hombres- a quienes mata, enferma o vuelve locos después de satisfacer su apetito sexual, desapareciendo posteriormente en torno a la ceiba o en las profundidades del monte² esperando a su siguiente víctima. Transmitida

¹ La Península de Yucatán está conformada por los estados de Yucatán, Campeche y Quintana Roo, justo en la frontera con Belice y Guatemala. Es preciso señalar que la leyenda de la *X'tabay* surge antes de la división geográfica actual de la Península, que data de 1863, y cuya última modificación se da en 1974 con la creación del estado de Quintana Roo. Por esta razón consideraré la leyenda a partir de la configuración territorial de tres estados y no por separado para evitar confusiones. Para más información consultar www.merida.gob.mx/municipio/sitiosphp/merida/php/resena.php

² En Yucatán la palabra *monte* es coloquialmente usada para denominar a la selva baja o vegetación silvestre que crece fuera de las zonas urbanas.

a lo largo de generaciones, la leyenda de la X'tabay contiene elementos que representan a la cultura maya ancestral de la Península de Yucatán, como la diosa mitológica Ixtab y el árbol sagrado Ceiba,³ los cuales han sufrido una resignificación como parte del proceso de conquista y evangelización española en el territorio americano. Dicha resignificación parte de la desacralización de la diosa Ixtab y la concepción prehispánica del árbol de Ceiba a través de la leyenda en respuesta al contexto cambiante, e impone un uso adoctrinador y/o moralizador en el imaginario colectivo contemporáneo.

El objetivo de este trabajo será pensar la leyenda de la X'tabay como una *performance* cíclica que permite ir de la oralidad a la escritura y de la escritura a la voz, a través de las múltiples resignificaciones de la leyenda dentro del imaginario colectivo de la Península de Yucatán. Buscaremos conectar los cambios entre las historias orales y las narraciones literarias para rastrear los olvidos y las repeticiones que se transmiten de generación en generación. Para esta tarea dispondremos de algunas historias orales encontradas en textos históricos y antropológicos, adaptaciones literarias de las fuentes orales y dos canciones, una interpretada por el cantante yucateco Guty Cárdenas, y la otra por la soprano peruana-americana Yma Somac. Proponemos entonces que, si la oralidad puede volverse tangible a través de la escritura, la proyección que es posible dar a la leyenda de la X'tabay puede traspasar fronteras.

Hablar de leyendas es hablar de historia e Historia, porque en un sentido de oralidad “la leyenda es la madre de la historia” (Meza, 1988) aunque las “leyendas no son más que deformaciones de la Historia” (p. 7). Los registros de las fuentes orales que han permanecido y en los que reconocemos los cambios que responden al paso del tiempo y a contextos determinados, son creíbles aunque de forma diferente, porque “el interés del testimonio no consiste solo en su adhesión a los hechos sino en su alejamiento de ellos, porque es en este desvío que se insinúa la imaginación, lo simbólico y el deseo” (Portelli, 2016, p. 7). Esta distinción que acertadamente presentan Alessandro Portelli y la escritora mexicana Otilia Meza condensa, para el caso de la leyenda de la X'tabay, el abanico de las versiones y usos que corresponden a distintos momentos temporales de la región. Al mismo tiempo, da cuenta de la transición que ha sufrido cada uno de

³ El nombre original en lengua maya para este árbol es *Yaax che*; sin embargo, se ha castellanizado como muchos otros elementos mayas y ahora es conocido como Ceiba.

esos cambios, al contrastar las deformaciones que se remontan a la época de la conquista y evangelización en la región maya de la Península de Yucatán.

Si consideramos la relación entre Historia e historia en un terreno compartido debemos plantear también la relación dicotómica entre historia y memoria. Esta relación de aparente oposición se ha puesto en el centro de un debate que las presenta como “diálogos complicados” (Portelli, 2016, p. 446) y “como escritura y oralidad, como literatura y folklore, como olvido y recuerdo, no viven en mundos separados, sino que se cruzan” (2016, p. 446) y se complementan en beneficio de la investigación. Para Portelli, la memoria es de carácter subjetivo, “censura sus fuentes y descarta con rapidez las que no sirven” (2016, p. 445) y mantiene en constante renovación las versiones que se tienen sobre una situación determinada. Tal es el caso de las variaciones en la leyenda de la X'tabay que se narran en diferentes zonas de la Península y que corresponden a distintas temporalidades. Por su parte la historia, se beneficia de los registros físicos de las versiones orales, que han quedado disponibles para consulta “gracias al uso de la tecnología de la palabra –que va desde la quirografía a la electrónica– [...] conserva y vuelve disponibles *las fuentes* para un eventual uso futuro” (2016, p. 445; las cursivas son mías). Estas fuentes de referencia y cotejo las podemos hallar en las transcripciones de grabaciones de entrevistas, en las que encontramos registros de diferentes versiones de la leyenda que sirven como base del proceso creativo de las producciones literarias que adaptan lo oral al texto.

La cualidad dialógica entre lo oral, hecho de historias, y lo escrito, que retoma las historias en función de la memoria colectiva, da un giro cuando toda la experiencia de un colectivo que se ve condensada en el folklore regional, trasciende creando la materia prima de la *performance cíclica*. Portelli (2016, p. 85) afirma que el discurso oral se presenta como efímero y la escritura como inamovible al estar hecha de palabras tangibles, pero cuando retomamos lo escrito a través de composiciones musicales podemos interpretar una nueva forma de oralidad, que incluso puede trascender a la comunidad si se proyecta en un idioma diferente y dirigida a un público fuera del lugar donde surgió la H/historia. Al respecto Portelli afirma que “Las historias se van con el tiempo, crecen con el tiempo, se deterioran con el tiempo. Es por eso que se desarrollan métodos... para arrebatarse cierta independencia al tiempo, para preservar las palabras” (Portelli, 1981, p. 2).

El origen prehispánico de X'tabay

En los albores de la época colonial, las sociedades precolombinas del continente americano parecieron quedar fuera de la nueva concepción del mundo establecida por los conquistadores europeos, que llegaron a América a partir de 1492 y en particular a la Península de Yucatán alrededor de 1540. Este “nuevo mundo” comenzó a expandirse a pasos vertiginosos arrasando con la vida como se conocía hasta entonces, destruyendo las ciudades y templos sagrados, imponiendo la religión católica y modificando saberes ancestrales, creencias, conocimientos e ideología.

En la región maya precolombina,⁴ la naturaleza y la cosmogonía presentes en la religión se conciben en relación directa con el desarrollo cultural y el sistema ideológico⁵ de dicho pueblo originario. Así lo encontramos en los vestigios de los Códices Dresde, París y Madrid,⁶ sobrevivientes al tiempo y a la destrucción, y en los libros sagrados que datan de los siglos XVI y XVII como el Popol Vuh, el Chilam Balam de Chan Cah, el Chilam Balam de Chumayel y el Ritual de los Bacabes.⁷ El imaginario que comprende la base de la leyenda de la X'tabay pone de manifiesto lo sagrado como fundamento ontológico del mundo maya, que va a resignificarse a partir de la conquista.

La religión maya reconoce entre sus deidades a Ixtab, diosa de los suicidios.⁸ El etnógrafo y arqueólogo británico Eric Thompson la ha descrito —ba-

⁴ Como referencia a la ubicación de la civilización maya precolombina dentro del actual territorio mexicano y centroamericano, consideremos que se localizaba en lo que ahora conforman los estados de Tabasco, Chiapas, Campeche, Yucatán y Quintana Roo en México; y cuatro países Centroamericanos: Belice, Guatemala, El Salvador y Honduras.

⁵ Si bien la ideología es el resultado de un mundo racional-occidental posterior a las formas de vida de los pueblos pre-colombinos. No quiero considerar lo ideológico como la disciplina filosófica sino como el conjunto de ideas que caracterizan a un pueblo. En este sentido el sistema ideológico comprende “el establecimiento del orden cósmico... como el sacrificio humano que fue parte importante de los rituales e ideología maya” (Stuart, 2003, p.24).

⁶ Estos Códices datan del período posclásico tardío, y sus nombres corresponden a la ciudad en la que se encuentra cada uno actualmente. Todos estos códices pueden consultarse en Códices Prehispánicos y Coloniales tempranos. Catálogo (2009).

⁷ Si bien estos libros fueron redactados con posterioridad a la conquista, rescatan acontecimientos de relevancia histórica, religiosa, así como folclore, medicina y astronomía, principalmente.

⁸ En el libro *Historia y religión de los mayas*, Eric Thompson menciona que “el nombre lacandón para la diosa de la muerte es Xtabai” (1970/2004, p. 368).

sado en las tablas de los eclipses del Códice Dresde,⁹ que datan del período posclásico— como una mujer ahorcada con los ojos cerrados y un círculo negro en la mejilla que simboliza la descomposición del cuerpo (Fig. 1).

Fig. 1. Imagen de Ixtab



Fuente: Códices Prehispánicos y Coloniales tempranos. Catálogo, 2009, pp. 10-11.

El árbol de la Ceiba,¹⁰ por su parte, es considerado dentro de la cosmogonía maya como la representación del eje del mundo. Un portal de acceso que conecta al espacio terrenal, situado en el tronco, con el celestial, que asciende por las ramas hasta la copa, y el inframundo, que desciende por la raíz (Fig. 2).¹¹

⁹ Códice de los mayas de la Península de Yucatán, considerado el más completo y antiguo de los cuatro manuscritos mayas existentes. Data aproximadamente del siglo XI o XII, y se ha convertido desde su compra en 1759 por la Biblioteca Real de Dresde, en la pieza más importante para el estudio y desciframiento de glifos mayas, esenciales para entender su cosmogonía según el trabajo desarrollado por Eric Thompson.

¹⁰ Si bien no es objetivo de este trabajo presentar las diferentes versiones de la concepción del universo para todas las regiones mayas, es preciso señalar que cada una plantea una configuración diferente para el universo condensado en la Ceiba. “En el Chilam Balam de Chumayel (siete pisos celestes), en el Chilam Balam de Chan Cah (once niveles del cielo) y en el Ritual de los Bacabes (trece cielos) [...] En el Chumayel, se menciona el noveno estrato de la Tierra; además, en el Chumayel y en el Ritual de los Bacabes, se narra la disputa destructora entre Oxahun Ti Ku, Trece Deidad (que comúnmente se identifica con la deidad grupal de las trece capas del cielo), y Bolón Ti Ku, Nueve Deidad (identificado comúnmente como la deidad grupal de las nueve capas del inframundo) (Karol Kocyba, 2005).

¹¹ “La cosmovisión particular en la región maya yucateca concibe trece dioses superiores y nueve dioses inferiores distribuidos hacia la copa y las raíces por medio de un modelo escalonado.

Fig. 2. Imagen de la Ceiba



Fuente: Rivera Dorado, 1986, p. 45.

Una vez instalados en la Península de Yucatán, y con afán evangelizador, los conquistadores comenzaron un proceso de depuración contra aquello considerado “paganos”, que incluyó ritos, tradiciones originarias, ideología, cosmogonía y deidades de culto. Este proceso de depuración se encuentra documentado por fray Diego de Landa en su libro *Relación de las cosas de Yucatán* (1556/1966), donde se relatan los distintos intentos por destruir la cultura maya, entre los que se encuentran los autos de Fe; actos públicos que consistían en la quema de imágenes de culto y objetos sagrados para los mayas, considerados paganos por los conquistadores. La intención era borrar toda huella que conectara con la civilización primigenia; y todo lo que no podía destruirse de forma física a través de los autos de Fe se resignificaba buscando una apreciación diferente. Así podemos comenzar el proceso que lleva a convertir a Ixtab en X’tabay y a la Ceiba en lugar de referencia de sus apariciones.

[...] los trece dioses como señores de las horas del día, y a los nueve dioses como señores de las horas de la noche. Según este modelo, los seis primeros de los trece dioses tienen su lugar sobre peldaños que desde el Oriente conducen al cenit; el séptimo está sentado, como en un trono, en el punto más alto de la pirámide, como patrono de la hora del mediodía, y los seis restantes se encuentran sobre los peldaños descendentes hacia el Poniente, por los que el dios solar desciende en el transcurso de la tarde. Análogamente, los primeros cuatro de los nueve dioses tienen su lugar en los escalones que llevan hasta el punto más profundo del inframundo, donde reina el quinto dios de esta serie como señor de la medianoche. Los cuatro dioses que quedan se encuentran en los peldaños por los que el dios del sol emprende nuevamente su camino ascendente al Oriente” (Köhler, 1987, pp. 98-99).

Si recordamos la descripción que el antropólogo Eric Thompson hace de la diosa del suicidio Ixtab, basado en el grabado del Códice Dresde, veremos que representa a una mujer ahorcada en aparente estado de descomposición. Para la religión católica, el suicidio se afianza como pecado mortal hacia el año 639 d. C. a través del Concilio de Toledo, que proclama la excomunión —y por tanto el impedimento del goce de la vida eterna— porque “usurpaba el poder divino de decisión sobre la vida y la muerte del hombre” (Viveros en Cruz y Pérez, 2003, p. 46). Contrariamente a esta concepción, los mayas precolombinos no condenaban el suicidio¹² sino que lo reconocían y respetaban, debido a que la muerte a través de esta práctica, principalmente por medio del ahorcamiento, les garantizaba placeres y dicha eterna. Ellos “creían que los suicidas se iban directamente al paraíso -para ello- tenían una diosa especial que era la patrona de los que se habían privado de la vida ahorcándose, la llamada Ixtab” (Morley, 1947, p. 208), quien los acompañaba en este camino.

En las creencias religiosas mayas, el acto suicida era una ofrenda de sacrificio y adoración a la diosa Ixtab. Contemplaba un “ritual honorífico elaborado de acuerdo a reglas específicas [...] el método más utilizado eran las lianas o sogas” (Rivadeneira y Villareal, 2010, p. 6). Llama la atención en este punto la mención de “lianas o sogas” en el acto suicida, las cuales podemos apreciar en la imagen de la diosa Ixtab del Códice de Dresde mencionado líneas arriba (ver Fig. 1). Si consideramos los trabajos del antropólogo Michel Bocarra en su enciclopedia sobre mitología yucateca *Los laberintos sonoros* (2004) y *La Relación de las cosas de Yucatán* (1556/1966) de fray Diego de Landa, es posible darnos cuenta que dichas “lianas o sogas” hacen referencia al árbol de Ceiba, que era el árbol predilecto porque sus ramas eran significativas dentro de su cosmovisión ancestral. La interacción precolombina de la divinidad Ixtab con la Ceiba se da en el momento en que la diosa asciende por las raíces y llega por las almas que han quedado en las ramas del árbol para guiarlas al Metnal o Xibalbá.¹³

¹² Incluso en la actualidad es considerada aún una de las formas más comunes entre los pobladores de las distintas regiones mayas, según se explica en el *Informe especial sobre el suicidio en jóvenes del estado de Yucatán* realizado por la Comisión de Derechos Humanos del Estado de Yucatán (Rivadeneira y Villareal, 2010).

¹³ Metnal para los mayas de la Península de Yucatán y Xibalbá para los mayas quiché, se refiere al lugar de morada de los dioses del inframundo. Es importante mencionar que dentro de la cosmo-

Con la conquista y evangelización se resignifican los atributos dados por la religión maya; así se transforma a la Ceiba en un lugar de muerte, no voluntaria sino inducida, y lo sagrado del suicido, en pecado. Al respecto las antropólogas yucatecas Celia Rosado y Georgina Rosado comentan: “las alteraciones sufridas por siglos de conquista y dominación colonial, propician que la tradición indígena se reestructure o reelabore [...] alterando sus elementos o encubriendo algunos que chocaban frontalmente con los valores cristianos” (Rosado y Rosado, 2008).

Finalmente, la concepción divina de Ixtab se termina de extrapolar durante la época colonial dentro del ambiente androcentrista y patriarcal que asocia cualquier forma de ejercicio del poder de la mujer, principalmente de carácter sexual, con figuras malignas: “Sustentada en una visión de mundo patriarcal, la Iglesia convirtió a la mujer en el tema mismo del pecado, y engendró la bruja monstruo sexualmente en el que pretendió expiar los valores ambivalentes atribuidos a la mujer” (Félix Báez en Rosado y Rosado, 2008). Ixtab se convierte entonces en la bruja X'tabay.

Olvidos mal recordados. La construcción de la leyenda de la X'tabay

Si pensamos en la historia de los pueblos, encontraremos que la configuración de su identidad parte de las narrativas históricas que comprenden las tradiciones de cada región; vivencias, prácticas religiosas, ritos y celebraciones que guardan en el fondo un acto poético. Al respecto el antropólogo yucateco Fidencio Briceño (2009) afirma que dichas narrativas históricas se revelan como literatura oral en la medida en que logran captar la herencia cultural en cantos, oraciones, leyendas, fábulas, mitos y cuentos que van transmitiéndose de generación en generación.

La leyenda de la X'tabay forma parte de estas narrativas históricas que han quedado arraigadas dentro de la tradición de la Península de Yucatán, y sobrevive hasta el día de hoy gracias a la memoria y la oralidad que permanecen vivas. Recordemos que la memoria que ha perdurado en esta leyenda remite a una resignificación de la concepción ancestral de la Ceiba y la veneración a la

gonía maya la bondad y maldad como dualidad opuesta no existe, por lo que los dioses celestiales y del inframundo tienen la cualidad de ser protectores y destructores a la vez (Borja Loma, 2015).

deidad Ixtab; pero, ¿en qué consiste esta resignificación? En el olvido y en el significado que esta acción conlleva.

En cuanto a esto, existen dos posturas que quiero destacar. Por un lado, Yuri Lotman y Boris Uspenkij afirman que “no se olvida lo que ya no significa nada, sino que también se borra lo que aún significa, y mucho, con el objetivo de no molestar: se trata de un proceso de ‘destrucción’ intencional de la memoria” (1973, pp. 47-48). Pero la idea de borrar, de destruir como un acto tajante a la memoria, nos alejaría de nuestro objetivo, al eliminar el proceso de transformación de la diosa Ixtab y la Ceiba en la leyenda; de esta forma tanto la deidad como el árbol se habrían eliminado sin dejar indicios rescatables en el futuro. En contraste, Portelli nos dice que

es posible saber que existe un olvido o un error solo si en algún lugar queda la huella del objeto olvidado o “mal” recordado; pero solo es posible saber cuál es el sentido profundo de ese objeto si nos percatamos de las razones por las cuales es mal recordado u olvidado (2016, p. 446).

Desde el punto de vista de esta investigación, la afirmación de Portelli ejemplifica perfectamente la travesía de la diosa Ixtab y la Ceiba en un proceso de olvido “mal recordado”; inducido por los conquistadores en el territorio maya durante la evangelización con el fin de eliminar cualquier indicio de la cosmogonía, la religión, la ideología y saberes ancestrales como la medicina y la astronomía. Pero aun cuando el qué olvidar y el qué recordar no fue un acto voluntario sino impuesto sobre el colectivo, la concepción prehispánica de la diosa y del árbol queda plasmada en la esencia de la leyenda de la X'tabay, con posibilidad de rastrearse incluso cuando pesen sobre ellos siglos de transformación. Tengamos presente, entonces, que en el olvido el proceso de selección lleva intrínseco un significado que no es estático porque muta con el tiempo.

De la oralidad a la escritura

Ya hemos dicho que las historias que provienen de la memoria son de carácter subjetivo, aunque pertenezcan indudablemente al imaginario colectivo que las concibe. Si tomamos en cuenta las transiciones ocurridas a lo largo del tiempo, veremos que dichas historias se van modificando y adaptando a diferentes contextos debido a los procesos de olvido que renuevan la memoria. Las distintas versiones de la leyenda de la X'tabay nos permiten mirar estos

cambios en el contexto que desarrolla la narración, olvidos que se han “mal recordado” a través de los elementos principales: la mujer X’tabay y la Ceiba, que funcionan como lienzo para introducir los cambios. Esta *performance* que transita la oralidad a la escritura nos permite materializar la historia, al dotar de movilidad a la escritura y de inmovilidad a la voz.

Las narraciones orales llevan intrínsecas la condición irreplicable de lo narrado. Esto quiere decir que no podemos narrar dos veces de la misma forma un suceso; siempre perderemos o añadiremos elementos distintos que no se encontraban en la primera versión, porque “ninguna historia se repite dos veces... cada historia [...] es única [...] un ‘cuento dos veces contado’ suele ser un sustituto” (Portelli, 1981, pp. 3-4). Ante lo inasible de lo oral, la *repetición* se presenta como una necesidad, en tanto “puede ser considerada como el modo implícito en el que la oralidad busca, en sentido figurado, ‘escribirse’; es decir, luchar con el tiempo para adquirir la autoridad y la estabilidad de la escritura” (Portelli, 2016, p. 86). La *repetición* se vincula con el uso creativo del “olvido mal recordado” al seleccionar aquello que va a perdurar en la narración oral y aquello que poco a poco será relegado. Y se enlaza también con la propuesta de Bogatyrëv y Jakobson de “creación autónoma” (1929/2007, p. 62), que permite un proceso de selección de contenidos en función de las necesidades y/o cambios de cada comunidad. Las historias orales y posteriormente los relatos escritos sobre la X’tabay pueden ser modificados siguiendo siempre la repetición de patrones determinados que logran trascender.

Si bien es imposible saber cuál fue la primera versión oral de la leyenda de la X’tabay, desde qué región de la Península de Yucatán se formuló, cuáles fueron los primeros cambios en el relato y el contexto en el que se desarrollaron, sí podemos saber que la leyenda permaneció de forma oral desde la colonia hasta cerca de 1850: “hasta la primera mitad del siglo XIX no se publicaron textos al respecto, siendo de las primeras redacciones las de Adolfo Escarrer de Bollra y Fray Estanislao Carrillo” (Vázquez, 1981, pp. 44-46). El acceso a las historias orales se da, por tanto, a través de los registros de grabaciones de entrevistas a personas de la comunidad maya por parte de antropólogos e historiadores, que una vez transcritas son usadas como fuentes en textos historiográficos y como materia prima de las adaptaciones literarias. Así encontramos, por ejemplo, el caso de Marcelino Cahuich Puc, de 63 años, vecino del municipio de Tzucacab, Yucatán, quien nos cuenta su experiencia

con la X'tabay recogida en el compilado *Narraciones mayas* (2008) editado por el Instituto Nacional de Lenguas Indígenas de México:

Voy a platicarles lo que me sucedió de niño. En ese entonces, creo que tenía como once años o menos [...] Pues nosotros, como éramos unos niños... nos metíamos a jugar baraja, de gallitos, aquella que le llaman 'la lotería', y pues allí nos quedábamos. Pues había días que así nos distraíamos, daba hasta la una de la madrugada [...] un amigo mío, Ch'el Rosado Canto, cuando nos fuimos de ahí y veníamos para acá [...] Lo dejaba y me iba para mi casa, pero por allí por donde está don Mendo, la casa de don Mendo [...] Pues para esto, cuando pasamos por ahí, estaba lloviznando. Había una doña que tenía su casa, así, por ejemplo, así como está la carretera [...] se llamaba doña Severa y se apellidaba Vásquez, vimos que ella estaba debajo de la sombra de un árbol. Allí estaba, estaba haciendo así, pero a veces hacía así [...] le digo: -Ch'el,- le digo, -¿qué tendrá doña Severa?- le decía yo a él, así, porque él sólo hablaba español. -¡Doña Severa, doña Severa!- No nos respondía nada y empezamos a acercarnos más junto a la cerca. Cuando nos acercamos a la orilla de la albarrada [...] como que se estaba peinando el cabello, se estaba peinando el cabello. Y le digo a él: -Ch'el, si no es ella,- le digo. -Fíjate en eso, cuando estés pasando.- ¡Ay hermano! Y le dije a él: -Ésta es a la que llaman la Xtabay [...] (Monforte *et al.*, 2008, pp. 92-94).

Con el ejemplo de la historia de Marcelino quiero destacar la particularidad que va a presentar su versión respecto a otras, lo cual depende de "la cantidad de experiencias que el hablante ha reunido tras de sí... y el aspecto que, según siente, debe enfatizarse en el momento en que narra su historia" (Portelli, 1981, pp. 3-4). En el caso de Marcelino, el énfasis radica en las actividades recreativas que realizaba junto a su amigo Ch'el, por lo que pierde la noción del tiempo y lo hacen caminar a casa de madrugada, y se encuentra a distancia con la figura de X'tabay peinándose. Veremos entonces que cada versión va a priorizar elementos diferentes aun cuando se respeten los patrones fijos en la repetición. Por ello no podemos hablar de "fuentes orales 'falsas' y tampoco ninguna puede ser catalogada completamente verdadera -*porque son subjetivas*-... únicamente podemos catalogarlas como aceptables"

(Portelli, 1991, p. 4; las cursivas son mías). Lo que debe preocuparnos entonces no son las diferentes versiones de la leyenda de la X'tabay que van apareciendo a lo largo de la Península de Yucatán, sino cómo cada versión se ve afectada por el contexto en el que se desarrolla y los cambios que se dan con el tiempo. Porque si se modifica la comunidad se modificará de igual manera lo que se narra de ella y a partir de ella.

Si consideramos la importancia de la religión católica impuesta tras el período de conquista y evangelización en toda América, encontraremos historias de la leyenda X'tabay que retoman referencias asociadas a lo maligno como una forma de reafirmar la fe. Una de estas versiones es la de Aké, habitante de la comunidad de Tekax, Yucatán, entrevistado por Osvaldo Baquero, quien a principios de la década de los 80 afirma que “La Xtabay se origina en las culebras que se convierten en mujer” (Baquero, 1983, p. 37). Esta breve descripción nos muestra la figura de la serpiente y de la mujer puestas en un mismo nivel, haciendo referencia al bíblico libro 1, Génesis 3:1-5 “La serpiente (Lucifer) engaña a Eva... Ella y después Adán participan del fruto prohibido”; donde pecado y sensualidad presentan a X'tabay. Otro caso similar lo vemos en la historia de don José Liberato, vecino del poblado Xocen, Yucatán, entrevistado por el etnomusicólogo Max Jardow Pedersen; en este relato la X'tabay no se convierte en serpiente, pero a partir de la descripción se observa una apariencia no humana y con características *diabólicas*:

Me emborraché en Chichimilá, en la noche comencé a caminar a Xocén. Pero como estaba muy borracho pues me quedé a dormir en el camino en un altillo [...] me di cuenta que una mujer me llamó diciendo: ¡Vamos José, despiértate! Vi una mujer que tuvo su cabello largo, arrastrando hasta el suelo [...] me agarró mi brazo, sentí que su mano era muy fría. Helada. Pero no quiso enseñármela ¿Por qué? Porque la Xtabay tiene tres dedos, nada más. Tres dedos, más el grande. Le pregunté otra vez ¿De dónde chingao vienes? ¿De dónde eres? Diciendo esto, desaté mis alpargatas y le grité: ¡Diabla, diabla, espérame si eres diabla! [...] Se arrancó, corrió ¡Mare! Me puse mis alpargatas otra vez y comencé a caminar. Pero ¡Como me asustó! Cada rato temblaba, sentía miedo. Me parecía que estaba viniendo otra vez, seguramente me quiso llevar a un cenote y allí me iba a empujar (Jardow Pedersen, 1999, p. 67).

Hasta ahora solo hemos hablado de relatos que involucran principalmente a la X'tabay, pero ¿qué hay del árbol de la Ceiba? En las versiones más populares la Ceiba funciona como escondite de X'tabay. Tal como podemos apreciar en el relato de don Manuel Chuc Salazar, de 76 años, vecino de Motul, Yucatán, quien relata a Valerio Buenfil su experiencia de la siguiente forma:

Esto nos sucedió hace como veinte años, mi hermano Edi me chifló, como todas las madrugadas para irnos al trabajo. Cuando desperté sentí como si no hubiera terminado de dormir, porque estaba bostezando mucho. Después de que subimos el truck sobre las rieles y alistamos el caballo, nos encaminamos a la finca de Santa Teresa para hacer el chapeo. Como a un kilómetro antes de llegar a nuestro destino, con la ayuda de la luna llena que había, pudimos ver a lo lejos, a una señora que salía debajo de una gran ceiba, cruzar las rieles al otro lado del camino, como dirigiéndose hacia la finca. ¡Ahí cruzó una señora! ¡Ahí salió debajo de la ceiba! Le dije a mi hermano Edi [...] (Buenfil, 2016).

Hay otras versiones donde la Ceiba se encuentra metaforizada a través de una flor con espinos llamada *tsacan* que crece en las cercanías de las ceibas. Al respecto Mary H. Preuss encontró en entrevistas realizadas en las comunidades peninsulares de Becal, Hochtún, Muna, Tekax y Xocempich durante 1999, el caso de un hombre supuestamente atacado por X'tabay, quien logra salvar la vida gracias a la eliminación de la flor del *tsacan*:¹⁴ “un curandero tenía que exorcizarlo quemando el cactus espinoso, untando las cenizas al enfermo, el hombre pronuncia el nombre de Jesús obligando a la X'tabay a desaparecer” (Preuss, 2004, p. 70). En otras versiones, la Ceiba encarna a X'tabay y se conciben indisociadas: “los hombres atrapados por ella -X'tabay- se incorporan al árbol de forma tal, que para terminar con su influjo es necesario cortar el árbol y, aún más, quemarlo entre los quejidos y lamentos de las víctimas de ese terrible ser” (Rosado y Rosado, 2008). En ambos casos es necesario eliminar la planta para eliminar el mal. Considerando el factor de repetición, existen versiones en las cuales, además de la flor de *tsacan*, se habla de nopales —haciendo referencia a la X'tabay o a su lugar de morada—, como relata Miguel

¹⁴ Es importante aclarar que en todas las versiones de X'tabay relacionada con la flor del *tsacan* o una planta con espinos, la acción del relato se da al pie de la Ceiba o en sus inmediaciones.

Ángel Escareño, habitante de la exhacienda de San Juan Koop del municipio de Muxupip, Yucatán, quien presenta su historia de la siguiente manera:

pero yo estaba envalentonado por el alcohol que había tomado que decidí continuar tras de la mujer, hasta que ella se detuvo para entrar a un terreno lóbrego, con mucha hierba, que cuando traté de atravesar para salir de ahí, me dí cuenta que se trataba de nopales (Jardow Pedersen, 1999, p. 72).

Demos un salto a connotaciones sociales contemporáneas, en las cuales la leyenda de X'tabay transforma y reformula el comportamiento de las personas de acuerdo con los valores establecidos por la comunidad, como juicios de valor o advertencias sobre peligros. Recordemos la historia de Marcelino, quien al inicio de su narración nos dice “Pues nosotros, como éramos unos niños... nos metíamos a jugar baraja, de gallitos, aquella que le llaman ‘la lote-ría’, y pues allí nos quedábamos. Pues había días que así nos distraíamos, daba hasta la una de la madrugada [...]” (Monforte *et al.*, 2008, p. 92). La aparición de X'tabay a Marcelino y a su amigo Ch'el está posiblemente relacionada con una advertencia sobre los juegos de azar, debido a que si ellos no se hubieran distraído hasta la madrugada seguramente no habrían visto la figura de la mujer peinándose cerca de la casa de la vecina doña Severa.

Por otro lado, pero en esta línea, existe una versión de la leyenda que es hasta el día de hoy una de las más populares, y alude a la aparición de la X'tabay a los borrachos, principalmente porque Yucatán es considerado uno de los estados con mayor intoxicación por alcohol en todo el país.¹⁵ Este patrón constante de aparición de la X'tabay cuando los hombres se encuentran bajo los efectos del alcohol se puede percibir en algunas de las historias antes mencionadas; por ejemplo, la de Miguel Ángel Escareño de Muxupip, Yucatán, o la de don José Liberato de Xocen, Yucatán. En los casos anteriores, las formas morales de prevención ante vicios como el alcohol, los juegos de azar, etc.; “X'tabay no mata sino le da una oportunidad de reformar su vida ya que muchas veces está abusando...” (Preuss, 2004, p. 70).

¹⁵ En 2017, Yucatán es el estado con más casos de intoxicación por alcohol de todo el país. En ocho meses se registraron 5940 incidencias en la entidad, de los cuales la mayoría (5130) fueron hombres, mientras que en los 801 casos restantes se trató de mujeres, de acuerdo con el boletín epidemiológico emitido por la Secretaría de Salud (Matos, 2017).

Después de haber revisado brevemente algunas de las narraciones provenientes de fuentes orales que han quedado registradas gracias al trabajo de campo de antropólogos, etnomusicólogos e historiadores, podemos dar cuenta, primero, de que están relatadas en primera persona por tratarse de narraciones subjetivas; y segundo, de que la utilidad de la oralidad “no está tanto en su capacidad de preservar el pasado como en los cambios mismos elaborados por la memoria” (Portelli, 1991, p. 5). Si las versiones subjetivas presentan lo oral con una cualidad *móvil* que fluye con el tiempo dándonos un panorama de aquello que se modifica y se narra en la comunidad, ¿qué sucede cuando textos literarios de cualidad *inmóvil* y de palabras tangibles se basan en versiones provenientes de fuentes orales?¹⁶

Aunque dicha transición puede resultar sencilla en teoría, la práctica indica que es mucho más compleja debido a que se pone en juego la memoria colectiva de la comunidad en relación con la subjetividad de quien narra y la subjetividad de quien escribe. Al respecto, el profesor de literatura comparada Albert B. Lord, en su libro *The Singer of Tales* (1960) cuestiona dicha transición entre la tradición de relatos orales y escritos en los siguientes términos:

puede haber tal cosa como un texto de transición; no es un período de transición entre el estilo oral y escrito, o entre el analfabetismo y la alfabetización, sino un texto, producto del cerebro creativo de un solo individuo [...] que en la composición de un poema épico pensaría ahora de una manera y ahora en otro, o, quizás, de una manera que es una combinación de dos técnicas (Lord, 1960, pp. 128-129; la traducción es mía).

Ya en el siglo XX, el movimiento indigenista literario, que se concentra en el estudio y la valoración de culturas indígenas, propicia que los autores vuelvan la vista hacia la tradición popular partiendo de la oralidad como base para la construcción de relatos escritos. En el caso de la leyenda de la X'tabay estas obras literarias se dan gracias a la repetición de elementos en las historias orales, que controla y da precisión a lo que se transmite. Así, al ser “narrados una y otra vez, o discutidos con miembros de la comunidad, la narrativa formalizada, incluso el metro, pueden ayudar a preservar una versión textual

¹⁶ La relación móvil-inmóvil que adhiero como cualidad a lo oral y lo escrito, es parte de una reflexión hecha por Portelli (2016, p. 85) a estos referentes.

de un acontecimiento” (Portelli, 1991, p. 5). Lo anterior constituye un arma en la lucha contra el tiempo en la medida en que lo efímero de la historia oral logra cierto grado de inmovilidad cuando se reproduce en un texto literario, porque plasma en un formato fijo las subjetividades que de otra forma quedarían relegadas. Caso contrario sucede con las obras literarias que adquieren movilidad cuando son interpeladas por el tiempo de las subjetividades, y se evidencia en las diferentes versiones de un mismo relato. El *boom* de las versiones literarias de la leyenda de X’tabay, que se corresponden con algunas de las versiones orales que han servido como fuentes de investigación, se aprecia no solo en las obras de consagrados escritores yucatecos sino también en la pluma de autores provenientes de otras latitudes.

La primera conexión que podemos asimilar entre la oralidad y la literatura respecto a X’tabay, se encuentra en la figura de la serpiente relacionada con el pecado. Recordemos que la versión de Aké, citada por Osvaldo Baqueiro, nos habla de X’tabay como “una culebra que se convierte en mujer” (1983, p. 37). En la versión literaria del lingüista catalán Francesc Ligorred se señala lo siguiente:

La dios madre Ixtab, se transforma en la terrible abuela serpiente Xtabay, y su encanto ya nolleva a los hombres guiados por la soga al cielo, sino que los pierde en un infierno del que no hay regreso, sólo muerte (Ligorred, 1996, p. 4).

Una repetición del elemento de la serpiente la podemos apreciar también en la versión de Redfield y Villa Rojas titulada *Chan Kom: Una villa maya* (1934), donde es el espíritu de X’tabay quien se apropia de la serpiente para hacer daño:

Xtabay se identifica con cierta clase de serpiente, verde y amarilla con rayas arriba conocida como cauy-ican. Ella se posesiona de la serpiente y con la punta de su cola detiene al hombre jalándolo por la ventana de la nariz (Redfield y Villa Rojas 1934, p. 23).

Otro elemento que encontramos en las historias orales que se repite en la literatura es la función de la Ceiba como escondite de X’tabay. Recordemos la historia del motuleño don Manuel Chuc “pudimos ver a lo lejos, a una señora

que salía debajo de una gran ceiba, cruzar las rieles al otro lado del camino” (Buenfil, 2016). Respecto a este elemento existe una metáfora que alude a la Ceiba sin hacer referencia directamente a ella: se trata de la flor con espinos de *tsacan* que encontramos en una de las entrevistas realizadas por Mary H. Preuss, o la historia de Miguel Angel Escareño con la alusión a un cactus como el nopal.

Lo anterior tiene una correspondencia en la versión literaria del escritor mexicano Luis Rosado Vega titulada “El origen de la mujer Xtabay” (1934/1945hablar de), quien narra el origen de esta temible mujer a través del relato de las hermanas Xkeban y Uts ko’olel. Luis Rosado construye sus personajes a partir de comportamientos contrapuestos de bondad y maldad de acuerdo con juicios de valor y patrones seguidos por la sociedad a la cual pertenece. Por un lado, Xkeban gusta del amor libertino, pero su carácter noble y amigable la hace virtuosa. Por otro lado, Uts ko’olel se presenta virginal y pudorosa, pero con sentimientos de maldad hacia los demás. Al morir ambas hermanas se metamorfosean en flores cuyas características van de acuerdo con sus comportamientos en vida:

La primera de las mujeres -Xkeban- su cuerpo expide un delicioso aroma y posteriormente su tumba se cubre con flores silvestres llamadas Xtabentún. En contraposición, cuando muere la segunda -Uts ko’olel- su cuerpo se corrompe exhalando un pútrido aroma convirtiéndose después de muerta en la flor del *tsacan*, que es un cactus erizado y de espinas [...] envidiosa de la flor embriagante [...] solicita la ayuda de los malos espíritus para transformarse en la temible X’tabay (Rosado Vega en López Trujillo, 1945, pp. 7-8).

La versión de Luis Rosado se enlaza con la metáfora de la Ceiba respecto al *tsacan* (y el nopal). Además conecta con la idea de la Ceiba como lugar de morada u ocultamiento de X’tabay, y con la relación profunda del pueblo maya con el árbol sagrado que queda revertida en este texto:

la mujer Xtabay nace de una mala planta punzadora, y si se le encuentra junto a las ceibas es porque puede ocultarse tras el tronco, que es ancho, para sorprender a sus víctimas [...] Y también, porque sabe que las ceibas son árboles que más ama el indio, y que con predilección se acoge a

ellos [...] Pero de ningún modo es hija de la Ceiba (Rosado Vega en López Trujillo, 1945, p. 1).

La versión del primer arqueólogo yucateco fray Estanislao Carrillo (*circa* 1850) retoma también la referencia a la flor de *tsacan*, pero se enfoca en la repetición de las características de sensualidad y sexualidad atribuidas a X'tabay que encontramos también en historias orales.¹⁷ Recordemos el relato de don José Liberato “me di cuenta que una mujer me llamó diciendo: ¡Vamos José, despiértate! Vi una mujer que tuvo su cabello largo, arras-trando hasta el suelo” (Jardow Pedersen, 1999, p. 67). Fray Estanislao nos presenta en su texto una descripción física mucho más detallada que la de don José Liberato, pero la acción de peinar el largo y bello pelo se repite constantemente.

Viste huipil de mestiza, peina su bella cabellera con un peine de *xache*, aligera o retarda su andar, en el momento en que el hombre la abraza ella se convierte en un bulto lleno de espinas con pies parecidos a los de un pavo y el hombre sufre de privaciones y calenturas con delirio (Fray Estanislao en Vázquez, 1981, p. 45).

Es importante mencionar que en algunas ocasiones la X'tabay no aparece vestida con huipil, que es la ropa tradicional maya, sino desnuda, cubierta solo con su larga cabellera negra. Así se aprecia en texto *El folklore de Yucatán* (1937) del lingüista Daniel Garrison Brinton, quien además repite la metáfora de las espinas:

Quando el cazador se aproxima, ella vuelve las espaldas y huye, pero no precipitadamente, sino más bien de tal manera que invita a perseguirla, mirando de soslayo a su perseguidor. Pronto la alcanza, pero en el momento de enlazar la bella figura de la Xtabay en un fuerte abrazo, el cuerpo de ésta se torna en un arbusto espinoso y sus pies en garras de ave de rapiña. Desgarrado y sangrando vuelve el cazador a su casa y pronto muere de un ataque de fiebre delirante (Garrison Brinton, 1937, p. 33).

¹⁷ Para más información consultar el artículo de Cesar Ramón González Rosado, disponible en <http://www.diariodelsureste.com.mx/fray-estanislao-carrillo-primer-arqueologo-yucateco/>

Retomando el elemento del peine y la acción de peinar, podemos ver que en la versión "Xtabay" (1975) de Eleuterio Llenez se constituye como la fuerza del poder de la seducción:

Clavará en ti la mirada y te sonreirá con ternura mientras peina su larga cabellera color castaño que le llega hasta los tobillos; te alargará su mano con finura y con una señal te dirá ven [...] Desde entonces, la muchacha se peina su cabellera con este peine, si pasa el galán a quien espera [...] péinate siempre constante con ese peine embrujado y te adorará tu amante (Llenez, 1975, p. 109).

Por su parte, el escritor yucateco Antonio Mediz Bolio muestra en su versión de "La leyenda de la X'tabay" (1974), una advertencia sobre el peligro de caer en la pasión y lujuria que provoca X'tabay con acciones como peinarse o pasearse con poca ropa o completamente desnuda. Bolio puntualiza que la aparición de esta mujer es en realidad una representación de los propios deseos carnales ante los cuales debemos luchar.

¡Desventurado de ti si en el camino has de encontrar a aquella que escapará como humo a quien tú seguirás como el viento, aquella que cuando te haga su cautivo te parecerá que sale del tronco de la Ceiba, y no sale de ahí sino del fondo de tu propio corazón! (Mediz Bolio, 1974, p. 113).

Las versiones sobre esta leyenda abundan en textos literarios, al igual que las historias orales que recogen cada tanto nuevas versiones;¹⁸ aquí hemos considerado solo una muestra con un grupo reducido de ellas. La serie de transformaciones abocadas al contenido del relato corresponden a la perspectiva que cada autor ha recogido, pero también a su propia subjetividad, que se ve implícita en un estilo diferente al momento de narrar. Lo anterior permite reconocer una diferencia que se manifiesta entre las historias orales transcritas de una grabación y los textos literarios producto de las fuentes

¹⁸ Es importante señalar que los textos literarios citados en este artículo son solo un grupo reducido entre la vasta literatura sobre X'tabay. He dejado fuera del análisis textos como "La Xtabay" (1919) de Ermilio Abreu Gómez que posteriormente se transforma en una obra de teatro titulada "La Xtabay, leyenda en un acto" (1919); "La princesa Suluay" (1970) de Narciso Souza Novelo y "La Xtabay" (1988) de Otilia Meza. Lo anterior se debe a que decidí considerar textos menos conocidos con el fin de expandir la mirada sobre esta leyenda más allá de los autores reconocidos.

orales. Diferencia que radica en el uso del narrador en primera persona en las historias orales subjetivas, y del narrador omnisciente en tercera persona en los textos literarios para aludir a la “imparcialidad sobre lo que se relata [...] hasta el punto de no aparecer nunca personalmente de forma explícita en el relato” (Portelli, 2016, p. 16).

El retorno a la oralidad: la canción

La linealidad de la *performance* dialógica que va de la oralidad a la escritura se vuelve cíclica cuando las narraciones literarias se retoman a través de la oralidad, modificando el espacio del texto y el tiempo de la narración en una proyección más allá de su interacción con la cultura local e incluso con el idioma.

lo que fuera alguna vez el principal obstáculo que el discurso oral trataba de superar, es ahora su principal ventaja (la escritura) ... -pero- por el hecho mismo de que exista la escritura, ahora la narración oral puede hasta cierto punto fluir y cambiar con el tiempo, en lugar de tratar de resistirse a toda costa (Portelli, 1981, p. 21).

Estas palabras de Portelli resuenan aún más cuando en años posteriores añade que “los procedimientos que la oralidad inventó para ‘escribirse’ son adoptados por la escritura para ‘oralizarse’” (2016, p. 86). La *movilidad* del texto y la *inmovilidad* de la voz darán el giro que permite retomar la oralidad a partir de una composición musical y su interpretación vocal, porque “nacidas en escrituras pero destinadas a la voz, -las canciones- se refinan y se transforman en la ‘criba’ de la *performance*, de la memoria y de la transmisión oral” (Portelli, 2016, p. 436).

Para entablar esta perspectiva cíclica vamos a considerar dos canciones que resultan contrastantes pero necesarias para hacer evidente el giro de lo escrito a lo oral. Ambas canciones fueron escritas en la primera mitad del siglo XX. La primera es una pieza de trova yucateca titulada “Xtabay” (1931),¹⁹ con letra de Antonio Mediz Bolio y música de Guty Cárdenas.²⁰ La segunda es la interpretación de la soprano peruano-americana Yma Sumac titulada

¹⁹ www.youtube.com/watch?v=ZYZPi4lmhzk

²⁰ Ambos yucatecos.

“Xtabay-lure of unknow love” (1950),²¹ escrita por John Rose y con música de la orquesta de Les Baxter.

El trabajo sobre la música está por lo general ligado a estereotipos de folklore, en la medida en que lo que se busca transmitir con la canción forma parte de la herencia cultural que define la identidad de una región: “la existencia de una obra folklórica como tal sólo empieza cuando ha sido aceptada por determinada comunidad, y sólo existe de ella aquello de lo que dicha comunidad se haya apropiado” (Jakobson, 1977, pp. 8-9). El folklore como realidad estrictamente local ha dejado de funcionar, afirma Portelli (2016, p. 402), en la medida en que el legado infinito de las historias orales logra traspasar las fronteras, y se adapta a otros tiempos y lugares para crear relatos diferentes pero iguales.

Al folklore presente en la leyenda de la *X'tabay* lo encontramos en las referencias a las tradiciones y prácticas de la cultura maya de la Península de Yucatán, así como en la vestimenta, casas, calles, naturaleza, etc., presentes en las versiones orales y escritas de la leyenda e incluso en la pieza musical interpretada por Gutty Cárdenas. Estas versiones perduran porque se identifican con el colectivo del cual surgen y al que están dirigidas. La idea de folklore deja de funcionar en este contexto, cuando lo regional se proyecta en la composición musical interpretada por Yma Sumac en una lengua diferente y para un público extranjero.

En primer lugar, tenemos la canción interpretada por Gutty Cardenas, construida a partir de una voz que narra la súplica de una mujer para que *X'tabay* no le lleve al marido y una secuencia de coros —inician con *Xtabay, xtabay*— que da una descripción respecto a quien es esta mujer.

(Estrofa 1)

Qué oscura está la noche,
ninguna estrella hay,
mi marido se fue al monte
no te lo lleves, no me lo quites,
Xtabay.

²¹ www.youtube.com/watch?v=Qt66sDmqZLg

(Coro 1)

Xtabay, xtabay
que vives en tu ceiba,
hechizas a los hombres
y haces que nunca vuelvan,
Xtabay, xtabay.

(Estrofa 2)

Es joven y es valiente,
como él ninguno hay,
no podré encontrar a otro,
tú tienes muchos, que te has llevado
Xtabay.

(Coro 2)

Xtabay, xtabay,
que sales a las cercas
y con ramas de árbol,
relumbrando te peinas,
Xtabay, xtabay [...]

(Estrofa 3)

Sé que si va contigo
ya nunca volverá
no le salgas al camino,
no te lo lleves, porque me muero,
Xtabay.

(Coro 3)

Xtabay, xtabay,
cuando el pelo te sueltas
en el los corazones
para siempre se enredan,
Xtabay, xtabay.

(Fragmento)

La canción establece una repetición de elementos que encontramos en las historias orales y el patrón que ya hemos determinado para esta leyenda: la mujer que surge de la Ceiba o el monte en busca de víctimas —hombres— con quienes saciar sus apetitos sexuales. La primera estrofa y el primer coro hacen referencia a la locación de desarrollo: el monte donde fue el marido a trabajar y la Ceiba donde X'tabay vive y hechiza a los hombres. La segunda estrofa nos dice que se ha llevado ya a muchos, mientras el segundo y tercer coro nos hablan del señuelo de sensualidad que hay en el acto de cepillarse el cabello. La súplica de la mujer a lo largo de la interpretación para que X'tabay no se lleve a su marido presenta una perspectiva patriarcal de fondo que impone a la mujer una actitud de dependencia respecto al hombre, cuando dice: “no le salgas al camino [...] /no te lo lleves, porque me muero”. Esta interpretación musical no dista demasiado de las historias orales o las versiones escritas que hemos discutido en el apartado anterior; se encuentra inmersa en el mismo contexto y habla desde la repetición al mismo colectivo.

La interpretación “Xtabay-lure of unknow love” por Yma Sumac marca un quiebre en la concepción del folklore, establecido en el marco que define la identidad de la cultura popular yucateca, cuando transgrede no solo los regionalismos y el idioma, sino también el cambio en la percepción de la X'tabay.

*You seek her in your flight of desire [...]
Her voice calls to you in every whisper of the wind.
The lure of her unknown love becomes ever stronger,
and a virgin who might have consumed your nights
with tender caresses
now seems less than the dry leaves of winter.
For you follow the call of the Xtabay
though you walk alone through all your days.*

La buscas en su vuelo de deseo [...]
Su voz te llama en cada susurro del viento
el señuelo de su amor desconocido se hace más fuerte,
y una virgen que podría haber consumido tus noches
con caricias tiernas
ahora parece menos que las hojas secas de invierno.

Para ti sigue el llamado de la Xtabay
Aunque camines solitario a través de los días.
(Fragmento; la traducción es mía)

La construcción en la interpretación de Yma Sumac muestra un contraste con la de Guty Cárdenas. Si bien rescata la idea de la mujer sensual-sexual que encontramos en las historias orales y narraciones literarias, la perspectiva desde donde se presenta está atravesada por un contexto diferente al de la herencia cultural de la Península de Yucatán. La interpretación de Yma Sumac condensa el espacio y el tiempo propios de la escritura y la voz de las versiones orales y narraciones literarias de la X'tabay, y las abstrae de lo particular en busca de un significado más amplio.

Portelli pone atención en un aspecto importante de la interpretación musical, y sugiere que no es lo mismo que una persona cante una canción de un contexto diferente al suyo, a que ese contexto sea interpretado por quien lo interpela de algún modo: “Nuestras palabras cambian de sentido en otros labios” (2016, p. 409). El idioma es el parteaguas para hablar de la transgresión en esta interpretación, pero también lo es la elección de palabras que quedan fuera del contexto yucateco. Una idea tan simple como la imagen de los “árboles de hojas secas durante el invierno” es algo impensable en el clima tropical de la Península, donde las estaciones del año no se encuentran tan delimitadas. En esta interpretación han quedado fuera las apariciones inesperadas, las víctimas incautas, las transformaciones y lo sobrenatural; estamos ahora en la etapa de declive de los días de esplendor de esa “virgen que podría haber consumido tus noches con caricias tiernas”, quien “ahora parece menos que las hojas secas de invierno”. X'tabay ya no busca, ella quiere ser encontrada, pero ya nadie escucha su voz.

Conclusión

Este capítulo se sumergió en el imaginario ancestral del mundo maya: la diosa Ixtab y el árbol sagrado de la Ceiba, que ponen de manifiesto lo sagrado como fundamento ontológico que se resignifica a partir de la conquista. Por un lado, hablamos del origen de la leyenda de la X'tabay; por otro, reflexionamos sobre los procesos selectivos del olvido y los significados que podemos atribuir a las historias que logran *mal recordarse*. Dispusimos de

una *performance* dialógica donde la oralidad conecta con la escritura a través del acto creativo de la literatura, donde la subjetividad de las historias orales sirve de materia prima de las narrativas literarias.

Dimos un recorrido por las historias y las distintas experiencias de vecinos y vecinas de comunidades en Yucatán respecto a la leyenda de la X'tabay. Analizamos también cómo esas historias orales se corresponden con las narraciones literarias, gracias a la *repetición* de los olvidos mal recordados que disponen el lienzo sobre el que se introducen los cambios.

Finalmente, retomamos la *performance* dialógica bajo la premisa de que la oralidad dota de movilidad a la escritura a través de la literatura, tal como pudimos apreciar al relacionar las historias orales en las narrativas literarias de la leyenda de la X'tabay. Lo anterior nos permitió establecer un giro que vuelve cíclica a la *performance* al tomar la lírica de las composiciones musicales, como la canción en inglés interpretada por Yma Sumac, y condensar el tiempo y el espacio de la oralidad y la escritura. De esta forma el texto literario de la canción logra dotar nuevamente de voz a la oralidad, y proyectarla más allá de la región peninsular de México y de la memoria colectiva maya que concibió la leyenda.

Referencias Bibliográficas

- Baquiero, O. (1983). *Magia, mitos y supersticiones entre los mayas*. México: Maldonado Editores.
- Bocarra, M. (2004). *Los laberintos sonoros*. París: Ductus.
- Bogatyrev, P. y Jakobson, R. (1929/2007). Il folklore come forma di creazione autonoma. En M. Del Ninno. *Etnosemiotica. Questioni di metodo* (pp. 59-68). Roma: Meltemi.
- Borja Loma, B. (2015). *La rosa y la espada. Hernán Cortés en México*. España: Babelcub Inc.
- Buenfil, V. (2016). La leyenda de la Xtabay. Recuperado de <http://www.lavozdemotul.com.mx/enciclopedia-motul/la-leyenda-de-la-xtabay/>
- Códices Prehispánicos y Coloniales tempranos. Catálogo (2009)*. *Arqueología Mexicana*, Número 31, pp. 10-11.
- Garrison Brinton, D. (1937). *El folklore de Yucatán*. Yucatán: Ediciones del Museo Arqueológico e histórico de Yucatán.
- González Rosado, C. (14 de mayo de 2015). Fray Estanislao Carrillo, Primer

- Arqueólogo Yucateco. En *Diario del Sureste*. Recuperado de <http://www.diariodelsureste.com.mx/fray-estanislaio-carrillo-primer-arqueologo-yucateco/>
- Jakobson, R. (1977). El folclore como una forma específica de creación. En *Ensayos de poética*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Jardow Pedersen, M. (1999). *La música divina de la selva yucateca*. México: Dirección General de Culturas Populares, CONACULTA.
- Karol Kocyba, H. (2005). Uso cosmológico del tiempo. El caso maya. *Episteme de la Universidad del Valle de México*. 6(2). Recuperado de www.uvmnet.edu/investigacion/episteme/numero5-05/reportes/a_cosmo.asp
- Köhler, U. (1987). La aportación de los estudios etnográficos en los Altos de Chiapas para la comprensión de las culturas precolombinas de Mesoamérica. *Anales de Antropología UNAM*, vol. XXIV, N° 1, pp. 199-215.
- La Península de Yucatán está conformada por los estados de Yucatán, Campeche y Quintana Roo (2017). Recuperado de www.merida.gob.mx/municipio/sitiosphp/merida/php/resena.php
- Landa, F. D. de (1556/1966). *Relación de las cosas de Yucatán*. México: Porrúa.
- Ligorred, F. (17 de Marzo 1996). In wet x-ch'upile'ex / Amigas mujeres (Las mujeres mayas: descritas y escritoras). *Unicornio suplemento cultural Por Esto!*, p.3-7, Mérida, Yucatán, México.
- Lord, A. (1960). *The Singer of Tales*. U.S.A.: Harvard University Press.
- Lotman, Y. y Uspenskiy, B. (1971). Sul meccanismo semiotico della cultura. En *Tipologia della cultura*. Milano: Bompiani; 1973, trad. ital. Di Remo Faccani, 46-47, pp. 46-48 (Traducción de Lorena Cardona).
- Llanez, E. (1975). Xtabay. En *Yikal Maya Than (Sumario de las leyendas, cuentos y mitos)*, 183, 108-112, Yucatán: Unidad de Ciencias Sociales, CIR-UADY.
- Matos, P. (13 de septiembre de 2017). Alcoholismo en Yucatán, a la alza en este 2017. *La Jornada Maya*. Recuperado de www.lajornadamaya.mx/2017-09-13/Alcoholismo-en-Yucatan--a-la-alza-en-este-2017
- Mediz Bolio, A. (1974). *La tierra del faisán y del venado*. México: B. Costa-Amic Ed.
- Meza, O. (1988). *Leyendas prehispánicas mexicanas*. México: Panorama editorial.
- Monforte, J., Dzul, L. y Gutiérrez Bravo, R. (Comps.) (2008). *Narraciones mayas*. México: Instituto Nacional de Lenguas Indígenas.
- Morley, S. (1947). *La civilización maya*. México: Fondo de Cultura Económica.

- Portelli, A. (1981). El tiempo de mi vida: Las funciones del tiempo en la Historia oral. *Internacional Journal of Oral History*, 2(3), 162-180.
- Portelli, A. (1991). Lo que hace diferente a la historia oral. Recuerdos y teorías. En *La Historia oral, introducción y selección de textos* (pp. 36-52). Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Portelli, A. (2016). *Historias orales. Narración, imaginación y diálogo*. La Plata: FaHCE-UNLP/Rosario: Prohistoria.
- Portelli, A. (Septiembre de 2013). Apuntes de clase *La historia y la historia oral* impartido en la Universidad Nacional de La Plata, Argentina como parte de la matrícula de la Maestría en Historia y Memoria.
- Preuss, M. (2004). Un bosquejo de la violencia en la literatura maya-yucateca. *Scripta Ethnológica*, 26, 67-76.
- Redfield, R. y Villa Rojas, A. (1934). *Chan Kom: una villa maya*. Chicago: University of Chicago Press.
- Revueltas, A. (1990). La modernidad como proceso histórico. *Modernidad y mundialidad, ESTUDIOS filosofía-historia-letras*. México: ITAM. Recuperado de http://biblioteca.itam.mx/estudios/estudio/letras23/notas/sec_1.html
- Rivadeneira y Villareal (2010). *Informe especial sobre el suicidio en jóvenes del estado de Yucatán*. México, Comisión de Derechos Humanos del Estado de Yucatán. Recuperado de www.codhey.org/sites/all/documentos/Doctos/Investigaciones/Suicidio.pdf
- Rivera Dorado, M. (1986). *La religión maya*. Madrid: Alianza Universidad.
- Rosado Vega, L. (1934/1945). El origen de la mujer de Xtabay. En C. López Trujillo (Comp.), *Leyendas mayas* (pp. 109-118). México: Editorial Delfín.
- Rosado, C. y Rosado, G. (2008). *La Xtabay. Mujer, sensualidad y poder en un mito maya, un acercamiento a los arquetipos femeninos*. México: Centro de Investigaciones Regionales "Dr. Hideyo Noguchi" - Universidad Autónoma de Yucatán. Recuperado de www.mayas.uady.mx/articulos/art_02.html#autor1
- Stuart, D. (2003). La ideología del sacrificio entre los mayas. *Arqueología Mexicana*, 63, 24-29.
- Thompson, E. (1970/2004). *Historia y religión de los mayas*. México: Siglo Veintiuno.
- Vázquez, J. (1981). La Xtabay en el folklore y la literatura de Yucatán. *Revista de la Universidad de Yucatán*, México, 23, 42-57.

Viveros Erosa, M. (2003). Aspectos culturales del suicidio. En A. Cruz y E. Pérez Cadena. *El suicidio “un fenómeno de origen multifactorial”* (pp. 45-50). México: Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, División Académica de Ciencias de la Salud.

Grabaciones musicales

Mediz Bolio, A. (1931). Xtabay [Grabada por Gutty Cárdenas]. En *Caminante del Mayab* [Disco]. Nueva York: Columbia. www.youtube.com/watch?v=ZYZPi4lmhzk

Rose, J. (1950). Xtabay-lure of unknow love [Grabada por Yma Sumac]. En *Voice of Xtabay* [originalmente LP]. Los Angeles: Capitol Records. www.youtube.com/watch?v=Qt66sDmqZLg

Sobre los autores

María Lucía Abbattista

Profesora en Historia por la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP, donde se desempeña como docente e investigadora. Maestranda en Historia y Memoria y doctoranda en Historia de la UNLP, donde investiga sobre las políticas educativas y culturales antagónicas del peronismo en los años 1973-1976. Con diversos intereses sobre la historia reciente argentina, trabajó en el Archivo de la Comisión Provincial por la Memoria, fue becaria del CONICET y forma parte del equipo voluntario del sitio Casa Mariani-Teruggi. Integra el Proyecto “La represión en Berisso y Ensenada, 1973-1983. Una aproximación a escala local a partir del análisis de archivos oficiales, testimonios judiciales e historia oral” y el Grupo de Trabajo de CLACSO “Derechos Humanos, luchas y territorialidades”.

Victoria Álvarez

Profesora de enseñanza media y superior en Historia por la Universidad de Buenos Aires, Magíster en Historia y Memoria por la Universidad Nacional de La Plata y doctoranda en Estudios de Género en la Universidad de Buenos Aires. Becaria doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas con sede en el Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género de la UBA y se desempeña como docente en la misma universidad. Participó de la investigación del documental “Campo de batalla. Cuerpo de mujer” (Álvarez, 2013). Se especializa en el pasado reciente argentino y en los estudios de género y ha publicado artículos en torno a esos temas en Argentina y en otros países de Latinoamérica.

Axel Binder

Licenciado en Historia por la Universidad Nacional de la Patagonia (UNP), doctorando en Historia de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP. Miembro del Instituto de Investigaciones Históricas y Sociales (INSHIS). Co-autor del libro *Diario del Juicio: La Masacre de Trelew 40 años después* (2015) e integrante de proyectos de investigación sobre memoria de la clase obrera y sobre archivos y actividades de información e inteligencia. El tema principal de investigación es la historia social del Noreste de Chubut, analizando su conflictividad, la transformación de su estructura económico-social y la configuración represiva local. Paralelamente a esta línea de investigación, que tiene como hito central el “Trelewazo” de 1972, se encuentra trabajando en la conservación y clasificación de la serie documental “Prontuarios Policiales del Chubut” cedidos por la Subsecretaría de Cultura de Chubut al INSHIS.

Eleonora Bretal

Licenciada en Sociología (FAHCE/UNLP). Magíster y Doctoranda en Ciencias Sociales del Programa de Posgrado de la Universidad Nacional de General Sarmiento y el Instituto de Desarrollo Económico y Social (UNGS-IDES), investiga temas acerca del mundo del trabajo y la historia reciente. Integrante de dos proyectos de investigación radicados en el Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS-CONICET/UNLP): “Cambios y continuidades en el sindicalismo argentino 1955-2010” y “Archivos policiales e historia social del trabajo. El archivo de la Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires y el estudio de la clase obrera en el Gran La Plata (1957-1976)”. Docente de la cátedra Sociología General (FAHCE/UNLP) y de la cátedra Historia Social General (FBA/UNLP). Miembro del Comité Editorial de la revista *Prácticas de Oficio. Investigación y reflexión en Ciencias Sociales*.

Lorena Cardona

Licenciada en Sociología y Magister en Historia y Memoria de la Universidad Nacional de La Plata. Doctoranda en Historia de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Becaria doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas. Integrante del Centro de Investigaciones Sociohistóricas (CISH)

de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (UNLP) perteneciente al Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS) (UNLP-CONICET).

Yazmin Conejo

Licenciada en Literatura Latinoamericana por la Universidad Autónoma de Yucatán (UADY), México. Maestranda en Historia y Memoria por la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Integrante del proyecto de investigación “Violencia, literatura y memoria en el campo literario latinoamericano de las últimas décadas” (FAHCE- UNLP. Periodo 2014-2018).

Patricia Flier

Doctora en Historia por la Universidad Nacional de La Plata. Investigadora y miembro del Consejo Científico del Centro de Investigaciones Socio Históricas (CISH) de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata, perteneciente al Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS) (UNLP-CONICET). Directora del Doctorado en Historia y Prosecretaria de Relaciones Institucionales de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP. Profesora Titular la cátedra Historia Social Argentina FAHCE/UNLP y Directora del proyecto “La Historia Reciente y los usos públicos del pasado: militancias, etnicidad y políticas de memoria desde/en América Latina”, Programa de Incentivos a la Investigación de la Universidad Nacional de La Plata, Periodo 2018/2022. Directora del Programa Interinstitucional de Investigaciones: “Migraciones, Exilios, Refugios” con sede en la UNLP, Argentina.

Anabella Gorza

Doctora y Profesora en Historia por la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP. Es becaria posdoctoral de CONICET y realiza sus investigaciones en el Centro Interdisciplinario de Investigaciones en Género (CInG) de la FAHCE-UNLP, donde ha participado en proyectos de investigación sobre género y modernización en Argentina, y en proyectos de extensión sobre historia de las mujeres y género. Es editora de sección en la revista *Descentrada*, Revista interdisciplinaria de feminismos y género

(CInIG-IdIHCS- FaHCE-UNLP), y cuenta con trabajos en revistas académicas con referato. Investigadora participante del proyecto Programa de Incentivos a la Investigación de la Universidad Nacional de La Plata, Período 2018/2022 y del Núcleo de Estudios Judíos (NEJ), perteneciente al IDES-CONICET.

Andrea Raina

Licenciada en Historia por la Universidad Nacional del Litoral, Doctoranda en Historia (UNLP), investiga temas de historia reciente Argentina, especialmente en el campo de las militancias políticas. Es docente en la Cátedra Historia Social Argentina (FAHCE/UNLP) y Fotógrafa. Integrante del Proyecto de investigación: “La Historia Reciente y los usos públicos del pasado: militancias, etnicidad y políticas de memoria desde/en América Latina” (FAHCE, UNLP Período 2018/2022). Y del proyecto: “Historia, memorias y representaciones del pasado reciente: Gubernamentalidades, violencia política y derechos humanos” (FHUC, UNL. Período 2017-2019). Miembro del Comité Editorial de *Aletheia*, Revista de la Maestría en Historia y Memoria de la FAHCE, UNLP.

Javiera Robles Recabarren

Profesora en Historia por la Universidad Academia de Humanismo Cristiano (UAHC), Diplomada en Estudios de Género y Cultura en América Latina (CEGECAL-UCH) de Chile. Maestranda en Historia y Memoria de la UNLP y doctoranda en Historia (UNLP/ CONICET-IIGG) en el marco del programa con Países Latinoamericanos de CONICET. Investiga temas sobre historia reciente, militancias políticas y comunismo en Chile desde una perspectiva de género.

Pasados Presentes es una colección que incluye temas y problemas de la Historia Reciente de América Latina y de Europa. Se preocupa por dar cuenta y por rescatar las preguntas que el presente le realiza al pasado. Preguntas que, tratadas interdisciplinariamente, nos convocan a problematizar nuestras certezas historiográficas al tiempo que nos incitan a realizar una profunda reflexión teórico-metodológica, condición que caracteriza a este campo de estudios en consolidación.

Historias detrás de las memorias es un libro coral que reflexiona sobre diferentes acontecimientos y experiencias históricas abordadas bajo la perspectiva de la Historia Oral. Un ejercicio colectivo fruto de varios aprendizajes, a medio camino entre seminarios, encuentros, traducciones, lecturas compartidas y análisis metodológicos que vincula múltiples miradas y trayectorias sobre la historia reciente. A su vez, este es un texto que enmarca, en varios significantes, la diferencia. Por un lado, analiza el impacto de la obra y el trabajo de Alessandro Portelli en La Plata y en sus oyentes, entre los que se encuentran los autores de este libro. Y por el otro, este es un texto que no responde, en su división, a abordajes tradicionales, a conceptos y categorías canónicamente consolidadas o a delimitaciones geográficas y temporales. Por lo tanto, los capítulos son mirados en tanto relaciones transversales y no conceptuales, en los que privilegia diferentes temáticas como la Resistencia, la cual da cuenta de los acontecimientos, de las narrativas del mundo obrero y de los derroteros de la violencia política en la militancia; las historias Incómodas, en el sentido que éstas exploran los vestigios del patriarcado presentes en las organizaciones armadas, el silencio impuesto por la violencia sexual en tiempos del terrorismo de Estado y las representaciones sociales del disciplinamiento a través del terror y, finalmente, se relevan las historias Representativas, las cuales recogen las voces de únicos narradores que ligan lo personal, lo biográfico y lo subjetivo con lo social, lo histórico y lo colectivo.



ISBN 978-950-34-1604-4